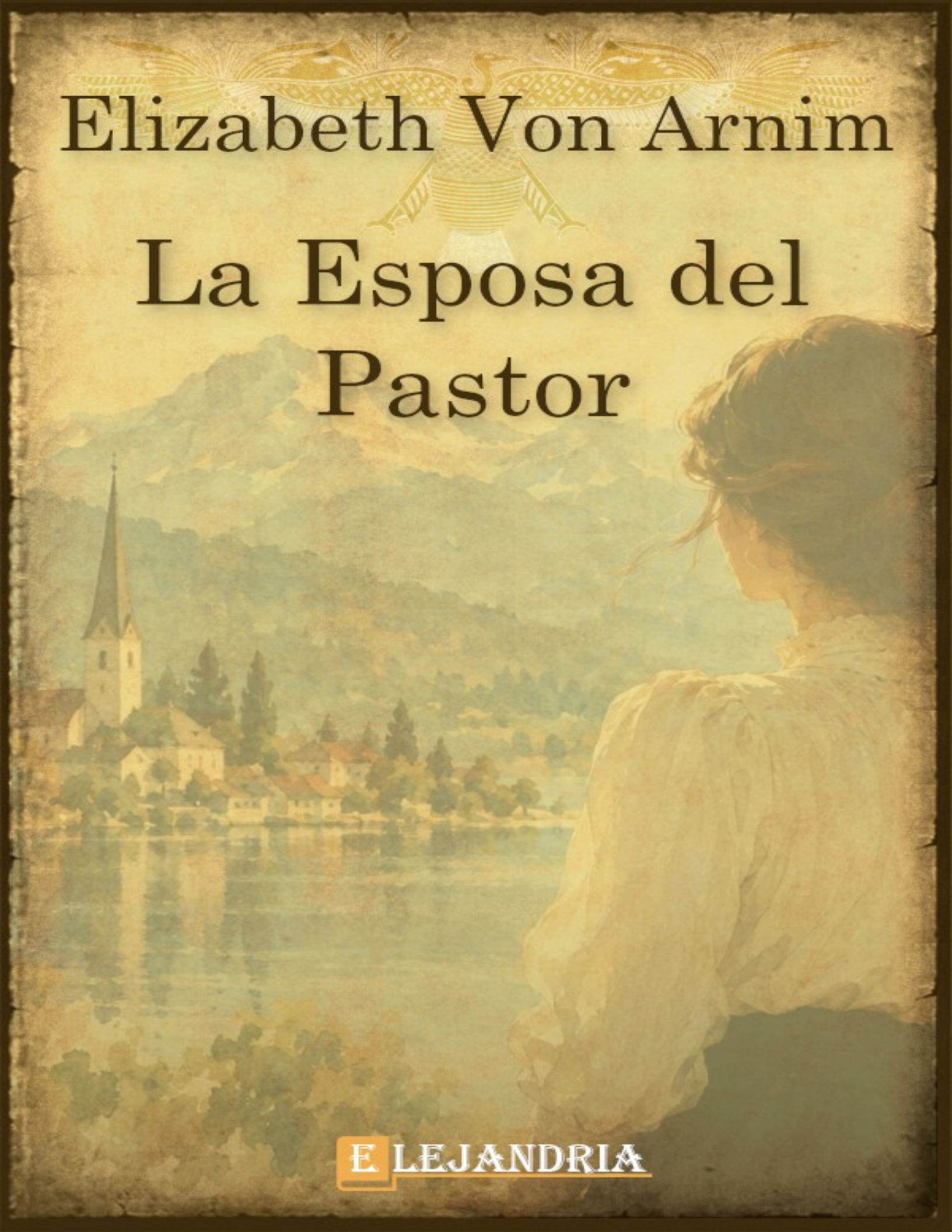
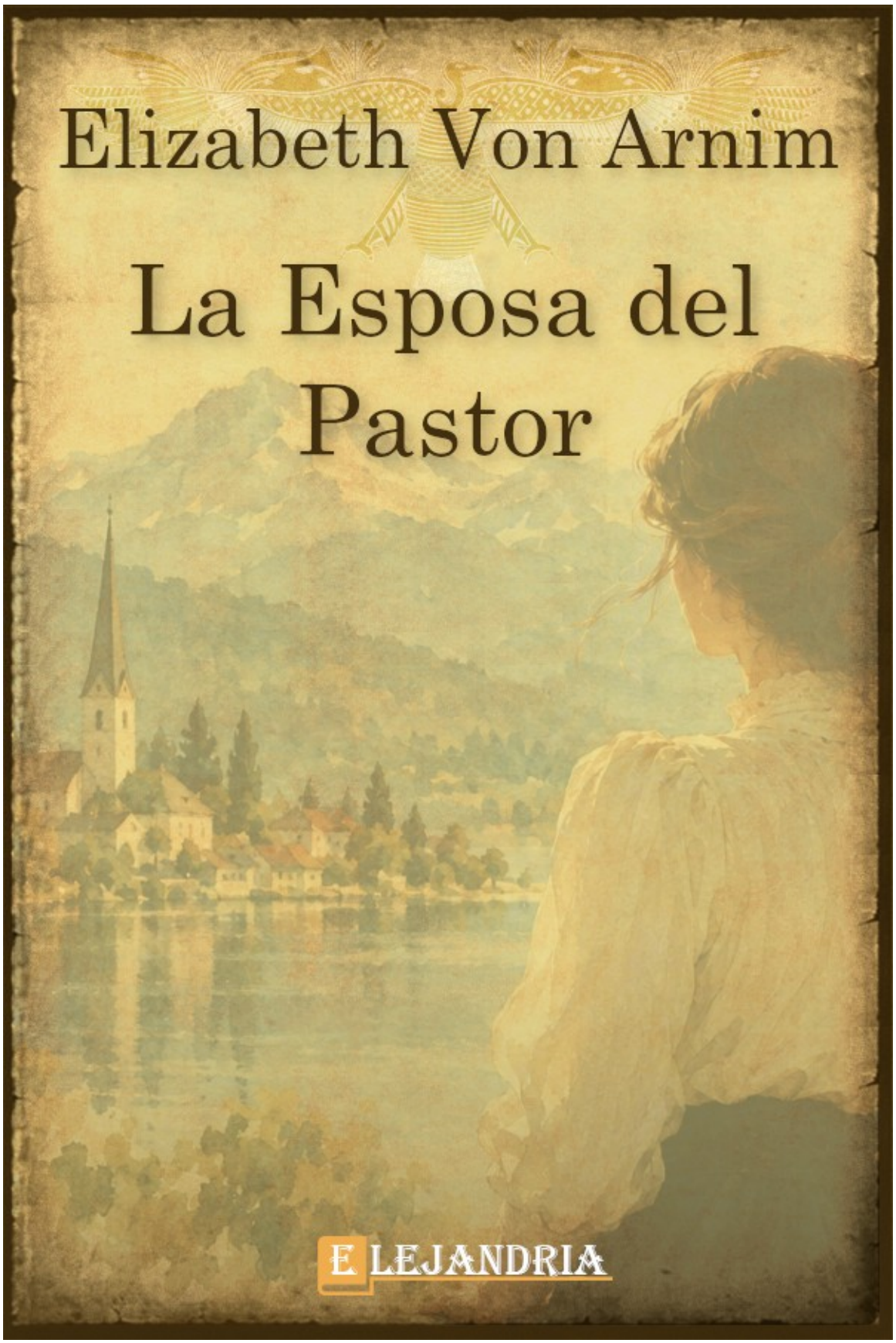
Elizabeth Von Arnim

La Esposa del Pastor



ELEJANDRIA


Elizabeth Von Arnim
La Esposa del Pastor
ELEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

LA ESPOSA DEL PASTOR

ELIZABETH VON ARNIM

PUBLICADO: 1914
FUENTE: HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

Parte I

Capítulo I

Aquella tarde de abril, a su cuerpo por fin libre le pareció que todos los alhelíes del mundo se habían amontonado en lo alto de Regent Street para que ella caminara envuelta en su fragancia.

En ese estado de ánimo exaltado se encontraba la joven de color ratón que se deslizaba hacia el sur desde Harley Street, y es que acababa de sacarse una muela. Después de semanas de mísera indiferencia, volvía a estremecerse de sensibilidad, saboreando el gusto de la vida, su sabor acre, la jovialidad de todo aquel bullicio de gente atareada que pasaba presurosa. Y la belleza de todo ello, la *belleza*, pensaba, luchando contra la tentación de pararse en medio del tráfico para contemplarlo bien: la belleza del cielo sobre los tejados de las casas, la delicadeza de la neblina que colgaba allá abajo sobre la curva de la calle, la hermosura de las luces que empezaban a brillar en los escaparates. El color de Londres era, sin duda, algo exquisito. Aquella última hora de la tarde era como una perla, algo muy suave y pálido, de sombras ligeramente azules. Y en cuanto a su olor, dudaba de que el cielo mismo pudiera oler mejor, desde luego no tan interesante. «Y, en todo caso» —se dijo, alzando la cabeza un instante con gesto de apreciación—, «no puede oler más *vivo* que esto».

Ella misma, desde luego, no había estado nunca más viva. Se sentía eléctrica. No le habría sorprendido que le brotaran chispas crepitando de la punta de sus guantes sobrios. No solo se veía súbita e increíblemente aliviada de un dolor agudo, sino que, por primera vez en sus veintidós años de vida, estaba sola. Esto solo, sin

contar el asunto de la muela, habría bastado para hacer estremecerse a una hija cumplidora, complaciente y muy trabajada. Se habría estremecido si por alguna dichosa casualidad le hubiera tocado un día entero de libertad tan solo dentro de los muros grises del jardín de casa; ¡pero estar libre y ociosa en Londres, tenerlos a todos tan lejos, a su familia allá en el oeste, tenerlos tan forzosamente silenciosos, ya tan curiosamente vagos y pálidos en la distancia! Y eso que solo los había dejado aquella misma mañana; no hacía sino nueve horas que su padre, hermoso como un arcángel, plateado de cabeza y con polainas en las piernas, la había despedido desde la puerta con resignación ofendida. «Y no vuelvas, Ingeborg» —le había gritado hacia el coche de alquiler donde ella iba sentada sosteniéndose la cara y procurando no balancearse—, «hasta que estés completamente restablecida. Aunque sea una semana. Aunque sean diez días. Que te lo vean todo bien».

El hundimiento de Ingeborg, reducida a una cosa silenciosa y febril de puro dolor, había trastornado el orden de la vida en casa. Su familia lo soportó una semana con perfectos modales y apenas una mirada de reproche. Luego la enviaron al dentista de Redchester, hombre hasta entonces suficiente, que la torturó con empastes provisionales y convirtió en sobresaltos y sacudidas lo que había sido sordo y liso. Entonces, incapaz de resistir la sensación de que un poco de dominio de sí misma habría ayudado mucho, empezó a encontrar molesta la etiqueta del comportamiento cristiano, que exigía que ella siguiera guardando silencio mientras se dejaba llevar cada vez más. El obispo quiso las cosas en vano. Tres veces tuvo que despedirse él mismo en la estación, sin que nadie fuera a esperarlo cuando volvía. Los botones, por no ajustárselos a tiempo, se le saltaban de las polainas, y lo hacían en lugares tan poco propicios como los vagones de ferrocarril. Quedaron cartas sin responder, y de las importantes. Compromisos, de los vitales, se incumplieron por falta de quien se los recordara. Por fin quedó claro, cuando ella pareció ni siquiera desear responder si le hablaban ni moverse si la llamaban, que aquella apatía y aquel esconderse a rastras no se podían soportar más. Contra toda tradición, contra

todo principio del hogar, dejaron suelta a una hija joven y soltera. Con reticencia ofendida la enviaron a Londres, a una celebridad en dientes —al fin y al cabo no era como si fuese solo a divertirse—. «Y que su tía nos perdone» —dijo el obispo—, «por disponer de ella así, sin previo aviso».

La tía, señora seria y fuerte, tenía compromisos con reuniones políticas en el norte, y había partido hacia ellas aquella misma mañana, dejando una carta y su casa a disposición de Ingeborg mientras el dentista la necesitara. El dentista, siendo el mejor que el dinero podía comprar, apenas la necesitó. Se abalanzó certero y sin vacilar sobre la muela correcta y la arrancó. No hubo empastes, ni demoras, ni dolor, ni tía. Nunca se despejó una vida de manera tan hermosa. Ingeborg bajó por Harley Street libre, y con diez libras en el bolsillo. Para lo que quedaba de aquel día, y para una hora o dos de la mañana siguiente antes de salir hacia Paddington y hacia casa, podía hacer exactamente lo que quisiera.

«Pero si no hay nada que me impida ir a *cualquier* sitio esta noche» —pensó, parándose en seco al ir amaneciendo poco a poco sobre ella toda la gloria de la situación—. «Pero si podría salir a cenar a algún sitio verdaderamente grandioso, tal como hace la gente, supongo, en todos esos libros que no me dejan leer, y luego podría ir al teatro: nadie podría impedírmelo. Pero si podría ir a un music-hall si quisiera, ¡y *aun así* nadie podría impedírmelo!».

Audaces fantasías que la hacían reír —no había reído en semanas — entraban y salían disparadas de su atareado cerebro. Se vio a sí misma, con su vestido color ratón, reduciendo a camareros de sitios de mármol y dorados al respeto y la esclavitud con solo enseñarles sus diez libras. Se construyó vívidos tejidos de posibles hazañas atrevidas, y sonrió a su reflejo en los escaparates al pasar, a la sobriedad, a lo irreprochable de la funda que contenía aquellas imaginaciones al rojo vivo. Pero si hasta podía alquilar un coche: bastaba con telefonear, y en cinco minutos lo tenías allí, para irse en el crepúsculo a Richmond Park o a Windsor. Nunca había estado en Richmond Park ni en Windsor; no había estado en ninguna parte;

pero estaba segura de que allí habría murciélagos y estrellas, y agua, y la suave penumbra de los árboles y el olor a tierra mojada, y podría pasear un poco en coche por allí, despacio, para *sentirlo* todo, y luego volver y cenar en alguna parte —cenar en el Ritz, pensó, del que había leído deprisa con el rabillo del ojo, entre dos apariciones del obispo, en las partes más interesantes del *Times*—; entrar allí como quien no quiere la cosa, ya se sabe. O podía cenar primero; sí, cenar primero: cenar en el Claridge's. No, en el Claridge's no; tenía una tía que se alojaba allí, otra distinta, hermana de su madre, rica y poderosa, y siempre era mejor no despertar a las tías ricas y poderosas. Cenar en el Thackeray Hôtel, quizá. Allí se alojaban los parientes de su padre, hombres de aspecto distinguido y serio que en otro tiempo habían sido coadjutores y, todavía antes, bebés buenos y hermosos. Quedaba cerca del Museo Británico, según había oído. Su nombre y su entorno sugerían una magnificencia de tipo más noble que la del Ritz. Sí, cenaría en el Thackeray Hôtel y estaría espléndida.

Al llegar entonces a un escaparate lleno de comida, cayó en la cuenta de que, maravillosamente, y por primera vez en semanas, tenía hambre; tanta hambre que no quería ni cena ni cosa alguna futura, sino algo ahora mismo. Entró; y todas sus doradas visiones del Ritz y del Thackeray Hôtel quedaron anegadas en una taza enorme —sintió lo legítima y apropiada que era aquella bebida para la hija de un obispo sin acompañante, y pidió el tamaño más grande, que costaba cuatro peniques— de cacao de la Aerated Bread Shop.

Eran las seis cuando salió, asombrosamente nutrida, de aquel extraño lugar donde hombres mayores de espalda alargada y ojos cansados comían a toda prisa huevos escalfados en frías mesitas de mármol sin mantel, y siguió calle abajo por Regent Street.

Se sentía ahora extrañamente asentada de ánimo. Ya no quería ir al Ritz. Es más, la idea de cenar en cualquier parte, con el cacao revistiéndola por dentro como una prenda —una prenda gruesa de invierno, pensó, casi como las pieles más apretadas—, le resultaba repugnante. Seguía sintiéndose emprendedora, pero un poco

entorpecida. Pensaba ahora más bien en cosas como el aire fresco y el ejercicio. Ya no era para ella el calor y el brillo de un music-hall. Había en aquella bebida pura un sabor irreconciliable con los music-halls, una propiedad satisfactoria en su pureza, en su cuidada limpieza, que le recordaba que era hija de un obispo. Alejándose de la Aerated Bread Shop con bastante gravedad, se acordó de que tenía una madre en el sofá; una hermana única tan hermosa que resultaba conmovedora; y una clase de muchachos, antes revoltosos y que ahora la admiraban; tenía, en suma, una posición que mantener. Seguía feliz, pero feliz ya de un modo del todo decente; y probablemente habría vuelto, así entrada en calor y consolada, a casa de su tía en Bedford Square, a pasar la noche con un libro y acostarse temprano, si no le hubiera llamado la atención un cartel a la puerta de una especie de agencia por la que pasaba, un dibujo de agua y montañas, con estas palabras escritas en letras grandes:

UNA SEMANA EN LA HERMOSA LUCERNA SIETE DÍAS POR SIETE GUINEAS

QUIENES DESEEN APUNTARSE AL PRÓXIMO VIAJE PREGUNTEN DENTRO

Y es que la abuela materna de Ingeborg había sido sueca, una criatura recia y diestra con los esquís, una mujer joven cuando la sorprendió, cazándola, el desvaído turista inglés que era el abuelo de Ingeborg, empapada como estaba de lecturas francas y de pensamiento, y del olor de los bosques que allí abundaban, y de fresas silvestres y nata agria. Había vivido, hasta el día en que por algún motivo del todo indescifrable se dejó casar con aquel extraño de horizontes estrechos, en medio de grandes cosas hermosas: grandes extensiones de agua, grandes montañas, grandes vientos, grandes soledades; e Ingeborg, que nunca había salido de Inglaterra y había pasado años en el blando y empapado oeste, al ver el dibujo del gran lago y el gran cielo en el escaparate de Regent Street, sintió una repentina opresión en el corazón.

Eran los dedos de su abuela.

Se quedó mirando fijamente el dibujo, medio recordando, esforzándose por recordar del todo algo hermoso y esquivo y remoto que una vez había conocido —ah, que una vez había conocido—, pero que de algún modo seguía olvidando. Las urgencias de la vida diaria en el ámbito episcopal, la persecución sin resuello de sus deberes, el esfuerzo de todo el día por darles alcance y estar a la par con ellos, los botones del obispo, los discursos del obispo, las salidas del obispo en tren, su omnipresencia cuando estaba en casa, su masa devoradora de correspondencia cuando estaba fuera —«Es mi mano derecha», solía decir con solemne elogio—, las meriendas de Redchester a las que su madre no podía ir por culpa del sofá, las fiestas campestres del condado a las que había que llevar a Judith, las visitas, las tómbolas benéficas, los oficios de la catedral, la prisa, el ruido —la vida en casa parecía la cosa más ruidosa del mundo—; todo esto había sofocado y escondido, abatido, apagado y acallado aquella parte suya, tan importante y tan poco reconocida, aquel poco de abuela agazapada en ella. Ahora, sin embargo, esta dama recia pero impulsiva se alzaba dentro de ella con toda su fuerza. Su nieta se encontraba justo en el estado idóneo para dejarse influir. Allí estaba, mirando fijamente, anhelando, hirviendo de Escandinavia, y a punto ya de discutir consigo misma.

¿Y por qué no había de hacerlo? El obispo, como había observado con asombro a primera hora de la tarde, parecía haberse desvanecido, bastante pálido, allá a lo lejos. Y ya se habían tomado disposiciones. Él había contratado un secretario suplementario; se había avisado a su capellán; Judith iba quizá a ocuparse de algo; su madre se quedaría a buen recaudo en el sofá. No la esperaban de vuelta antes de una semana, como mínimo, y tanto más tiempo cuanto le doliera la muela. Si aún tuviera la muela en la boca, le *estaría* doliendo. Si el dentista hubiera decidido empastarla, habrían hecho falta quince días antes de que se pudiera dominar un dolor tan espantoso como aquel, de eso estaba segura. Y las diez libras que su padre le había dado para taxis, propinas y otros gastos sueltos, repartidas a lo largo de quince días, ¿qué habría quedado de ellas de todos modos? Además, él lo había dicho —y en efecto el

obispo, deseoso de no restar ni un ápice a su generosidad en todo aquel enojoso asunto, lo había dicho, y lo había dicho con ese fuerte sabor de Escritura que se le pegaba hasta a sus expresiones más informales—, que podía quedarse con lo que sobrara para que no se perdiera nada.

—Tu padre es muy bueno contigo —dijo su madre, en cuya postrada presencia se había hecho el regalo—; «pero los obispos» —relampagueó por la mente indisciplinada y a tirones de Ingeborg— «tienen que ser buenos» (aunque atrapó el relámpago y lo sofocó antes de que llegara a medio camino)—: podrás comprarte un sombrero de primavera.

—Sí, madre —dijo Ingeborg, sujetándose la cara.

—Y yo diría que también una blusa —dijo su madre, pensativa.

—Sí, madre.

—Querida, recuerda que yo *necesito* a Ingeborg aquí —dijo el obispo, inquieto ante esa visión de una hija indispensable retrasada por culpa de las blusas—. No olvidarás eso, claro está, Ingeborg.

—No, padre.

Y aquí estaba, olvidándolo. Aquí estaba, delante de un cartel cualquiera, olvidándolo. Lo que el Ritz y el Thackeray Hôtel, con todos sus encantos, no habían logrado, lo logró aquel dibujo tosco. Olvidó al obispo —o más bien, a esa distancia, él le parecía algo tan pequeño, tan poquita cosa, una diminuta figurilla negra con una pincelada de blanco en lo alto, comparado con aquella visión de tierra y cielo espléndidos, que ella, deliberadamente, se negó a recordarlo—. Olvidó su trabajo acumulado. Olvidó que todos sus movimientos debían antes ser autorizados. Un torbellino de escandinavismo, de violento anhelo de libertad y aventura, pareció apoderarse de ella, alzarla de la calle y arrojarla a un lugar de mapas y horarios y solícitos jóvenes enmarcados en caoba.

—¿Cuándo... cuándo...? —tartamudeó sin aliento, señalando un duplicado del mismo cartel que colgaba dentro—. ¿Cuándo sale el

próximo viaje?

—Mañana, señora —dijo el joven sobre quien había caído su pregunta.

Le sobrevino una solemnidad. Sintió que era la Providencia. Dejó de discutir. Ni siquiera intentó resistirse. —Me voy —anunció.

Y sus diez libras se convirtieron en dos libras trece chelines, y se alejó sin ser consciente de nada más que de que, al día siguiente mismo, se marcharía.

Capítulo II

A la mañana siguiente la recogió en Charing Cross el guía oficial de aquella excursión de Dent's, y la metió de un barrido en un vagón de segunda clase con otros nueve excursionistas; y en el compartimento de al lado había más —llegó a contar dieciocho a la vez, apiñados en torno al guía haciéndole preguntas—; y además de estos había una multitud de viajeros corrientes que se afanaban de un lado a otro con caras de vacaciones, y varias parejas de fugados, y cada una de aquellas personas parecía, como ella, ansiosa por partir.

Las parejas de fugados, a juzgar por sus rostros demacrados, se veían desgarradas por las dudas, y quizá ya también por el arrepentimiento; pero Ingeborg, aunque estaba engañando a su padre —que, por ser obispo, debería haberle merecido una inviolabilidad especial—, y a su madre —que, por estar postrada en el sofá, debería haber apelado a su buena naturaleza—, y a su hermana —que, por ser exquisita, debería haber quedado a salvo de cualquier sombra capaz de empañar su belleza—, no sentía ninguno de esos remordimientos. Se había asustado aquella mañana mientras hacía el equipaje y se disponía a salir de casa de su tía. La inmensa convicción de la servidumbre de que se iba a casa la acobardó. Y había tenido que decir pequeñas cosas —Paddington, por ejemplo, al taxista, cuando sabía que quería decir Charing Cross —, y se había ruborizado al rectificarlo a través de la ventanilla. Pero allí estaba, y había una multitud de gente haciendo exactamente lo mismo, cuya alegría segura, salvo en el caso de aquellas parejas

raras y tristes, resultaba contagiosa, y se sintió a la vez a salvo y como si fuera la criatura más normal del mundo.

«Qué *divertido*» —pensó, con la sangre bailándole mientras contemplaba el andén bullicioso y agitado—, «qué *divertido*».

Muchas veces había estado en la estación de Redchester acompañando a su padre en sus salidas, pero qué manera de partir aquella, comparada con esta algarabía. Había bullicio, desde luego, porque los trenes no esperan y la gente no se aparta, pero el bullicio del obispo, sobre todo cuando su fin eran las confirmaciones, se desarrollaba con una especie de ofendida frialdad; no había vida en él, pensó, recordándolo, no se dejaba llevar. Por otra parte, reflexionó, procurando ser justa, no se podían arrebatar de manera ilícita cosas como las confirmaciones, del modo en que se podía arrebatar una excursión de Dent's y devorarla en secreto con un gozo temeroso y oculto. Se sentía, pensó, como debe de sentirse un bulbo en el momento supremo en que asoma con éxito su pequeña lanza a través de la tierra que ha soportado todo el invierno, y de pronto la saca a la luz y el esplendor del mundo. ¡La libertad de aquello! ¡El gozo de quedar *libre*!

Los excursionistas del vagón se esforzaban por llegar a la ventanilla pasando por encima de sus pies, para decir cosas a sus amigos de fuera. Todos hablaban a la vez, y el vagón se llenó de ruido y de aspavientos. Los amigos del andén no podían oír, pero asentían y sonreían con simpatía, y de cuando en cuando gritaban que la travesía iba a ser buena. A todos los despedían, salvo a ella y a las parejas de fugados; de hecho, se los reconocía por los huecos a lo largo del andén. Ella se sentó bien hacia atrás en su asiento, procurando hacerse lo más discreta posible y recoger los pies para que no estorbaran, hija típica de la Inglaterra provinciana, de un hogar cuidadoso y del clero más costoso, bien vestida, discreta y gris. Su suave sombrero color ratón, tal como la moda de aquella primavera seguía dictando en el oeste, le caía bien sobre los ojos y las orejas, y bajo él retozaban unos rizos alegres de cabello de tono escandinavo. Su carita quedaba engullida por la sombra del

sombrero; se veía una boca generosa, de comisuras alegres, y las aletas de una nariz selecta, y había una impresión de pecas y de una piel muy clara y soleada.

El caballero alemán, cuadrado, sentado enfrente de ella, que no conocía a nadie en Londres y se encontraba por eso, aunque por un motivo distinto y honorable, en su misma situación de no tener a nadie que lo despidiera, llenaba el tiempo mirándola fijamente. Sin la menor conciencia de que aquello pudiera resultar embarazoso, se quedó allí sentado, mirando. Con la más absoluta unidad de propósito, deseaba ver el resto de ella, momento en el que podría determinar si era guapa o no.

Ingeborg, absorta en la desaforada excitación del andén, no había reparado en él; pero en cuanto el tren se puso en marcha y los demás pasajeros se acomodaron en sus asientos y empezaron esa furtiva vigilancia mutua que pronto había de resolverse en conocimiento, supo que había algo grande y firme enfrente, concentrado en ella.

Alzó la vista rápidamente para ver qué era, y por un instante sus ojos, corteses e inteligentes, le sostuvieron la mirada. Él decidió que se había quedado corta de guapa, y con un ligero pesar se preguntó en qué estaría pensando Dios.

«Engordada... sí, es posible» —pensó—. «Engordada... sí, quizá».

Y siguió mirándola fijamente porque ella daba la casualidad de estar justo enfrente, y no había nada más que mirar, salvo túneles.

Los demás excursionistas iban todos por parejas; creyeron que Ingeborg también, y al principio la tomaron por la esposa del caballero alemán, porque él no le dirigía la palabra. Había dos parejas de señoritas, una de damas de edad más madura, y una de jóvenes formales que se citaban mutuamente a Balzac casi antes de llegar a New Cross. En efecto, un sorprendente ambiente de cultura impregnaba el compartimento. Ingeborg estaba asombrada. Salvo las damas más maduras, que se empeñaban en hablar de Shoolbred, todos los demás no tardaron en decir cosas eruditas. Balzac, Blake,

Bernard Shaw y la señora Florence Barclay iban y venían de un lado a otro del vagón con la misma ligereza y familiaridad que si fueran pelotas. En el rincón del fondo se comparaba a Browning con Tennyson; en el centro, a Dickens con Thackeray. Las dos señoras mayores, que se aferraban a Shoolbred, formaban una especie de dique entre aquellos desbordamientos de erudición y el remanso silencioso en el que Ingeborg y el caballero alemán permanecían encalmados. Al poco, gracias a una cortesía que no permitía que se rozara ni la más remota prenda o pertenencia de nadie sin que mediara un «disculpe» y se respondiera con un «no tiene importancia», se fueron trabando amistades; se ofrecieron bombones; se presentaron unos a otros; por un breve espacio las gorras de los jóvenes apenas se sostuvieron sobre sus cabezas, y el aire se llenó de murmullos de satisfacción. Pero las dos señoras maduras, apasionadamente absortas en Shoolbred, siguieron represando a Ingeborg y a su vecino de enfrente en un aislamiento estancado e infructuoso.

Intentó atisbar, rodeando a la señora de al lado, que sobresalía como una montaña con poderosas peñas encima, para ver a las tres personas escondidas en el valle de más allá. Los atisbos de sus rodillas revelaron que eran iguales a las del asiento de enfrente. Eran rodillas pulcras, algo raídas; no con la delicada raídez de su propia casa, el palacio de Redchester, donde los esplendores de piedra labrada, roble negro y vidrio antiguo se guardaban de ostentar demasiado a las claras su valor incalculable ante los ojos de los partidarios locales del Desestablecimiento, gracias a una cristiana escasez en materia de alfombras, sino rodillas económicas porque tenían que serlo. ¿Quiénes eran aquellas chicas y aquellos jóvenes, y las dos señoras opulentas, y el hombre de cabeza vasta y espesa y mirada inalterable? Toda gente que hacía cosas, estaba segura. No cualquier cosa, como ella, sino cosas regulares que empezaban y acababan a horas fijas, que se pagaban. Por eso podían hacer con franqueza y honor lo que ella arrebataba furtivamente en un rincón. Por un breve instante asombroso fue consciente de que le gustaba *más* el modo del rincón. Desconcertada por esto, pues de ningún

modo podía conciliarlo con el obispo, con la catedral, con el hogar, ni con ninguno de sus pensamientos de allá abajo mientras estaba envuelta en aquellas tres influencias absorbentes, intentó seguir el consejo tantas veces repetido de su padre y mirar dentro de sí misma. Pero no le sirvió de mucho. Vio, en efecto, que estaba haciendo algo escandaloso, pero por otro lado era muy feliz, más feliz de lo que nunca había sido en Redchester, atiborrada de legítimos gozos episcopales. Había una viveza en aquel gozo, el frescor salado de algo alegre e indefendible hecho en secreto. Miró de reojo un instante hacia el arrepentimiento, pero casi al momento decidió que eso era algo que venía después. Primero se hacía lo que se tenía que hacer. Había que hacerlo, por supuesto, o si no, no podría haber arrepentimiento.

Se sentó muy erguida, el rostro iluminado por aquellos pensamientos que a un tiempo la divertían y la asustaban, los labios entreabiertos, los ojos radiantes, dispuesta a lo que la vida quisiera ofrecerle.

«Engordada un poco» —pensó el caballero alemán—; «con un poco bastaría, probablemente».

Habría una noche en París —sin tiempo de verlo, pero no se podía tener todo, y París era París—, y a la mañana siguiente otra vez al tren, y abajo, abajo, todo cuesta abajo por el mapa de Francia hasta Basilea, la Puerta de la Belleza, sin duda de una belleza celestial, y luego se llegaba allí, y había cinco días enteros de maravilla, y luego...

Sus pensamientos vacilaron. Pues entonces, supuso, haciendo un esfuerzo, se empezaba a volver. Y luego...

Pero aquí le pareció más prudente no seguir pensando.

—Disculpe, ¿le importaría subir esa ventanilla? —preguntó la señora sentada a su derecha.

—Ah, no —dijo Ingeborg, lanzándose hacia la correa con esa prontitud para ayudar y obedecer en la que tan cuidadosamente la habían adiestrado.

Estaba dura, y ella forcejeó con torpeza, preguntándose un poco por qué el hombre de enfrente se limitaba a mirar.

Cuando por fin la subió, él se desanudó la bufanda de lana del cuello y se desabrochó el botón superior del abrigo.

—Por fin —dijo con voz de alivio, exhalando un suspiro enorme.

La miró y sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa al instante. Cualquier jirón de timidez que aún pudiera quedarle adherido de sus primeros años se le había desprendido definitivamente cuando Judith, aquella asombrosa pieza de belleza, hizo su presentación en sociedad.

—¿Tenía usted frío? —preguntó, con el interés amistoso de un muchacho.

—Naturalmente. Cuando las ventanillas están abiertas, uno tiene siempre frío.

—¡Ah! —dijo Ingeborg, a quien nunca se le había ocurrido pensar en eso.

Por su manera de hablar advirtió que era extranjero. Por el cuello vuelto y la corbata blanca bajo la bufanda abierta, se dio cuenta también de que era ministro de una religión. «Cómo me persiguen» —pensó—. Hasta aquí, hasta en un vagón reservado solo a los excursionistas de Dent's, se había filtrado uno de ellos. Vio también que tenía la tez de un tono pardo apagado, y que su cabello, pardo también, cortado al rape y espeso, parecía hecho de piel de castor.

—Pero para eso están las ventanillas —dijo, tras reflexionar sobre ello.

—No.

Las dos señoras corpulentas dejaron a Shoolbred en suspenso mientras se miraban la una a la otra.

Consideraron atrevido el comportamiento de Ingeborg. No debería haber hablado ella primero. Era imposible, en una excursión de Dent's, no hacer amistades —de hecho, el aspecto social de estas

excursiones es lo más importante—, pero había reglas. El otro extremo del vagón había observado las reglas. Las dos señoras esperaban no haberse apuntado a nada que no fuera de lo más distinguido. El otro extremo había cumplido las reglas con rígido *savoir-vivre*: había rozado y pisado por accidente; se había disculpado; había visto aceptadas sus disculpas; había presentado y sido presentado; y de ese modo había despejado el camino hacia los bombones.

—¿No? —repitió Ingeborg con aire inquisitivo.

—La abertura estaba ahí primero —dijo el caballero alemán.

—Por supuesto —dijo Ingeborg, viendo que él esperaba que lo admitiera.

—Y en la plenitud de los tiempos vino el hombre, y mecánicamente la cerró.

—Sí —dijo Ingeborg—. Pero...

—En consecuencia, la función de las ventanillas es cerrar aberturas.

—Sí. Pero...

—Y no abrir lo que, sin ellas, ya estaba abierto.

—Sí... pero...

—Sería ilógico —dijo el caballero alemán con paciencia— sostener que su función es abrir lo que, sin ellas, ya estaba abierto.

Tranquilizadas por la palabra «ilógico», que era una palabra bonita, bien conocida y del todo dentro del espíritu de una excursión de Dent's, las dos señoras retomaron a Shoolbred donde lo habían dejado.

—El primer día que estuve en Inglaterra actué con lógica, y cerré todas y cada una de las ventanas de mi casa de huéspedes. Entonces descubrí que eso agriaba el ambiente a mi alrededor.

—Lo espesaría —asintió Ingeborg, interesada.

—Así fue. Y como mi vocación es, al fin y al cabo, la de la paz, y mi visita tan corta que cualquier cosa que sucediera se podía soportar, renuncié a la lógica y compré en su lugar una bufanda de lana. Esta misma. Después me entregué sin reservas a su aire.

—¿Y le gustó?

—Me hizo recordar con placer que pronto volvería a casa. En Prusia Oriental hay, por un lado, inconvenientes; pero, por otro, hay ventanas dobles, estufas y una justa proporción de plumas para la cama de cada uno. Hasta que las corrientes de aire y las mantas de la casa de huéspedes me fortalecieron para soportar en vez de disfrutar, había pensado que mis vacaciones eran demasiado cortas, y cuando recordaba mi vida y mi trabajo en casa —mi vida y mi trabajo oficiales—, me habían venido pareciendo mezquinos.

—¿Mezquinos? —dijo Ingeborg, con los ojos puestos en su corbata blanca.

—Mezquinos. Las corrientes de aire y las mantas de la casa de huéspedes me curaron. Vuelvo con gusto. Mi vida allí, me digo, será mezquina, pero es cálida. Así —añadió, sonriendo— aprende un hombre a estar contento.

—¿Enseñado por corrientes de aire y mantas?

—Enseñado por marcharse.

—¿Ah, sí? —dijo Ingeborg. ¿Acaso la Providencia la había llevado hasta aquel cartel solo para que aprendiera a estar contenta? ¿Es que las excursiones de Dent's las dirigía en realidad, con fines educativos, la Providencia?

—Pero... —empezó, y se detuvo.

—Es necesario marcharse para poder volver —dijo el caballero alemán, otra vez con paciencia.

—Sí. Claro. Pero...

—La principal utilidad de unas vacaciones es hacer que a uno le entren ganas de haberlas terminado.

—Ah, *no* —protestó ella, con el gozo de las vacaciones en la voz.

—Ah. Usted está en el principio.

—En el mismísimo principio.

—Y sin embargo, al final, usted también volverá a casa reconciliada.

Ella lo miró y sacudió la cabeza.

—No creo que «reconciliada» sea exactamente... —se detuvo, pensativa—. ¿Reconciliada con qué? —prosiguió—. ¿Con la mezquindad, también?

Las dos señoras vacilaron en su conversación, y lanzaron una mirada a Ingeborg, y luego se miraron entre sí.

—Quizá no con la mezquindad. Usted no es pastora.

Hubo una clara contención del aliento por parte de las dos señoras. Las lentas palabras del caballero alemán cayeron con toda claridad sobre su repentino silencio.

—No —dijo Ingeborg—. Pero qué tiene eso que...

—Yo sí lo soy. Y es una vida mezquina.

Ingeborg sintió un ligero cuajarse por dentro. Pensó en su padre —también, si a eso vamos, un pastor—. Estaba segura de que no había nada en cuanto él hacía que a él le pareciera mezquino. Su vida era magnífica e importante, llena hasta rebosar de una espléndida utilidad, y con tendencia a llenar también hasta rebosar la vida de todo el que caía dentro de su alcance. Pero él, claro está, era un príncipe de la Iglesia. Aun así, había pasado por todas las etapas de la Iglesia, empezando humildemente; y sin embargo dudaba de que, en algún momento de su carrera, la hubiera mirado y la hubiera considerado mezquina. ¿Y no era, en efecto, la carrera más elevada de todas? Por muy sin aliento y ajetreadas que dejara a sus parientas mujeres en sus tramos más altos, y por muy penosa que fuera en los más bajos, ¿no era la más alta de todas?

Pero aunque estaba cuajada por dentro, estaba interesada.

—No estaría mal —prosiguió el pastor, mirando por la ventanilla unas tierras bien cultivadas por las que iban pasando— de no ser por los domingos.

Otra vez se cuajó por dentro.

—Pero...

—La estropean.

Ella guardó silencio; y el silencio de las dos señoras pareció cobrar un frío glacial.

—Es el hábito fatal de los domingos —prosiguió, siguiendo con los ojos las tierras que iban desapareciendo— el de repetirse.

Hizo una pausa, como esperando que ella asintiera.

Tuvo que hacerlo, porque era una verdad de la que no se podía escapar. —Sí —dijo, a regañadientes—. Claro. Es su naturaleza. — Entonces una oleada de recuerdos rompió de pronto sobre ella, y añadió con calor—: ¡Y de qué manera se repiten!

El frío de las señoras pareció asentarse. Se hizo pesado.

—Interrumpen el trabajo de uno —dijo él.

—Pero si *son* su trabajo —dijo ella, desconcertada.

—No.

Ella se quedó mirándolo fijamente. —Pero... —empezó—, un pastor...

—Un pastor también es un hombre.

—Sí —dijo Ingeborg—, pero...

—Sin duda habrá observado usted que, invariablemente, es también un hombre.

—Sí —dijo Ingeborg—, pero...

—Y un hombre de inteligencia —yo soy un hombre de inteligencia — no puede llenar su vida con los escasos materiales que ofrece la

práctica de los preceptos de la Iglesia luterana.

—Ah..., la Iglesia *luterana* —dijo Ingeborg, agarrándose a un clavo ardiendo.

—Cualquier iglesia.

Ella guardó silencio. Sintió lo inmensamente que aquello le habría disgustado a su padre. Sintió que era una maldad quedarse allí sentada escuchando. Sintió también, cosa extraña y terrible de observar, que se sentía reconfortada.

—Entonces... —empezó, frunciendo el ceño, porque de verdad aquello, en el mejor de los casos, era de mal gusto, y el mal gusto, siempre se lo habían enseñado, era lo peor de todo; ¡ah, pero qué agradable era, un poquito de él, después de los pantanos de buen gusto por los que una chapoteaba en las ciudades catedralicias! Frunció el ceño, horrorizada de sus propios pensamientos—. Entonces, ¿con qué *llena* usted su vida?

—De estiércol —dijo el caballero alemán.

Las señoras dieron un respingo en su asiento.

—¡Es...! —empezó Ingeborg; y se detuvo.

—Me dedico a intentar enseñar a los campesinos de mi parroquia cómo cultivar mejor sus pobres parcelas de tierra.

—Ah, ¿de veras? —dijo Ingeborg, cortésmente.

—Lo hago con el ejemplo. No atienden a las palabras. He comprado unas hectáreas y experimento delante de sus ojos. Nuestra tierra es la peor de Alemania. Es inconcebiblemente ingrata. Y los campesinos se le parecen.

—Ah, ¿de veras? —dijo Ingeborg.

—El resultado de la combinación es la pobreza.

—Entonces supongo —dijo Ingeborg, recordando los métodos del obispo— que usted predica la paciencia.

—¡La paciencia! Yo predico el estiércol.

Otra vez, ante la terrible palabra, las señoras dieron un respingo.

—Es —dijo él solemnemente, con los ojos brillantes de entusiasmo — el fundamento de la grandeza de una nación.

—No lo había pensado así —dijo Ingeborg, viendo que él esperaba.

—Pero entonces, ¿de qué depende un Estado, en última instancia?

Ella no se atrevió a decirlo, porque parecía haber tantas respuestas posibles.

—Naturalmente, de su agricultura —dijo el pastor, con la leve irritación de quien se ve obligado a detenerse en lo obvio.

—Por supuesto —dijo la dócil Ingeborg, adiestrada en la aquiescencia.

—¿Y de qué depende la agricultura, en última instancia?

Con un destello de inspiración, ella aventuró: —Del estiércol.

Por tercera vez las señoras dieron un respingo, y la que estaba a su lado apartó su falda.

Él mostró su aprecio por la inteligencia de ella asintiendo despacio.

—Una nación debe ser alimentada —dijo—, y los campos vacíos no alimentan a nadie.

—Por supuesto que no —dijo Ingeborg.

—De modo que es el elemento principal de todo progreso; porque la raíz del progreso solo florece en un estómago lleno.

Las señoras se pusieron a abanicarse con violencia, nerviosamente, una con el *Daily Mirror* y la otra con *Answers*.

—Por supuesto —dijo Ingeborg.

—Primero —dijo el caballero alemán—, se llena el estómago...

La señora sentada junto a Ingeborg hizo un brusco movimiento, alargándose sobre ella hacia la correa.

—Disculpe, ¿le importaría bajar esa ventanilla? —dijo con una especie de arrebato.

El caballero alemán, cortado en su discurso, aprovechó el intervalo mientras Ingeborg abría la ventanilla para volver a abrocharse el abrigo con cuidado y paciencia, y recolocarse la bufanda.

Cuando hubo atendido a estas cosas, reanudó su entusiasmo; parecía volver a encenderlo, como quien acciona un interruptor.

—¡Sus infinitas combinaciones! —exclamó—. ¡Sus infinitas variedades! Kali, Kainita, Salitre de Chile, Superfosfatos —desgranaba las palabras como si fueran el versículo de un salmo—. Cuando me encierro en el pequeño laboratorio que he construido, encierro conmigo toda la vida, toda la ciencia, todas las posibilidades. Analizo, sintetizo, separo, reduzco, combino. Toco las estrellas. Remuevo las profundidades. El mundo cotidiano queda olvidado. Lo olvido todo, en efecto, salvo mi investigación. E invariablemente, en los momentos más profundos, más exaltados, alguien llama a la puerta y me dice que ya es domingo otra vez, y que si quiero salir a predicar.

Él la miró indignado, reclamando compasión. —¡Predicar! —repitió.

—Entonces, ¿por qué —preguntó ella, con el valor de la curiosidad — es usted pastor?

—Porque mi padre me hizo serlo.

—Pero ¿por qué sigue siéndolo?

—Porque un hombre tiene que vivir.

—No debería querer hacerlo —dijo Ingeborg, con un ligero rubor, pues la habían adiestrado cuidadosamente en la timidez a la hora de expresar opiniones (el obispo lo llamaba «ser femenina»)— no debería querer vivir a costa de sus convicciones.

—Sin embargo —dijo el pastor—, lo hace.

—Sí —dijo Ingeborg, obligada a admitirlo; ni siquiera en Redchester eran desconocidos los casos—. Lo hace —dijo, asintiendo —. Claro que lo hace. —E, incapaz de ser menos honesta que el pastor, añadió—: Y también lo hace una mujer.

—Naturalmente —dijo el pastor.

Ella lo miró un instante, y luego dijo impulsivamente, atrayéndose un poco hacia él con ayuda de la correa de la ventanilla:

—*Esta* mujer lo hace. Lo está haciendo ahora mismo.

Las dos señoras intercambiaron una mirada y agitaron los abanicos más deprisa.

—¿Qué mujer? —preguntó el pastor, cuyo dominio del inglés, aunque maduro, no era ágil.

—Esta —dijo Ingeborg, señalándose a sí misma—. Yo. Estoy viviendo en este mismo instante: voy dando vueltas en este tren, me estoy escapando para pasar estas vacaciones *enteramente* a costa de mis convicciones.

Capítulo III

Después de esto no cabía esperar que la Excursión de Dent mirase con buenos ojos ni a Ingeborg ni al caballero alemán. ¿Fugarse? Y en Dover ocurrió algo que remató su frialdad.

El tren había aminorado la marcha, y los excursionistas, puestos en movimiento, se habían levantado todos expectantes, balanceándose con las maletas y los paraguas ya en la mano, salvo Ingeborg y el pastor. El tren se detuvo, y los dos que estaban junto a la puerta seguían sin moverse. Tan interesados estaban en lo que se decían que continuaron sentados allí, taponando bárbaramente la cola congestionada del interior del vagón, mientras torrentes de pasajeros debidamente liberados desfilaban ante la ventanilla camino de los mejores puestos del barco.

La cola se agitaba y esperaba, aferrada a sus buenos modales hasta el último instante posible, bastante angustiada —con la excepción de las dos señoras, a quienes las cosas que habían tenido que escuchar habían empujado hasta el mismísimo borde de la naturalidad— por temor a verse obligada a mostrar lo que sentía (pues lo que uno siente, habían descubierto con sorpresa los excursionistas de Dent, resulta siempre, de algún modo, de mala educación), y pasaban los segundos y allí seguía, contenida, agitándose.

Entonces el pastor, contemplando con amplio y sosegado interés a la gente que se agolpaba junto a la ventanilla, gente desfigurada por las prisas y la codicia de los mejores puestos del barco, dijo, con voz

de queja suave pero penetrante, como si en aquel instante de congestión no viera sino ocio propicio para la reflexión en voz alta: —¿Por qué hará el buen Dios tantas viejas feas?

Fue entonces, al decir él esto, cuando la señora montañosa que encabezaba la cola arrojó los modales por la borda y se dejó llevar sin ningún freno. —¿Me *permitirá* usted pasar? —exclamó. Y no le concedió ni un instante más de gracia, sino que se abrió paso a empujones entre las rodillas de él y las de Ingeborg, seguida torrencialmente por el resto, ya liberado.

—¡Tenernos allí esperando a todos mientras él blasfemaba! —resopló en el andén a su amiga.

Y durante el resto del tiempo que el grupo pasó junto, se retiró, capitaneado por estas dos señoras, a un exclusivismo glacial, fuera del cual, dejados juntos todo el día, Ingeborg y el pastor no pudieron sino hacerse amigos.

Y así lo hicieron. Hablaban y paseaban, subían montañas y visitaban monumentos. Hacían todo lo que Dent había organizado, yendo con él pero sin ser de él, cerrando siempre, por así decirlo, la retaguardia del grupo. Igual de cuidadosos, por ser igual de pobres, evitaban los extras que parecían acechar, tentadores, en cada rincón de la jornada. Su frugalidad era flagrante y escandalizó a los demás excursionistas todavía más que las cosas espantosas que decían. *Qué mal gusto*, sentenció la Excursión cuando, al tercer día, después de haber suscitado críticas por su actitud negativa hacia el té de la tarde y la compra de postales, se negaron a aligerar sus diversas cargas tomando parte en una excursión no incluida, en calesas, a lo largo del lago. Hasta el señor Ascough, el atribulado representante de Dent, los consideraba poco recomendables, y de Ingeborg en particular no lograba entender nada, salvo que, de algún modo, no era de la clase de Dent. Y el caballero alemán, aunque de aspecto más familiar, se volvía groseramente extraño en cuanto abría la boca. *Deslenguado* fue la expresión que empleó la señora más corpulenta al abalanzarse sobre el señor Ascough en Dover para quejarse, añadiendo que, como llevaba años viajando con y por

medio de Dent, se sentía con derecho a exigir que se le limpiase la boca a aquel hombre de inmediato.

—Yo no soy un cepillo de dientes, señora Bawn —replicó el atribulado señor Ascough, ocupado en aquel momento en luchar por respirar y ver algo de luz en medio de su rebaño, que no dejaba de aferrarse a él.

—Entonces escribiré al mismísimo señor Dent —dijo la señora Bawn, indignada.

Y el señor Ascough, intimidado, se abrió paso a duras penas y la siguió por el andén, preguntando de un modo espantoso —realmente parecía persona de poco refinamiento— si, entonces, la conversación del caballero alemán había sido obscena.

—Puedo librarme de él si ha sido obscena, ¿sabe usted? —dijo el señor Ascough—. ¿Lo ha sido?

De modo que la señora Bawn, indignada y desconcertada, se vio obligada, en aras de la dignidad de su condición femenina, a decir que se alegraba de poder informarle de que no sabía qué significaba esa palabra.

Pero el pastor —se llamaba Dremmel, según le dijo a Ingeborg: Robert Dremmel— se tomaba todo lo que ocurría con sencillez. Podían dejarlo de lado, y él jamás lo notaría; podían volverle la espalda, y él jamás lo sabría. Nada de lo que la Excursión de Dent pudiera hacer en materia de ostracismo habría logrado penetrar hasta su conciencia. Habiendo decidido que las señoras del grupo eran feúchas y los caballeros poco interesantes, no volvió a pensar en ellos. Con su habitual concentración de propósito, dirigió al principio toda su atención únicamente a Suiza, que era lo que había pagado por ver, y le pareció grato que la joven de gris se sumara con tanta naturalidad a esa misma concentración. Solo durante las primeras horas había juzgado su naturalidad, su pronta cordialidad, algo impropio de una mujer. Le parecía que producía en exceso la impresión de ser una especie de muchacho. Carecía de esa cohibición que su madre le había enseñado a confundir con la

modestia, y no mostraba, por lo visto, el menor deseo de agradar al sexo opuesto. Se quedó dormida, por ejemplo, hacia el final del largo trayecto, justo delante de él, dejando que la boca se le abriera si le venía en gana, sin que le importase lo más mínimo que él pudiera estar mirándosela.

Herr Dremmel, que además de sus investigaciones agrícolas se enorgullecía de un interés liberal, aunque intermitente, por los encantos femeninos, lamentó estas carencias, pero solo durante las primeras horas. Al final del primer día en Lucerna ya le resultaba grato hacer pareja con ella, femenina o no. Le gustaba hablar con ella. Descubrió que podía conversar con ella como no había sido capaz de conversar con las pocas señoritas de Prusia Oriental que había conocido, pese a la rígida intensidad del deseo de estas de agradarle. Buscó una razón y concluyó que era porque ella se interesaba de verdad. Fuera cual fuese el tema sobre el que él disertaba, ella acudía, según parecía, corriendo a su encuentro. Lo escuchaba con inteligencia, y con una flexibilidad —él ignoraba aún la educación recibida del obispo— rara vez hallada en compañía de la inteligencia. Las personas inteligentes, recordaba él, tienden mucho a discutir y a objetar. Esta joven era inteligente sin discutir, una combinación de lo más cómoda, y antes de formar una opinión definida tenía la graciosa costumbre de plegarse. Y si sus plegamientos se demoraban un tanto, como a veces ocurría, mientras ella intercalaba un *Pero...*, a él le bastaba con repetir con paciencia lo dicho para obtener una admirable y sumisa jovialidad. Él, por supuesto, no podía saber de su severo adiestramiento en la jovialidad.

Al final del segundo día le había contado más sobre su vida, su hogar, su trabajo y sus ambiciones de lo que jamás le había contado a nadie, y ella, a su vez, le había hablado de su vida, su hogar y su trabajo, aunque él no lograba encontrar aquello tan interesante. Ella no tenía ambiciones, le explicó, lo cual él dijo que estaba bien en una mujer. Apenas llegó a percatarse de la existencia del obispo, tan levemente pasaba ella por encima de él.

Al final del tercer día había observado lo que, curiosamente, se le había escapado hasta entonces: que era bonita. No, desde luego, a la manera opulenta de Prusia Oriental, la manera de las curvas generosas y de lo que ahora empezaba a considerar, después de todo, superfluidades, sino con delicadeza y contención. Ya no pensaba que le convendría engordar un poco. Y empezó a fijarse en su ropa, y, tras compararla minuciosamente con la de las demás señoras, le aplicó el adjetivo de elegante.

Al final del cuarto se admitió a sí mismo que, muy probablemente, pronto estaría enamorado.

Al final del quinto supo sin lugar a dudas que la cosa ya había ocurrido; la prueba, para él incontrovertible, era que ese día Suiza se había reducido a no ser más que su telón de fondo.

Hasta el Rigi, observó con interés, no significaba nada para él. Lo subió a pie, él, que jamás subía nada a pie, porque ella quería subirlo. Ascendió jadeando, y olvidó lo mucho que se derretía de calor dentro de su ropa negra, absorto en el placer de mirarla más adelante, apareciendo y desapareciendo entre la luz del sol que caía clara y blanca sobre ella mientras revoloteaba por encima de él entre los troncos de los pinos. Y cuando llegó a la cima, en vez de mirar el paisaje, se sentó en el primer asiento que encontró y se quedó absorto en el modo en que la ardiente luz de la tarde parecía prenderse en su cabello mientras ella permanecía de pie al borde de la explanada, dándole el color de las llamas.

Aquello era muy interesante. Que él recordara, nunca había preferido un cabello a un paisaje. Un curioso resultado, reflexionó, de su inofensiva aventura vacacional.

No había tenido intención de casarse. Tenía treinta y cinco años y se hallaba consagrado a su trabajo. Consideraba que era una labor noble esta demostración paciente, a la ignorancia y al prejuicio, de lo que podía lograrse con la esterilidad del suelo si tan solo se la mezclaba con inteligencia. Vivía razonablemente cómodo en su casa, pues había encontrado a una mujer viuda que, por serlo, había

aprendido la gran lección que solo las viudas llegan de verdad a conocer: que a un hombre hay que dejarlo en paz. Era pobre, y lo que lograba ahorrar mediante rígidas economías iba a parar a las pocas hectáreas de arena que habían de ser la Luz que él tenía que ofrecer para alumbrar a los gentiles. Todo hombre, pensaba, debía ofrecer alguna luz a los innumerables gentiles antes de morir, alguna luz que, por pequeña que fuese, se mantuviera tan clara que no pudieran dejar de verla. Una esposa, había sentido cada vez que consideraba la cuestión —cosa que hacía todos los años a principios de primavera—, se interpondría entre él y su luz. Sería una sombra; y una sombra voluminosa, que todo lo envolvería. Su iglesia y la tarea de predicar en ella ya eran bastante perturbadoras, pero solo eran semanales. Una esposa lo sería a diario. Podía dejarla fuera del laboratorio, se decía, y quizá también fuera de la sala de estar... Cuando se dio cuenta de que estaba considerando seriamente de qué otras habitaciones podría dejarla fuera, y descubrió que querría dejarla fuera de casi todas, él, como hombre sabio y honesto, decidió que lo mejor era dejar en paz a las vírgenes de curvas generosas de la comarca.

La cuestión lo ocupaba puntualmente cada año en los primeros días cálidos de la primavera. El resto del año la olvidaba casi por completo, absorto en su trabajo. Y allí estaba ahora, en la cima del Rigi, un lugar fresco, casi invernal, con la cuestión convertida de pronto en algo tan vivo que, comparados con ella, sus fertilizantes le parecían ridículos.

Examinó con detenimiento este cambio de actitud. Se sentía orgulloso del modo en que se había enamorado; él, un hombre pobre, haciéndolo sin saber siquiera si la joven tenía dinero suficiente, o dinero alguno. Se quedó allí sentado, complacido con esta prueba de que, aunque tuviera treinta y cinco años, todavía era capaz de ser temerario. Le agradaba enormemente comprobar que se sentía tan atraído que, si resultaba que ella no tenía un céntimo, aun así lograría casarse con ella, y lo haría posible mediante una serie de magistrales escaramuzas financieras, la principal de las cuales sería el despido de la viuda y la sustitución de su grisura, de

aquel efecto suyo de haber sido cortada en flor aunque no hubiera habido flor, por este sol hecho persona. El tacto de la joven, del que ya había visto varias muestras, la llevaría a confinar su sol a los momentos oportunos. No dejaría que se desbordara sobre sus horas de trabajo. Además, el matrimonio era un gran reajustador de valores. Después de él, no dudaba de que su esposa caería con toda naturalidad en su lugar, que sería, aunque honorable, algo inferior al de los fertilizantes. Si no fuera así, si el matrimonio no reajustara el trastorno propio de sus preliminares, qué cosa tan desastrosa sería enamorarse. Ningún hombre serio podría permitirse hacerlo. Pero qué interesante era el modo en que la Naturaleza, esa vieja Hostilidad, esa Antigua Enemiga del pensamiento del hombre, conseguía de alguna manera hacerle tropezar tarde o temprano; y más interesante aún la ingeniosidad con que el hombre, consciente de esta artimaña y decidido a evitar el trastorno de un afecto duradero, había inventado el matrimonio.

Contempló con gran benevolencia la menuda figura al borde del paisaje. ¿Por qué no casarse con ella ahora mismo y convertir con frugalidad los últimos días de la Excursión de Dent en un viaje de novios?

Con la gran sencillez y el olvido de amonestaciones y licencias propios de un hombre absorto en preocupaciones científicas, no vio razón alguna en contra de este plan. Era evidente. Era deseable. No solo le ahorraría a ella tener que volver antes a Inglaterra, sino que le ahorraría a él el viaje adicional hasta allí. Volverían juntos, directamente, a Prusia Oriental al final de la semana; y en cuanto a hacerlo sin que su familia lo supiera, si ella había sido capaz de escaparse de los suyos, como le había contado que había hecho, por el mero placer de una escapada, con cuánta más presteza, con cuánto mayor ímpetu, en efecto, correría por el placer de conseguir un marido.

—Dígame, Pequeña —dijo cuando ella volvió junto a él—, ¿quiere casarse conmigo?

Capítulo IV

Ingeborg se quedó atónita.

Lo miró muda de asombro. ¡El abismo que separaba incluso la más cálida amistad del matrimonio! Ella sabía que, día tras día, había ido sintiendo una cordialidad cada vez más cálida hacia él, esperando característicamente nada a cambio. Que él, a su vez, se hubiese ido acalorando no se le había ocurrido ni remotamente. Nadie se había acalorado nunca hacia ella de ese modo. Siempre había estado allí Judith, aquel prodigio de belleza, para reducirla a ella a la insignificancia. Cierto es que el coadjutor primero de la parroquia de Redchester le había dicho una vez, con su voz agotada de Oxford —Sabe usted, a mí no me importan las caras... ¿quiere casarse conmigo?—, y ella lo había rechazado con tanta cautela, con tanto miedo de herirle, que durante una semana él creyó estar prometido; pero a eso no se le podría llamar acaloramiento. Igual que el sol apaga la luz de una vela, así extinguía a Ingeborg el resplandor de Judith. Se parecían de un modo curioso; e Ingeborg era la sombra pálida y disminuida. Judith era Ingeborg crecida, hecha alta, hecha exquisita, Ingeborg labrada maravillosamente en marfil y oro. Ningún hombre podía enamorarse de Ingeborg mientras tuviera delante de sus propios ojos, en apariencia, a la misma muchacha exacta, solo que traducida a la hermosura.

Desde el principio le había resultado a Ingeborg la cosa más natural del mundo ser vulgar y pasar inadvertida. Judith estaba siempre a su lado. Cada pausa en su trabajo para su padre quedaba ocupada por el acompañamiento de Judith. Aceptaba la situación

con entera filosofía, pues nada era tan evidente como la belleza de Judith; y solía, en los rincones de las fiestas, mantenerse despierta recitándose para sus adentros fragmentos de los Salmos, en los que, al no estar autorizada a leer novelas, se concentraban sus entusiasmos literarios.

Era, pues, una cosa realmente asombrosa para una persona ejercitada en esta humildad tan sana y provechosa el que alguien le pidiese que se casara con él. Que fuese precisamente Herr Dremmel le parecía todavía más asombroso. Él no tenía aspecto de alguien con quien una se casa. Ni siquiera tenía aspecto de alguien que quisiera casarse con una. Permanecía allí sentado, las manos cruzadas sobre el pomo de su bastón, mirándola con una benevolencia enteramente plácida, y le hacía aquella pregunta sorprendente como si fuera un modo cualquiera de sostener una conversación. Es verdad que hasta entonces no la había llamado Pequeña, pero eso, sintió ella mientras permanecía de pie ante él considerando lo que le acababa de suceder, era más bonito que apasionado.

He aquí un resultado incómodo y extraño de su aventura vacacional.

—Es... muy inesperado —dijo ella, sin convicción.

—Sí —convino él—. Es inesperado. Me ha sorprendido mucho.

—Lo siento mucho —dijo ella.

—¿De qué lo siente, Pequeña?

—No puedo aceptar su... su ofrecimiento.

—¡Cómo! ¿Hay algún otro?

—No esa clase de otro. Pero está mi padre.

Él hizo un gran ademán con el brazo. —Los padres —dijo—; y apartó de un manotazo a toda la especie.

—Es muy importante.

—¡Importante! Pequeña, ¿cuándo se casará usted conmigo?

—No puedo dejarlo.

Él se armó de paciencia. —Está establecido que la mujer dejará a su padre y a su madre, y cualquier otro obstáculo emparentado que tenga la desdicha de estorbarla, y se unirá solamente a su marido.

—Eso se decía de que el hombre se uniría a su esposa. No se decía nada de la mujer. Además... —Se detuvo. No podía decirle que no quería unirse a nadie.

Él la miró un momento en silencio. No había previsto la necesidad de persuadirla.

—Esto —dijo entonces con severidad— es prevaricar.

Ella se sentó en la hierba, se abrazó las rodillas con las manos y alzó la vista hacia él. Se había quitado el sombrero al llegar a la cima, para abanicarse, y no se lo había vuelto a poner. Sentada allí, de espaldas al resplandor del cielo, el viento le levantaba con suavidad los bucles del cabello, y el sol brillaba a través de ellos de un modo maravilloso. Parecían oscilar suavemente de un lado a otro, como pequeñas lenguas de fuego.

—Vaya —dijo Herr Dremmel, inclinándose de pronto hacia delante y mirándola fijamente—, es usted como un espíritu.

Esto le agradó. Por un instante le bailaron los ojos.

—Como un espíritu —repitió él—. Y aquí estoy, hablándole con esta pesadez, como si fuera usted una mujer corriente. Pequeña, ¿cómo se atrapa a un espíritu para que se case? Dígamelo. Pues deseo muy sinceramente que se me muestre el camino.

—No se atrapa —dijo Ingeborg.

—Ah, no se ponga usted difícil. Ha sido usted tan fácil, de una respuesta tan cómoda en todo, hasta ahora.

—Pero esto... —empezó Ingeborg.

—Sí. Esto, ya lo sé bien...

Estaba más conmovido de lo que había creído posible. Empezaba a mostrarse casi ansioso.

—Pero —preguntó Ingeborg, explorando esta nueva e interesante situación—, ¿por qué quiere usted?

—¿Casarme con usted?

—Sí.

—Porque —dijo Herr Dremmel, con inmensa prontitud— he tenido la extrema fortuna de enamorarme de usted.

De nuevo pareció complacida.

—Y no le pido —prosiguió él— que me ame, ni le pregunto si me ama. Sería presunción por mi parte, y, si así fuera, no demasiada modestia por la suya. Esa es la diferencia entre el hombre y la mujer. Él ama antes del matrimonio, y ella no ama hasta después.

—¿Ah, sí? —dijo Ingeborg, interesada—. ¿Y qué es lo que él...?

—La mujer —continuó Herr Dremmel— siente afecto y estima antes del matrimonio, y el hombre siente afecto y estima después.

—Ah —dijo Ingeborg, reflexionando. Se puso a arrancar matas de hierba—. Parece... frío —dijo.

—¿Frío? —repitió él.

Dejó caer el bastón, se levantó y fue a sentarse, o más bien a dejarse caer con cuidado, en la hierba junto a ella.

—¿Frío? ¿No sabe usted que un frío decente es un gran conservante? Las cosas calientes se pudren. Las cosas heladas no viven. Una medida justa de frío conserva la vida de los afectos. La Naturaleza, con muy acertada disposición, lo proporciona antes del matrimonio por parte de la mujer, y después por parte del hombre. El equilibrio se mantiene así muy bien logrado, y prevalecen la paz y la armonía, que se nutren mejor a baja temperatura.

Ella lo miró y se echó a reír. No había nadie en Redchester —y Redchester era todo cuanto conocía de la vida— que se pareciera lo

más mínimo a Herr Dremmel. Se desperezó en aquella amplia diferencia, feliz, libre, a sus anchas.

—Pero no puedo creer —estalló Herr Dremmel con un vigor apasionado que lo asombró más que ninguna otra cosa en toda su vida, al tiempo que apresaba la mano que no dejaba de arrancar hierba— no puedo creer que no vaya usted a casarse conmigo. No puedo creer que vaya a rechazar a un marido bueno y amante, que prefiera quedarse con su padre y solidificarse hasta ser una virgen helada más.

—¿En una qué? —repitió Ingeborg, impresionada por aquella imagen de sí misma en el futuro.

Se echó a reír, y luego se detuvo. Se quedó mirándolo, con los ojos grises muy abiertos. Se olvidó de Herr Dremmel, y de que él seguía aferrando su mano y toda la hierba que había en ella, mientras su mente recorría de golpe los años que habían pasado y los años que estaban por venir. Serían iguales. Aún no habían conseguido helarla porque había sido demasiado joven; pero pronto la alcanzarían. Su vacío diario, ajetreado y repetido, su tropel de deberes estériles, aquellos momentos escasos de lo que de más joven solía ser felicidad pero que últimamente no había sido más que alivio —esos raros instantes en que su padre la elogiaba—, todo eso se asentaría pronto y acabaría por helarla del todo.

Su rostro se puso solemne. —Es verdad —dijo lentamente—. Seré una virgen helada. Estoy condenada. Mi padre nunca me dejará casarme.

—¡Qué infinitamente aniñada es usted! —exclamó él, enfadándose —. Cuando es bien sabido que todos los padres desean librarse de todas las hijas.

—Usted no lo entiende. Es distinto. Mi padre... si hasta —estalló ella— yo misma me daba en secreto dosis de aceite de hígado de bacalao para estar a su altura. Es maravilloso. Cuando me elogiaba, no podía dormir. Y si me reñía, era como si me dejara coja.

Herr Dremmel, irritado, le sacudió la mano de arriba abajo como si serrase.

—¿Qué es esta cháchara irrelevante? —dijo—. Le ofrezco matrimonio, y usted me responde con datos sobre el aceite de hígado de bacalao. No creo en ese obstáculo del padre. No reconozco a mi honesta amiguita de estos últimos días. Es una pérdida de tiempo no ser sincera. Dígame: si no fuera por su padre, ¿se casaría usted conmigo?

—Pero —Ingeborg se volvió hacia él como un rayo, arrebatada, como tantas veces le ocurría, por un impulso de pura verdad— es *por* él por lo que *sí* me casaría.

Y en el instante mismo en que lo dijo se quedó espantada.

Miró a Herr Dremmel con los ojos muy abiertos de contrición. Qué deslealtad. Qué fealdad contarle a un desconocido —y un desconocido con el pelo como de piel de animal— nada en absoluto sobre aquellas personas tan próximas a las que le habían enseñado a llamar, para sus adentros, sus seres queridos.

—Ay —exclamó ella, tirando de la mano para soltarla—, suélteme la mano... ¡suélteme la mano de una vez!

Intentó ponerse en pie, pero él, con una energía que no sabía que poseía, volvió a tirar de ella hacia abajo. No reconocía nada de lo que sentía ni de lo que hacía. El Dremmel de su verdadera naturaleza, de aquellas profundidades serenas donde se extendían los felices campos de futuros fertilizantes, contemplaba con asombro aquella conducta enardecida que tenía lugar en la superficie.

—No —dijo él, con inmensa determinación—, se quedará usted aquí sentada y me explicará lo de su padre.

—Es algo terrible —replicó Ingeborg, descubriendo de pronto que, entre todas las cosas, no le gustaba que la agarrasen, y mirándolo directamente a los ojos, con la cabeza un poco echada hacia atrás— que una no pueda dejar su casa ni una sola semana sin meterse en un lío.

—¡Un lío! ¿A eso lo llama usted un lío, cuando un hombre bueno...?

—Aquí hay una persona que se marcha en busca de un pequeño cambio... discretamente. Y antes de darse cuenta, se encuentra retenida en la cima del Rigi y recibiendo órdenes de un desconocido...

—¡De su futuro marido! —exclamó Herr Dremmel, para quien hacer una proposición estaba resultando más difícil de lo que había supuesto.

—... de un desconocido, para que explique a su padre. Como si alguien pudiera jamás explicar a su padre. Como si alguien pudiera jamás explicar *nada*.

—Dios del cielo —exclamó Herr Dremmel—, entonces no lo explique. Cásese conmigo, sin más.

Y en ese momento la serpenteante procesión del resto de la Excursión de Dent, encabezada por el señor Ascough con el reloj en la mano, emergió del hotel, donde habían estado tomando el té, hacia la explanada, limpiándose la boca, dispuestos ya para la puesta de sol.

Con el respingo de algo que acaba de ser picado, se desvió bruscamente cuando estaba a punto de pisar a los dos que seguían en la hierba.

Ingeborg se sentó muy rígida y erguida, y fingió mirar con intensidad el paisaje, olvidando que lo tenía a su espalda. Se ruborizó al comprobar que no había tiempo de apartarse lo bastante de Herr Dremmel para que se viera un hueco entre ambos.

—Mira esos dos —susurró la joven que iba última en la procesión al muchacho que caminaba a su lado, sacudiéndose de la corbata las migas de pan con mantequilla.

Él miró, y pareció dispuesto a demorarse.

—Es muy *guapa*, ¿verdad? —dijo él.

—Ah, ¿tú crees? —dijo su acompañante—. A mí nunca me parece guapa una persona que no sea... ya sabes lo que quiero decir... de verdad *fina*, ya sabes... como una señorita...

Y lo hizo apresurarse, porque, según dijo, si no se daba prisa se perdería la puesta de sol.

Capítulo V

Ingeborg pasó la mayor parte de la noche sentada en una silla dura junto a la ventana de su dormitorio, esforzándose con ahínco por pensar.

Era una verdadera lástima, pero encontraba en todo momento una dificultad inmensa para pensar. Podía mantener los asuntos de su padre en el orden más pulcro, pero no sus propios pensamientos. Eran tantos, y todos parecían saltar dentro de ella queriendo ser pensados primero. No se avenían a formar filas ordenadas. No tenían paciencia. Con frecuencia había sospechado que no eran pensamientos en absoluto sino meros sentimientos, y eso la deprimía, pues temía que la hiciera descender al nivel del mundo de los insectos y entrar en la categoría de las cosas que no iban a poder llegar al cielo; y para la hija de un obispo esto era inquietante. De la mayor parte de sus pensamientos se arrepentía al instante, pues eran tan distintos de cuanto podía, con decoro, decir en voz alta en casa. A Herr Dremmel había podido decírselos todos, en la medida en que el habla, vehículo cojo, podía hacerse avanzar, y esta era otra de sus cualidades reconfortantes. Ella, claro está, no sabía que aquel hombre absorto tenía la costumbre de escucharla solo con un oído —un oído benévolo, pero uno solo— mientras con el otro, vuelto hacia dentro, escuchaba cómo se resolvían en su mente los problemas del salitre de Chile y los superfosfatos.

Permanecía sentada, mirando fijamente por la ventana las estrellas y las chimeneas, las manos fuertemente apretadas en el regazo, y se decía que había llegado el momento de un pensamiento

claro y consecutivo —pensamiento *consecutivo*, se repitió con severidad, consciente ya del baile entrelazado que tenía lugar en su cerebro—. ¿Qué iba a hacer respecto a Herr Dremmel? ¿Respecto a volver a casa? ¿Respecto a... oh, respecto a cualquier cosa?

Habían bajado del Rigi con formalidad, en tren. Nadie, como de costumbre, les había dirigido la palabra, y por primera vez en su amistad tampoco se habían hablado ellos. Habían cenado sin decirse nada. Él parecía preocupado. Y cuando, inmediatamente después, ella le dio las buenas noches, él la había llevado aparte al pasillo y, mientras el conserje fingía no estar a distancia de oírlos, la había conminado solemnemente a acabar con las evasivas. Lo que él proponía, dijo, era un cómodo compromiso al día siguiente; esa misma noche era ya demasiado tarde, dijo sacando el reloj, pero al día siguiente; y mientras ella retrocedía de lado, escalón a escalón, escaleras arriba, callada por no hallar de inmediato una respuesta que le pareciese lo bastante prudente, él la había mirado con mucha severidad y le había preguntado, alzando la voz, a qué venía entonces tanto alboroto. Ella se había vuelto ante aquello, renunciando a buscar la prudencia, y había subido corriendo el resto de la escalera, bastante sin aliento, sintiendo que Herr Dremmel, en materia de matrimonio, tenía algo de arrollador; y él, tras un momento de perplejidad sobre el felpudo, al pie de la escalera, se había ido a la sala de lectura hecho un hombre desconcertado.

Ahora estaba sentada junto a la ventana, reflexionando.

Su viaje de regreso a casa estaba a solo dos días, y el pensamiento de lo que le dirían al llegar y de cómo serían sus propias respuestas le recorría la nuca y la espina dorsal como si alguien deslizara un dedo ligero y helado sobre su piel encogida. Se había estado convenciendo de que sus pequeñas vacaciones eran inofensivas y naturales; y ahora este asunto de Herr Dremmel, sentía, iba a echar por tierra todo aquello y justificaría en su padre una cólera que, de no ser así, para su propio consuelo y aliento, habría podido considerar desmedida. Es una peculiaridad de los padres, reflexionó Ingeborg, que siempre acaban teniendo razón.

Por pequeño e inocente que sea lo que una hace, si ellos lo desaprueban, siempre surge algo que demuestra que tenían toda la razón. Recordaba pequeñas cosas, pequeñas ocasiones de su juventud... Esta era una gran ocasión, y lo que había surgido en ella era Herr Dremmel. Era una lástima —ah, era una lástima que no hubiera pensado, antes de salir de Londres tan impulsivamente, si al volver a Redchester iba a mentir o no. No había pensado en nada, salvo en lo agudo del gozo de fugarse. Ahora se enfrentaba a la pregunta verdaderamente terrible de mentir o no mentir. Ya era feo mentir sin más. Era espantoso mentirle al propio padre. Pero mentirle a un obispo elevaba la operación de un simple pecado privado que Dios trataría con benevolencia si se le pedía, a un crimen por el que se recibía castigo si se cometía contra una catedral, un crimen de verdad, el crimen de sacrilegio. Imposible profanar un objeto sagrado y consagrado como un obispo. Doblemente y triplemente imposible si una era la propia hija de ese objeto. Sus manos, fuertemente entrelazadas, se enfriaron al comprender que sin duda iba a decir la verdad. Era tan valiente como lo había sido su abuela sueca, aquella abuela consciente de los peligros de las cosas que hacía con sus montañas y sus lagos azotados por el viento, y que los desafiaba; pero su abuela no conocía el miedo, e Ingeborg lo conocía muy bien. El suyo era el verdadero valor, el que solo se halla en los del todo aterrados, que, aterrados, aun así llevan hasta el final, tenazmente, lo que sea que tengan entre manos. Desfallecía, y sin embargo perseveraba.

Veía mucho terror en su futuro inmediato. Temía tener que ser valiente. Sentía que era demasiado pequeña, en realidad, para responder con valerosa sinceridad a las preguntas de su magnífico padre. Él tendría de su parte el catecismo y el servicio de confirmación, además de las leyes del recto comportamiento y del amor filial. No le parecía justo. Una no podía discutir con un progenitor, una no podía replicar; y en cuanto a un obispo, con él no se podía hacer absolutamente nada salvo darle la razón a toda prisa. Cabía una posibilidad —aunque remota— de que su padre estuviera demasiado ocupado para hacer preguntas; suspiró al reflexionar en

lo poco que podía contar con eso, y en cómo la pregunta más superficial sobre su tía o sobre el dentista sacaría a la luz toda la historia.

Y ahí estaba Herr Dremmel, que no pensaba en su padre en absoluto, ni siquiera tratándose de una empresa tan enorme como el matrimonio de su hija. Había algo sublime en semejante desapego. Sintió la amplitud de aquella libertad soplarle en la cara como un viento vigorizante y fresco. Parecía no haber setos alrededor de Herr Dremmel. Era la persona más suelta de ataduras que había conocido jamás. No le importaba en absoluto la opinión ajena, esa principal esclavitud de su casa, y además era huérfano. Triste ser huérfano, pensó Ingeborg suspirando. Triste, desde luego, no tener seres queridos. Pero sí parecía ser una condición que evitaba el dilema cuyos dos cuernos eran el disimulo mediante mentiras y el forzarse una misma a alcanzar ese estado frío y pegajoso, desolado, que es tener valor.

Claro que Herr Dremmel no conocía a su padre. No se había enfrentado a aquella imponente personalidad. ¿Seguiría estando tan desapegado y tan fácilmente indiferente si lo hubiera hecho? Pensó con un escalofrío en cómo sería semejante encuentro, suponiendo, solo por suponer, que se permitiera comprometerse. ¿Le parecería Herr Dremmel, en aquel ambiente de esplendor cuidadosamente contenido, de paneles de madera y miradores, tan libre y encantador como le había parecido en un viaje de escenarios frugales? ¿Sería ella capaz, ante la horrorizada desaprobación del obispo, de seguir viéndolo como lo había estado viendo hasta ahora?

Todavía no había explorado muy a fondo sus propios recursos, pero últimamente había empezado a percibir que era maleable. Se doblegaba con facilidad, sentía, y lamentaba tener que sentir en la dirección deseada por las personas con quienes estaba y que la sujetaban con autoridad. Cierto era que volvía a enderezarse, como había descubierto tan sorprendentemente en Londres, en cuanto se aflojaba la presión, pero parecía que solo se enderezaba para hacer, admitió ahora meneando la cabeza, cosas que traían dificultades. Y

su adiestramiento en la sumisión y en la desconfianza de sí misma era muy completo, y una vez de vuelta en casa, ¿no se doblegaría de inmediato adoptando la vieja curva otra vez? ¿Era posible, sería alguna vez posible, en presencia de su padre, disociarse de sus puntos de vista? Cuál sería la opinión de él sobre Herr Dremmel lo sabía con toda exactitud. ¿*Quería* ella disociarse de esa opinión?

Echó la silla hacia atrás y se puso a caminar deprisa de un lado a otro de la estrecha habitación. Si no se disociaba, aquello significaba matrimonio; y matrimonio en flagrante desafío a todo su mundo. Redchester quedaría horrorizado. La diócesis se apenaría por su obispo. El condado hablaría de ella con hostilidad en un centenar de mesas de té. Bueno, ¿y mientras lo hacían, dónde estaría ella? Su sangre empezó de pronto a danzar. Se apoderó de ella, como le había ocurrido en Londres, aquel deseo arrollador de sacudirse las cosas viejas y volver el rostro hacia lo completamente nuevo. Mientras toda aquella gente asentía y cuchicheaba en su mundo rancio y sofocante, ella estaría a salvo en Prusia Oriental, un lugar que le parecía infinitamente remoto, un lugar que Herr Dremmel le había descrito lleno de bosques y de agua y de inmensas extensiones de centeno ondulante. Los lagos estaban orlados de juncos; los bosques llegaban hasta sus orillas; su propio jardín terminaba en un pequeño sendero, entre un seto de lilas, que bajaba, entre el centeno, hasta los juncos, el agua y los primeros grandes pinos. Oh, lo conocía como si lo hubiera visto, tantas veces lo había animado a que se lo describiera. Él no le daba ninguna importancia; hablaba de aquello, más bien, con disgusto, como de un lugar dejado de la mano de Dios. Pues bien, eran precisamente esos lugares dejados de la mano de Dios lo que su cuerpo y su espíritu ansiaban. Espacio, libertad, silencio; el viento rizando el centeno; el agua chapoteando suavemente contra el costado de la batea (había una batea, se lo había sonsacado); las alondras cantando allá arriba, bajo el sol; las nubes resplandecientes cruzando despacio el azul. Quería estar sola con todo aquello, tras los años de prisa ensordecedora en Redchester, con un anhelo que era como nostalgia del hogar. *Recordaba*, de algún modo, que una

vez había estado entre todo eso... hace mucho, muy lejos... Y solía haber pequeñas cosas cuando una se tendía boca abajo sobre la hierba, pequeñas cosas encantadoras que olían de maravilla: hojas de fresa silvestre, y una diminuta planta aromática con una flor blanca como una estrella que una frotaba entre los dedos...

Se quedó quieta un momento, frunciendo el ceño, tratando de recordar algo más; no era en Inglaterra... Pero incluso mientras se esforzaba por comprenderlo, la visión se le escapó y se perdió.

Quería leer, y caminar, y pensar. Estaba hambrienta de leer por fin lo que ella eligiera, y caminar por fin adonde ella eligiera, y pensar por fin exactamente lo que ella eligiera. ¿Bastaba el *Christian Year* como toda la poesía que una necesitaba? ¿Y todas esas novelas mansas que leía su madre, intercaladas entre biografías de más obispos y librillos de consuelo con cruces en la cubierta que hacían preguntas impertinentes sobre si una había sido golosa o remilgada o había empleado a lo largo del día palabras de doble sentido, bastaban para un alma que, completamente sola, sin ningún padre que le diera instrucciones, tendría muy pronto que enfrentarse a su Dios?

Su familia sostenía firmemente que, para las hijas, leer durante el día era estar ociosa. Bueno, si así era, pensó Ingeborg alzando la cabeza —esa cabeza que en casa se inclinaba con tanto tono de disculpa—, con la osadía que fomenta la distancia, entonces estar ociosa era una bendición, y cuanto antes se marchara una a donde poder estarlo sin interrupción, mejor. En aquella casa parroquial, allá en Prusia Oriental, por ejemplo, una podría leer y leer... Herr Dremmel le había explicado cien veces lo de su laboratorio, y él mismo encerrado en él, sin pedir otra cosa que le dejaran encerrado. ¡Sin duda era una cualidad admirable en un marido, que se encerrara con llave! Y la casa parroquial estaba en las afueras del pueblo, y el pequeño jardín de atrás no tenía nada entre él y la puesta de sol y todos los demás queridos arreglos de Dios, salvo un molino de viento solitario y hacía tiempo en desuso...

Fue hacia la una de la madrugada cuando su valor, sin embargo, se le vino completamente abajo ante la perspectiva de volver a casa. ¿Cómo sería retomar sus deberes filiales, todos ellos de ahí en adelante tan terriblemente empañados? Sería una hija pródiga de regreso a la que no se mataría ningún ternero cebado, sino que, en lugar de las suculencias de una época más liberal, se le ofrecería la espantosa oportunidad de explicar su conducta a un padre que la interrumpiría en cuanto empezase, y se encargaría él mismo de dar la explicación.

¿Cómo iba a afrontarlo, completamente sola?

¡Si al menos hubiera podido estar enamorada de Herr Dremmel! Con qué valor habría afrontado entonces a su familia, si hubiera estado enamorada de él y se hubiera presentado ante ellos con la mano en la suya. Si al menos él se pareciera más a los enamorados que una ve en los cuadros, como el de «Wedded» de Leighton, por ejemplo —un cuadro muy hermoso, pensó Ingeborg, aunque nada parecido a ninguno de los desposados de Redchester—, de modo que, si no podía estar enamorada, al menos pudiera persuadirse de que lo estaba. Si al menos tuviera un cabello como Dios manda, en vez de aquel pelambre de castor. Le gustaba tanto. Incluso, en ciertos momentos de sus conversaciones, había llegado a deleitarse con él. Pero... ¿matrimonio?

¿Qué era el matrimonio? ¿Por qué no se hablaba nunca de ello en casa? En el palacio episcopal, a juzgar por lo poco que se lo mencionaba, bien podría haber sido uno de los siete pecados capitales. Allí se hablaba de los casados, y a veces, aunque con reserva, de casarse, pero del matrimonio en sí, de lo que era y de lo que significaba, jamás se hablaba. Por esos silencios había recibido la impresión de que, aunque fuera ordenanza de Dios, como reiteraba su padre en su función oficial en las bodas, era una ordenanza a regañadientes, establecida al parecer porque no parecía haber otro modo de sortear lo que resultaba ser una dificultad. ¿Cuál era la dificultad? Nunca, en su ajetreada vida, había pensado en ello. El matrimonio no le concernía. No estaría bien, había sentido,

adoptando inconscientemente la opinión de su entorno, que una muchacha que no iba a casarse se pusiera a pensar en ello. Y en realidad no le había interesado. Con toda naturalidad había apartado la vista.

Pero ahora esta cuestión de afrontar a su padre, esta necesidad de sentirse respaldada, este anhelo de escapar de las cosas, la obligaba a mirar de frente. Además, tendría que darle a Herr Dremmel algún tipo de respuesta por la mañana, y afrontar a Herr Dremmel exigía también valor, de otra clase, pero valor sin duda. Le resultaba tan penoso herir o decepcionar. Toda su vida le había parecido el más hermoso de los placeres dar a la gente lo que quería, hacer que sonriera, verla parecer satisfecha. Pero ¿y si Herr Dremmel, antes de que se lo pudiera hacer sonreír y parecer satisfecho, quería volver a sujetarla como la había sujetado en la cima del Rigi? Aquello le había disgustado profundamente. Allí había podido resentirse y soltarse, pero si estuviera casada y él la sujetara, ¿podría seguir resintiéndose? Mucho se temía que no. Sospechaba fuertemente, ahora que lo consideraba con calma, que eso era precisamente lo que fallaba en el matrimonio: era una sucesión de sujeciones. Su padre sin duda se había dado cuenta de esto, tal como ella se estaba dando cuenta ahora, y con toda razón no le gustaba. No se le podía pedir otra cosa. Por eso no quería hablar de ello. En esto estaba enteramente de acuerdo con él. Pero quizá a Herr Dremmel tampoco le gustaba. ¿No estaría sacando conclusiones precipitadas al imaginar que sí? ¿Acaso no la había sujetado, después de todo, más por enfado que por otra cosa, allá arriba? ¿Y qué decir de su ferviente deseo, tan a menudo explicado, de que lo dejaran todo el día encerrado en su laboratorio? ¿Y qué decir de su elogio, esa misma tarde, de la frialdad en las relaciones humanas?

En ese momento su mirada quedó atrapada por algo blanco que asomaba lenta y trabajosamente por debajo de la puerta. Se irguió muy recta y se quedó mirándolo, observando sus esfuerzos por franquear el borde del felpudo. Por un instante se preguntó si no

sería una especie de fantasma de insecto; luego vio, a medida que asomaba más, que era una carta.

Contuvo la respiración mientras la carta luchaba por entrar. Nadie le había deslizado nunca una carta bajo la puerta. Se sintió feliz al instante. Qué *divertido*. El corazón le latía bastante deprisa de emoción mientras esperaba oír unos pasos alejarse antes de levantarse a recogerla. Herr Dremmel, sin embargo, debía de llevar puestos sus chanclos, objetos de los que rara vez se separaba, porque no oyó nada; y tras unos segundos escuchando sin aliento, se levantó con enorme cautela y fue de puntillas hasta la carta y la recogió.

—Vaya —pensó, deteniéndose un momento con una especie de solemnidad antes de abrirla—, supongo que esta es mi primera carta de amor.

No había nada escrito en el sobre, ni firma, y esto es lo que decía:

PEQUEÑA,

Deseo comunicarle que, antes de retirarme esta noche a mi habitación, he dado instrucciones al conserje de que encargue una tarta de compromiso, debidamente glaseada y con las hojas de plata que son costumbre en estos casos, para que esté en el saloncito contiguo a la sala de fumar mañana por la mañana a las nueve. Puesto que ningún hombre puede desposarse solo, será necesario que usted esté presente.

Capítulo VI

Fue un compromiso perturbado, pues había en él tanta gente.

Siete señoras, además de Ingeborg, se presentaron en el pequeño *salon* contiguo a la sala de fumar a la mañana siguiente, a las nueve. Lo que Herr Dremmel había hecho, ignorando cuál era la habitación de Ingeborg y, tras laboriosa reflexión, habiendo decidido que pedir su número al conserje después del anochecer podía muy concebiblemente arrojar una sombra sobre su reputación —siendo las señoritas, como él bien sabía, de entre todas las criaturas vivientes las más fácilmente objeto de sombras—, fue escribir tantas copias de la carta como puertas había en su rellano y deslizarlas laboriosamente, una por una, bajo cada puerta, confiado en que de este modo sin duda le llegaría una a ella.

Estaba enormemente satisfecho con este plan. Le parecía de una hermosa sencillez y eficacia. —Al desconocer el contexto —razonó—, ninguna señora salvo la indicada podrá adivinar a qué se refiere posiblemente la carta. La descartará, por tanto, como un error evidente, y no volverá a pensar en ella.

Pero las señoras sí pensaron en ella. Y de entre los habitantes del tercer piso, ninguno la desechó salvo el señor Ascough, que nunca pensaba nada sobre nada, habiendo descubierto que en cuanto uno empieza a pensar no hay quien lo pare, y un hombrecillo seco y quebradizo, recién jubilado de la empresa de la que había sido empleado, que hacía su primer viaje por el continente en un estado de profundo desinterés. Estos dos sí la desecharon; pero las siete

señoras no solo no la desecharon, sino que la leyeron muchas veces, y en lugar de no volver a pensar en ella, no pensaron en otra cosa. Hasta la señora Bawn, que llevaba seis meses viuda y estaba ya harta de serlo, se sintió complacida. Le gustó, en particular, que la llamaran Pequeña. Había en ello una ceguera que sugería un sentimiento genuino. No se había sentido tan complacida desde que su querido Bawn, ya medio año en la gloria, le dijera un día, antes de casarse, que no le importaba lo que dijera nadie, que él sostenía que ella era hermosa.

Todas encontraron la carta muy viril, y que nada podía ser más caballeroso que su comedimiento. Cuatro de ellas esperaban que fuese un caballero distinto del grupo quien las aguardara en el pequeño *salon*; las tres restantes esperaban al señor Ascough. El señor Ascough tenía una manera acariciante de dar palmaditas a las porciones de mantequilla y de cerrar las portezuelas de los coches de caballos llenos de gente, que ya antes lo había llevado, en estas excursiones, a ciertos malentendidos. Estaba casado desde hacía mucho, pero había omitido mencionarlo. Las señoras, por tanto, al llegar al pequeño *salon* a las nueve, no encontraron ni al señor Ascough ni a ninguno de los otros cuatro caballeros que esperaban. Se encontraron, sorprendentemente, unas a otras; y, apiñado y sombrío junto a una mesa engalanada frente a la ventana, frunciendo el ceño con renovado asombro cada vez que se abría la puerta y entraba otra señora, a aquel compañero de viaje tan indeseable, el caballero alemán.

Cada una supo al instante que era a Ingeborg a quien iban dirigidas, y que la carta se había extraviado. Cada una creyó también saber que Ingeborg no había recibido la carta y que no acudiría. Pero a cada una, salvo a la señora Bawn, le ayudó a disimular su sobresalto la certeza de que las demás no lo sabían; y, pesando sobre ellas la costumbre de toda una vida, lograron, tras un breve respingo al ver por primera vez a Herr Dremmel, deslizarse hacia los rincones de la sala y fingir que habían ido allí en busca de libros. Salvo la señora Bawn. La señora Bawn miró, se quedó mirando fijamente, giró sobre sus talones y volvió a salir hecha un volcán; y

el pasillo tembló con sus pasos al alejarse y con las airadas rimas involuntarias que iba formando en voz alta con palabras como engaño y amaño.

Con asombro y disgusto, Herr Dremmel vio acumularse a las siete señoras. Era en extremo desafortunado que, precisamente aquella mañana, el pequeño *salon*, invariablemente vacío, recibiera visitas. Su mente inexperta no relacionó la aparición de las señoras con sus cartas; nunca se le ocurrió que su razonamiento sobre lo que harían al recibirlas pudiera estar equivocado. Tampoco adivinó, mientras veía la puerta abrirse y cerrarse siete veces y dar paso siete veces a la mujer equivocada, que la presencia de todas ellas, si Ingeborg llegaba a venir, ayudaría enormemente a su compromiso.

Las señoras, manoseando polvorientos volúmenes de Tauchnitz y revistas, y mirando de reojo la mesa junto a la ventana con la cabeza tan vuelta como permitía a la vez verla, fueron notando cómo el sobresalto sufrido se aliviaba con el interés que sentían por lo que haría Herr Dremmel al comprender que aquella señorita Bullivant tan poco decorosa, del todo ignorante de lo que la esperaba, no iba a venir. Ya que estaban allí, bien podían quedarse a ver cómo terminaba aquello. Era realmente muy interesante, a su manera; tan alemán; tan distinto, gracias a Dios, de lo que jamás haría un inglés. ¿Se quedaría allí plantado todo el día, se preguntaban, con aquella tarta tan impropiamente sugerente, tan parecida a una tarta de bautizo? Una o dos se sentaron con firmeza en los sofás, tras revistas de meses atrás por cuyos bordes atisbaban, dejando bien claro al infortunado hombre que ellas, al menos, pensaban quedarse allí; y todas tosían de vez en cuando un poco, a la manera en que tose una congregación que espera en la iglesia.

Entonces la puerta se abrió de un empujón, con el tirón de alguien que va con prisa o que ha llegado a una repentina determinación, y quién sino la señorita Bullivant apareció.

Un estremecimiento recorrió a las siete señoras, que al instante se quedaron, tras sus revistas, tiesas de emoción. Qué casualidad; vaya

casualidad; había entrado por casualidad; era como una obra de teatro; Dios mío, pensó cada una de las siete.

E Ingeborg, que hasta el último momento, en el felpudo de fuera, había creído que solo venía a decirle a Herr Dremmel que no iba a acudir, al ver la tarta, muy blanca y nupcial, sobre un mantel blanco con macetas de flores blancas alrededor, y a cada lado una botella con una cinta blanca al cuello, y al otro, por razones de simetría, dos copas, se quedó pasmada. ¿Cómo iba ella, que tanto amaba complacer, hacer feliz, a herirlo cruelmente, a estropear su pequeña fiesta, a borrar el resplandor, el inmenso alivio que le iluminaba el rostro al verla?

Se volvió deprisa, al percatarse de la presencia de las siete señoras. Atónita, se las quedó mirando, contándolas mecánicamente. ¿Cómo iba a ponerlo en ridículo, a humillarlo, delante de todas aquellas mujeres?

Vacilante, desgarrada, en la punta misma de la huida, se quedó allí plantada. Tenía la mano en la puerta para volver a abrirla y escapar; pero la sencillez de Herr Dremmel acudió en su ayuda con más eficacia que el más astuto de los planes. Él olvidó a las señoras y, dando un paso adelante, le tomó la mano y, con toda sencillez, le besó la frente, sellándola allí mismo, con la perfecta franqueza de sus compatriotas cuando se hallan empeñados en un cortejo legítimo, como su prometida. Después le deslizó en el pulgar un anillo que llevaba en el dedo meñique, siendo aquel el único trozo de su mano donde encontró que se sostenía, y él, libre de prejuicios en materia de dedos, dio el asunto —al menos así lo suponía— por concluido.

Ingeborg, en su aturdimiento, dejó que aquello le sucediera. Sus pensamientos, mientras permanecía allí siendo desposada, se retorcían formando un perfecto enredo de nudos. Le asombraban las artimañas a las que se rebajaba la vida. Una tarta y los ojos de siete mujeres. Todo su futuro decidiéndose por una tarta y los ojos de siete mujeres. Oh, no, no podía ser. Solo que ya no podía detenerse. Del todo imposible detenerse ahora. Jamás había soñado que no lo

encontraría a solas. Todas aquellas mujeres eran testigos. Él la había besado delante de todas. Sus métodos eran realmente abrumadores. Suponiendo que su padre pudiera verla. Pero el beso se había administrado con mucha ceremonia; había sido bastante frío; de esos que hasta un obispo podría sentirse justificado en aplicar en la frente de un enfermo o de un niño pequeño. Más tarde, en un momento más oportuno, cuando la patética tarta estuviera fuera de la vista, cuando aquellas mujeres estuvieran fuera del alcance del oído, le diría que no había querido decir...

Sorprendentemente, se encontró avanzando hacia la tarta junto con Herr Dremmel y quedándose delante de ella con él, de la mano. ¡Ah, los *líos* en que se metía la gente que subía a Londres a ver al dentista! Ahora comprendía para qué servían los dentistas de provincias: la mantenían a una con dolor, y el dolor la mantenía a una fuera de líos. Por primera vez entendió lo que su espíritu se había negado hasta entonces a aceptar, esa enseñanza tan del gusto del obispo de que el dolor era una parte necesaria del orden de las cosas. Por supuesto. Una estaba a salvo mientras tuviera dolor. En ese estado, lo más cerca que se podía llegar de la tentación más seductora era mirarla de reojo, pálida, con repugnancia enfermiza. Y una se quedaba en casa, y agradecía las atenciones. Solo cuando a una no le pasaba nada era cuando se fugaba de la familia, se iba a Lucerna y se liaba con un desconocido hasta el punto de dejarlo prometer que se casaría con ella.

Alguien tosió tan cerca, a su espalda, que la hizo sobresaltarse. Se volvió nerviosamente, con Herr Dremmel aún sosteniéndole la mano, y contempló a las siete señoras congregadas en torno a ella, exactamente igual que siete damas de honor.

Habían consultado apresuradamente entre susurros, mientras la llevaban hacia la tarta, si no debían felicitarla. Sus corazones se conmovieron ante la respetuosa ceremonia con que Herr Dremmel había conducido su compromiso. Había tenido la solemne definitividad de una boda, ¿y qué mujer puede presenciar una boda sin conmoverse? Habían acordado en susurros que aquel era uno de

esos momentos en que una deja que lo pasado, pasado esté. Los dos ante el altar —querían decir ante la tarta— sin duda habían dicho muchas cosas terribles y vulgares, y se habían comportado como jamás lo harían una dama y un caballero: la muchacha, por ejemplo, admitiendo abiertamente que se había fugado de su casa; pero lo que estaban haciendo ahora, al menos, era intachable, y, al unirse, dos males iban a hacer, después de todo, a pesar de lo que se decía sobre que eso no era posible, un bien. En cualquier caso, era caritativo confiar en ello.

Así que carraspearon y le desearon toda la felicidad.

—Gracias —dijo Ingeborg con voz un poco desfallecida, mirando de una a otra—. Son ustedes muy amables... pero...

Después estrecharon la mano de Herr Dremmel y dijeron que, sin duda, también le deseaban felicidad a él, y él les dio las gracias con corrección y reverencias.

—Nunca había ocurrido algo así en una excursión de Dent... oh, no, nunca jamás, estoy segura —dijo la señorita de más edad, nerviosa, con repetidos asentimientos de cabeza.

—No hay tiempo suficiente, eso es lo que a veces pienso —dijo la joven que la tarde anterior había llevado a su compañera casi a rastras a ver la puesta de sol—. ¿Qué es una semana? —Y se quedó mirando la tarta, frunciendo el ceño.

—Dent's tuvo una vez un funeral —dijo una señorita bajita y cuadrada que llevaba las manos hundidas en los bolsillos de un jersey gris.

—Vamos, señorita Jewks, por favor... —protestó la señorita de más edad—. No se debe mencionar...

—Bueno, no fue culpa suya, señorita Andrews. No *querían* tenerlo, estoy segura. Fue un caballero de Gipsy Hill...

—Qué tarta tan bonita... eh... —interrumpió apresuradamente la señorita de más edad.

—Es curioso, a veces pienso —continuó la señorita Jewks—, irse de vacaciones y morirse en cambio.

—Esas hojas de plata... —dijo la señorita de más edad, alzando la voz—, a mí me parecen muy delicadas.

—Es como una tarta de boda, ¿verdad? —dijo la joven de la puesta de sol, escudriñándola de cerca con expresión sombría.

—¿No querrás, Ingeborg —dijo Herr Dremmel, llamándola por primera vez por su nombre—, cortar la tarta? Y quizá estas señoras nos hagan el honor de probarla.

No lo reconocía en esta persistente ceremoniosidad. Había desaparecido todo rastro de su habitual desenvoltura, de su soltura y familiaridad de trato, y estaba tan tieso, correcto y grave como si estuviera colocando la primera piedra de un edificio o inaugurando un museo. Eran, aunque ella no lo supiera, los modales que se enseña a todos los alemanes a desplegar en los actos públicos.

—Oh, gracias...

—Oh, es usted muy amable...

—Oh, muchísimas gracias, estoy segura...

Hubo un murmullo de agradecimientos torpes y reacios. Las siete señoras no estaban en absoluto seguras de que su cordialidad debiera extenderse hasta la tarta. Se habían dejado llevar por un impulso que honraba su feminidad al ofrecer felicitaciones, pero no por ello olvidaban las cosas espantosas que se les había oído decir constantemente a la pareja, ni las numerosas pruebas evidentes que esta había dado de ser lo que las excursiones de Dent solían describir como sin clase; y aunque a todas les gustaba la tarta, y cada vez tenían más hambre a medida que la semana de Dent tocaba a su fin, dudaban de la prudencia social de comerla. Sería muy desagradable que aquella gente, si se la animaba, más adelante presumiera de ello; que intentaran usar la tarta comida como arma para abrirse camino a la fuerza en la sociedad inglesa. Que, en una

palabra, cuando la excursión regresara a Inglaterra, quisieran hacerles una visita.

Así que aceptaron a regañadientes la tarta que Ingeborg, como en sueños, cortó y les ofreció; y con aún más reticencia sorbieron el vino con que el caballero alemán les pidió que brindaran por la salud de la pareja recién desposada.

—Pero... —dijo Ingeborg, tratando de reaccionar incluso a esas alturas.

—Cierto. No hay copas suficientes. Llamaré para que traigan más —fue el modo en que Herr Dremmel terminó la frase por ella.

¡Aquella inmensa prontitud oficial suya! Se sintió aturdida.

Y cuando trajeron las copas hubo otra ceremonia: un entrechocar de la copa de Herr Dremmel con cada una de las demás, por turno, los talones juntos como en sus tiempos de soldado, el cuerpo tieso y el rostro un prodigio de solemnidad; y antes de beber pronunció un discurso, el Asti sostenido en alto ante él, en el que agradeció a las señoras sus buenos deseos en nombre de su prometida, la señorita Ingeborg Bullivant, cuyas virtudes fue enumerando una por una y con detenimiento en resonantes períodos, antes de pasar a asegurar a los presentes su firme resolución de demostrar, mediante la devoción del resto de su vida, lo extremado de su gratitud por la prueba tan notable que ella les había dado a todos de su confianza en él; y cada frase parecía imprimirle otro sello, más pesado aún, como criatura sin duda destinada a casarse con él.

Vagamente empezó a comprender algo de la garra de acero de un compromiso alemán. Se preguntó si quedaría en su frente algún hueco más para otros sellos. Sentía que debía de estar cubierta de grandes marcas rojas, garabateadas con la inscripción:

DE DREMMEL.

Bueno, después de todo ella no era un paquete que pudiera recoger y llevarse el primero que la encontrara tirada por ahí, y en cuanto se quedara a solas con él le diría, *tenía* que decirle, que a lo

que en realidad había bajado, aunque las apariencias a esas alturas ciertamente jugaran bastante en su contra, era a rechazarlo. Sería tan delicada como pudiera, pero sería clara y firme. En cuanto aquellas mujeres los dejaran solos, se lo diría.

Con un sobresalto vio que las mujeres los estaban dejando solos, y que el momento había llegado. Quería que no se fueran; quería retenerlas allí a toda costa. Incluso dio un paso tras ellas cuando la última, asintiendo hasta el final, salió y cerró la puerta, pero Herr Dremmel seguía sosteniéndole la mano.

Cuando por fin se cerró la puerta, se volvió hacia él con rapidez. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y los ojos llenos de un valor forzado.

—Pero tú sabes... —empezó, decidida a aclarar las cosas, por mucho que pudiera dolerles a los dos.

Y de nuevo él terminó la frase por ella con prontitud, esta vez envolviéndola en sus brazos y besándola con una amplitud y una abundancia que ningún obispo, pensó fugazmente mientras su cuerpo se quedaba rígido de sorpresa y horror, podría posiblemente aprobar.

Se sintió engullida.

Sintió que debía de estar desapareciendo por completo.

Él parecía infinitamente vasto y blando.

—Oh, pero no puedo... no quiero... oh, para... oh, para... es un error... —logró articular entre jadeos.

—Mi mujercita —fue todo el caso que Herr Dremmel le hizo.

Capítulo VII

Llovía en Redchester cuando Ingeborg se apeó en la estación, una semana y un día después de haberla dejado: aquella lluvia fina, suave y persistente, apenas más que una neblina, propia de aquel rincón de Inglaterra tan calado de agua. Los céspedes de los jardines que fue dejando atrás mientras su calesa trepaba penosamente la cuesta estaban de un verde increíble, las hojas de los lilos relucían de humedad, cada tulipán era una copa de agua, los caminos eran del color del chocolate, y una espesa manta gris de nubes colgaba, tibia, sobre la ciudad, arropándola por todos lados y manteniendo a raya cualquier corriente de aire que pudiera picar y escocer a sus habitantes hasta hacerles, pensó ella, vivir de verdad.

El mozo le dijo que hacía un tiempo estupendo para que todo creciera, y ella se preguntó, aturdida, por qué, después de tantos años de aquel mismo tiempo, no había ella misma acabado de crecer del todo. Un coronel retirado a quien conocía —conocía a todos los coroneles retirados— agitó el paraguas y le gritó una pregunta cordial sobre su dolor de muelas, y ella lo miró con un ojo muerto e ingrato. Un cartero que pasaba se tocó la gorra, y ella volvió la cara hacia otro lado. Las mismas figuras femeninas sensatas que había visto toda su vida, envueltas en los mismos impermeables sensatos, se inclinaron y sonrieron, y ella fingió no haberlas visto. Todo el mundo, en efecto, se comportaba como si ella siguiera siendo buena, lo cual resultaba angustioso, embarazoso, y le producía unas ganas irresistibles de cerrar los ojos y esconderse.

Allí estaban las tiendas, con las cosas en los escaparates sin cambiar desde que se había marchado nueve días antes, las mismas viejas novedades que nadie compraba jamás, las mismas moscas arrastrándose sobre los mismos bollos. Estaba la librería de donde había salido su *Christian Year*, con el escaparate lleno de más ejemplares, provisión sin fin para hijas sometidas a dieta sin fin, vegetarianas literarias, se decía para sus adentros, vegetarianas convertidas en verdura a la fuerza; y estaba el platero que suministraba al obispo las cruces según un buen modelo florentino del siglo XV que él regalaba a aquellas de sus confirmandas que eran hijas, en la diócesis, de los grandes. La hija del duque tenía una. La hija del lugarteniente del condado tenía una. Con este mismo criterio le habían dado una a la propia Ingeborg, que la llevaba continuamente, de día y de noche, como su padre esperaba, bajo el vestido, donde le hacía moretones. A su padre le resultaba grato poder recordar, en medio del ajetreo y el polvo de tanto trabajo poco reconfortante, que había un número cada año mayor, aunque severamente seleccionado, de dulces blusas vírgenes de las mejores familias bajo las cuales yacía y latía rítmicamente aquel recordatorio de plata del obispo y del Dios de quien la llevaba.

—Padre —dijo Ingeborg, después de llevar la suya puesta durante una semana—, ¿puedo quitarme la cruz por la noche?

—¿Por qué, Ingeborg? —había preguntado él; y añadió en voz baja—: ¿Se la quitó nuestro Salvador?

—No; pero... es que, cuando una se vuelve dormida, se le clava.

—¿Que se clava, Ingeborg? —dijo el obispo con suavidad, enarcando las cejas ante semejante expresión aplicada a semejante objeto.

—Sí, y me estoy llenando de moretones espantosos. Todavía estaba en el cuarto de estudio, y todavía decía «espantoso».

—Por sus llagas hemos sido curados —dijo el obispo, cerrando la conversación como quien cierra un libro.

Pese a la tibieza húmeda del aire, se estremeció cuando el escaparate del platero le trajo esto a la memoria. Había ocurrido años atrás, pero incluso más atrás, hasta donde le alcanzaba el recuerdo, cada vez que había pedido permiso a su padre para hacer algo se lo habían negado; y negado con fragmentos de la Biblia, cosa que tenía la rara virtud de dejarla sin palabras.

Y ahora estaba a punto de presentarse ante él cubierta de los permisos que no había pedido en absoluto pero que se había tomado tan tremendamente por su cuenta, y a punto de pedir el más tremendo de todos: el permiso para casarse con Herr Dremmel.

Pues así se habían pasado los dos últimos días de su Dent's Tour: estando abiertamente prometida con Herr Dremmel. Había comprobado que sus intentos de explicar que en realidad no lo estaba de nada le servían contra la convicción de él de que sí lo estaba. Y la opinión pública, la opinión pública de toda la excursión, tampoco dudaba en ningún momento de que lo estuviera: ¿acaso no la habían visto siete de sus miembros más fidedignos en el mismísimo acto de llegar a estarlo? De hecho, no solo no lo dudaba, sino que estaba severamente decidida a que estuviese prometida, le gustara o no. Era lo mínimo, opinaba la excursión, que ella podía hacer. De modo que ahora no le quedaba otro remedio que enfrentarse al obispo.

Sentía frío. Ninguna cantidad de aquel bochorno húmedo tan familiar lograba entrar en calor. En vano trataba de incorporarse, de mostrarse orgullosa y valiente, de recobrar aunque solo fuera algo del valor que tan fácil le había parecido allá al final, en Suiza, con Herr Dremmel para reírse de sus dudas. La cabeza se le caía hacia adelante, y tenía las manos y los pies como piedras.

Era el lugar, el lugar, pensó, el efecto hipnótico del lugar, de su antiguo entorno. Todo Redchester pesaba con recuerdos de obediencias pasadas. Ni una sola vez, estando en Redchester, había siquiera soñado con la rebeldía. Últimamente había dudado, en los rincones más remotos y menos filiales de su corazón, pero jamás había llegado siquiera a pensar en rebelarse. Y en cuanto se alejaba

de la vista y el oído de su casa, las cosas que aquí sabía que eran malas le habían parecido bastante buenas y de lo más naturales. Qué extraño era aquello. Y qué extraño que ahora, de vuelta, todo empezara otra vez a parecerle malo. ¿Qué podía hacer una pobre desdichada, se preguntó con súbita vehemencia, enfrentada a estas normas tan variables que se comportaban como si estuvieran bailando un rigodón? Este era el lugar donde, durante años, su conciencia había sido mimada hasta alcanzar aquel tamaño y aquella delicadeza; y aunque en compañía de Herr Dremmel se había vuelto temporalmente resistente, sentía que, a cada vuelta de las ruedas, iba recayendo cada vez más en su antigua blandura.

Y sin embargo, indudablemente, atormentada por la conciencia y asustada o no, tenía que contarle a su padre lo que había hecho. Tenía que ser valiente, y si hacía falta, tenía que desafiarlo. Estaba comprometida con Herr Dremmel. Él solo había ido a su casa a poner en orden sus asuntos, y luego, había anunciado, mientras ella entretanto preparaba al obispo, él vendría a Redchester a casarse con ella. ¡Preparar al obispo! Se estremeció. Herr Dremmel había intentado casarse con ella en Lucerna; pero los suizos, al parecer, no se dejaban meter prisa, de modo que ahí estaba ella, y dentro de las próximas horas iba a tener que preparar al obispo.

Cerró los ojos y pensó en Herr Dremmel; en Robert, como estaba aprendiendo a llamarlo. Lo quería con todo su corazón. Y él había sido tan amable cuando descubrió que a ella en realidad le disgustaba verse engullida en abrazos, y había limitado sus manifestaciones de afecto a besarle la mano, diciéndole que podía esperar perfectamente hasta más adelante, seguro de que después de la boda ella llegaría —como le había explicado en el Rigi que les pasaba a todas las mujeres— a apreciar justamente el valor de las caricias de un hombre honrado. También había sacado a relucir varios apelativos cariñosos alemanes de algún rincón hasta entonces baldío de su mente, y había adornado su conversación con ellos de un modo que a ella, criada como había sido en el noble lenguaje de la Biblia y del devocionario, tan sensible siempre al encanto de las palabras, la hacía reír y resplandecer de placer. Era su Corazoncito,

su Tesorito Diminuto, su Corderito de Azúcar: una docena de dulces apelativos alemanes convertidos en diminutivos y vertidos tal cual al español. ¡Qué frescura la de todo aquello! La frescura de sentirse admirada y mimada, después de las economías que en ese terreno se practicaban en su casa. Y en ese mismo instante el anillo de él colgaba bajo su vestido, en la misma cadena que la cruz de su padre. Sí, estaba ligada a él. El deber, comprendía, podía ser algo verdaderamente bendito cuando protegía a una de algún otro deber. Herr Dremmel se había convertido ahora en su Deber.

Se llevó la mano al pecho para infundirse valor palpando el anillo, porque el ánimo le desfallecía por dentro: acababa de divisar la catedral. Habían colgado el anillo de la cadena junto a la cruz de la confirmación porque era imposible llevarlo en el pulgar; y allá en Suiza, donde una era sencilla, aquel le había parecido el lugar más natural y evidente para ponerlo. Pero ahora, mientras la calesa traqueteaba sobre los adoquines del recinto y la catedral, familiar, se alzaba ante ella como una amenaza, agachó la cabeza y dudó mucho de que aquella yuxtaposición no fuera un pecado.

No había nadie en la escalinata cuando llegó bajo el gran cedro que extendía su sombra, un fragmento intensificado de penumbra goteante donde todo era ya penumbra y goteo, desde el césped hasta la entrada del palacio, salvo el mayordomo, cuya ropa negra le pareció al instante muy pulcra y tersa, y su ayudante, un muchacho al que se mantenía cuidadosamente un poco del lado de un conveniente desaliño episcopal. Había telegrafiado su tren desde Paddington, pero eso, claro está, no era motivo para que hubiera nadie en la escalinata. Era ella la que se ocupaba de la escalinata cuando llegaba o se marchaba la gente, era ella quien daba la bienvenida y quien despedía, y, como no podía darse la bienvenida a sí misma, no había allí nadie que lo hiciera.

Le lanzó a Wilson una mirada nerviosa mientras la ayudaba a bajar, pero él tenía el rostro impenetrable. El muchacho, a su otro lado, tenía una expresión que, pensó ella, en circunstancias más felices podría haberse permitido convertir en una sonrisita, y ella

apartó los ojos con una leve sensación de náusea. ¿Sabían ya, todos ellos, que había dejado la casa de su tía hacía una semana? Pero, en realidad, aquello ahora le parecía poca cosa comparado con lo que había hecho después.

«Soy una muchacha muerta», pensó Ingeborg, mientras pasaba bajo el pórtico de sus padres.

Los criados entraron su equipaje, del que, por su inexperiencia en el engaño, no se le había ocurrido raspar las etiquetas continentales, y ella cruzó el vestíbulo, pisando las tenues manchas de hermoso color difuminado que caían de los enormes vitrales sobre las losas de piedra del suelo. Era el vestíbulo más noble, tan desnudo de telas y alfombras como la propia catedral, y ella parecía más que insignificante mientras lo atravesaba hacia la puerta de roble tallado que daba al ancho pasillo artesonado que llevaba al salón, una figurilla armada de un valor miserable, la cosa más pequeña que se dispusiera a desafiar unos poderes de los cuales aquella magnificencia no era sino una de las expresiones.

Su madre estaba, como siempre, en su sofá cerca de una chimenea cuyo calor, en aquel día caluroso, quedaba mitigado por las ventanas abiertas de par en par. A su lado tenía su mesita particular con las flores de siempre, la labor de aguja, los libros devocionales y las biografías de hombres buenos. Costaba creer que su madre se hubiera levantado de aquel sofá nueve veces para irse a la cama, se hubiera vestido y desvestido y hubiera comido —treinta y seis veces, contó Ingeborg mecánicamente mientras buscaba con la mirada al obispo, si se excluía el té de antes del desayuno; cuarenta y cinco si no se excluía— desde la última vez que la había visto, tan inmóvil parecía, tan exactamente en la misma postura y compuesta según las mismas líneas en que había estado nueve días antes. La habitación estaba llena del canto de los zorzales, llena hasta ensordecer, cuando abrió la puerta, pues las ventanas daban directamente al jardín verde y empapado, y era un día de muchas lombrices. Judith preparaba el té tan lejos de la chimenea como podía, y no había ni rastro del obispo.

—¿Eres tú, Ingeborg? —dijo su madre, volviendo hacia la puerta el rostro, pálido de tantos años de estar encerrada.

La madre de Ingeborg había encontrado el sofá como otras personas encuentran la salvación. No estaba enferma. Simplemente había descubierto en él un refugio y una ayuda muy presente en todas las tribulaciones y turbulencias de la vida, y en especial un escudo y una adarga a la hora de tratar con el obispo. No resulta fácil para los casados, había comprobado ella cuando empezó a buscar uno, dar con un refugio del otro cónyuge que sea honorable para ambos. En un momento de lucidez, cayó en la cuenta del sofá. Ahí había un objeto intachable que la separaría por completo de deberes y responsabilidades de toda índole. Era respetable; era inatacablemente eficaz; no figuraba entre los Mandamientos. Todo lo que tenía que hacer era aferrarse a él, y nadie podría obligarla a hacer ni a ser nada. Así pues, se subió a él y allí había permanecido desde entonces, misteriosamente frágil, objeto de solicitud y de simpatía, un ser ante cuyo desvalimiento hasta el marido más agresivo o más agraviado tenía por fuerza que sentirse igualmente desvalido. Y había ido adquiriendo poco a poco el aire propio del sofá, y era ahora, sin lugar a dudas, una dama cristiana un tanto quejumbrosa pero pacientísima.

—¿Eres tú, Ingeborg? —repitió, volviendo la cabeza.

—Sí, madre —dijo Ingeborg, vacilando pese a sí misma en el umbral.

Miró alrededor con ansiedad, pero el obispo no acechaba en ninguna parte de la gran habitación.

—Entra, querida, y cierra la puerta. Ya ves que las ventanas están abiertas.

Judith alzó un momento la vista de su labor con el té y no se movió. Incluso en medio de sus terrores, Ingeborg se maravilló, tras un tiempo sin verla, de su belleza. Parecía haber tomado los grises empapados de la tarde, la sordidez y el crepúsculo que se cerraba, y

haber hecho de aquella penumbra el único fondo perfecto para su hermosura.

—Pensábamos que habrías escrito —dijo la señora Bullivant, colocando la mejilla en una posición conveniente para el beso que iba a aplicársele.

—Yo... telegrafié —dijo Ingeborg, aplicando el beso.

—Sí, querida, pero solo sobre tu tren.

—Pensé... que era suficiente.

—Pero, Ingeborg, querida, una ocasión tan grande. Una de *las* grandes ocasiones de la vida. Sí que esperábamos un poco de aviso, ¿verdad, Judith?

—¿Aviso? —dijo Ingeborg débilmente.

—Tu padre se sintió herido, querida. Pensó que demostraba tan poco cariño de verdad hacia tus padres y tu hermana.

—Pero... —dijo Ingeborg, mirando de una a otra.

—Te escribimos enseguida, en cuanto nos enteramos. ¿Verdad, Judith?

—Por supuesto —dijo Judith.

Ingeborg permanecía allí, sonrojándose y palideciendo por turnos. ¿Habría alguien de la excursión Dent's Tour averiguado de algún modo dónde vivía y escrito sobre su compromiso, y habría ocurrido lo imposible, que no iban a molestarse por ello? ¿Era posible? ¿Lo sabían? ¿Y se lo estaban tomando así? ¡Si tan solo hubiera pasado por casa de su tía de camino a Paddington y hubiera recogido las cartas... qué horas de miseria y terror se habría ahorrado!

—Pero... —empezó. Entonces el inmenso alivio la inundó de repente por completo, con una deliciosa y cálida blandura. Sí que lo sabían. De algún modo. Y había ocurrido un milagro. ¡Oh, qué *bueno* era Dios!

Cayó de rodillas junto al sofá y se puso a besar la mano de su madre, lo cual sorprendió a la señora Bullivant; y en efecto, es una costumbre extranjera, que suelen coger sobre todo quienes viajan al extranjero. —Madre —dijo—, ¿de verdad se alegra usted de esto? ¿Entonces no le importa?

—¿Que si me importa? —dijo la señora Bullivant.

—Oh, qué contenta, qué contenta estoy. ¿Y padre? ¿Qué dice? ¿Le... le importa a *él*?

—¿Que si le importa? —repitió la señora Bullivant.

—Padre está muy contento, creo —dijo Judith, con lo que en alguien menos hermosa habría sido un leve fruncimiento de labios. Y enderezó un notable anillo de diamantes que llevaba puesto.

—¿Padre está... contento? —repitió Ingeborg como un eco, verdaderamente sobrecogida por la cantidad y la calidad de aquellos alivios.

—Debo decir que me parece verdaderamente *bueno* por parte de tu querido padre estar contento, cuando pierde... —empezó la señora Bullivant.

—Oh, sí, sí —interrumpió Ingeborg, sobrecogida—, es un prodigio... un prodigio de Dios.

—Ingeborg, querida —la reprendió con suavidad su madre, pues aquello era ya un exceso; y Judith puso una expresión que en cualquier otra mujer habría sido todavía más de fruncimiento de labios.

—Cuando pierde —retomó entonces la señora Bullivant, con la quejumbrosa determinación de quien considera que lo mínimo que puede esperar, como madre postrada en un sofá, es que la dejen terminar sus frases—, tanto.

—Sí, sí —asintió Ingeborg con vehemencia, cuya gratitud hacia la actitud de sus padres era tan cálida que casi sintió que debía

quedarse para siempre a calentarse a su cortesía y no marcharse después de todo a la distancia yerma de Prusia Oriental.

—Tu padre no pierde *solo* una hija —continuó la señora Bullivant —, sino quinientas libras al año de sus ingresos.

—¿Se le puede llamar a eso «sus ingresos»? —preguntó Judith, con cortesía, pero, si se pudiera sospechar tal cosa de un ser con rostro de ángel, con cierta leve irritación—. Yo creía que nuestra abuela...

—Judith, querida, las quinientas libras al año que os dejó vuestra abuela a cada una solo serían vuestras cuando os casarais —explicó la señora Bullivant, también con cierta leve irritación bajo su paciencia—. Hasta que os casarais, serían mías... de tu padre, quiero decir, claro. Y si nunca os hubierais casado, habrían sido mías... de él, quiero decir... siempre.

Ingeborg había oído hablar del testamento de su abuela sueca, pero lo había olvidado hacía mucho, pues el matrimonio le parecía remoto y el dinero jamás le había interesado, ya que no tenía ocasión de gastarlo. Ahora el corazón le dio un vuelco de aún más gratitud. Qué alivio sería para Robert. Cuánto le ayudaría en sus investigaciones. Qué extraordinario que lo hubiera olvidado. Cuando él le habló de su estipendio de cinco mil marcos —doscientas cincuenta libras en moneda inglesa, le explicó, y además la casa y las tierras libres de gasto—, la mayor parte de lo cual se le iba en sus experimentos, pero lo que quedaba era de sobra, decía él, para las necesidades vitales de seres razonables, siempre que lo abordaran con el espíritu adecuado, todo dependía, decía, de si se abordaba con el espíritu adecuado. «Y, al fin y al cabo», había añadido triunfante, sacando pecho justo cuando ella iba a preguntarle cuál era el espíritu adecuado, «nadie puede llamarme *flaco*»... ¡y pensar que se le había olvidado la ayuda considerable que iba a poder llevarle!

Ahora se le revelaba en todo su esplendor la generosidad de su padre al alegrarse de su compromiso. Qué alivio. Qué alivio dichoso

y cálido. Así debía de sentirse quien nace de nuevo, todo nuevo, todo limpio de viejos errores y temores. Se sintió exaltada, extraordinariamente feliz, extraordinariamente buena, más en armonía con la Providencia y con la Biblia de lo que había estado desde la infancia. Habría estado dispuesta, y en efecto le pareció de lo más natural, a arrodillarse allí mismo con su madre y Judith y rezar juntas en voz alta. Habría estado dispuesta, en la cresta de aquella ola de gratitud, a renunciar de buen grado a Herr Dremmel a cambio de la inmensa bondad de su familia por no pedirle que renunciara a él. Nunca antes en su vida había sentido nada semejante a aquella exaltación, aquella completa armonía con lo infinito, aquella confianza en la bondad inherente de las cosas, salvo la tarde en que le sacaron la muela.

—Oh —exclamó, apoyando la mejilla en la mano de su madre—, oh, cómo *espero* que le guste Robert.

—¿Robert? —dijo la señora Bullivant; y en la mesa del té se hizo de pronto un silencio entre las tazas, como si estuvieran conteniendo el aliento.

—Se llama Robert —dijo Ingeborg, aún con la mejilla en la mano de su madre, los ojos cerrados, el rostro convertido en una visión del contento más acurrucado y seguro.

—¿Qué Robert, Ingeborg? —preguntó la señora Bullivant, cambiando de postura para mirar a su hija más cómodamente desde arriba.

—Herr Dremmel. Es su nombre de pila. Tiene que *tener* uno, ¿sabe? —dijo Ingeborg, todavía con los ojos cerrados en la dicha de una confianza perfecta.

—¿Herr qué? —dijo la señora Bullivant, con una nota de vida más aguda en la voz de la que llevaba años sin tener—. Ahí está tu padre —añadió rápidamente, recomponiéndose a toda prisa en las líneas de la inválida inatacable en cuanto la puerta se abrió y entró el obispo.

Ingeborg se puso en pie de un salto. —Oh, padre —exclamó, corriendo hacia él con la total falta de timidez que cabría imaginar en el alma recién lavada y perdonada cuando llega por primera vez al cielo y se encuentra con su Hacedor y sabe que ya nunca más habrá malentendidos—, ¡qué *bueno* ha sido usted!

Y lo besó con tal fervor, en una habitación que se había quedado tan silenciosa, que el beso sonó bastante fuerte.

El obispo se sintió picado.

¿Es que acaso él no había sido bueno en algún momento? La gratitud excesiva de su hija, verdaderamente casi ruidosa, por lo que al fin y al cabo había sido inevitable, el permiso para subir a Londres y ponerse en manos de un dentista, sugería que aquella muestra de humanidad por su parte le había supuesto a ella una sorpresa. Él sí sentía que había sido bueno al dejarla ir, pero también sentía que habría sido malo si no la hubiera dejado ir. Sin duda la opinión de Redchester lo habría condenado por cruel, aunque él mismo, que conocía todas las circunstancias, no fuera capaz de pensarlo así. Lo que en realidad había sido cruel era el terrible embrollo en que habían caído sus papeles y su correspondencia por la prolongada ausencia de ella. Se habían producido graves dislocaciones en las junturas de sus compromisos, varias de ellas con consecuencias de gran alcance; y todo, no podía evitar sentir, porque Ingeborg, pese al precepto y al ejemplo, no se había cepillado los dientes en sus primeros años con regularidad ni con conciencia. Era evidente que no lo había hecho, pues de lo contrario ¿cómo iba a necesitar nueve días enormes para quedar reparada? Él mismo, que consideraba su cuerpo un templo sagrado, la única solución de la cuestión del cuerpo que se acercaba siquiera algo a lo satisfactorio, y que en consecuencia se había cepillado los dientes, desde el punto de vista de ser estos pilares de un edificio sagrado, después de cada comida durante cuarenta años, jamás había tenido un dolor de muelas en toda su vida.

—Esperemos ahora, Ingeborg —dijo, reflexionando sobre el ejemplo que ella acababa de proporcionarle de la moderna inversión

de la ley mosaica que hacía recaer los pecados de los padres sobre los hijos, siendo el arreglo original, sentía el obispo, bastante más saludable, y apartándola con suavidad para dirigirse a la mesa del té, donde se detuvo tendiendo la mano hacia la taza que Judith se apresuró a colocar en ella—, esperemos ahora, ya que has aprendido la lección, que en el futuro recordarás que la limpieza va justo después de la santidad.

Y esto le pareció a Ingeborg una respuesta tan sorprendente que no pudo hacer otra cosa que mirarlo fijamente con la boca un poco entreabierta, allí donde él la había dejado, en medio de la alfombra.

Pero el obispo no había terminado. Prosiguió y dijo otra cosa que la sorprendió todavía más; es más, la dejó helada, la sacudió hasta los cimientos. Dijo, tras una pausa durante la cual el silencio en la habitación fue notable, de espaldas a ella mientras en la mesa del té elegía con cuidado el trozo concreto de pan con mantequilla que pensaba comerse: —Y dime, Ingeborg, ¿por qué no escribiste en cuanto supiste la noticia, para felicitar a tu hermana por su compromiso?

Capítulo VIII

Ingeborg se quedó muda.

La pregunta de su padre fue como un golpe, que la devolvió de un sobresalto a la conciencia. El cálido sueño de que todo iba bien, de que la comprendían, de que después de todo había amor y bondad para ella en su casa, y bienvenida y aliento, la cálida sensación de tenderse en el regazo bondadoso de su familia, confiada en que la sostendría y no la dejaría caer al suelo, se esfumó en un instante. La golpearon hasta despertarla, la sacaron a golpes de su breve y delicioso sueño. Su familia no tenía regazo, pero sí tenía una mente por completo desprevenida, y en aquella mente desprevenida había ella dejado caer, de golpe, el nombre de Dremmel.

—¿Judith... prometida? —balbuceó débilmente, cuando el obispo se dio media vuelta, taza en mano, para examinar la causa de su prolongado silencio.

—Tu incredulidad no es muy halagüeña para tu hermana —dijo él; y las pestañas de Judith, mientras ella concentraba la mirada en la tetera, eran por sí solas lo bastante hermosas, aquellas cosas curvas, suaves, de un dorado oscuro, como para hacer que la incredulidad resultara sencillamente absurda.

La señora Bullivant evitó decir nada y se aferró a su sofá.

—Es... tan repentino —balbuceó Ingeborg.

—Mucho puede suceder en una semana —dijo el obispo.

—Sí —murmuró Ingeborg, que también lo sabía terriblemente bien.

—Nunca podemos saber lo que traerá un día —dijo el obispo; e Ingeborg, profundamente convencida, inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Nadie sabe —empezó el obispo, pues la costumbre era fuerte en él— la hora en que el esposo... —pero se detuvo, recordando que Ingeborg no estaba prometida y que, por tanto, no era decoroso hablarle de esposos. En lugar de ello, volvió a preguntarle por qué no había escrito; y, mirándola con ojo escrutador, se preguntó si era posible que una hija suya fuera lo bastante ruin para sentir envidia.

—No... no recibí las cartas —dijo Ingeborg, con la cabeza inclinada.

—¿No las recibiste? Qué extraño. Tu madre escribió enseguida. A ver. Fue el viernes cuando ocurrió. *Fue* el viernes, ¿no es así, Judith? *Tú* deberías saberlo —Judith se sonrojó obedientemente—, y hoy es martes. Tiempo de sobra. Tiempo de sobra. Querida —dijo, volviéndose hacia su esposa, que al instante se estremeció hasta un estado de desvalimiento todavía más relajado—, ¿crees posible que tu carta no llegara a echarse al correo?

—Del todo, Herbert —murmuró la señora Bullivant, cerrando los ojos y esforzándose por imaginarse inconsciente.

—Ah. Entonces eso es. Eso es. Wilson se está volviendo descuidado. Esta última semana ha habido repetidas negligencias. Harás averiguaciones, Ingeborg, y le dirás lo que he dicho.

—Sí, padre.

—Y lo despedirás si sigue así.

—Sí, padre.

—Siervo infiel. Siervo infiel. El que es infiel en lo poco...

El obispo, frunciendo el ceño ante aquello, tomó un segundo trozo de pan con mantequilla y se dirigió a la alfombrilla de la chimenea,

donde se plantó por pura fuerza de la costumbre, pese al calor del día, bebiendo su té, e irritándose vaga pero cada vez más por la acción del fuego a su espalda.

—Entonces —dijo, mirando a Ingeborg—, ¿tú no sabes nada de esto?

Ella negó con la cabeza. Era la figura más extraña en medio de la espléndida y vieja habitación, manchada por el viaje, desaliñada, el rostro blanco de fatiga, el sombrero torcido.

Judith la miraba de vez en cuando, pero era imposible saber en ningún momento qué pensaba aquella delicada rosa blanca sentada a la mesa del té; tan imposible que los jóvenes que se agrupaban a su alrededor como abejas la primera vez que la veían acababan por rendirse y pasaban enseguida a flores más comunicativas. La duquesa local había abrigado la esperanza de que su primogénito se casara con ella —una criatura tan hermosa, tan enteramente respetable con aquel simpático obispo por padre, y tan felizmente dotada, en la perfección de sus proporciones, para la exitosa producción de futuros duques—; y le señalaba a su hijo varios aspectos de la exquisitez de la muchacha, y le decía que tendría la esposa más hermosa de toda Inglaterra. Pero el joven, tras dirigir a su madre una mirada de reproche por suponer que él pudiera haber dejado de notar siquiera el más humilde asomo de una mujer bonita, y no digamos ya a Judith Bullivant, dijo que él no quería casarse con un cuadro, sino con algo que estuviera vivo y que, en cualquier caso, hablara.

—Está bastante bien, desde luego —comentó—, y me gusta mirarla. Estaría ciego si no me gustara. Pero, ¡Dios santo!, ¿aburrida? La chica no tiene ni una palabra que decir en su favor. Nunca conocí a ninguna mujer que pareciera tan estupenda y que luego, no sé cómo, no lo fuera. No quiere hablar. No quiere *hablar* —casi gimió—. No tiene ni el más remoto parecido con nada que se acerque a tener *chispa*.

—Puede que acabes por estarle agradecido por eso —dijo su madre.

Sin embargo, él no se dejó convencer, y siguió su camino y se casó, tal como la duquesa había temido, con una joven de los espectáculos de variedades: una joven ágil no solo de los pies, sino también del ingenio, ágil, es decir, como él le señaló con orgullo a su madre, por ambos extremos, con quien vivió muy contento, pues ella lo divertía, que ya es mucho.

—No he observado que ofrecieras ninguna felicitación, Ingeborg —dijo el obispo, cada vez más disgustado por su extraño comportamiento, y sin gustarle en absoluto su aspecto ajado y desamparado. Volvió a pensar en la envidia, pero eso solo no podía arrugar la ropa—. Y sin embargo tu hermana —dijo, alejándose un poco más del fuego, que había empezado a abrasarlo desagradablemente— va a ser la esposa del rector.

—¿El rector? —repitió Ingeborg, atontada. Por un momento, su atormentado cerebro supuso que Judith iba a hacerse monja.

—Solo hay un rector —dijo el obispo, con su tono más solemne—. Todo el mundo lo sabe. El rector de Ananías.

Ingeborg sabía que aquello era algo grande. El rector de Ananías, el más célebre de los colleges de Oxford, era deseable en todos los sentidos, salvo quizá en el de la edad; pero ¿qué importaba la edad frente a todas las demás cualidades deseables? Su padre la había reprendido una vez por hablar de él como del viejo doctor Abbot, y le había informado de que el Rector solo tenía sesenta años, y que todo el mundo tenía sesenta años, es decir, dijo el obispo, todo el mundo con algo de sentido común. No era viudo, era agradable de ver, con aquel aire afeitado y de un gris hierro, era brillantemente erudito, y sumamente acomodado aparte de su generoso sueldo, uno de los sueldos más generosos que otorgaba la Corona. Varios años atrás, cuando Judith aún era invisible dentro de un delantal de niña, se había hospedado en el palacio —fue entonces cuando Ingeborg hablaba de él como del viejo—, y había sido tratado por su

padre con toda atención y todo respeto: en aquella ocasión había parecido alegrarse de marcharse. Ahora resultaba que había vuelto, y debía de haberse enamorado de inmediato, y de manera arrolladora, de Judith, en el curso de su breve visita, hasta salvar la distancia entre un primer conocimiento y un compromiso. ¿Quién, sin embargo, sabía mejor que ella misma con qué rapidez pueden salvarse esas distancias?

Quiso ir a besar a Judith y decirle cosas cariñosas, pero los pies no parecían capaces de moverse. Quería felicitar a todos con todo su corazón, con tal de que ellos tuvieran la amabilidad de felicitarla también a ella, aunque fuera un poco. Pues Judith había oído lo que ella dijo antes de que entrara su padre, y su madre también lo había oído, y la habitación pesaba con el nombre pronunciado de Dremmel.

Los miró a todos: a su padre, esperando que mostrara al menos un decoro y un sentimiento corrientes; a Judith, tan a salvo en la aprobación de la familia, tan enteramente limpia de cosas ocultas; a su madre, tendida con los ojos cerrados y el rostro sin expresión; y de pronto se sintió intolerablemente sola.

—Oh, oh... —exclamó, tendiendo las manos—, ¿es que nadie me quiere?

Esto era peor que su dolor de muelas.

Su familia había soportado mucho durante aquellos días, pero al menos entonces había una razón para las partes más extrañas de su conducta. Ahora se veían obligados a soportar el penoso espectáculo de una pariente hasta entonces reservada dejándose llevar hasta el desenfreno. Ingeborg iba a montar una escena; y una escena era algo que hasta entonces, al menos durante todo el periodo Bullivant, jamás se había montado en aquella casa.

La señora Bullivant cerró los ojos con más fuerza todavía y trató de pensar que ni siquiera estaba allí.

Judith se puso colorada y volvió a absorberse en la tetera.

El obispo, tras el primer frío sobresalto natural en una persona llamada a contemplar la desnudez donde hasta entonces había habido ropas, dejó su taza en la mesa más cercana y, con una calma exagerada, se quedó mirando.

Todos se sintieron intensamente incómodos; tan incómodos como si ella hubiera empezado, en medio del salón, a quitarse las prendas una a una y a arrojarlas lejos de sí.

—Esto es muy triste, Ingeborg —dijo el obispo.

—¿Verdad que sí? Oh, ¿*verdad* que sí? —fue su inesperada respuesta, con lágrimas en los ojos. Estaba tan cansada, tan asustada. Llevaba viajando sin descanso desde la mañana del día anterior. No había comido nada en un tiempo que le parecía infinito. Y sin embargo, este era el momento, precisamente porque se había delatado ante su madre y Judith, en que iba a tener que contarle a su padre lo que había hecho.

—Es el ejemplo más penoso —dijo el obispo— que he visto jamás de ese más bajo de los pecados: la envidia.

—¿Envidia? —dijo Ingeborg—. Oh, no, no es eso. ¡Oh, si tan solo fuera eso! Y sí felicito a Judith. Judith, te felicito, te felicito de verdad, querida. Pero... padre, yo también he estado haciéndolo.

Ya lo había dicho, y lo miró con ojos afligidos, preparada para lo peor.

—¿Haciendo qué, Ingeborg?

—Yo también estoy prometida.

—¿Prometida? Ingeborg, querida.

El obispo temió por su cordura. Realmente tenía un aspecto muy extraño. ¿Le habrían dado demasiado gas?

Su tono se volvió cauteloso y condescendiente. —¿Cómo puedes —dijo con calma— haberte prometido en estos pocos días?

—Mucho puede suceder en una semana —dijo Ingeborg. Se le escapó. De verdad intentó no decirlo. Estaba desquiciada. Y siempre

que estaba desquiciada decía lo primero que le venía a la cabeza, y siempre era, o desafortunado, o devastador.

El obispo se envolvió en hielo. Aquello no era histeria; era algo inconmensurablemente peor.

—Ten la bondad de explicarte —dijo con sequedad, y unas oleadas de aire helado parecieron brotar del lugar donde estaba y agitarse por toda la habitación.

—Estoy prometida a... a alguien llamado Dremmel —dijo Ingeborg.

—No conozco ese nombre. ¿Lo conoces tú, Marion?

—No, oh, no —musitó la señora Bullivant, con los ojos cerrados.

—Robert Dremmel —dijo Ingeborg.

—¿Quiénes son los Dremmel, Ingeborg?

—No hay ningunos.

—¿Que no hay ningunos?

—Nunca *oí* hablar de ninguno —dijo, retorciéndose los dedos—. No solíamos hablar de... de cosas como si hubiera *más* Dremmel.

—¿Qué es este hombre?

—Un clérigo.

—Ah. ¿Dónde vive?

—En Prusia Oriental.

—¿Dónde, Ingeborg?

—Prusia Oriental. Es... es un lugar en el extranjero.

—Gracias. Ya lo sé. Mi educación llega hasta Prusia Oriental inclusive.

La señora Bullivant se echó a llorar. No en voz alta, pero unas lágrimas se deslizaban silenciosas por su rostro desde debajo de sus párpados cerrados. No hacía nada por contenerlas, sino que

permanecía tendida con las manos entrelazadas sobre el pecho y las dejaba deslizarse. ¿De qué servía ser cristiana si una se veía expuesta a estas escenas?

—Y dime, ¿por qué está en Prusia Oriental? —preguntó el obispo.

—Es de allí.

De nuevo la habitación pareció, por un instante, contener el aliento.

—¿He de entender que es alemán?

—Por favor, padre.

—¿Un pastor alemán?

—Sí, padre.

—¿No estará, por casualidad, adscrito en alguna capacidad eclesiástica al Káiser?

—No, padre.

Se hizo una pausa.

—Tu tía... ¿qué dijo ella de esto?

—No dijo nada. No estaba allí.

—¿Cómo dices?

—No he estado en casa de mi tía.

—Judith, querida, ¿tendrías la bondad de salir de la habitación?

Judith se levantó y se fue. Mientras cruzaba hacia la puerta, y hasta que la hubo cerrado tras de sí, reinó el silencio.

—Ahora —dijo el obispo, una vez que Judith estuvo a salvo fuera de peligro—, tendrás la bondad de explicar exactamente qué has estado haciendo.

—Creo que deseo irme a la cama —murmuró la señora Bullivant, sin cambiar de postura ni abrir los ojos—. ¿Podría alguien tocar la campanilla para que venga Richards y me lleve a la cama?

Pero ni el obispo ni Ingeborg le hicieron caso.

—No *quise* hacer nada, padre... —empezó Ingeborg. Luego se interrumpió y dijo—: Puedo explicarme mejor si me siento... —y se dejó caer en la silla más cercana, pues las rodillas le fallaban de un modo muy raro.

Ahora veía a su padre solo a través de una niebla. Iba a tener que oponerse a él por primera vez en su vida, y su naturaleza era de las que aceptaban y no se oponían. En su desdicha, una duda se le coló en la mente: si Herr Dremmel merecía todo esto; si algo, en realidad, merecía que se luchara por ello. Y contra el propio padre. Y contra toda la propia educación. ¿Iba a ser lo bastante fuerte? ¿Era esto algo por lo que una debía ser fuerte? ¿No residiría más bien la verdadera fortaleza en una tranquila continuación de la vida en casa? ¿Qué era, bien pensado, Prusia Oriental para ella en realidad, y aquellos centenales y toda aquella agua? Deseó haber tenido al menos un trozo de pan con mantequilla. Pensó que quizá el pan con mantequilla la habría ayudado a no dudar. Miró vagamente a su alrededor para no tener que encontrarse por un momento con los ojos de su padre, y su mirada cayó sobre la mesa del té.

—Creo —dijo débilmente, poniéndose otra vez en pie— que voy a tomar un poco de té.

Al obispo esto le pareció escandaloso.

La observó en un estado de gélida indignación como jamás había experimentado en su vida. Su hija. Su hija, por la que tanto había hecho. La hija a la que había formado durante años, sin escatimar esfuerzos, para que fuera una mujer útil, eficiente y cristiana. La hija a la que había honrado con su confianza, dejándola participar en las porciones más privadas de sus asuntos cotidianos. No había recibido una sola carta que ella no hubiera visto y que se le hubiera permitido contestar. No había dado un solo paso en ninguna dirección sin permitirle a ella hacer los arreglos necesarios. Pocas veces, suponía con amargura, había recibido una hija tanta confianza de un padre. Su hija. Aquella figura ajada y de aspecto

indecoroso —sí, ahora sabía qué era lo que fallaba en su aspecto—, sirviéndose el té con cínica indiferencia mientras él, su padre, a quien ella había estado engañando, se veía obligado a esperar sus explicaciones hasta que a ella le placiera saciar el apetito. Positivamente había conseguido, se dijo a sí mismo, amargamente enfurecido por verse obligado a estar amargamente enfurecido, hacerle sentirse menos como debe sentirse un obispo de lo que se había sentido desde que era niño.

—Es que no he comido nada desde París —explicó Ingeborg, en tono de disculpa, sosteniendo la tetera con ambas manos porque una sola le temblaba demasiado, y sintiendo, además, que el momento no era exactamente el más indicado para el té.

El obispo se sobresaltó. —¿Desde dónde? —dijo.

—París —dijo Ingeborg; y añadió, temblorosa, habiendo perdido ya por completo el valor y deseando tan solo llenar el silencio—: Es... es un lugar en el extranjero.

La señora Bullivant murmuró, con más apremio y más franqueza, que se llamara a Richards para que la llevara a la cama.

—Ingeborg —dijo el obispo con una voz que ella no conocía—. ¿París?

—Sí, padre... anoche.

—Ingeborg, ven aquí.

Señalaba una silla a un metro o dos de la alfombrilla de la chimenea donde él estaba plantado, y su voz sonaba muy extraña.

Ella dejó la taza con mano temblorosa y se acercó a él. El corazón se le había subido a la garganta.

—¿Qué has estado haciendo? —dijo.

—Ya se lo dije, padre. Estoy prometida a Herr...

—¿Cómo llegaste a París?

—En tren.

—¿Quieres contestarme? ¿Qué hacías en París?

—Cenar.

Estaba aterrada. Su padre hablaba bastante alto. Nunca en su vida lo había visto así. Contestaba a sus preguntas deprisa, con el corazón dando saltos cada vez que él las disparaba, pero sus respuestas parecían ponerlo cada vez más furioso. Si tan solo él la dejara explicarse, escucharla hasta el final; pero le arrojaba preguntas sin darle tiempo alguno.

—Padre —dijo apresuradamente, viendo que tras aquella última respuesta suya él se quedaba un momento sin decir nada, sino mirándola de un modo muy extraño—, por favor, déjeme contarle cómo pasó todo. No tardará ni un minuto, de verdad que no. Y entonces, ¿ve?, lo *sabrá*. No quise hacer nada, de verdad que no; pero el dentista me sacó la muela tan deprisa, aquel primer día mismo, que en lugar de volver a casa me fui a Lucerna...

—¿A...?

—Sí —asintió, presa de un frenesí por decirlo todo cuanto antes—, a Lucerna... no sabría decirle por qué, pero fui... me sentí como empujada hacia allí, y al cabo de poco me prometí, y tampoco tuve la más mínima intención de hacer eso, de verdad que no... pero de algún modo... —¿de qué serviría intentar contarle lo de la tarta blanca y plateada, y los siete testigos, y el bondadoso e inconmovible Herr Dremmel, y todos los infinitos y pequeños eslabones de la cadena? ¿Llegaría él alguna vez, alguna vez, a entenderlo?—. De algún modo, lo *hice*. ¿Ve? —añadió, impotente, alzando hacia él los ojos llenos de una súplica de comprensión, de clemencia—, una cosa lleva a la otra. —Y como él seguía sin decir nada, añadió, aún más impotente—: Herr Dremmel se sentaba enfrente de mí en el tren.

—¿Lo recogiste así, por casualidad, como cualquier criada, en un tren?

—Formaba parte del grupo. Estaba allí desde el principio. Ah, sí, se me olvidó decírselo: era una de las excursiones de Dent's Tours.

—¿Fuiste de excursión con Dent's Tours?

—Sí, y él también formaba parte, y todos nosotros, claro está, siempre íbamos juntos, un poco como en un colegio, de dos en dos... supongo que por la acera —dijo, diciendo ya, en su terror, cualquier cosa que le viniera a la cabeza—, y como él era el otro de mi pareja, la mitad de la pareja de la que yo era la otra mitad, ¿sabe, padre?, pues... nos prometimos.

—¿Me tomas por tonto? —fue el comentario del obispo.

A Ingeborg se le paró el corazón. ¿Cómo podía su padre siquiera *pensar*...?

—Oh, padre —fue todo lo que pudo decir a eso; y agachó la cabeza, en la total desesperanza, la inutilidad de tratar de contarle nada.

Sabía que lo había estado contando de un modo ridículo, dejando salir en tropel una confusión que debía de sonar a triste disparate, pero ¿es que él no podía ver que estaba presa del pánico? ¿No podía tener paciencia y ayudarla a hacer una confesión limpia?

—Soy tonta —dijo, mirándolo a través de las lágrimas, y cayendo de pronto en una especie de desnudez del habla, un habla enteramente sencilla y enteramente verdadera—, tonta de miedo.

—¿Sugieres que yo te aterrorizo? —preguntó el obispo, indignado.

—Sí —dijo ella.

Esto era terrible. Y era terrible de un modo peculiar porque hacía que el obispo deseara, de verdad, no ser un caballero. Entonces sí que sería fácil tratar con aquella pequeña criatura desafiante sentada en la silla. Cuando se trata de mujeres, al fin y al cabo, el método más rápido es ser, de profesión, un peón caminero...

Se estremeció, y apartó apresuradamente sus pensamientos de aquel abismo. ¿A qué temibles profundidades de naturalidad no lo estaba arrastrando ella con su conducta?

—Padre —dijo Ingeborg, que había llegado ya al fondo mismo de lo peor de todo, un lugar donde, una vez alcanzado, una espantosa sinceridad se apodera de la lengua de una—, ¿ve esto? Mírelas.

Y levantó las manos y se las mostró, mientras ella misma las observaba como si fueran de otra persona, viendo cómo temblaban.

—¿No es eso tener miedo? Mírelas. Es miedo. Es miedo de usted. Es usted quien hace que hagan eso. Y piénselo... tengo veintidós años. Soy una mujer. Oh, yo... me da *vergüenza*...

Pero si aquella era una vergüenza apropiada por lo que había hecho, o una vergüenza escandalosa por sus escrúpulos al pecar, no le fue dado al obispo averiguarlo aquella tarde; porque, en cuanto llegó hasta ahí, se vio interrumpida por verse obligada a desmayarse.

Hubo un momento de confusión mientras ella caía de la silla y quedaba tendida en el suelo, un objeto arrugado y extraño, debido a que la señora Bullivant había proferido una exclamación; y esto, para el obispo, después de años de no haberla oído más que murmurar, resultó casi tan desconcertante como si, arrojando la contención por la ventana, hubiera dado a luz de pronto a un nuevo vástago. Sin embargo, recobró rápidamente la presencia de ánimo necesaria y se tocó la campanilla para llamar a Richards; quien, al llegar, se arrodilló y desabrochó la blusa de Ingeborg, ajada por el viaje, y algo colgado de una larga cadena cayó tintineando.

Eran la cruz de su padre y el anillo de Herr Dremmel, entrechocando metálicamente.

El obispo salió de la habitación sin decir palabra.

Capítulo IX

Cayó un manto negro sobre el palacio, que lo envolvió en tinieblas durante cuatro días espantosos, durante los cuales la señora Bullivant y sus hijas, y el capellán, y el secretario, y todos los criados, no vivían tanto como iban tanteando el camino, con cuidadosa solicitud por pasar inadvertidos.

Aquel manto era el manto de la ira del obispo; y había tanto de él que llegó incluso hasta las moradas del deán y el cabildo y ennegreció aquellas manchas blancas, y penetró en el hogar hasta entonces apacible del alcalde, que tuvo la desgracia de tener asuntos que tratar con el obispo el mismo día siguiente al regreso de Ingeborg, y hasta un jirón de él —pero bastante para ahogar a un anciano— invadió la propia catedral, donde apagó al sacristán mayor, un octogenario risueño con el privilegio de gastarle sus pequeñas bromas al obispo, y que, por desgracia, se la gastó como de costumbre, y quedó al instante amortajado en lobreguez y nunca volvió a bromear.

Que el obispo hubiera permitido que sus iras privadas desbordasen los muros de su jardín, él, que en público nunca había sido otra cosa que un dechado de belleza personal, de elevada serenidad y de elocuencia de sabor bíblico acerca de cómo debía ser el obispo perfecto, demuestra el extremo trastorno de su ánimo. Pero no era que lo permitiera: era que no podía evitarlo. Había perdido, gracias a su hija, el dominio de sí mismo, y solo por eso, sin nada más de lo que ella hubiera hecho, sentía que jamás podría perdonarla.

Se le había ido el dominio de sí mismo, y con él el respeto de sí mismo. Le dolía, positivamente le dolía, durante aquellos primeros cuatro días negros en que su hombre natural se había impuesto —criatura que hacía tanto tiempo que había olvidado que existía, tanto tiempo hacía que no oía hablar de ella—, el deseo de zarandear a fondo a su hija. Y lo terrible que era eso en un obispo. Lo terrible de ser consciente de que sus manos temblaban de ganas de zarandear —manos que él sabía a ciencia cierta que no debían posarse en nadie salvo para bendecir, manos consagradas, designadas por Dios para bendecir y luego despedir en paz. ¡Aquella cosa pequeña y sin importancia, aquella cosa pequeña y débil, la criatura a la que él había dotado generosamente del gran don de la vida y, junto con ese don, de la oportunidad, que sin él jamás habría tenido, de volver a entrar en la bienaventuranza eterna, la criatura a la que había alimentado y vestido, que había comido de su mano y había sido toda ella dócil mansedumbre, traerle deshonra! Deshonra fuera, ante el mundo, y dentro, ante su propio yo abatido y humillado. Y se la había traído no solo a un padre, sino al obispo más conocido del banco episcopal; el más conocido también, y el más frecuentemente mencionado, había él a veces conjeturado con una especie de elevada humildad, en el —¿cómo decirlo con la reverencia suficiente?— santo cuchicheo de los ángeles. Porque en sus momentos más elevados se había atrevido humildemente a creer que no era del todo ajeno a los comentarios del cielo. Y ahora, en el momento de tanto agradecimiento y legítimo orgullo en que su otra hija estaba tan hermosamente prometida, llegaba esta y, con traviesa impiedad, lo arrastraba a él, a su padre, al polvo de los instintos bajos y furiosos, el polvo terrible en el que se sientan aquellos tristes hombres animales que desean, y llegan a golpear a sus mujeres.

No podía obligarse a hablarle. No permitía que se le acercara. Por grande que fuese su arrepentimiento, jamás podría borrar el recuerdo de aquellas horas en que ella lo había obligado a reconocer cómo era él en realidad por dentro, después de tantos años de cuidadoso ascenso hacia la bondad. Terrible verse agitado no solo

hasta la falta de cristiandad, sino hasta la vulgaridad. Terrible verse llevado a desear no solo no ser cristiano, sino no ser un caballero. Él, un príncipe de la Iglesia, deseaba ser un peón caminero durante un espacio de tiempo en que pudiera estar incondicionalmente activo. Él, un príncipe de la Iglesia, se veía desgarrado y desfigurado por sentimientos que habrían deshonrado a un coadjutor. Jamás podría perdonarla.

Pero las horas más oscuras pasan, y justo cuando la diócesis, inquieta, empezaba a temer que padeciera apendicitis, incapaz de explicarse de otro modo por qué permanecía invisible, él emergió de su primera indignación hacia una región más fría en la que, todavía muy encerrado en su alcoba, buscó desahogo en la oración.

Un obispo, y en verdad cualquier hombre verdaderamente bueno y público, tiene restringidos sus desahogos. Con decoro solo puede tener dos: la oración y su esposa; y en este caso la esposa no estaba disponible a causa de su sofá. Por primera vez el obispo sintió verdadero resentimiento hacia el sofá. Se dijo a sí mismo que la esposa de un prelado, por muy achacosa que estuviera —y él creía, con la sencillez propia de un hombre en tales asuntos, que en efecto lo estaba—, no tenía derecho a resultar inaccesible para una conversación de verdad. Con nadie más en la tierra, salvo con su esposa, puede un prelado, o cualquier otro hombre verdaderamente bueno y público, tener una conversación de verdad sin perder la dignidad, o, si la conversación llegara a ser demasiado verdadera, sin perder el cargo. Por eso la mayoría de los prelados están casados. Los mejores hombres desean, de cuando en cuando, ser de verdad.

Cuando Ingeborg se despojó de sus deferencias y, tras haberse fugado tan escandalosamente y tan escandalosamente enredado con un pícaro clérigo extranjero, tuvo el descaro de alzar las manos hacia él y acusarlo, acusarlo *a él*, su padre, de ser la causa de que le temblasen, el obispo se había horrorizado tanto como si el sendero de su propio jardín, por el que había pisado con placer durante años, se hubiese abierto de pronto bajo sus pies y le hubiese mostrado sus

fauces. Él había hecho aquel sendero; había pagado para que estuviera cuidado y adornado; y exigía de él, a cambio, que se mantuviera tranquilo y fuera útil. Que se convulsionara en un terremoto y viera interrumpida su utilidad tenía que ser culpa de alguien, y su instinto, con toda propiedad, fue el de ir a ver a su esposa y decirle que la culpa era suya.

Pero estaba el sofá.

Deseaba conversar con su esposa. Sentía un deseo intolerable de tener con ella una conversación de verdad aunque solo fueran cinco minutos. Quería hablar de la manera en que debía de haberse educado a Ingeborg, de la cantidad de castigos que había recibido de niña; deseaba que se le informara con exactitud de la naturaleza de la participación que la madre había tenido en su educación moral; deseaba discutir la responsabilidad de las madres y exponer sus opiniones sobre las consecuencias del abandono materno; y quería, además, llamar la atención de su esposa sobre el hecho que ella, al parecer, pasaba fácilmente por alto: que él le había dado un apellido que se había hecho célebre, y un techo que, por sus propios méritos y la misericordia de Dios, no era un techo cualquiera, sino un techo de palacio, y que, a cambio, lo menos que podía esperar era... En suma, quería hablar.

Pero cuando, urgido por sus apremios, fue a la alcoba de su esposa a derribar la barricada del sofá, se encontró no solo con Richards, que rondaba allí con tacto, sino con el médico; pues la señora Bullivant había previsto el probable deseo de conversación de su marido, y el médico, hombre bien adiestrado, estaba en ese instante prescribiendo silencio absoluto.

Fue entonces cuando, frustrado y privado del desahogo que un hombre prefiere, buscó su otro desahogo, y depositó todos aquellos angustiosos asuntos, en oración, a los pies del cielo. De rodillas en su alcoba, imploró con fervor perdón por su descenso a la naturalidad, y la restitución de su respeto por sí mismo. Sin su respeto por sí mismo, ¿qué sería de él? Había vivido con él tan íntima y tan largamente. Deseó con fervor que aquellos momentos

candentes en que sus manos habían temblado quedaran borrados y olvidados. Pidió ayuda para conducirse en adelante con calma. Imploró que se le concediera paciencia. Imploró que se le concediera dominio de sí mismo. Y al cabo, tras dos días empleando así sus ratos libres, se encontró sentado en una silla, diciéndose que la principal objeción que cabía hacer a la oración, si se nos permite decirlo con el debido respeto, es que resulta unilateral. Es un monólogo, se dijo el obispo —también con el debido respeto—, y en apuros como el suyo hace falta tener la certeza de que a uno lo están atendiendo. Él no creía que se lo estuviese atendiendo en absoluto, porque, por mucho que rezara, por mucho que se retirase y forcejease consigo mismo, seguía deseando zarandear a su hija.

Pues estaba la irritación constante de que los asuntos de la diócesis cayeran en un desorden cada vez más desesperado. Todo el tiempo que ella había pasado ausente, callejeando culpablemente, y ahora todo este tiempo en que, sin estar ausente, seguía indisponible hasta que se hubiese arrepentido por completo, sus cartas se le amontonaban en montones confusos, y sus compromisos eran un páramo por el que vagaba solo en la oscuridad. El capellán y el mecanógrafo hacían lo que podían, pero no llevaban con él tanto tiempo como su hija y carecían de esa mecánica falta de sesera que hace a una mujer tan satisfactoria como secretaria. Su hija, al no tener lo que pudiera llamarse cerebro de verdad, no se veía perturbada por el pensamiento. Las angustias de las alternativas posibles no la inquietaban. No lo inquietaba a él, por tanto, sugiriéndoselas. Era mecánicamente meticulosa. Respetaba el detalle. Recordaba. Sabía no solo lo que había que hacer, que era lo fácil, sino qué había que hacer exactamente primero. Y tanto el capellán como el mecanógrafo eran hombres con ideas propias, y en vez de acompañarlo por el único camino recto y estrecho, que es la única manera de llegar de verdad a alguna parte, incluido, recordaba el obispo, el cielo, no dejaban de mirar a derecha e izquierda, dudando, sopesando, vacilando. El capellán tenía tantos ojos para una cuestión como una mosca, y la veía desde otras tantas perspectivas. La equidad, la conveniencia, las probables opiniones de

la otra parte, su Razón igualmente válida, todas estas cosas titubeaban interminablemente en torno a cada carta que había que contestar, se sopesaban interminablemente con las cadenciosas inflexiones de la voz de aquel joven de mente amplia y buena educación, y le hacía coro y lo respaldaba el mecanógrafo, que también había estudiado en Oxford, y al que se había concedido esta oportunidad de cercanía con el más distinguido de los obispos a una edad tan temprana que aún no se le había secado la leche de estudiante en las comisuras de su boca elocuente y titubeante, boca que daba, pensaba el irritado obispo, un sabor peculiarmente enfermizo a todo lo que de ella salía.

El obispo sentía que, si aquello seguía mucho más tiempo, el trabajo de la diócesis llegaría a un punto muerto. En diez días terminaría el receso de Pascua, y a él lo esperaban en la Cámara de los Lores, donde estaba anotado para pronunciar un discurso sobre el proyecto de ley del Home Rule desde el punto de vista de la fe sencilla, y ¿cómo iba a dejar las cosas en semejante embrollo en casa, y cómo iba a tener la paz de espíritu, la lucidez vacía, propia de un enfoque adecuado de la medida, si su ojo interior no dejaba de vagar hacia Redchester y hacia la creciente confusión de la mesa de su despacho?

El rastro de Ingeborg estaba presente en todo su día. Cuando, acalorado y desordenado tras la oración, volvía a hundirse en el trabajo, no podía hacer nada sin que se le recordara que ella no estaba allí. Se veía obligado a pensar en ella a cada momento. Era indigno, pero sin ella era como un actor que no ha aprendido su papel, sino a apoyarse en el apuntador, y que se encuentra en el escenario con el apuntador muerto dentro de su concha. Ella estaba muerta para él, muerta en pecado obstinado; y la dignidad exigía que siguiera muerta hasta que volviese por su propia voluntad y le dijese que había terminado con aquel terrible asunto del pastor de Prusia Oriental. No sabía si entonces la perdonaría —probablemente aplazaría el perdón como medida disciplinaria, después de haber implorado la guía del cielo—, pero le permitiría cierta cantidad de resurrección, suficiente para que pudiese sentarse cada día a su

escritorio y desenredar la confusión que solo su maldad había causado. Por las noches, pensaba él, convendría, al menos por un tiempo, devolverla a su tumba.

Llegado a este punto empezó a ser capaz de decir «pobre muchacha», y a sentir que la compadecía.

Pero no fue hasta el final de la semana, cuando se acercaba el domingo, que sus oraciones empezaron por fin a ser escuchadas, y recuperó el dominio suficiente de sus palabras, si no de sus pensamientos, para poder reaparecer entre los suyos y no mostrar nada menos decoroso que la reserva. Incluso llegó a lograr, aunque sin dirigirle la palabra, besar la frente de Ingeborg mañana y noche y hacer sobre ella la señal de la cruz al acostarse, como venía haciendo desde sus primeros años. Ella parecía más pequeña que nunca, apenas presente, y le hacía pensar en un vestido vacío que caminase con una cabeza encima. Contemplándola cuando ella no miraba, su deseo de zarandearla acabó por apagarse ante la percepción de que, en realidad, no habría nada que zarandear. Sería como sacudir meras ropas, prendas de las que el cuerpo hubiese desaparecido; habría polvo, pero poca satisfacción. Evidentemente ella había estado sufriendo, observó con cierto alivio, pues no solo tenía el vestido vacío, sino que su rostro parecía menguado, y desde luego estaba notablemente pálida. Le pareció muy poco atractiva, enteramente concebida por la Providencia para una vida hogareña y feliz. Y pensar que aquella nada, aquella asombrosa pequeñez... bueno, bueno; pobre muchacha.

La tarde del domingo decidió ayudarla poniéndose en contacto con ella desde el púlpito. Aquel día se aseguró varias veces, antes de predicar, de que su único sentimiento en aquel triste asunto era de preocupación por ella y de dolor. El púlpito, lo sabía por experiencia, era un lugar sereno y consolador cuando él estaba en él; era, en efecto, su manera de manejarse en el púlpito lo que había llevado al obispo a la cumbre eclesiástica en que se encontraba. Estaba en su mejor forma allí, pues lo conocía como un lugar bendito, libre de controversia, puro de toda contradicción, un lugar donde las

emociones personales no podían hallar asidero, gracias a la sabia costumbre que impedía a las congregaciones replicar. Dicho en términos vulgares, los términos de sus tiempos de estudiante, en el púlpito podía soltarse la melena; y el obispo, cuando se soltaba del todo la melena, estaba en su mejor momento.

Habló aquel domingo especialmente para Ingeborg, y se dijo que lo que salía directamente de su corazón tenía por fuerza que llegar directamente al de ella. La Biblia era bien clara. No se andaba con rodeos respecto a los peligros que ella corría. El castigo para su clase de pecado era, a lo largo de todo el libro, variado y severo. No es que los cuervos de otra época y las águilas de un clima distinto —había tomado como texto aquel pasaje, o más bien fragmento de pasaje, que calificó de notable, de los Proverbios: «Los cuervos del valle lo sacarán y las crías de las águilas lo devorarán»— fueran a aparecer probablemente por milagro en Redchester, aunque incluso en ese punto el obispo sostenía que nada era seguro; pero había, explicó, cuervos y águilas espirituales, provistos por una Providencia todo misericordiosa para las necesidades de los últimos tiempos, cuya obra era todavía más minuciosa y destructiva. Imploró con fervor a aquellos miembros de su grey que se supieran culpables del pecado concreto al que se refería el pasaje que buscasen el perdón de sus padres antes de que el Cielo interviniera. Señaló que lo que más se necesita, si las personas han de vivir con algún entusiasmo y buen resultado, es aliento, ¿y qué aliento podía igualar al perdón pleno y libre? La Biblia, dijo, comprendía esto muy bien, y el padre del hijo pródigo nunca vaciló en su aliento. Parecía difícil suponer que se pudiera igualar la esplendidez del mejor traje, el anillo, las sandalias y el ternero cebado, y sin embargo estaba seguro —*sabía* que en ese mismo instante había padres, allí, en aquella ciudad, más aún, en aquella catedral, dispuestos a dar todo eso y más. ¿Quién querría castigar a su querido hijo, el alma puesta en sus manos para ser blanqueada de cara al cielo? Todos sabían por experiencia propia —todos los que alguna vez habían sido niños debían de saberlo— cuánto se lamenta uno de haber obrado mal, cuánto se *desangra* uno por dentro; ¿y no era precisamente entonces, precisamente en

aquel momento de dolor, de sangre del corazón, cuando lo que se necesitaba, para poder ponerse otra vez en pie deprisa y obrar mejor que nunca, no era el castigo, sino el perdón? Un perdón frecuente y libre, dijo el obispo, y su voz era hermosa al decirlo, era una de las principales necesidades de la vida. Lo que los pobres niños necesitan, los pobres niños frágiles, tan infinitamente propensos a caer, tan infinitamente torpes para levantarse, es un borrado continuo y un no volver a pensar jamás en los ayeres, una presentación diaria, por parte de la autoridad, a los que tropezaron ayer, de ese objeto tan tonificante que es la pizarra limpia y vacía. Vaya, era tan necesario, declaró, con su hermoso rostro encendido, si se quería trabajar bien y aportar la propia contribución alegre a la felicidad del mundo, como un desayuno nutritivo y suficiente —la congregación se estremeció ante este toque hogareño—, y entumecer con el castigo la capacidad de una persona para aportar alegría era un *despilfarro*. Qué cruel, entonces, obligar con la propia obstinación a un padre a castigar; qué cruel y qué pecaminoso impedirle, al no buscar de inmediato lo que él ofrecía con tanta liberalidad, impedirle sacar su mejor traje, su anillo, su ternero cebado. Qué pesada responsabilidad para con sus padres tenían los hijos, dijo el obispo, que había dejado de ser hijo de nadie hacía ya muchos años. Este, dijo, es un sermón para los hijos; para los hijos que yerran; para esos tristes hijos que se han extraviado. Todos somos aquí hijos, explicó, y si la vida ha estado con nosotros tanto tiempo que ya no podemos hallar a nadie a quien con certeza llamar padre, seguimos siendo, hasta el fin, Hijos del Reino. Pero, prosiguió, aunque cada alma de esta catedral es necesariamente hija de alguien, no cada alma de ella es inevitablemente padre de alguien, y quería decir unas palabras a los padres y recordarles el efecto infinito del amor. Castigar a vuestro hijo es hacer que su arrepentimiento se agrie por dentro. No lo castiguéis. Amadlo. Amadlo continua, generosamente, obstinadamente si hace falta; golpead su dureza, como una vez se golpeó una roca, con la vara de la generosidad. Dadle ocasión de brotar en arrepentimiento vivo. La generosidad engendra generosidad. El amor engendra amor. Mostrad vuestro amor. Mostrad vuestra generosidad. Perdonad libremente,

magníficamente. Oh, hermanos míos, oh, hijos míos, mis pequeños hijos apenados, ¿qué no haría, qué dejaría de hacer uno a cambio de amor?

El rostro del obispo se alzó, al terminar, hacia la luz de la vidriera de poniente. Su voz estaba cargada de sentimiento. Había olvidado los cuervos y las águilas del principio, pues nunca permitía que sus principios estorbasen a sus finales, sabiendo bien que su congregación también los olvidaba. Era un artista a la hora de llegar al corazón de los incultos. Todo lo ayudaba: su belleza, su voz, y el modo manifiesto en que sus propias palabras lo conmovían a él mismo.

Y el mecanógrafo, mientras volvía al palacio con el capellán por entre las margaritas del recinto, no pudo estar de acuerdo con el capellán en que un curso en Oxford, incluso ahora, sobre razonamiento riguroso pudiera ayudar al obispo. El mecanógrafo pensaba que lo echaría a perder; y se ofreció a apostarle al capellán veinte contra uno a que aquella tarde Redchester estaría lleno de hijos extraviados trastornando el domingo de sus padres por querer ser perdonados.

Y así fue; e Ingeborg era una de ellos.

Capítulo X

Le salió al paso después del té, en la escalera.

—Padre —dijo ella tímidamente, mientras él pasaba de largo en silencio.

—¿Y bien, Ingeborg? —dijo el obispo, deteniéndose y atento con gravedad.

—Yo... quiero decirle cuánto lo siento.

—¿Sí, Ingeborg?

—Tan arrepentida, tan avergonzada de haberme... de haberme ido así, en aquella excursión. Estuvo muy mal de mi parte. Y me fui con su dinero. Oh, fue una fealdad. Yo... espero que me perdone, padre.

—Libremente, Ingeborg. Triste sería, desde luego, que me quedase atrás de nuestro Gran Ejemplo en materia de perdón.

—Entonces... ¿puedo volver a trabajar?

—Cuando me digas que has roto tu compromiso clandestino.

—Pero, padre...

—No hay peros, Ingeborg.

—Pero usted dijo en su sermón...

El obispo siguió su camino.

En su ansiedad, Ingeborg le puso la mano en la manga para detenerlo, una familiaridad hasta entonces inaudita en aquel hogar

ordenado y comedido.

—Pero su sermón..., usted dijo en su sermón, padre... vaya, ¿cómo puede el perdón libre tener condiciones? En la Biblia no lo hacían así —esto a él, que por la propia naturaleza de su alto cargo era un especialista en el perdón; pobre muchacha, pobre muchacha —. Usted mismo lo dijo, sobre el hijo pródigo: su padre lo perdonó *todo*, y a lo mejor había hecho cosas peores incluso que ir a Lucerna...

—No se nos habla, Ingeborg, de ningún compromiso clandestino —dijo el obispo, prosiguiendo su camino, estorbado pero, como recordaría después con satisfacción, sereno.

—Pero usted lo sabe... ¿cómo puede ser clandestino si usted lo sabe?

—Una vez más, Ingeborg, no hay peros.

—Pero ¿por qué no habría de casarme con un buen hombre?

Lo cierto es que lo seguía escalera arriba durante un buen tramo, todavía con la mano en su brazo, y con el rostro, tan poco atractivo en su ansiedad impropia de una mujer, muy cerca del de él.

—¿Por qué he de ser perdonada por querer casarme con un buen hombre? Todo el mundo se casa con buenos hombres. Madre lo hizo, y usted nunca le dijo que no debía. Oh, oh... —siguió diciendo, mientras la puerta del vestidor se cerraba suavemente ante ella—, eso no es en absoluto perdón libre... no es lo que usted *dijo*... no es lo que usted *dijo*... son *condiciones*...

Y su voz, ya desde el felpudo, se convirtió en un verdadero grito, sin que le importase que algún Wilson pudiera andar escuchando.

Cuánto se alegraba de haber podido apartarla con calma y meterse, todavía dueño de sí, en su vestidor. Qué extraños y qué nuevos eran aquellos arranques temerarios de desenfreno. Y su razonamiento, qué absolutamente deplorable. Deseaba, la infeliz muchacha, gozar de las ventajas y privilegios del estado de perdonada mientras persistía en el pecado que había procurado ese

perdón. Deseaba, reflexionó él, aunque en lenguaje más instruido, comerse el pastel y conservarlo. Y sin embargo, ¿no estaba claro que un perdón libre solo podía concederse a un arrepentimiento sin límites? No podía haber reservas de ramas particulares del pecado. Había que podarlas todas. Y el pastor de Prusia Oriental era una rama que había que podar con el corte final más limpio antes de que pudiera decirse que había comenzado la verdadera sumisión.

Pero el obispo, en su vestidor, aunque conservaba su calma aparente, estaba dolorido por dentro. Su sermón había fracasado. La muchacha debía de ser de piedra. No era, pensó, profundamente preocupado, que no le hubiese dado casi una semana entera de reflexión sin perturbaciones ni que no se le hubiese acercado aquel día, desde el púlpito, con toda la ayuda que estaba en su mano ofrecer. Ambas cosas las había hecho; y ella no estaba más cerca de recuperarse que antes. ¿Es que la educación no era nada, entonces? ¿No era nada el ambiente? ¿No era nada la sangre? ¿No era nada la sangre de los obispos, esa sangre que, entre todas las sangres, sin duda debía de ser la más eficaz para contener a sus herederos en todo cuanto hacían?

A la tarde siguiente hubo una fiesta en el palacio, organizada por la señora Bullivant en los días confiados de antes de saber cómo era Ingeborg en realidad. Era una fiesta de felicitación por Judith, y se había invitado a todo Redchester y a todo el condado. Nada podía detener aquella fiesta salvo una muerte en la familia —cualquier muerte, hasta la de Richards podría servir, pero nada menos que una muerte—, pensaba la afligida señora, preguntándose cómo iba a sobrellevar la tarde; y mientras se deslizaba hacia el sofá, a las cuatro menos cuarto, para que Richards la dispusiera en sus últimos pliegues, y sabiendo que, al dar las cuatro, una gran oleada de amigos se derramaría sobre ella y que durante tres horas tendría que mostrarse alegre y feliz respecto de Judith, y comprensivamente explicativa respecto de Ingeborg —que tenía un aspecto demasiado raro para explicarse solo con un dentista de hacía tiempo—, se sintió tan sumamente decaída que no pudo evitar pensar que era una lástima que la gente no se muriese un poco más a menudo.

Especialmente las doncellas. Especialmente las doncellas que eran tan torpes con los cojines...

Y el rector de Ananías había estado allí desde antes del almuerzo, y qué agotador había sido aquello. Había tenido que ocuparse ella sola casi por completo de agasajarlo, pues el obispo estuvo inevitablemente ausente de la comida, e Ingeborg, que era quien llevaba la conversación en aquella familia, no podía hacerlo ahora por estar en desgracia, y Judith, criatura querida, nunca decía gran cosa. Y el rector había estado muy exuberante; y su vitalidad, encantadora desde luego, pero un poco abrumadora a su edad, le había recordado que necesitaba cuidarse. Qué difícil había sido llevarlo al jardín, a algún sitio donde ella no estuviera. No lo consiguió hasta las dos y media, para cuando él llevaba vital sin parar desde las doce, e incluso entonces había tenido que inventarse un peral en plena floración del que no estaba nada segura, y decirle que había oído que era un espectáculo maravilloso que no debía perderse. Pero qué difícil había sido. Judith no había parecido querer enseñarle el peral, y él no quería ir a verlo si ella no lo acompañaba. Judith había acabado yendo, pero con una expresión en el rostro como si pensara que iba a tener que soportar cosas, y ninguna muchacha debería mostrar un pensamiento así antes de casarse. Y luego había habido un número inmenso de pequeños asuntos que atender a causa de la fiesta, asuntos de los que siempre se había ocupado Ingeborg pero que ahora no podía atender por estar en desgracia, y qué difícil había sido todo aquello. Aun así, la señora Bullivant sentía profunda, aunque vagamente, que a nadie temporalmente malo debía permitírsele servir a nadie permanentemente bueno. Tales personas, sentía, debían apartarse a un lugar hecho amplio para el arrepentimiento mediante la eliminación de toda exigencia. Durante toda la semana desde el regreso de su hija no le había permitido ni siquiera servir el té, ni cuando la familia dividida estaba a solas ni cuando llegaban visitas a felicitarlas. «La pobre Ingeborg no está muy bien», había murmurado, apagando la curiosidad natural de las visitas. Había decidido aquella primera noche, cuando se le hizo clara toda la

magnitud de lo que su hija había hecho, que no le pediría nada, ni siquiera el té.

Pero sí que causaba dificultades. Se sentía completamente decaída, empapada del esfuerzo de recibirlos, cuando se deslizó hasta su posición en el sofá a las cuatro menos cuarto y esperó con los ojos cerrados la próxima oleada de vida que iba a bañarla. Y todo sucedió tal como había temido: tenía que estar explicando a Ingeborg constantemente. Un invitado tras otro se acercaba con las expresiones de regocijo propias de quienes habían sido invitados a alegrarse por Judith, y las sonrientes alabanzas de lo que era, en efecto, una visión de belleza terminaban todas ellas con una pregunta sobre Ingeborg. ¿Qué había estado haciendo? —la espantosa inocencia de la pregunta—, qué aspecto tan lastimosamente desmejorado tenía; pobre Ingeborg; ¿era de verdad solo aquella muela tan molesta?

La señora Bullivant, mientras murmuraba lo que podía en respuesta a aquel incesante caudal de compasión que le llegaba de los oficiales retirados y sus esposas e hijas, y de los dignatarios de la catedral y sus esposas e hijas, y de las esposas e hijas del condado que venían sin sus hombres porque sus hombres no querían venir, sentía vaga pero profundamente que había algo malo en que Ingeborg pudiera a la vez pecar y ser compadecida. No tenía derecho, sentía su madre agraviada, a tener un aspecto tan pequeño y afligido. Su familia la había apartado, con toda propiedad, del recinto de su afecto hasta que anunciase la ruptura de su compromiso con aquel espantoso alemán y pidiese perdón por haberse comprometido siquiera, pero no debía tener aspecto de alguien que está fuera del cercado. Parecía, más bien, estar haciendo publicidad de su exclusión. Era de mal gusto. Era, en realidad, el colmo del mal gusto que, siendo la pecadora, pareciese la ofendida; que pareciese maltratada; que se abatiese abiertamente. Y sin embargo, nunca una muchacha que había hecho cosas tan horribles, tan detestablemente engañosas y vulgares, había sido tratada con tanta suavidad por su familia. Había sido, sentía la señora Bullivant, lo único bueno de un asunto desdichado:

la perfecta educación con que los Bullivant habían afrontado la situación. Ni uno solo de ellos había aludido siquiera remotamente a la escena que ella había montado la primera tarde. Nadie la había interrogado, nadie la había importunado en modo alguno. Se la había dejado en completa libertad, y nadie le había exigido el más mínimo sacrificio de su tiempo para atender ninguna de sus necesidades. Su padre le había dado vacaciones completas, sin permitirle en absoluto entrar en su despacho, y siempre que ella había intentado hacer algo por su madre o en la casa, se había llamado a Richards. Judith, criatura querida, parecía hacer instintivamente lo correcto, y sin que su madre le dijera una palabra, evitaba a Ingeborg; era tan delicada al respecto, tenía un sentir tan fino de que allí había algo no del todo decoroso, que se ponía colorada cada vez que Ingeborg, durante el primer día o dos, intentaba hablarle, y se marchaba en silencio a otra habitación. Toda la última parte de la semana Ingeborg la había pasado en el jardín, en completa libertad, sin que nada la perturbara, sin ninguna exigencia sobre ella. Y, sin embargo, allí estaba, de pie en la fiesta o sentada sola en rincones absurdos, delgada, y pálida, y sin sonreír, como un reproche.

Por un hueco entre el gentío, la señora Bullivant la vio al poco rato hablando con un hombre que en otro tiempo había sido general y que ahora, retirado, desahogaba su disciplina sobre las abejas. Solo tuvo tiempo de notar cómo su hija se sobresaltaba y se sonrojaba cuando aquel hombre le dirigió de pronto la palabra —qué malos modales, sobresaltarse y sonrojarse así— antes de que el gentío volviera a cerrarse. Cerró los ojos un instante y se sintió muy impotente. ¿Quién sabía hasta dónde podían llegar los malos modales de Ingeborg, y qué podía estar diciéndole a aquel hombre?

Lo que el general le estaba diciendo, con la campechana bondad que los padres de otras hijas emplean con las hijas de otros padres —que emplearán, en efecto, comentó el obispo, observando el incidente desde lejos y permitiéndose el consuelo de una amargura instantánea, con cualquier criatura femenina, con tal de que esta

tenga la deferencia de no ser la suya propia—, era que no podía verla con aquel aspecto.

—Oh, ¿qué aspecto? —preguntó Ingeborg rápidamente, sobresaltándose y sonrojándose; pues su semana como paria le había rebajado tanto la vitalidad que sentía un miedo morboso de que su rostro se hubiese convertido, de algún modo, en una especie de espantoso cristal en el que todo el mundo pudiera ver el Rigi, y a ella misma recibiendo allí, en la cima, una proposición de matrimonio.

—Blanca como el papel, vaya susto —dijo el campechano caballero, de pie sobre ella, taza en mano, balanceándose de puntillas a talones porque sus botas crujían y le producía un vago placer hacerlas seguir crujiendo—. Tiene usted que venir por casa una tarde a echar una buena partida de tenis con Dorothy. Ha estado encerrada trabajando demasiado en eso de escribir cartas, eso es lo que ha estado haciendo, señorita.

—Ojalá fuera así... oh, ojalá fuera así —dijo Ingeborg, juntando las manos y alzando la vista hacia aquella brizna perdida de bondad con rápida gratitud.

—Siempre la imaginamos ahí sentada, escribiendo, escribiendo —prosiguió el campechano caballero, más atento a lo que decía él que a lo que decía ella—. La mano derecha de su padre, la indispensable de su madre, ya sabe. Le digo a Dorothy...

Ingeborg se retorció en la silla. —Oh —dijo—, no se lo diga a Dorothy... no se lo diga...

—¿Decirle qué? No sabe usted lo que iba a decir.

—Sí que lo sé... que así es como deberían ser las hijas... como *yo*. Y Dorothy es tan buena y tan querida, que jamás en este mundo se habría marchado a...

Se detuvo, pero justo a tiempo, y lo miró asustada.

Había estado a punto de decirlo. El general, sin embargo, la miraba con bondadosa incomprensión. La cabeza se le inclinó un

poco, y contempló vagamente cómo sus pies tocaban rítmicamente la alfombra y se alzaban de ella. —Nadie sabe cómo es en realidad nadie por dentro —concluyó con desconsuelo.

—Venga usted a jugar un poco al tenis —dijo, dándole unas palmaditas en el hombro. Y más tarde le comentó al obispo, con su campechano deseo de tenerlo todo en orden y en su sitio, los jóvenes al aire libre, las personas mayores en sus escritorios y despachos, las caras pálidas reservadas para los inválidos, las rosas floreciendo en las mejillas de las muchachas, que no debía hacer trabajar tanto a aquella hijita suya.

—¡Trabajar demasiado! —exclamó el obispo, lleno de amargos recuerdos de una semana vacía.

—Sácala al sol, Bully, muchacho —dijo el general, a quien el obispo había servido de recadero en Eton.

—¡Al sol! —exclamó el obispo, que durante seis mortales días la había estado observando desde las ventanas, holgazaneando horriblemente en él.

—Si las tiene una encerradas, no puede esperar nada de las muchachas, lo mismo que no puede esperarse que una abeja decente le dé a uno miel.

—¡Miel! —exclamó el obispo.

Aquella duquesa que había querido que su hijo mayor se casara con Judith le dio a Ingeborg unos golpecitos en el brazo con su sombrilla al pasar junto a ella, seguida de su hija, y dijo: «Pobre niña pálida, pobre niña pálida», y meneó la cabeza mirándola, y frunció el ceño y sonrió, y le susurró a Pamela que aquello se parecía mucho a los celos; y Pamela dijo que qué tontería, e intentó rezagarse a hablar con Ingeborg, pero su madre, dominada por la pasión por el refrigerio que se apodera de toda persona que va a una fiesta, se la llevó a rastras hacia donde pudiera encontrarse alguno, y por el camino las vio el obispo, que al instante dejó a la anciana con quien hablaba para envolver a lady Pamela en sus cuidados y rodearla de una nube de pequeñas atenciones —sillas,

helados, fruta—; pues no solo la había confirmado, sino que sentía un interés peculiar por su particular tipo de belleza esbelta e inteligente. De todas las cruces de confirmación que había repartido, le gustaba especialmente pensar en la de lady Pamela. Ciertamente, en aquella cuna blanda, bajo la muselina y el encaje de la decencia, podía estar seguro de que no chocaría contra ningún anillo ilícito y ajeno.

—¿Todavía la lleva usted puesta? —dijo él, con su hermosa voz, bajada de tono para adaptarse al asunto, cargada de sentimiento, mientras con sus propias manos le traía el té; y se sintió un poco cortado, un poco decepcionado, cuando ella, sonriéndole, con los ojos grises a la altura de los de él, de tan bien crecida que estaba, dijo: —¿Llevar qué?

Y hubo otra cosa que aquella joven hizo aquella tarde que lo cortó y lo decepcionó: mostró una disposición a cuidar de él; y a ningún obispo de sesenta años, ni en verdad a ningún otro hombre honesto de sesenta años, le gusta eso. «Me cree *viejo*», pensó con agudo y doloroso asombro, mientras ella, encantadora, lo hacía sentarse por si se cansaba de estar de pie, y encantadora cerraba una ventana a su espalda por si le daba una corriente de aire, y encantadora, más tarde, cuando él la llevó por el jardín a enseñarle el peral, volvía su linda cabeza y le preguntaba por encima del hombro si caminaba demasiado deprisa. «Me cree *viejo*», pensó; y era un asombro para él, pues solo el año anterior todavía tenía cincuenta y nueve, todavía estaba en los cincuenta, y los cincuenta, una vez que uno se acostumbraba a ellos, no eran nada en absoluto.

Se puso muy grave con lady Pamela. Sintió que enseñarle el peral había perdido buena parte de su sabor. Lo sintió todavía más cuando, al doblar el recodo del sendero que llevaba al rincón apartado que hacía del peral un lugar tan concurrido, distinguió a Ingeborg sentada debajo.

Estaba sola.

—¿Por qué está siempre sola? —preguntó lady Pamela, que estaba siendo, no pudo evitar pensar el obispo, bastante sistemáticamente falta de tacto.

Él no respondió. Estaba demasiado seriamente irritado. Aparte de todo lo demás, tener a la propia hija apareciendo a cada paso...

—¡Ingeborg...! —llamó lady Pamela, agitando la sombrilla para llamar su atención mientras seguían caminando hacia ella, pues Ingeborg, bajo el árbol, estaba sentada con la barbilla en la mano, mirando a la nada, y anunciando de nuevo con su actitud, habría considerado la señora Bullivant, que estaba fuera del cercado.

—Creo —dijo el obispo, deteniéndose— que quizá deberíamos volver.

—¿Deberíamos? Oh, ¿por qué? Aquí se está de maravilla. ¡Ingeborg!

—Creo —dijo el obispo, ya del todo molesto por aquella persistente determinación de incluir a su hija (como si pudiera alguna vez incluirse satisfactoriamente a las hijas) en lo que podría haber sido una conversación poética entre la belleza y la juventud por un lado, y el prestigio y dotes más que comunes por el otro —belleza también, si a eso vamos, y tan grande a su manera masculina y madura como la de ella en su forma juvenil—: creo que, en cualquier caso, yo debo volver. Mi esposa...

—¡Ingeborg! ¡Despierte! ¿Con qué está soñando?

Lady Pamela, decididamente, no lo escuchaba.

Él giró sobre sus talones y la dejó seguir agitando la sombrilla hacia su hija, si eso era lo que le apetecía, y regresó hacia la casa reflexionando que las mujeres son, en verdad, tristemente deficientes en imaginación, y que es una gran lástima. Incluso esta, este ser brillante, bien educado, bien instruido, carecía tanto de imaginación que, en efecto, no veía ningún motivo por el cual la hija adulta de un hombre... En realidad, una deficiencia de imaginación equivalía a estupidez. No le gustaba nada tener que admitir que lady

Pamela era estúpida, pero, en cualquier caso, las mujeres no debían tener el voto.

Se alejó de vuelta hacia el jardín principal, por el sendero junto al gran arriate de vivaces, entonces en todo su esplendor de tulipanes y toda la limpia magnificencia de mayo, pensando, con los ojos clavados en el suelo, en lo distinto que habrían sido las cosas si, cuando era coadjutor, hubiera tenido la sensatez de no casarse. ¡Qué claridad tendría ahora su vida si no lo hubiera hecho! Nadie postrado en un sofá en ella, ninguna hija adulta contrariándolo, y él mismo vigoroso, distinguido, del todo deseable como marido, eligiendo, con la sazonada, aunque no demasiado sazonada, sabiduría de la edad madura, exactamente a quién le convenía mejor compartir las ventajas que él tenía que ofrecer. Ni siquiera lady Pamela habría podido entonces considerarlo viejo. Era su familia la que lo databa: su esposa canosa, sus hijas adultas. ¡La necedad de los coadjutores! La negra e incurable necedad de los coadjutores. Y olvidó, por un instante sombrío, lo que solía reconocer con un suspiro: que todo había sido obra de la Providencia, incluso entonces trabajando incansable para guiarlo, y que la señora Bullivant y las muchachas no eran sino uno de sus muchos fines inescrutables.

La parte más baja del cerebro del obispo estaba a punto de sustituir la palabra «guiando» por otra cuando se vio salvado —providencialmente, señaló al instante la parte más noble de su cerebro— por encontrarse con la duquesa.

Ella venía avanzando despacio, examinando las plantas del arriate con el interés de una amante de los jardines, y señalando con su sombrilla los distintos éxitos a un hombre que el obispo tomó por uno de su séquito. Era un hombre corpulento, vestido de un negro brillante y mal cortado, con algo del aire de uno de los ministros menos respetables del Gabinete, y era, en realidad, Herr Dremmel; pero nadie salvo Herr Dremmel lo sabía. Había llegado aquella tarde, un hombre animado por un único propósito, que era casarse con Ingeborg cuanto antes y volver deprisa a su trabajo; y había ido directamente de la estación al palacio y entrado sin que nadie le

preguntara nada, con todos los demás, y tras un rato buscando con la mirada a Ingeborg por el salón, había ido a parar al jardín, donde de inmediato había tropezado con la duquesa, a quien estaba exasperando un prebendado de hábitos serviles que insistía en darle la razón sobre el nombre latino de un macizo de flor del profeta, cuando ella sabía perfectamente que estaba equivocada.

—Dígamelo usted —dijo ella, volviéndose hacia Herr Dremmel, que las miraba con atención.

—¿Qué he de decirle, señora? —preguntó él, quitándose cortésmente el sombrero de fieltro con un gesto amplio y haciendo una hermosa reverencia.

—Esto. ¿Cómo se llama? Se me ha olvidado.

Herr Dremmel, que sentía un gran interés por la botánica, se lo dijo de inmediato.

—Claro —dijo la duquesa—. Ya sabía yo que era Arnebia, aunque dijera que era otra cosa. Es una borraginácea.

—*Arnebia echinoides*, señora —dijo Herr Dremmel, mirando más de cerca—. Originaria de Armenia.

—Claro, nos conquistarán —comentó la duquesa al prebendado.

—Oh, claro —convino él, aunque no entendía a qué se refería, pues llevaba ya tiempo de prebendado y era, intelectualmente, un poco lento para ponerse en marcha.

Entonces la duquesa lo dejó de lado y se volvió por entero hacia Herr Dremmel, quien, aunque no había visto en su vida un arriate de vivaces, fue capaz, por puro razonamiento, de explicarle con gran detalle qué le había hecho el obispo —a quien suponía encargado de cavarlo— el otoño anterior, y la cantidad y naturaleza exactas de los abonos que le había echado.

Ella le estaba proponiendo que volviese con ella aquella misma tarde a Coops y se quedase allí indefinidamente, tan profundo y atractivo le parecía su conocimiento de lo que su propio jardín y su

granja necesitaban en materia de un tratamiento al que él aludía como el «abonado cruzado», cuando él la interrumpió —cosa que nunca antes le había sucedido mientras invitaba a alguien a Coops— para preguntarle por qué había tanta gente en el salón y en el césped.

La duquesa se quedó mirándolo. —Es una fiesta —dijo—. Para celebrar el compromiso. ¿No lo sabía?

—Me complace —dijo Herr Dremmel— comprobar que los padres están tan evidentemente satisfechos. Añade una gracia a lo que ya estaba lleno de encanto. Pero ¿no habría sido más completo que me hubiesen invitado a mí?

—Estoy completamente de acuerdo con usted —dijo la duquesa—. Mucho más completo. Bueno, en fin, aquí está usted. Entonces, ¿cree que mi tierra necesita nitrógeno?

—Ciertamente, señora. En forma de torta de colza y sales de amoníaco, pero combinadas con abono orgánico. El abono artificial solo no, en tiempo caluroso... ¿quién es aquel? —se interrumpió, señalando con su sombrilla al obispo, que avanzaba por el sendero, con los ojos clavados en el suelo, meditando con sarcasmo.

—¿Cómo? —dijo la duquesa, concentrada en las notas que iba tomando de sus recomendaciones en su cuaderno.

—Aquel —dijo Herr Dremmel.

La duquesa alzó la vista. —Pues el obispo, claro. Siga con lo del tiempo caluroso.

—Su padre —dijo Herr Dremmel; y avanzó, con el sombrero en una mano y la otra tendida en el más amistoso de los saludos, a su encuentro.

La duquesa fue tras él. —Obispo —dijo—, este es un hombre que sabe todas las cosas que vale la pena saber. Y el obispo, tomando aquello por la presentación de un amigo suyo, correspondió cordialmente al apretón de manos de Herr Dremmel.

Nunca volvió a ser cordial.

—Señor —dijo Herr Dremmel—, tengo el mayor placer en conocerlo. Mi nombre es Dremmel. Robert Dremmel.

El obispo tuvo el dominio de sí mismo justo necesario para no retirar bruscamente la mano, sino dejar que Herr Dremmel siguiera sosteniéndosela y apretándosela. Su mente comenzó a dar saltos. Cómo alejar a la duquesa; cómo hacer que echaran a Herr Dremmel de la casa, sin ruido; cómo impedir que Ingeborg apareciera en cualquier momento por el sendero, detrás de ellos, con lady Pamela...

—Tenemos toda la razón, señor —dijo Herr Dremmel, sosteniendo la mano del obispo con firme apretón—, para felicitarnos mutuamente, yo a usted, por la posesión de una hija así, usted a mí...

—¿Verdad que es una muchacha encantadora? —dijo la duquesa, para quien en aquella familia solo existía Judith—. ¿Ayudaría en algo a mis flores la torta de colza y lo otro, o es solo para la remolacha forrajera?

«¡Remolacha forrajera!», pensó el obispo. «¡Torta de colza!» Y lanzó una rápida mirada por el sendero, a su espalda.

—Señor —dijo Herr Dremmel, deseoso de ser muy amable con el obispo y apartando ligeramente a la duquesa con un gesto—, permítame también felicitarlo a usted...

—¿Ha tomado usted el té? —preguntó el obispo desesperadamente a la duquesa, volviéndose hacia ella y logrando por fin liberar la mano.

—Gracias, sí. ¿Y bien, señor Dremmel? No lo interrumpa, obispo, es *sumamente* interesante.

—...por los resultados —prosiguió Herr Dremmel dirigiéndose al obispo— de sus actividades otoñales. Este resplandor de flores es testimonio suficiente de la devoción, de la asiduidad...

—No pensará usted que lo hizo él mismo, ¿verdad? —dijo la duquesa.

—Y su indumentaria, señor —dijo Herr Dremmel, concentrado en el obispo y deseoso de agradar—, sugiere un interés muy particular y familiar por lo que esta señora llama, con razón, las cosas que de verdad vale la pena saber.

—Pero no puede evitar llevar eso puesto —dijo la duquesa.

De nuevo Herr Dremmel, con cierta impaciencia, la apartó con un gesto.

—Es una indumentaria de lo más apropiada para un jardín —prosiguió—. Hasta las polainas son hortícolas, y el delantal recuerda agradablemente la inocencia de nuestros primeros padres. Así podría haberse vestido Adán...

—¡Oh, pero *tiene* usted que venir a Coops! —exclamó la duquesa —. Obispo, va a volver conmigo.

—Señor —dijo Herr Dremmel con cierta severidad, pues empezaba a considerar a la duquesa una mujer atrevida—, ¿es esta señora la señora obispo?

—¡Oh, oh! —chilló la duquesa, mientras Herr Dremmel la observaba con desaprobación y el obispo luchaba por no agarrarlo del cuello.

—Mi querido obispo —dijo la duquesa, secándose los ojos—, nunca me habían hecho un cumplido semejante. El obispo más apuesto del banco episcopal...

—Entre usted, se lo ruego —imploró él—. No puedo permitir que siga aquí de pie de esta manera...

—Gracias, no estoy en absoluto cansada. Siga, señor Dremmel.

—Señor, ¿puedo verlo a solas? —dijo Herr Dremmel, ya sin ninguna duda sobre el atrevimiento de la duquesa—. En una ocasión como esta, antes de que empecemos juntos a regocijarnos

abiertamente, parece conveniente que primero, a solas nosotros dos, a menos que esta señora sea la madre de su hija...

—¡Oh, oh! —volvió a chillar la duquesa.

El obispo se volvió hacia él con una especie de arrebato, del todo incontrolable. —Sí, señor, puede usted —dijo—. Venga a mi despacho...

—¿Cómo? ¿Se lo va a llevar de mi lado? —exclamó la duquesa.

—Mi querida duquesa, si tiene algún asunto conmigo... —dijo el obispo—. La llevaré primero adentro —dijo, ofreciéndole el brazo—. Este caballero —lo miró de reojo con fiereza, y Herr Dremmel, aunque poco acostumbrado a advertir hostilidad, se sorprendió un poco de la expresión de su rostro— esperará aquí. No, no, no esperará, vendrá también —pues, al asomarse por detrás de los arbustos tras los cuales crecía el peral, el obispo había avistado unas faldas—. Venga, señor...

—Pero... —dijo la duquesa, mientras el obispo le pasaba apresuradamente la mano por el brazo y empezaba a llevársela caminando más deprisa de lo que la habían llevado en años.

—Venga, señor... —le espetó el obispo a Herr Dremmel, casi silbándolo, por encima del hombro.

—Un momento —dijo Herr Dremmel, alzando la mano, con la mirada fija en lo que emergía de los arbustos.

—¡Venga *ya*, señor! —exclamó el obispo—. Solo puedo verlo a solas si viene de inmediato...

Pero Herr Dremmel no le hizo caso. Estaba observando los arbustos.

—¿Va a venir? —dijo el obispo, deteniéndose y dando una patada en el suelo, mientras sujetaba a la duquesa con fuerza en el hueco de su brazo.

—Vaya —dijo Herr Dremmel sin hacerle caso—, vaya... sí... vaya, si *es*... vaya, aquí aparece por fin el Corderito de Azúcar.

—¿El corderito *qué*? —dijo la duquesa, sacando resueltamente la mano del brazo del obispo y alzándose el monóculo—. Cielos santos, ¿no irá a referirse a Pamela?

Pero nadie le contestó; y, en realidad, no hacía falta, pues Herr Dremmel, bajando por el sendero con una rapidez asombrosa en alguien de su aspecto, estaba ya, a la vista de todo Redchester y de la mayor parte del condado, envolviendo a Ingeborg entre sus brazos.

—Por supuesto —fue el comentario de la duquesa al obispo, mientras observaba la escena con el monóculo alzado y la placidez del alivio—, por supuesto que nos conquistarán.

Capítulo XI

Y así sucedió que Herr Dremmel, armado tan solo de sencillez, dejó de lado las resistencias de príncipes, potentados y poderes, y fue casado con Ingeborg por su padre el obispo en su propia catedral. Y se hizo tan deprisa como lo permitía la ley, no solo porque Herr Dremmel estaba decidido a que así fuera, sino porque soportar su llegada diaria con fines de cortejo desde Coops, donde se alojaba, se le hizo rápidamente imposible al obispo. Estaba, además, el rector de Ananías, espoleado hasta un frenesí de actividad por el éxito de Herr Dremmel en acelerar las cosas, que insistía en que llevaba comprometido ya bastante tiempo y exigía casarse el mismo día.

Al final sí se casó, y la boda de Ingeborg, al ser también la de Judith, fue inevitablemente espléndida. En todo momento se le forzó la mano al obispo. El propio traje de novia tenía que ser tan hermoso para una como para la otra de sus hijas; y, de manera absurda y perversa, se vio obligado a gastar tanto en el ajuar de la que se adentraba en la pobreza y el olvido por el resto de sus días como en el de la que sin duda sería pronto, aunque por supuesto solo cuando Dios lo dispusiera, la más magnífica de las viudas. Nunca después pudo sentir exactamente lo mismo por la duquesa. Sin saber nada de las circunstancias, de la vergüenza secreta del asunto, de lo absolutamente indeseable que era en cualquier caso semejante yerno, del extraordinario perjuicio e inconveniente pecuniario que suponía que Ingeborg se casara siquiera, esta había adoptado a Herr Dremmel hasta un extremo que rayaba positivamente en el ridículo, suponiendo que tal cosa, humanamente

hablando, fuera posible, y lo había metido a la fuerza en la garganta del condado hasta que este llegó a creer que, de los dos maridos, Ingeborg había conseguido el mejor. Y este chismorreo se filtró hasta el palacio, y Judith, que nunca hablaba, habló menos que nunca, aunque apartándose cada vez con más determinación de las zalamerías del rector, que no había sido invitado a Coops, y pasaba la mayor parte del tiempo en su propia habitación dedicada a no mirar su ajuar; y el palacio se convirtió en un lugar tan incómodo, entre una cosa y otra, y era tan grande la tensión de mantener la calma y comportarse con decoro con Herr Dremmel, protegido ducalmente, que al final el obispo estaba tan deseoso como cualquiera de que la boda terminase de una vez, y fomentó febrilmente cualquier plan que, al acelerarla, lo liberase.

A Ingeborg no volvió a dirigirle la palabra, sino que apartaba la vista con el mismo horror glacial que se apoderaba del resto de la familia cuando él, o esta, la veían desde las ventanas siendo cortejada con lo que parecía una terrible minuciosidad alemana en sitios como en medio del césped. Ya no podía dar una vuelta por su propio jardín sin toparse con una pareja entrelazada; y aunque sugirió a Herr Dremmel, con lo que a sí mismo le pareció un dominio de sí admirable, que aquellas efusiones públicas podían dar pie a comentarios, Herr Dremmel se limitó a responder que, siendo Ingeborg su *Braut*, más comentarios debería dar pie, incluso quejas justificadas, si su trato hacia ella fuese menos cálido.

—En Inglaterra no... —empezó el obispo; pero se interrumpió por miedo a perder el dominio de sí mismo. Y como Herr Dremmel e Ingeborg seguían recorriendo lentamente el jardín, reajustando a menudo sus pasos a los del otro —pues es un método difícil, el entrelazado, para avanzar por un sendero—, el obispo y la señora Bullivant se retiraban en busca de sosiego y consuelo a la delicadeza de Judith, a sus encantadores retraimientos. Que el rector hiciera zalamerías era natural, porque un hombre es natural; pero ellos sabían que una mujer, si aspiraba a acercarse a algún ideal de verdadera feminidad, no podía ser jamás lo bastante cuidadosamente antinatural, y que si se dejaba persuadir o traicionar

hasta alguna expresión de afecto por su enamorado, alguna caricia de respuesta, al menos no debía gustarle. Y allí estaba Ingeborg, avanzando por el jardín tal como se ha descrito, o en medio del césped, dejando abiertamente que le tuvieran cogida la mano, y con aire complacido.

Era una escandalera.

Ingeborg, en efecto, estaba complacida. Más aún, estaba enormemente feliz. Aquí ya no era, de repente, la muchacha deshonrada, repudiada y perversa, sino aquel objeto extrañamente alentador, aquel curioso restaurador de la fe en una misma, un Corderito de Azúcar. ¡La *calidez* de ser un Corderito de Azúcar! Había sido tan desdichada. Había arrastrado unos días tan fríos y anémicos. Había tenido unas vacaciones tan horribles, impuestas precisamente en el escenario de sus actividades, y se le había hecho comprender de un modo tan glacial, tan devastador, que había hecho algo demasiado espantoso como para que se le permitiera, al parecer, volver a relacionarse jamás con la gente decente. Y Robert —pues empezó enseguida a llamarlo así para sus adentros, bajo la influencia de los métodos de su familia para reformarla— no le había escrito ni una sola carta.

—Pero vino —dijo Herr Dremmel, a quien ella, para ilustrarlo, iba describiendo la semana que había pasado.

Y su padre no quería dirigirle la palabra en absoluto, no quería mirarla.

—Oveja vieja —dijo Herr Dremmel con buen humor.

Y Judith había parecido completamente horrorizada, y se ruborizaba si intentaba hablarle.

—Pava tonta —dijo Herr Dremmel plácidamente.

Pero ahora, de algún modo, sí parecía que no había necesitado ser tan desdichada, y que podría haber tenido más fe.

—¿De qué debería haber tenido más la Pequeña? —preguntó Herr Dremmel; pues sus pensamientos no disponían de mucho tiempo

libre, y los empleaba con provecho, mientras ella hablaba, en calcular los resultados probables de, pongamos, tratar poco más de una hectárea de remolacha azucarera con sulfato de potasa, sulfato de amoníaco y nitrato de sodio respectivamente, recibiendo todas ellas además unos ciento ochenta kilos de escoria básica: ¿no sería el sulfato de amoníaco más eficaz como abono nitrogenado que el nitrato de sodio en el caso de la remolacha azucarera, cuyas raíces crecían más pequeñas y más cerca de la superficie que las de la remolacha forrajera? —Eso es de lo que las mujercitas deberían tener constantemente más —dijo, apartándose de la remolacha azucarera hacia un abrazo entusiasta; pues en esta ocasión estaban bajo el peral, un lugar al que ella iba pocas veces porque todavía no había adquirido, pese a sus garantías de que sin duda lo haría, ningún verdadero entusiasmo por los abrazos, prefiriendo quedarse en el único lugar inmune del jardín, que era el medio del césped.

«Me pregunto si esto de verdad llegará a gustarme...», pensó mientras se hacía.

Y, mientras aún se hacía: «A madre también debieron de besarla, y sigue viva...».

Y enseguida, mientras aún se hacía: «Pero madre no está *muy* viva... está el sofá... quizá sea por eso...».

Bueno, él la quería, de algún modo; y a ella ya no le importaba cómo. Que fuese un afecto espiritual o uno que fuera a seguir necesitando, a intervalos frecuentes, envolverla con generosidad, ya no importaba, porque era algo cálido, algo cálidamente humano lo que él le ofrecía, y ella había estado medio muerta de frío. ¿Qué más daba si ella misma no estaba enamorada? Era un sueño de colegiala eso de querer estar enamorada. La vida no era así. La vida era una cosa llena de afabilidad y de cariño alegre; y el amor, al menos por parte de la mujer, no era en absoluto necesario. El obispo se habría sorprendido de haber sabido cuán cerca estaba ella de su ideal de feminidad. Iba a ser tan buena, se decía a sí misma y también a Herr Dremmel, con el corazón lleno de gratitud y de dichoso alivio... ¡oh, tan buena! Nunca más volvería a dejarse abatir ni a perder la

esperanza y el valor. Trabajaría allá, trabajaría duro en toda clase de cosas felices en la parroquia, entre los pobres y los enfermos, y ayudaría a Robert en su trabajo si él la dejaba, y si no la dejaba, entonces lo ayudaría cuando él hubiera terminado: a jugar y a descansar. Reirían juntos, hablarían juntos y pasearían juntos, y él le explicaría sus experimentos y le enseñaría a entenderlos. Y lo primero que haría sería aprender alemán muy a fondo, para poder escribirle todas sus cartas, e incluso sus sermones si hacía falta, y ahorrarle su precioso tiempo.

—Esos —dijo Herr Dremmel, que en los frondosos prados del galanteo había olvidado que lo que primero lo había atraído de ella había sido cierta luminosa desnudez de intelecto— serían unos bonitos sermoncitos disparatados los que produciría la caracolita.

—Ya lo verás —dijo Ingeborg con aplomo; y de pronto abrió los brazos y volvió el rostro hacia el sol y el azul que se filtraba entre las hojitas y toda la luz y la promesa del mundo, y se desperezó en un inmenso contento—. Ay —suspiró—, ¿no es todo *bueno*?, ¿no es todo *bueno*...?

—Lo es —convino Herr Dremmel—. Pero no es nada comparado con lo bueno que será dentro de poco, cuando estemos rodeados de nuestros queridos hijos.

—¿Hijos? —dijo Ingeborg.

Bajó los brazos y lo miró. No había pensado en los hijos.

—Entonces, desde luego, mi mujercita no querrá escribir cartas ni componer sermones.

—¿Por qué? —dijo Ingeborg.

—Porque serás una madre feliz.

—Pero ¿acaso las madres felices no...?

—Estarás enteramente ocupada en adorar a tus hijos. Nada más en el mundo te interesará.

Ingeborg se quedó mirándolo con expresión de sorpresa. —¿Ah, sí? —dijo—. ¿Lo seré? —Y añadió—: Pero si nunca he *tenido* ningún hijo.

—No era de esperar —dijo Herr Dremmel.

—Entonces ¿cómo sabes que nada más en el mundo va a interesarme?

—Pequeña tonta —dijo, tomándola en sus brazos, los ojos húmedos de ternura, pues sabía que allí, contra su pecho, sostenía en su esbelta juventud a la madre de todos los Dremmel, y aquel conocimiento lo conmovía profundamente—. Pequeña tonta, ¿no está en toda la naturaleza cada madre exclusivamente preocupada por el interés de sus crías?

—¿Ah, sí? —dijo Ingeborg con aire dubitativo, mientras un buen número de estampas familiares recordadas le bailaban ante los ojos. Aun así, estaba muy dispuesta a creerlo.

Lo miró un instante, pensativa. —Pero... —dijo, apartándose un poco de él con suavidad, ambas manos sobre su pecho.

—¿Pero qué, caracolita?

—¿No serían niños alemanes?

—Sin duda alguna —dijo Herr Dremmel con orgullo.

—¿Todos ellos?

—¿Todos ellos? —repitió él.

—¿No sería como cuando se casan católicos y protestantes, y la mitad de los hijos salen alemanes y la mitad ingleses?

—Desde luego que no —dijo Herr Dremmel con énfasis.

—Pero, Robert...

—Sigue, liebrecilla.

—¿Cómo *son* los niños alemanes?

Ahora le tocaba a Herr Dremmel decir con aplomo: —Ya lo verás.

* * * * *

Una semana después se casaron; y el obispo, observando a Ingeborg con rostro inescrutable desde el umbral mientras unas manos diestras la arropaban con las mantas del coche que iba a llevarla a la estación, viendo cómo se colocaban los cojines en el lugar justo tras su espalda, cómo se le deslizaba con cuidado un escabel bajo los pies, cómo se interpretaba y se atendía al instante su más leve movimiento, dirigió a su hija su comentario de despedida: el último, según resultó, que llegaría a hacerle jamás.

—Vas a echar de menos a Wilson —dijo; y regresó al palacio como un hombre algo más reconfortado.

No volvió a verlo nunca más.

Parte II

Capítulo XII

En su luna de miel, que no duró más de lo que se tardaba en ir de Redchester a Kökensee, salvo por un día en Holanda en el que se rindió una visita breve e infinitamente respetuosa, o más bien un acto de pleitesía, al eminente De Vries, Ingeborg se decía a intervalos frecuentes, como se había dicho bajo el peral en lo que ahora le parecía un pasado remoto: «Quizá esto llegue a gustarme». Pero incluso antes de llegar a Kökensee, al cuarto día de casados, ya iba concluyendo, aunque con cierta reticencia, pues siempre había oído hablar bien de ellas, que probablemente no tenía ningún don para las lunas de miel.

Robert, por suerte, parecía estar disfrutando de la suya y se le veía muy feliz y plácido, y dormía sonoramente en los trenes. Las comidas eran invariablemente alegres. A partir de Bromberg se despabiló y empezó a prestar atención al paisaje que atravesaban; y ya en su propia región se expandió en abundante charla, señalando y explicando los rasgos distintivos de los métodos empleados en las diferentes granjas a lo largo de la vía.

Ingeborg lo absorbía con avidez. Estaba ansiosa por aprender, resuelta a ser una buena compañera. ¿Acaso no la había librado él de la inmensa asfixia de Redchester? Era obsequiosa de puro agradecimiento. Era un país de una amplitud vivificante; sin setos, sin que un campo quedara aislado de otro, sin que, en efecto, ni siquiera el cielo mismo ni la deliciosa lejanía azul quedaran cortados por pequeñas colinas entrometidas como las que tenían alrededor de Redchester. Era todo un gran barrido, un gran despliegue de tierra

hacia el cielo y de cielo hacia la tierra, fresco y libre, con una cualidad en el aire de dureza clara y luminosa que a ella le pareció deliciosa después del efecto acolchado del clima de su casa. Y una vez, cuando el tren se detuvo en pleno campo, pudo oír, muy lejos, allá arriba en el azul, el grito de un halcón.

Desde Allenstein siguieron en un ferrocarril de vía estrecha con vagones de juguete y una locomotora diminuta, a través de una infinidad de centenales y de un paisaje al parecer deshabitado, hasta la estación más cercana a Kökensee, un lugar llamado Meuk, con ciertas pretensiones de ser una pequeña ciudad, con una iglesia enorme alzándose en su centro y que contenía, entre otros objetos de interés, explicó Herr Dremmel, a su madre.

—¿Ah, sí? —dijo Ingeborg, sorprendida—. ¿Tienes una? —Porque él, de algún modo, daba la impresión de ser completamente huérfano de madre.

—Invariablemente, tesoro mío —dijo Herr Dremmel con paciencia —, tiene madre la gente.

—Sí —dijo ella, bajándole el sombrero y colocándoselo con cuidado en la cabeza—, pero entonces lo dicen.

—Quizá. Tarde o temprano. Recuerdo bien, sin embargo, haberte informado de que mi padre había muerto. De ahí era posible razonar que mi madre no. Es una mujer sencilla. Ya no joven. La visitaremos al pasar por la ciudad.

Fuera de la estación aguardaba, listo para llevarlos a Kökensee, un carruaje alto tirado por dos caballos de cola larga, uno de los cuales adelantaba la cabeza y el cuello más que el otro, de modo que, al mirarlos de lado y no poder ver que ambos partían del mismo punto, parecía estar ganando perpetuamente una carrera.

—Este —dijo Herr Dremmel, presentándolo con un ademán de la mano— es mi carruaje. Y este —prosiguió, presentando de igual modo al conductor— es mi fiel criado Johann. Lleva conmigo casi un año.

Ingeborg estrechó, con mucha cortesía, la mano de Johann cuando este hubo bajado con cuidado por encima de los sacos de kainita que llenaban la parte delantera del carruaje. —¿Todos se quedan tanto tiempo? —murmuró a Herr Dremmel.

—¿Todos? Solo está mi viuda, y ya se está atusando las plumas para el vuelo. Alzará el vuelo hacia algún otro nido de soltero en cuanto mi Pequeña haya sido instalada.

—¿Pero le gusta eso? —preguntó Ingeborg. Pues había adquirido la costumbre, de tanto repetir la Letanía, de considerar frágiles a las viudas, necesitadas de cuidados especiales. Por un instante tuvo ante los ojos la visión de esta agitando negras alas a través de los campos de Prusia Oriental, expulsada, desolada y oprimida, y quizá dejando tras de sí, estridente, alguna estela cacareante de maldiciones.

—Sin duda lo sentirá. También ella ha sido muy fiel. Lleva conmigo casi ocho meses. Pero aunque fuera menos, lo sentiría igual. Las viudas —prosiguió, distraído, hurgando entre los sacos de kainita en busca de un salitre de Chile que no estaba allí— se hallan en un estado constante de sentimiento.

Johann explicó —era un hombre desastrado, encanecido y desgastado, supuso Ingeborg, por el servicio— que el cargamento anterior no parecía haber cogido su tren, y Herr Dremmel se fue a hacer inquietas averiguaciones al jefe de estación, mientras Ingeborg se quedaba sonriendo a Johann con una amabilidad excesiva para compensar su falta de palabras, y preguntándose cómo se las arreglaría su equipaje para subir a un carruaje ya tan ocupado por los sacos.

Al final, la mayor parte no lo consiguió y quedó en la estación hasta algún momento futuro, y, aferrada con una mano a su bolso de viaje y con la otra a la barra de hierro del carruaje, fue traqueteando sobre los enormes adoquines de Meuk entre grandes chasquidos del látigo de Johann, ladridos de perros y coces de los caballos, cuyas largas colas no dejaban de enredarse en las riendas.

Los tablones del suelo del carruaje se alzaban y se abrían bajo sus pies. Los caballos se espantaban entrando y saliendo de las cunetas. El sombrero amenazaba con volarle, y no se atrevía a soltar ninguna de las dos manos para sujetárselo. Bajaba la cabeza para intentar que no se le fuera. La piel le hormigueaba y le picaba con las sacudidas. Tuvo la impresión de casas rojas al ras de la calle, viviendas sin verja que daban directamente a ella; de alguna tiendecilla; de gente que se paraba a mirar; de paja, papel y polvo bailando juntos al viento.

Herr Dremmel escogió aquellos momentos de agitación para explayarse en la conversación, y, alzando la voz por encima del tumulto, explicó a gritos que los tres sacos de delante no eran tanto sacos como misteriosos estómagos llenos de futuro. Ella se esforzaba por captar lo que decía, pero solo oía alguna palabra suelta cuando chocaba contra él: «fauces divinas... banquete ricamente servido... energía potencial...». Le resultaba difícil responder con algo parecido a una inteligencia coherente, sobre todo porque él no dejaba de interrumpirse para inclinarse hacia delante y golpear los tábanos que se posaban en la nuca de Johann. Cada vez que hacía eso, Johann se sobresaltaba y los caballos coceaban.

—Fiel criado —le gritó al oído—, casi un año... no debe picarle...

Fue una Ingeborg desorganizada y sin aliento, tratando de frotarse cosas fuera de los ojos, la que finalmente se encontró en el zaguán de la casa de la Frau Dremmel mayor.

La puerta estaba entornada, y su marido la empujó para abrirla y llamó en voz alta a su madre para que apareciera. —Anda al acecho, anda al acecho —dijo, mirando con impaciencia su reloj; y redobló sus llamadas.

—¿Nos espera? —preguntó Ingeborg por fin, que trataba de sujetarse el pelo suelto con horquillas.

—Es una mujer sencilla —dijo—, por consiguiente, nunca espera nada. —Y abrió de un tirón una puerta de la que no salió más que

oscuridad y un gran olor a frío.

—Esa no es mi madre —dijo, volviendo a cerrarla.

—¿Sabe que llegamos hoy a casa? —preguntó Ingeborg, mientras una duda empezaba a apoderarse de ella.

—Es una mujer sencilla. Por consiguiente, nunca sabe nada. ¡Madre! ¡Madre!

—¿Sabe que te has casado? —preguntó Ingeborg, mientras la duda crecía.

—Es una mujer sencilla. Por consiguiente... —Se interrumpió y se quedó mirándola, reflexionando—. ¿Será posible que se me olvidara decírselo? —dijo.

Evidentemente era posible, pues en ese momento Frau Dremmel subió despacio unos peldaños al fondo del zaguán desde una región inferior, y, al percibir a su hijo y a una joven desconocida, se quedó inmóvil sin decir absolutamente nada.

—Madre, esta es mi mujer —dijo Herr Dremmel, tomando a Ingeborg de la mano y llevándola hacia la figura inmóvil.

—*Ach* —dijo Frau Dremmel, sin moverse.

—Bésala, Pequeña —indicó Herr Dremmel.

—Sí, sí —dijo Ingeborg, ruborizándose intensamente y dando un paso convulso hacia adelante.

Frau Dremmel la observaba con ojos sombríos e inmóviles, ojos que tenían la vacuidad de los guijarros. De la cintura para abajo llevaba un gran delantal azul oscuro. No tenía adorno alguno. Su vestido negro terminaba bruscamente en el cuello con su propio ribete y un corchete. El pelo lo llevaba recogido hacia atrás en el más pequeño de los moños. Ingeborg sintió de pronto que ella misma era una cosa llena de perifollos: un objeto llamativo, emperifollado con un cuello blanco y un sombrero que hasta entonces había considerado elegante, pero que ahora sabía que era

una monstruosa pieza de frivolidad aplastada sobre un pelo insuficientemente sujeto con horquillas.

—¿Está usted casado con ella? —preguntó la Frau Dremmel mayor, volviendo despacio de uno a otro sus ojos de guijarro.

—Sin duda —dijo Herr Dremmel; y a Ingeborg, en inglés—: Bésala, Pequeña, y seguiremos hacia casa.

Él mismo rodeó con el brazo los hombros de su madre y le dio un beso apresurado.

—Mi mujer es inglesa —dijo—. Todavía no habla ni entiende nuestra lengua. Bésela, madre, y seguiremos hacia casa.

Pero no pareció posible conseguir que las dos mujeres se besaran. Ingeborg dio otro paso tímido hacia ella. Frau Dremmel permaneció inmóvil.

—¿Esta —dijo Frau Dremmel, paseando lentamente los ojos sobre Ingeborg y fijándolos luego en su hijo— es la esposa de un pastor?

—Sin duda. Lamento haber omitido decírselo, madre, pero de vez en cuando se omite algo. —Y, en inglés, a Ingeborg—: Es una mujer sencilla. Por consiguiente...

—Pero yo me enteré —dijo Frau Dremmel—. Por su ama de llaves. Y por otros. Así me enteré. De la boda de mi único hijo. Yo, viuda.

Ingeborg, sin entender, se quedó sonriendo con nerviosismo. Pensaba que, en una ocasión así, alguien debía sonreír, pero a ella no le gustaba hacerlo. La inmovilidad de Frau Dremmel, que no movía nada salvo los ojos, el zaguán húmedo y desnudo, el golpe de olor frío que había escapado de la única puerta que había en él, el aire desolado de pobreza que rodeaba a su suegra —una pobreza que de algún modo extraño se consideraba a sí misma virtuosa por la sola razón de serlo—, no le facilitaban la sonrisa. Pero ella era una novia; recién llegada a casa; recién presentada a la familia de su marido. Alguien, sentía, debía sonreír en una ocasión así, y, adiestrada como había sido por su padre para hacer las cosas que

nadie más quería hacer, se encargó ella sola de proporcionar toda la sonrisa que exigía la llegada a casa.

—Por favor, Robert, dile a tu madre cuánto siento no poder hablar —dijo—. Dile que ojalá no fuera tan muda.

—¿Cuánto tiene ella? —preguntaba Frau Dremmel por encima de estas palabras.

—Bastante, bastante —dijo su hijo, poniéndose el sombrero y haciendo ademanes de marcharse.

—Ah. No he de saberlo. Más secretos. Todo irá a parar a nuevas manipulaciones anticristianas de las cosechas de Dios.

Herr Dremmel depositó un segundo beso distraído en algún punto de la cabeza de su madre. Llevaba un cuarto de siglo sin escuchar nada de lo que ella decía.

—Nada para la madre —prosiguió ella—. No, no. La madre no es más que una viuda. No cuenta para nada. Y sin embargo tu santo padre...

—Adiós, y que Dios te acompañe —dijo Herr Dremmel, alejándose por el zaguán y olvidando, con las prisas por llevar a su novia a casa cuanto antes, llevársela consigo.

Por un momento se quedó sola, enfrentada a su nueva pariente. Se lanzó con gran esfuerzo a un arranque de filialidad y, ruborizándose rápidamente, tomó la mano pasiva de su suegra.

Había pensado besarla, pero, al mirarla a los ojos, le resultó por fin imposible besarla. Murmuró tímidamente una despedida en inglés y consiguió salir de la casa con infinita torpeza.

—Hay que tenerlas —fue el único comentario de Herr Dremmel.

Kökensee se hallaba a cinco kilómetros por la carretera principal entre Meuk y Wiesenhausen, y durante todo el trayecto podían ver la aguja de su pequeña iglesia por encima de los campos, a la izquierda. La carretera, trazada con las menos curvas posibles, ondulaba suavemente entre los centenales. Estaba cuidadosamente

plantada a ambos lados de serbales, aquel día en plena flor, y estaba blanca y dura como si no hubiera llovido en mucho tiempo. El viento soplaba alegremente sobre el centeno; el cielo estaba salpicado de nubecillas blancas. Ingeborg podía ver a kilómetros de distancia. Y había líneas oscuras de bosque, y destellos amarillos allí donde crecía la retama, y trozos brillantes de agua, y alondras que temblaban de gozo, y por todas partes, en los lugares más altos, molinos de viento afanosos, y el mundo entero parecía reír y agitarse y cantar.

—Es precioso... ¡ay, precioso! —dijo ella.

—¿Precioso? Te voy a decir yo lo que es precioso, Pequeña: la tierra roja y fértil de tu casa de la infancia. La tierra roja y fértil y el goteo constante, gota a gota, del cielo.

Y se inclinó hacia delante para preguntarle a Johann cuándo había llovido por última vez, y se puso muy sombrío al oír que había sido hacía tres semanas, y se dijo cosas a sí mismo en alemán. Parecían cosas poco pastorales, pues Ingeborg vio cómo se le levantaban a Johann las orejas por lo que, evidentemente, en la parte delantera de su cara, era una sonrisa.

Un poste indicador curtido por la intemperie, con un brazo torcido, señalaba de través un camino de tierra en ángulo recto con la carretera, y, con un bandazo y una sacudida, torcieron la esquina. Se produjo un cese inmediato del ruido. Ahora podía oír toda clase de pajarillos cantando además de las alondras: pinzones, herrerillos, escribanos y currucas capirotadas. El carruaje avanzaba despacio, arando la arena profunda, entre un centeno que crecía cada vez con más reticencia. Los caballos, ya del todo serenados, estaban cubiertos de sudor. Ante ellos, en una pendiente ascendente, estaba Kökensee, una única calle larga y desordenada de casitas bajas recostadas contra la puesta de sol, con la iglesia detrás, y, cerca de la iglesia, dos tilos que eran los árboles —lo sabía, pues muchas veces se lo había hecho contar— que había delante de su casa.

Ingeborg sintió un vivo tirón en el corazón. Aquí estaba el lugar que contenía todo su futuro. No le quedaba nada por sentir, suponía, que no fuera a sentir aquí. Los años se extendían ante ella, espaciosos lienzos vírgenes sobre los que muy pronto iba a pintar el cuadro de su vida. Iba a ser un cuadro muy hermoso, se dijo con una extraordinaria sensación de orgullosa confianza; no hermoso por ningún don ni habilidad suya, pues nunca hubo mujer más falta de dotes, sino por todos los infatigables pequeños toques, el incesante cuidado por el detalle, la paciente corrección de los errores; y cada toque y cada detalle iban a resplandecer con los colores vivos de la felicidad. Fragmentos jubilosos del devocionario, el libro que mejor conocía de todos, le cantaban en los oídos: *Elevad vuestros corazones... Los elevamos hacia el Señor, nuestro Dios*... ¡Oh, las hermosas palabras, el hermoso mundo, la maravilla y el resplandor de la vida!

—Cuando el diablo —dijo Herr Dremmel, que había estado escrutando los cultivos a ambos lados del camino con una desazón cada vez mayor— llevó a nuestro Salvador a un lugar alto para tentarlo con el ofrecimiento de los reinos de la tierra, tuvo buen cuidado de ocultar Kökensee manteniendo la cola extendida sobre él, de tan feo y tan indeseable que era.

—Ay, el diablo —dijo Ingeborg, encogiendo un hombro con espléndido desdén, el rostro todavía radiante con lo que había estado pensando.

Se volvió hacia él y se rio. —No se puede esperar que los *diablos* sepan de qué va la cosa —dijo, deslizando la mano bajo su brazo y alzando la cabeza con una especie de orgullosa alegría.

Él le sonrió desde arriba. —Tesorito —dijo, cayendo por un momento en la cuenta de que aquello que llevaba consigo a casa era algo muy luminoso.

El carruaje fue arrastrado, con un supremo último esfuerzo de los caballos, a través de una abertura entre dos casitas, sacándolo de la arena hasta los adoquines de la calle del pueblo, y fue remolcado a

grandes tumbos, salvando diversos baches, a través de una verja abierta en el lado opuesto.

Había un patio con cobertizos, un arado, un montón de estiércol, unos gansos, unas gallinas, un cerdo, los dos tilos, y, entre los tilos, tras una alambrada, una casa de una sola planta parecida a un venerable bungalow, que Herr Dremmel, al detenerse el carruaje delante de ella, le presentó.

—Mi casa —dijo, con un ademán de la mano.

Capítulo XIII

Siguió para Ingeborg un tiempo de sorprendente felicidad. Era la felicidad del niño que escapa de sus lecciones y hace un espléndido picnic en libertad, sin reprimenda alguna. La viuda, es cierto, empañó un poco el resplandor de aquellos comienzos negándose, por así decirlo, a morir del todo. Su cuerpo se aferraba a la vida —la vida que había conocido, se lamentaba, durante ocho largos meses —. Era la última, explicaba, de las viudas del Herr Pastor, que se remontaban en fila mohosa hasta los días en que él llegó, flexible de juventud, a curar las almas de Kökensee, y como ella había durado más tiempo que ninguna, era evidente que debía de ser la mejor. Permaneció en la casa parroquial, tenazmente sombría, varios días con el pretexto de iniciar a Ingeborg en las costumbres de la casa; y cada vez que Herr Dremmel, que parecía tener cierto reparo en entablar controversia con ella, mencionaba los trenes, ella prorrumpía en su presencia en oración e imploraba en voz alta en su favor que nunca llegara a saber lo que era ser viudo. Al final, sin embargo, consiguió ser desalojada, y una vez que se hubo marchado no hubo sino contento.

Ingeborg era lo bastante joven para encontrar encanto y gracia en llevar la casa casi sin servicio. A Herr Dremmel le tenía sin el más mínimo cuidado qué comía, cuándo comía o si comía. Era principios de verano, y no había sino deleite en levantarse al amanecer y trajinar por la cocina de suelo de ladrillo antes de que llegara la criada diaria —una muchacha conocida en Kökensee como la Ilse de los Müller—, y calentar agua, y hacer café, y preparar una mesita de

desayuno muy limpia en algún rincón del jardín, y adornarla con flores recién cortadas, y poner la mantequilla sobre hojas tiernas, y disponer el tarro de miel de modo que un rayo de sol entre las ramas lo atravesara de lleno convirtiéndolo en un milagro de luz dorada. Era el tipo de mesa de desayuno que se lee en los libros de cuentos; y sobre su fragilidad no tardaba en abatirse Herr Dremmel como una gran catástrofe geológica, y en unos pocos instantes convulsos todo aquello quedaba reducido a migas y manchas de café. Luego se ponía las polainas y se marchaba con Johann a sus campos experimentales, y ella se entregaba con ahínco a los quehaceres del día.

Al principio no podía hablar con Ilse, una muchacha cuadrada de piernas sorprendentemente gruesas, porque, aunque llevaba siempre consigo una gramática alemana, comprobaba que lo que había aprendido nunca era lo que quería decir. Ilse, que llevaba la falda corta, no usaba medias, y cuando Ingeborg, señalando y sacando un par, le dio a entender que sería conveniente que las llevara, Ilse alzó la voz y dijo que no tenía dinero para conseguirse marido, pero que al menos, y *Gott sei Dank*, tenía estas dos hermosas piernas, y que si la Frau Pastor le exigía que, ocultándolas, renunciara a sus posibilidades, entonces la Frau Pastor haría mejor en buscarse alguna muchacha a quien le hubieran salido torcidas o flacas, y que por esas razones estaría encantada de taparlas. Ingeborg, sin entender una palabra pero intuyendo una gran objeción, sonrió con benevolencia y guardó las medias, y las piernas de Ilse siguieron desnudas. Trabajaban juntas en gran armonía, pues no podía haber disputa. Privadas de conversación, cantaban; e Ingeborg cantaba himnos, porque tenía la memoria llena de ellos, e Ilse cantaba largas baladas a voz en grito, recorriéndolas despacio, estrofa por estrofa, en una especie de aullido sostenido. Hasta los propios gansos se detenían camino del estanque para escuchar, inquietos.

La comida, que Ingeborg encontraba cómodo preparar entera en una sola olla, hervía a fuego lento sobre el fogón desde las doce en adelante. Quien tuviera hambre iba y comía. Se echaban patatas y

arroz y trozos de carne y zanahorias y coles y grasa y sal, y ya estaba. ¿Cuáles son, se preguntaba, esas misteriosas dificultades del gobierno de la casa por las que la gente menea la cabeza? Sus comidas eran siempre sanas, deliciosas si una tenía hambre, y asombrosamente calientes. Se mantenían calientes con la misma tenacidad que las cataplasmas. Y una vez, cuando Ilse tuvo la desgracia de que una avispa le picara en una de sus admirables piernas, Ingeborg, con inmensa presencia de ánimo, cogió la comida y, vaciándola sobre un paño de lino limpio, se la ató alrededor de la parte hinchada; de modo que cuando Herr Dremmel llegó, hambriento como se dio el caso aquel día, hacia las dos, y pidió su comida, le dijeron que estaba en la pierna de Ilse y tuvo que comer bocadillos. No pudo por menos que admirar los recursos de Ingeborg; pero no fue hasta haber comido varios bocadillos cuando aún pudo decir, dándole una palmadita en el hombro: «Tesorito».

Fue el tiempo más ajetreado y más feliz. Cada minuto del día estaba lleno. Era la vida de primera mano, no exprimida hasta secar sus excelencias elementales al pasar antes por el tamiz de los criados. Tener una cocinita solo para una, ser de verdad la dueña de cada rincón de la casa, observar la trayectoria de la comida desde su mismísimo origen, salir corriendo al jardín y arrancar lo que a una se le antojara, plantarse en la puerta de atrás con la falda llena de grano y llamar a las propias gallinas para darles de comer, ir ella misma a buscar los huevos, llenar de flores las graciosas habitaciones oscuras y medir el pasillo de suelo de piedra para una alfombrilla que pronto encargaría en la única tienda de alfombras en la que confiaba, que era la de Redchester: ¿qué placeres contenía el mundo que pudieran compararse a estos? Las cosas estaban un poco desordenadas, pero ¿qué más daba? Era posible convertirse en esclava de las cosas; posible perderse la vida en los preparativos de vivir.

Y el tiempo era tan hermoso... al menos, así se lo parecía a Ingeborg. Hacía el más ardiente de los soles, y soplaba el más fresco de los vientos, y había noches estrelladas de cielo diáfano y claro. Es cierto que Robert, cuando escrutaba los cielos desnudos lo último

que hacía cada noche y atisbaba el termómetro fuera de su ventana lo primero cada mañana, decía que era un tiempo del mismísimo demonio, y que si no llovía pronto se echarían a perder todos sus abonos, todas sus actividades, todos sus gastos; pero, aunque esto proyectaba por un instante una sombra sobre su alegría en cada nueva y maravillosa mañana, a ella le resultaba imposible no gozar de la luz. Allá en el jardín, por ejemplo, más allá de los tilos del fondo, donde una podía apostarse en el hueco del seto de lilas y mirar de frente los centenales, los inmensos e interminables centenales, ondulando y elevándose, de un gris delicado, de un verde delicado, resplandecientes al sol, oscuros bajo una nube, agitándose sin descanso, y más, y más, hasta que allá lejos, en el confín de las cosas, llegaban al cielo y solo se detenían al rozarlo... allí fuera, con la mano haciendo visera contra el exceso de claridad, ¿quién podía encontrar defecto a nada, quién podía hacer otra cosa que mirar y ver que todo era muy bueno? Ah, pero es que *era* bueno. Daban ganas de cantar el Te Deum, o el Magníficat, o mejor aún aquel himno de júbilo: *Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu inmensa gloria*...

Cada vez que tenía una media hora libre, como el hueco entre el fin de la comida y el principio de la merienda, corría hacia los tilos, y paseando de un lado a otro de aquel rincón frondoso, con los groselleros y las hortalizas y las flores dispersas y espontáneas del jardín tendidas al calor del sol entre ella y la parte trasera de la casa, aprendía de memoria palabras alemanas. Las aprendía en voz alta de su gramática, repitiéndolas una y otra vez con soltura, mecánicamente, mientras sus pensamientos danzaban en torno al futuro, desde el futuro inmediato de lo que haría al día siguiente, el futuro de una tarde en la batea entre los juncos y quizá remando hasta donde empezaba el bosque, hasta el futuro más responsable y más vago de los meses venideros, cuando, armada de alemán, comenzaría entre los pobres y saldría a la parroquia y trabaría amistad con los campesinos y sería una verdadera esposa de pastor. Deseaba en especial acercarse a su suegra. Le parecía que ese era su primer deber, acercarse a ella. Sin cesar iba y venía trotando,

repitiendo el alemán de gigantes, paraguas, llaves, gafas, cera, dedos, trueno, barbas, príncipes, barcas y hombros. Sin cesar se movían sus labios, mientras sus ojos seguían los movimientos de los pájaros que entraban y salían del seto de lilas y saltaban entre las migas que había dejado el desayuno; y a través de sus gigantes, paraguas, llaves, gafas y cera se las arreglaba para no perderse ni una palabra de lo que los escribanos cerillos se decían unos a otros en alegre estrofa y antístrofa: *Un poquito de pan y nada de que-e-e-e-e-so... un poquito de pan y nada de que-e-e-e-e-so*.

A las cuatro entraba y preparaba café por el sencillo método de unir el café con agua caliente y dejar que se asentaran juntos sobre el felpudo, ante la puerta cerrada con llave del laboratorio. Herr Dremmel no quería que lo molestaran una vez dentro, y ella se deslizaba de puntillas por el pasillo, mordiéndose el labio inferior con la intensidad de su cuidado de que ningún tintineo de las cosas de la bandeja llegara a sus oídos.

Cuando él estaba en casa cesaba todo canto. Dispuso entonces que Ilse hiciera sus tareas de fuera —limpiar el gallinero, ordeñar la vaca quisiera esta o no, y atender al cerdo—. Johann pasaba el día entero fuera, en el campo de experimentación, e Ilse chapoteaba con sus piernas desnudas por el barrizal del corral, disfrutando de lo lindo, pues nadie la reñía jamás por nada que hiciera, y el corral no estaba separado de la calle del pueblo más que por una cerca baja, de modo que los mozos de Kökensee, al pasar, podían detenerse a acodarse en ella y aprender, por el modo en que consolaba al cerdo, la comodidad de los consuelos que aguardaban a su marido.

A las siete Ilse se iba a su casa, e Ingeborg preparaba una cena tan parecida al desayuno que nadie habría podido decir si era de noche o de mañana, salvo porque el rayo de sol atravesaba la miel desde poniente en vez de desde levante, y porque había queso. En esta comida, Herr Dremmel, absorto en sus abonos, se hallaba casi siempre en una profunda abstracción. Bebía el café del que se iba saturando y comía grandes rebanadas de pan con queso en un silencio impenetrable. Ingeborg se quedaba sentada echando migas

a los pájaros y contemplando cómo el cielo, en el confín del mundo, se teñía primero de un rojo poderoso, luego se apagaba, luego se encendía en un verde diáfano; y mucho después de que las sombras bajo los tilos se hubieran vuelto negras y hubieran salido las estrellas y los murciélagos, y las ranas allá abajo entre los juncos del lago y el crujido ocasional de la bomba del pueblo fueran lo único que se oía fuera de aquella inmensa quietud, seguían sentados allí, Herr Dremmel fumando en silencio, Ingeborg haciendo planes en silencio.

A veces se levantaba y cruzaba hasta él y acercaba mucho su cara a la de él y trataba, en la oscuridad, de explorar sus ojos con los suyos. —¡El *ruido* que haces! —decía, rozando con un beso, tan acostumbrada nos deja el matrimonio a lo que una vez pareció imposible, la parte superior de su cabello; y él se despertaba y sonreía y le daba una palmadita en el hombro y le decía que era una buena mujercita.

Entonces se sentía orgullosa. Era exactamente lo que quería ser: una buena mujercita. Quería dar satisfacción, ser tan útil a él como lo había sido a su padre en los días anteriores a su desgracia; y más útil aún, porque él era mucho más bondadoso, era tan querido. A cambio de esta felicidad extraordinaria, de esta deliciosa seguridad frente a la desaprobación, de estos días libres, intrépidos, maravillosos, ella le daría todo lo que tenía, todo lo que era, todo lo que pudiera enseñarse y adiestrarse a ser.

Casi siempre Herr Dremmel volvía a su laboratorio hacia las diez y trabajaba hasta pasada la medianoche; y ella permanecía despierta en la graciosa alcoba desnuda al otro lado del pasillo tanto tiempo como podía, para no perderse demasiada vida por estar dormida, aspirando con el deleite que le producían los aromas delicados las diversas fragancias del jardín en reposo. Y las estrellas parpadeaban a través de la ventana abierta, y podía ver la tenue blancura de un arbusto de bolas de nieve recortada contra el telón de la noche cavilosa. Cuando Herr Dremmel entraba, cerraba la ventana.

Los domingos había servicio a las dos, cada quince días. Los domingos alternos, Johann llevaba a Herr Dremmel en coche a otro

pueblo a cinco kilómetros de distancia que formaba parte de su dilatada parroquia, y allí predicaba el mismo sermón que había predicado en Kökensee el domingo anterior. Practicaba una rigurosa economía en materia de sermones; y esto tenía la ventaja de que un entusiasta —solo que no había ningún entusiasta— podía, esperando una semana y andando cinco kilómetros, la mayor parte de ellos por arena profunda, volver a oír cualquier cosa que le hubiera llamado la atención la semana anterior. Esperando un año, en efecto, el mismo entusiasta, suponiendo que existiera, podría volver a oírlo todo, pues los sermones de Herr Dremmel eran veintiséis y estaban planeados para comenzar el 1 de enero con la Circuncisión, y, saltando a lo largo de las quincenas del año, terminaban airosa e irregularmente con uno extra en Navidad. Por desatento que fuera un feligrés, a medida que pasaban los años sobre él acababa por conocer los sermones. Eran sermones cargados, según la estación, ya de consejos prácticos, ya de coléricas exposiciones del deber. Había uno cada año, cuando se acercaba el tiempo de la trilla, sobre el texto de Miqueas 4, 13, *Levántate y trilla*, en el que explicaba con paciente exactitud los métodos más modernos de hacerlo. Estaba el sermón anual de Acción de Gracias por la cosecha, sobre Mateo 13, parte del versículo 26, *La cizaña*, tras otro año más de obstinada indiferencia de la congregación hacia el abono químico. Estaba el sermón sobre Jeremías 9, 22, *¿No hay allí médico?*, predicado cada año en uno de los domingos finales de la Trinidad, cuando las lluvias frías y continuas del otoño iban descubriendo los puntos débiles de los abuelos de la parroquia, y los campesinos, habiendo observado que en cuanto se llamaba a un médico el enfermo mejoraba y encima había que pagarle, evitaban llamarlo si les era posible, preguntándose unos a otros con lóbrega inquietud cómo iba a vivirse si se ponía coto a la muerte. Y estaba el sermón de Adviento, cuando se acercaba la matanza anual del cerdo, sobre Isaías 65, parte del versículo 4, *Carne de cerdo*.

Este sermón llenaba la iglesia. Pese a la pobre opinión que del cerdo tienen tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, donde, como Herr Dremmel comprobó al buscar un texto, apenas se los

menciona salvo como cómodos receptáculos para los demonios, en la vida de sus feligreses proporcionaban el acercamiento más próximo, en realidad el único, a los sentimientos más delicados: la gratitud, el amor, el asombro. El campesino, contemplando aquel rosado cáliz de sus alegrías futuras, aquel misterioso crisol ambulante en el que echaba cuantos posos y desperdicios lúgubres tenía, los posos últimos de los posos últimos que ni su flaco perro habría tocado, y que para Navidad emergían convertidos en salchichas, no podía sino sentir al menos algo de afecto, al menos un pequeño toque de reverencia. Mientras sus parientes estaban enfermos y había que llamar al médico o al enterrador, y a veces, para colmo de su furia, a ambos, o si no estaban enfermos estaban bien y necesitaban comida y ropa, su cerdo andaba por ahí rosado y desnudo, sin dar ningún problema, sin necesitar que se gastara dinero en él, transmutando plácidamente en la grasa de futuros banquetes lo que, de no ser por él, se habría convertido, amontonado, en fuente de moscas y corrupción. Herr Dremmel, al hablar del cerdo, rebosaba intimidad y calidez local. Era más que eso: era magnífico. Era el sermón del año que nunca dejaba de llenar cada asiento, y el único día en que Kökensee sentía que su pastor lo comprendía a fondo.

Ingeborg iba diligentemente a la iglesia siempre que había iglesia a la que ir. Le explicó a Herr Dremmel que consideraba su deber, como esposa del pastor, dar ejemplo en este asunto, y él le pellizcó la oreja y respondió que quizá fuera bueno para su alemán. Él no parecía dar ninguna importancia a su deber como esposa de pastor; y cuando ella sugirió que tal vez debiera empezar a hacer la ronda de las casas del pueblo y no esperar a tener mayor caudal de idioma, él se limitó a observar que el deber de las mujercitas es hacer felices a sus maridos.

—¿Y no lo hago? —preguntó ella con seguridad, agarrándole la chaqueta con ambas manos.

—Claro que sí. Mira qué lustroso me estoy poniendo.

—Y puedo hacer algo más aparte de eso.

—Nada tan bueno. Nada ni la mitad de bueno.

—Pero, Robert, una cosa no excluye...

Pero Herr Dremmel ya había dejado de escuchar. Sus pensamientos se habían escurrido otra vez. Ella parecía instalarse en su mente en lo alto de una cuesta a la que él trepaba de cuando en cuando para acariciarla. Ávidamente, en esas visitas, ella lo abordaba con charla y le hacía preguntas para que se demorase, pero incluso mientras lo abordaba la mirada de él se abstraía y él se escurría de nuevo, dejándola atisbando tras él por encima del borde, llena de una mezcla de afecto, respeto por su trabajo, orgullo de él y diversión.

Lo mismo daba, pensaba ella, intentar abordar al agua; y se reía y volvía a lo que estuviera haciendo con la despreocupada sensación de que era muy ideal, esta perfecta independencia mutua, esta amplitud de libertad para hacer exactamente lo que a cada cual le apeteciera. ¡Las inmensas extensiones de tiempo que tenía! Qué espléndido era este ocio después del detalle estrecho de cada hora en casa, en el despacho de su padre. Cuando hubiera superado las primeras dificultades del alemán y ya no necesitara dedicarle la mayor parte del día, se haría traer libros de Inglaterra y leería y leería: todos los que había querido leer y no le habían dejado. ¡Ah, la magnificencia del matrimonio, pensaba Ingeborg, batiendo palmas, el esplendor de sus liberaciones! Se marcharía por la mañana con la batea llena de libros, y pasaría largos y gloriosos días lejos, en el bosque, tumbada sobre la alfombra verde y mullida de los arándanos, leyendo. Trabajaría con la mayor diligencia en amueblar su mente vacía. Se esforzaría con severidad en adiestrarla para que no diera saltos.

Todos los libros que poseía los había traído consigo y los había desplegado por el salón: los regalos de boda que la habían enriquecido con Hardy y Meredith y Kipling y Tennyson y Ruskin, y sus propios libros de cuando era niña. Eran tres: el *Christian Year*, que le había regalado su padre al confirmarse; los *Poemas* de Longfellow, que le había regalado su madre por su décimo octavo

cumpleaños; y *La tulipe noire* de Dumas, que le dieron como premio de francés porque Judith no sabía nada de esa lengua, un verano en que se introdujo (sin pensarlo bien, dijo después el obispo) una institutriz francesa en el palacio. A esta señora la sacaron de nuevo del palacio poco después, con cuidado, tras desinfectar escrupulosamente cada rincón de su habitación mediante el registro de Richards, que sin embargo no encontró nada salvo un libro de cubierta de papel amarillo titulado *Bibi et Lulu: Mœurs du Montparnasse*; y ni siquiera este estaba en su habitación, sino en la de Judith, debajo de unas medias.

Herr Dremmel cogió uno de los volúmenes de boda la primera vez que los vio en el salón y hojeó sus páginas. Era *The Shaving of Shagpat*. —Vaya, vaya —dijo al cabo, dejándolo.

—¿Por qué, Robert? —preguntó Ingeborg, ansiosa por oír lo que pensaba. Pero él le dio una palmadita distraída, ya escurrido otra vez hacia las regiones de la realidad, las regiones en las que su cerebro elaboraba sin cesar posibles combinaciones químicas y olvidaba, con una plenitud que a veces incluso a él mismo le sorprendía, que tenía esposa. Invariablemente, sin embargo, al reaparecer le resultaba grato recordarla.

Pidió que le enseñara sus campos experimentales, y él la llevó consigo muy amablemente una mañana calurosa, prometiendo explicárselos; pero, apenas llegaron, quedó absorto, y después de que ella hubiera pasado una hora sentada en una piedra al borde de una franja de altramuces bajo un abeto raquítico que daba la única sombra en aquel desierto ardiente, mirándolo ir y venir de una franja a otra examinando al parecer cada planta una por una con Johann, empezó a pensar que sería mejor volver a casa y ocuparse de la comida, y agitando la mano en un adiós que él no vio, se marchó.

Uno o dos días después le preguntó si no sería bueno y agradable que su madre viniera pronto a merendar con ellos.

Él respondió amablemente que no sería ni bueno ni agradable.

Ella preguntó si no sería un deber de ambos invitarla.

Él respondió, tras reflexionar: —Quizá.

Ella preguntó si no quería a su madre.

Él respondió sin vacilar: —No.

Entonces ella fue a sentarse en su rodilla y le agarró las orejas y le levantó la cabeza para que la mirara.

—Pero, Robert... —dijo ella.

—¿Qué, ovejita?

Desde su boda había dejado, instintivamente, de llamarla cordera. El universo, que por un tiempo ella había conseguido reducir a un mero decorado para una sola cosita femenina, había vuelto a ordenarse en sus líneas propias; la cordera se había convertido en oveja —una ovejita, pero ya nunca más una cordera—. Se alegraba de haber sido capaz de enamorarse tan a fondo. Se alegraba de haber aplicado tan prontamente el remedio del matrimonio. Su afecto por su esposa era del todo satisfactorio: era sereno, era profundo, no interfería con nada. Ella ocupaba la honorable posición que él, incluso en sus momentos más enamorados, siempre había sabido que ella acabaría por ocupar: la posición inmediatamente después de los abonos en su vida. Su casa, tanto tiempo sombría de viudas, era ahora un lugar luminoso gracias a ella. Rozando la poesía, la comparaba con un pajarillo revoloteante y atareado en primavera. Siempre le agradaba que ella viniera a posarse en su rodilla.

—¿Qué, ovejita? —dijo él, sonriéndole mientras ella lo miraba muy de cerca a los ojos.

Su rostro, visto tan de cerca, era encantador en su detalle delicado, en su joven perfección de textura y color. Escudriñando sus ojos, se alegró de advertir una vez más lo inteligentes que eran. Pronto habría robustos muchachos correteando por el jardín con ojos como aquellos, grises y honestos e inteligentes. Sus muchachos. Continuando, con mucha más eficacia, la obra que él había comenzado.

—¿Qué, ovejita? —dijo él, súbitamente conmovido.

—¿Acaso no *debería* una querer a su madre? —preguntó ella.

—Quizá. Pero no se la quiere. ¿Tú la quieres?

—Ay, pobre madre... —dijo Ingeborg deprisa.

Su madre, tan lejos, se iba convirtiendo ya en un recuerdo bastante triste y bastante tierno. Todos aquellos días y años en el sofá, y todos los días y años aún por venir... Ahora sabía mejor, ahora que estaba casada ella misma, lo que debía de haber sido estar casada con el obispo, tener veinte años de obispo sin adulterar. Ya no le extrañaba el sofá. Estaba llena de comprensión y de lástima.

—Se la quiere, sin duda, al principio —dijo Herr Dremmel.

—¿Y luego se deja de querer? ¿Es que los hijos no nacen sino para dejar de querernos?

Él se puso cauto. Habló de lo general y lo individual. De muchas madres y de algunas madres. De las madres de la generación presente —las llamó las *Gewesene*— y de las madres de la generación por nacer —las llamó las *Werdende*—. Y al poco, mientras ella permanecía sentada en su rodilla en un silencio bastante enigmático, fue desarrollando afecto por su madre, explicando que sin duda siempre había estado allí, pero que, como tantas otras cosas buenas, cuando la vida está ajetreada y un hombre tiene poco tiempo para volver atrás y removerlas, había quedado dormido, y que ahora pensaba, en efecto reconocía, que sería excelente instarla a venir pronto a pasar una tarde... o mejor aún, una mañana.

—Pero tú no estás aquí por la mañana —dijo Ingeborg.

—Ah... es verdad. Sin embargo, estoy presente a la hora de comer.

—Pero nadie sabe nunca cuándo.

—Quizá pudiera llegar temprano.

Fue así como la Frau Dremmel de más edad, que tenía que atender a su orgullo como viuda del padre tradicionalmente afectuoso de su desatento hijo, y que en consecuencia nunca habría dado lo que en sus cavilaciones llamaba el primer paso, cruzó, unas siete semanas después de la boda, el umbral del hogar de su nuera.

Capítulo XIV

Se acordó que la visita comenzara el viernes siguiente a las cuatro, pues Ingeborg pensaba que el ambiente de la tarde era, con mucho, más propicio a la calidez que cualquier cosa que pudiera lograrse antes del mediodía, y Johann fue en coche hasta Meuk a buscar a Frau Dremmel a tiempo para esa hora.

Lo primero sería tomar el té en el jardín, porque el té lubrica la caridad, y luego, con la ayuda de un diccionario, la conversación. Ingeborg había tenido tiempo de pensar bien a su suegra, y estaba firmemente resuelta a que ninguna barrera artificial como el idioma se interpusiera en la construcción del afecto. Si era necesario, incluso podría tejer el alemán de gigantes, paraguas, llaves y gafas en una frase a modo de arranque de conversación, y probar con eso a su suegra; y si Frau Dremmel mostraba la más mínima receptividad a cualquiera de esos temas, podría continuar con cera, dedos, trueno y barbas, y terminar con príncipes, barcas y hombros. Eso serían tres frases. No podía evitar pensar que estarían preñadas de posibilidades conversacionales. Habría tres respuestas; y Frau Dremmel, al hablar en su propia lengua, sin duda se extendería. Entonces Ingeborg abriría su diccionario y buscaría las palabras salientes de esa ampliación, y una vez encontradas, sonreiría de vuelta, radiante de comprensión y aprecio.

Esto, incluido el tomar el té, llevaría, suponía ella, unos cincuenta minutos.

Luego pasearían un poco de un lado a otro a la sombra, señalándose la una a la otra el centenal, y eso serían quizá otros diez minutos.

Después, a las cinco, suponía, Frau Dremmel pediría y obtendría el coche y se marcharía de nuevo. Ingeborg decidió besarla al final, cuando la visita alcanzara la etapa del umbral. No sería difícil, pensó. El umbral, bien lo sabía, era un lugar de entusiasmos.

Ella e Ilse estuvieron inmensamente atareadas toda la mañana con los preparativos, ambas imbuidas de mucho el mismo espíritu con que de niñas preparaban fiestas para sus muñecas. Pero esta era una muñeca viva la que venía, y estaban haciendo pasteles de verdad que ella realmente se comería. Los pasteles eran de una gran variedad de formas, o más bien de contorsiones, el café tenía una potencia festiva, se cortaron unos bocadillos pensados para ser delicados y esbeltos, pero que bajo el propio cuchillo se hinchaban —debía de ser el fuerte aire alemán, pensó Ingeborg mientras los observaba, perpleja por aquella conducta—, y estaban las primeras grosellas espinosas.

Cuando la mesa estuvo puesta bajo los tilos y rematada con una jarra de rosas, contempló su obra con admiración. Y cuanto más se alejaba de ella, más deliciosa parecía. De cerca seguía siendo atractiva, pero más bien con el atractivo engañoso de las mesas de una merienda escolar. Quizá había demasiada comida, pensó; quizá era el inmenso grosor de los bocadillos. Pero desde el final del sendero resultaba tan encantadora que deseó poder pintarla en acuarela: los grandes árboles, el sol atemperado, el atisbo de la vieja iglesia por un extremo, el atisbo del lago abrazado por los bosques por el otro, y en medio, dispuesta con tanto esmero, con tanta gracia de pulcritud, la mesa de su primera merienda.

Frau Dremmel llegó con una toca negra que llevaba en la parte delantera una flor malva, para señalar que diez años habían trabajado ya en la mitigación de su duelo. Su hijo salió del laboratorio al oír los golpes del coche entre las piedras y los baches de la calle del pueblo, y estaba listo en la puerta para ayudarla a

bajar. Estaba del todo silencioso, pues lo habían arrancado en mitad de contar y pesar los granos de muestras de centeno tratadas de distinto modo, y tendría que empezar de nuevo todo el último platillo. Al lado de esta parquedad, Ingeborg, con un vestido blanco y calzando los zapatos de hebilla de la juventud, con el sol brillando sobre su tez pecosa y clara y su cuello desnudo y la boca enmarcada en sonrisas de bienvenida, parecía una niña. Desde luego, no parecía la esposa de nadie; y lo último en el mundo a lo que se asemejaba en absoluto era a la esposa de un pastor alemán.

De nuevo Frau Dremmel, como había hecho aquel día en Meuk, paseó despacio los ojos por toda ella mientras recibía el beso distraído de su hijo; pero no dijo nada, salvo, a su hijo, *Guten Tag*, y se sometió pasivamente a que Ingeborg le estrechara ambas manos, enfundadas en el algodón negro de la viudez decente.

—Di algo, Robert —murmuró Ingeborg—. Di lo contenta que estoy. Di todas las cosas que yo diría si supiera decir cosas.

Herr Dremmel contempló a su esposa un momento, reuniendo sus pensamientos.

—¿Por qué habría de decirse nada? —dijo—. Es una mujer sencilla. Ya no joven. Mi esposa —le dijo a su madre— desea que le dé la bienvenida en su nombre.

—*Ach* —dijo Frau Dremmel.

Ingeborg empezó a conducirla por el pasillo hacia la puerta trasera y el jardín. Frau Dremmel, sin embargo, se desvió a mitad de camino hacia el salón.

—¡Ay, ahí no! —exclamó Ingeborg—. Vamos a tomar el té en el jardín. Robert, por favor, dile...

Pero al mirar en busca de ayuda descubrió que Robert se había ido, y se oyó el sonido de una llave girando en una cerradura.

Frau Dremmel siguió entrando en el salón. Antes de que pudiera detenérsela, ya se había instalado firmemente en su sofá.

—Pero el té —dijo Ingeborg, siguiéndola y gesticulando—, el té, ya sabe. Ahí fuera... en el jardín...

Señaló la puerta, y señaló la ventana. Frau Dremmel se quitó despacio los guantes y los enrolló juntos, y se desató las cintas de la toca y miró la puerta y la ventana y de nuevo a su nuera, pero no se movió. Entonces Ingeborg, haciendo un gran esfuerzo de alegre cordialidad y decidida a que, cuando fallaran las palabras, los gestos afectuosos llenaran los huecos, se inclinó sobre la figura del sofá y le tomó el brazo. —¿No quiere venir? —dijo, añadiendo una frase que se había esforzado especialmente en aprenderse de memoria—: ¿*liebe Schwiegermutter*? Y sonriendo, aunque, a la hora de tocarla, con bastante cautela, y desde luego con el corazón en un puño, tiró suavemente de su manga.

Frau Dremmel la miró fijamente desde abajo sin moverse.

—*Liebe Schwiegermutter*... té... jardín... mejor —dijo Ingeborg, sonriendo aún pero ya muy acalorada. No conseguía recordar ni una sola palabra alemana salvo *liebe Schwiegermutter*.

Frau Dremmel, empujada y animada, fue finalmente sacada de la casa y llevada al jardín y a lo largo de los groselleros hasta donde estaba la mesa del té y un sillón con un cojín preparado para ella. Fue con evidente desgana. No dejaba de mirar fijamente a su nuera. Su mirada se demoraba especialmente en los pies. Al darse cuenta de ello, Ingeborg trató de ocultarlos, pero no se pueden ocultar los pies con los que se camina, y cuando se sentó a servir el café descubrió que su falda corta era incapaz de ocultar nada por debajo de los tobillos.

Se puso nerviosa. Derramó la leche y dejó caer una cucharilla. Al lado de la figura rígida del sillón, se sentía y parecía terriblemente fluida y descontrolada. La mejilla que tenía vuelta hacia su suegra se le encendió ardientemente. Sabía con toda certeza que su suegra estaba observando aquello, y eso la encendía más. Si al menos, pensaba Ingeborg, mirase a otra cosa o dijera algo... Por encima del borde de su taza, sin embargo, los ojos de Frau Dremmel subían y

bajaban y giraban y recorrían de parte a parte a la extraña criatura con la que se había casado su hijo. El resto de ella permanecía casi por completo inmóvil. Ingeborg se había tragado nerviosamente tres tazas de aquel líquido negro antes de que Frau Dremmel hubiera acabado la mitad de una. Por fin le vino a la mente una palabra alemana como un relámpago y se aferró a ella. —¡*Schön... wunderschön*! —exclamó, agitando las manos en un gesto que abarcaba todo el paisaje.

Por un instante Frau Dremmel apartó los ojos del cuerpo cálido y tembloroso de su nuera para seguir su gesto, pero, al no ver nada, pronto los recuperó. No hizo ningún comentario sobre el paisaje. Su rostro permaneció del todo impasible; e Ingeborg comprendió que el centenal no le serviría de nada como medio de entretenimiento.

No pudo volver a decir *schön*, y la comida prosiguió en silencio. El método de Frau Dremmel para comer consistía en empezar un trozo de cada pastel y dejarlo inmediatamente. Esto afligía a Ingeborg, que los había supuesto unos pasteles muy hermosos. El sitio de Frau Dremmel en la mesa —había acercado bien su silla— quedó como asteriscado de pasteles empezados y abandonados. En cambio, comió muchos bocadillos, y estos arrancaron la única palabra que le dirigió a Ingeborg en toda la merienda. —*Fleisch* —dijo Frau Dremmel, apartando los ojos de Ingeborg por un momento para posarlos en los bocadillos que se le ofrecían, y levantando con un dedo índice sucio e inquisitivo la parte de cada bocadillo que podría describirse como su tapa.

—*Ja, ja* —dijo Ingeborg, respondiendo, encantada con aquel destello de vida.

Fue, sin embargo, la única. Después de ella se asentó sobre Frau Dremmel un silencio completo e impenetrable. Ni siquiera habló con su hijo cuando, media hora después, él salió en busca del café que no había encontrado en su felpudo. Sus modales le impedían, en la casa de él, en aquella primera visita tras su boda, pronunciar las verdades inmanejables que brotan tan naturalmente de la boca de las madres desatendidas; y salvo por ellas, no tenía nada que

decirle. Herr Dremmel no esperaba nada. Sus pensamientos, profundamente absortos, no le dejaban sitio para nada que no fuera una simplicidad primitiva. Tenía hambre, y comía; tenía sed, y bebía. La figura silenciosa a la mesa, de cuya presencia cada nervio del cuerpo de Ingeborg era consciente, no le producía a él impresión alguna.

—Robert, dile de verdad a tu madre cuánto deseo hablar con ella, si tan solo pudiera —dijo Ingeborg, apretándose las manos en el regazo y atando y desatando nudos en su pañuelo. Tenía gotitas de sudor en el labio superior. Los rizos de pelo de las sienes estaban ya bastante húmedos.

Él lanzó una mirada a su madre, erguida y tensa en su silla, y ella al instante volvió los ojos hacia él y le sostuvo la mirada con firmeza.

—Pequeña —dijo él—, ya te he dicho que es una mujer sencilla, no acostumbrada ni capaz de manejar las armas de las artes sociales. Sé sencilla tú también, y todo irá bien.

—Pero si *estoy* siendo sencilla —protestó Ingeborg—. Estoy muda; estoy en blanco; ¿qué puedo ser más sencilla que eso?

—Entonces todo va bien. Dame café.

Comió y bebió en silencio, y se levantó para marcharse de nuevo.

Frau Dremmel lo miró y dijo algo.

—¿Es el coche? —preguntó Ingeborg.

—Quiere entrar en la casa —dijo Herr Dremmel.

—¿En la casa?

—Dice que no le gustan los mosquitos.

Él se marchó hacia la casa. No había más remedio que seguirlo. Cuando llegaron a la puerta trasera dio las cinco el reloj de la iglesia, pero Ingeborg, echando una mirada al rostro impasible de su suegra, vio que aquel sonido no significaba nada para ella. La siguió hasta el salón y la observó, impotente, mientras se instalaba una vez más en el sofá.

Cuando el reloj dio la media, ella seguía allí. Parecía estar esperando. ¿Esperando qué?, se preguntaba Ingeborg, cuyo pañuelo era ahora una bola dura entre sus manos nerviosas. Imposible moverla o comunicarse con ella. Sentada rígidamente, examinaba con los ojos la habitación y cada objeto en ella, sin dejar por un instante de captar el menor movimiento de su nuera. Ingeborg cogió su diccionario y su gramática e hizo un último esfuerzo por tender con ellos un puente por el que sus almas pudieran, aun ahora, salir al encuentro la una de la otra, pero Frau Dremmel no pareció comprender la naturaleza de sus esfuerzos, y se limitó a mirarla con un vacío aún más profundo cuando Ingeborg le leyó en voz alta una frase de la gramática que trataba de un tiempo que aquel día no tenían.

¿Qué esperaba? Dieron las siete, y ella seguía esperando. El reloj de la habitación iba marcando los minutos, y cada media hora se oía dar el reloj de la iglesia. Ingeborg le trajo un escabel; le trajo un cojín; le trajo, en último extremo, un vaso de agua; se puso a coser un trapo roto; dejó de coserlo; hojeó nerviosamente las páginas de su gramática; se enfrascó en su diccionario; y siempre Frau Dremmel la observaba. Se sorprendió luchando contra la tendencia a pensar en su suegra como en un Ello. A las siete oyó marcharse a Ilse cantando a su casa: feliz Ilse, que podía irse. Poco después, ella misma acabó por caer en la inmovilidad, dándose por vencida, sentada ahora también muy quieta en su silla, con el rubor desvanecido de la mejilla, pálida y ajada. Era la hora de la cena de ella y de Robert. Pronto sería la hora de acostarse. Muy pronto sería mañana. Y luego sería la semana siguiente. Y luego llegaría el invierno... ¿Es que esta visita no iba a terminar nunca?

A las ocho por fin le quedó claro que lo que Frau Dremmel esperaba debía de ser la cena. Esto era terrible, porque no había ninguna. O, al menos, solo estaba esa repetición del té y el desayuno que hacía tan sana la vida de ella y de Robert. Había calculado la visita solo sobre la base del té, y solo para eso se había preparado, elaboradamente. Durante media hora siguió sentada, esperando estar equivocada. No sabía que en Prusia Oriental, si se la

invita a una a tomar el té, también se queda a cenar. Pero a las ocho y media comprendió que no había más remedio que ir a buscarla.

Cuando las ruinas de la misma comida que ya se le había ofrecido una vez se produjeron por segunda vez y se dispusieron torpemente sobre la desacostumbrada mesa del salón, entre los Meredith y los Kipling apartados a un lado, mientras los huesos de aquel esqueleto se iban montando lentamente ante sus propios ojos, e Ingeborg por fin, al dejar de ir y venir trayendo cosas y hundirse en una silla, indicó que eso era todo, Frau Dremmel, tras esperar un poco más, abrió la boca y sobresaltó a su nuera hablando.

—*Bratkartoffel* —dijo Frau Dremmel.

Ingeborg se irguió de golpe. Tras las horas de silencio, resultaba sobrenatural.

—*Bratkartoffel* —dijo Frau Dremmel de nuevo.

—¿Ha... ha hablado usted? —dijo Ingeborg, mirándola fijamente.

—*Bratkartoffel* —dijo Frau Dremmel por tercera vez.

Ingeborg se puso en pie de un salto y cruzó corriendo el pasillo hasta la puerta del laboratorio.

—Robert... Robert —gritó, forcejeando con el picaporte—, ven... ven deprisa... tu madre... está hablando, está diciendo cosas... — Había en su voz la misma excitación y el mismo asombro que hay en la de un padre cuyo bebé ha dicho de pronto, y por primera vez, «Papá».

Herr Dremmel salió al instante. Por el sonido de su voz, sintió que algo debía de haber pasado.

Ella lo agarró y lo arrastró hasta el salón. —Ahora... escucha — dijo, reteniéndolo allí, de cara al sofá.

Herr Dremmel parecía perplejo. —¿Qué pasa, Pequeña? — preguntó.

—Escucha... lo dirá otra vez enseguida —dijo Ingeborg con ansia.

—¿Qué le pasa, madre? —preguntó él en alemán.

Frau Dremmel, sin mover la cabeza, recorrió la mesa con los ojos.

—¿Es que no hay siquiera... ni siquiera...? —empezó, pero se detuvo. Evidentemente estaba combatiendo una emoción.

—Truenos del cielo —dijo Herr Dremmel, mirando de una mujer a la otra—, ¿qué pasa?

Pero Frau Dremmel, después de las horas de espera de una cena que le parecía en cada detalle un insulto premeditado por parte de su nuera, no pudo soportar aquella aspereza de su hijo. Sacando un pañuelo que no tenía fin y que le llegaba hasta los ojos sin dejar por eso de seguir en su bolsillo, se echó a llorar.

Ingeborg quedó horrorizada. Corrió hacia ella y, arrodillándose, le suplicó en inglés que le dijera qué le pasaba. La llamó *liebe Schwiegermutter* una y otra vez. Le acarició la manga, le dio palmaditas, incluso apoyó la cabeza en su regazo.

Pero Frau Dremmel, por primera vez, no le hizo caso. Decía cosas inconexas dentro de su pañuelo, y todas iban dirigidas a su hijo.

—Viuda —lloraba Frau Dremmel—. Viuda desde hace diez años. Cuando pienso en tu querido padre. En lo mucho que me apreciaba. Mi primera visita. Mi visita con motivo de tu boda. Tratada como si fuera cualquiera. Obligada a beber café al aire libre. Como un animal sin hogar. Sin sofá. Sin mesa de verdad. Enjambres de mosquitos. Sin cena. Sin cena en absoluto. Nada preparado para mí. Para la madre. Para la esposa de tu santo padre. Su esposa querida mucho antes de que a ti se te pensara siquiera. Si no hubiera sido por mí, tú no estarías aquí en absoluto. Ni ella tampoco. Y he de irme a casa sin comer. Sin que nadie se ocupe de mí. Sin que se me dé ni siquiera lo mínimo que una tiene derecho a esperar. Ni siquiera lo que tiene cada noche el campesino más pobre. Ni siquiera —de nuevo dijo la palabra mágica— *Bratkartoffel*...

—Vamos, vamos —dijo Ingeborg con tono apaciguador, acariciándola con ansiedad—, vamos, vamos. Robert, ¿qué es

Bratkartoffel?

—Pero no importa. No importa —dijo Frau Dremmel, secándose los ojos solo para volver a llorar—, pronto estaré con él. Con él otra vez. Con tu querido padre. Y esto... esto no es nada, nada en absoluto. No es sino la voluntad de Dios.

—Vamos, vamos —dijo Ingeborg, acariciándola con ansiedad.

Capítulo XV

No fue hasta varios días después cuando descubrió la razón de las lágrimas de su suegra.

De Herr Dremmel no pudo sacar ninguna información. Sus pensamientos no se dejaban fijar ni un minuto en semejante asunto. Apartaba sus preguntas con el ademán de quien barre de un manotazo la basura que lo rodea, y lo más que se le podía arrancar era una observación general sobre lo poco bueno que solía salir de las proximidades. Pero Ingeborg, una tarde en que caminó más de lo habitual, de cara al sol ardiente y a las moscas y la arena del camino más allá del pueblo, para ver adónde llevaba, en vez de explorar, como solía, los senderos del bosque, llegó, tras mucho calor y mucho esfuerzo, a un soto de árboles que no eran abetos ni pinos sino cosas verdes y frescas, robles y acacias y abedules plateados, y al atravesarlo por un camino cubierto de hierba, abanicándose con el sombrero mientras caminaba a la agradable sombra, se encontró detenida por una cancela blanca, un letrero que le decía que no debía avanzar más, y un jardín. Más allá de los parterres y la hierba larga y descuidada de aquel jardín vio una gran casa de tejado empinado, construida en lo alto de una terraza. En la terraza había un perro tendido, jadeando, con la lengua fuera. No se veía ningún otro ser vivo, y no había más sonidos que el susurro de las hojas sobre su cabeza y el débil gorjeo que hacen los pájaros en julio.

—¿Quién vive en esa casa blanca tan grande, allá lejos? —le preguntó a Herr Dremmel la siguiente vez que lo vio, que no fue hasta aquella misma noche, a la hora de la cena; y, como tenía las

manos ocupadas con la cafetera, señaló con la cabeza en dirección al norte.

Herr Dremmel estaba de mal humor. Llevaba sumido en asuntos parroquiales desde el desayuno, pues era el día que él mismo había fijado, y que se repetía cada quince días, en el cual, con hábil organización, los concentraba todos. El mundo, en consecuencia, le parecía cada segundo martes un lugar de necedad. Las gentes nacían y vivían sumidas en una necedad antigua. La necedad de sus padres, ya rancia cuando la recibieron, les era transmitida intacta, sin un solo destello, pensaba Herr Dremmel en aquellos martes alternos, del más mínimo asomo de percepción de cosas distintas y mejores. Los escolares seguían aprendiendo el cumpleaños de Bismarck, el maestro seguía calculando trabajosamente las asistencias y esforzándose por obedecer la difícil ley que le mandaba azotar a los ausentes, los ancianos de la iglesia seguían negándose a reparar el campanario a tiempo, la clase de confirmación seguía recibiendo explicaciones y exhortaciones con espesa desatención, las autoridades eclesiásticas seguían exigiendo informes detallados de progreso cuando no había ni podía haber progreso, las parejas seguían olvidándose del matrimonio hasta el último momento apresurado y luego lo exigían con gritos insistentes, a los niños se los seguía bautizando a toda prisa antes de que los mismos descuidos que habían matado a aquellos otros niños que, de no ser por ellos, habrían sido sus orgullosos y felices abuelos, se los llevaran, y los campesinos seguían escabulléndose a la sola mención de la inteligencia y el abono.

Estaba sumamente enfadado; porque mientras había estado luchando con todas aquellas complacencias y evasivas, su verdadero trabajo yacía abandonado allá fuera, al sol, allá dentro, en el laboratorio, y un día entero de doce preciosas horas se había perdido para siempre; y cuando Ingeborg dijo: «¿Quién vive en esa casa blanca tan grande?», Herr Dremmel, con su día malgastado a sus espaldas, y el bronce persistente del cielo sobre su cabeza, y la persistencia de los mosquitos en aquel lugar de árboles, la miró un

instante y luego dijo, dejando caer la mano con violencia sobre la mesa: —Infierno y demonios.

—¿Quién? —dijo Ingeborg.

—Debemos ir a visitarlos de inmediato.

—¿Qué?

—Mi patrono. Se sentirá ofendido de que no te haya presentado antes. Me olvidé de él. Eso será otro día perdido. Estas obligaciones, estas obligaciones sociales...

Se levantó y dio unos pasos agitados alrededor de la mesa.

—No bien —dijo, frunciendo el ceño con enfado hacia el sendero— se resuelve una cosa cuando ya aparece otra. Hoy, todo el día los pobres. Mañana, todo el día los ricos...

—¿Vamos a hacer visitas todo el día sin parar?

—...ambos igual de obstinados, ambos igual de embutidos de pies a cabeza en la impenetrable y gruesa armadura de la pereza intelectual. ¿Cómo —preguntó, volviéndose hacia ella con toda la indignada ira del trabajador contrariado— va a trabajar un hombre si vive en un torbellino social continuo?

Ingeborg lo miraba con asombro. —No puede —dijo—. Pero... ¿acaso nosotros nos arremolinamos, Robert? ¿Llamaría alguien torbellino a lo que hacemos aquí?

—¿Cómo? ¿Cuando mi trabajo ha quedado abandonado todo el día de hoy por los pobres y quedará abandonado todo el día de mañana por los ricos?

—Pero ¿por qué va a llevarnos todo el día?

—Un hombre debe prepararse, no puede ir de visita tal cual está. Debe —dijo Herr Dremmel con irritado abatimiento— lavarse. —Y añadió, con aún mayor irritación y abatimiento—: Tiene que haber una camisa limpia.

—Pero... —empezó Ingeborg.

Él la hizo callar con un ademán. —No me gustan —dijo, con un magnífico movimiento de brazo— las camisas limpias.

Ella lo miró fijamente, con los labios entreabiertos de interés.

—No me siento a gusto en ellas. No soy yo mismo dentro de una camisa limpia hasta pasadas, al menos, las dos primeras horas.

—No vayamos a visitarlos —dijo Ingeborg—. Somos tan felices como estamos.

—No —dijo Herr Dremmel, devuelto de inmediato a la razón por el apoyo que su esposa prestaba a su sinrazón—, pero hemos de ir. Hay deberes que ningún hombre decente descuida. Y yo soy un hombre decente. Enviaré un mensajero para preguntar si nuestra visita de mañana será bien recibida. Me pondré la camisa temprano, para irme acostumbrando. Y me esforzaré, con una amabilidad persistente durante toda la visita, en inducir a mi patrono a olvidar que yo lo olvidé a él.

Herr Dremmel llevaba ya algún tiempo practicando el arte de olvidar a su patrono. Había hallado, tras diversas diferencias de opinión, que ese era el camino más sencillo y más cómodo. El patrono, el barón Glambeck de Glambeck, era un cristiano serio y auténtico que creía que a los pobres había que removerlos constantemente, como a un vasto pudin que de otro modo no sale bien, y no podía aprobar a un pastor que, salvo en la iglesia y cada dos martes, se abstenía de remover nada. Fue precisamente por esa abstención por lo que Herr Dremmel era popular en la parroquia. Antes de su llegada había habido un goteo constante de pastor por todas partes, que no dejaba a nadie ni un momento a salvo de intromisiones. Herr Pastor Dremmel podía ser fogoso en el púlpito, pero era muy tranquilo fuera de él; era como un buen perro guardián, feroz en su caseta e indiferente cuando andaba suelto. Kökensee se había negado en bloque a apoyar al patrono cuando este, tiempo atrás, había querido lograr la destitución de Herr Dremmel. Su pastor no iba de casa en casa dando consejos. Su pastor era invisible y estaba absorto. Eran estas grandes cualidades

en un clérigo, y no debían dejarse escapar a la ligera. Nada pudo hacerse frente a la oposición de la parroquia, y Kökensee conservó a su pastor; pero el barón Glambeck dejó de honrar con su presencia los oficios divinos en Kökensee, y hasta que Herr Dremmel llevó a Ingeborg a hacerle la visita de bodas no había cruzado palabra con él en tres años.

Los Dremmel se habían anunciado para las cuatro, y cuando llegaron en coche hasta la casa por el camino sombreado y cubierto de hierba y cruzaron la cancela blanca, los recibió en los escalones de la terraza un criado que, de haber estado en Redchester, habría sido Wilson. En lo alto de los escalones estaba el barón Glambeck, ceñidamente abotonado de negro, formal, grave. Más atrás, bajo el techo de cristal de la terraza, estaba su esposa, ceñidamente abotonada de negro, formal, grave. Ambos eran, aunque Ingeborg no lo supiera, sumamente correctos según los usos de su comarca. Iban sin adornos, alisados, de negro, ella abundante en su lisura, él enjuto en la suya; y saludaron a Ingeborg con exactamente la cordialidad adecuada para recibir a la nueva esposa de su pastor, a quien debería habérsela traído de visita mucho antes pero que no era en modo alguno responsable de aquellos hechos pasados que salpicaban tan desagradablemente su memoria en relación con su marido: una cordialidad con el frío puesto. La dignidad y los escudos de armas impregnaban el lugar. Había monogramas con coronas bordados y pintados en todo aquello sobre lo que uno se sentaba o que uno tocaba. Las cornamentas de los ciervos cazados por el barón, con la fecha y el lugar de cada cacería anotados en cada una, erizaban espesamente las paredes. No vieron a ningún criado que no fuera hombre.

—Haga el favor de quitarse el sombrero —dijo la baronesa en inglés, cuidando de mantener la voz ligeramente del lado de la frialdad.

Ingeborg estuvo a punto de asustarse.

Se habría asustado del todo de no haber estado tan bien adiestrada por el obispo en el arte de la insignificancia. Gracias a ese

adiestramiento, sin embargo, había dejado de ser tímida años atrás. Tenía tan poca opinión de sí misma que no quedaba en ella el menor sitio para la cohibición; y llegó a casa de los Glambeck en su habitual estado de excesiva naturalidad, dispuesta a hablar, dispuesta a mostrarse complacida e interesada.

Pero se le dio a entender al instante, nada más ver a la baronesa —había un asombro en el modo en que la miraba—, que su ropa no era la adecuada. Y la mera petición, o sugerencia, o exigencia —no sabía cuál de las tres cosas era en realidad— de que se quitara el sombrero, le hizo comprender que pisaba terreno nuevo, lugares donde las telarañas de costumbres extrañas se le enredaban espesas en los pies.

Estuvo, por un momento, a punto de asustarse.

—Estará usted más cómoda —dijo la baronesa— sin el sombrero.

Se lo quitó obedientemente, mirando de reojo por debajo de las pestañas, mientras se sacaba las horquillas, la cabeza lisa y negra de la baronesa y su cuerpo negro sin una arruga, percibiendo con la claridad de una revelación que así era como ella misma debía verse. Más escasa, claro está, pues los años aún no se habían ensañado con ella, pero debía ser una versión del mismo efecto hecha en flaco. Resolvió, en su sed de deber cumplido, procurarse un vestido negro y practicar.

Pensó que lo más sensato era no pensar en qué aspecto tendría su pelo con el sombrero quitado, pues no había contado con quedarse descubierta, y bien sabía por naturaleza que era un pelo rebelde, cosa dada a escaparse de la sujeción de las horquillas y a lanzarse por su cuenta a locuras y rizos tanto más llamativos cuanto que su color se acercaba de un modo casi encendido al de las barbas de sus antepasados: escandinavos besados por el sol que anduvieron la tierra en su vigor, ceñidos, según cómo les diera la luz, de barbas del color de las llamas, o de los albaricoques, o de la miel. Bueno, si *se empeñaban* en hacerle quitar el sombrero...

Para cuando estuvo sentada en el sofá en el que enseguida la instalaron en el vestíbulo interior, había recobrado ya su habitual estado de naturalidad, y se sentó en él interesada y olvidada de sí misma. Los ojos de la baronesa se paseaban por ella, y se paseaban con una cualidad muy parecida a la que había tenido la mirada de su suegra. Y siempre que llegaban a sus pies, se demoraban. Su falda, también esta vez, solo le llegaba a los tobillos. Todas sus faldas de calle eran así. «Pero no puedo evitar *tener* pies», pensó Ingeborg, al notarlo. Eran pequeños por naturaleza, y los ingeniosos zapatos del zapatero londinense que había contribuido al ajuar de ella y de Judith los hacían parecer todavía más pequeños. No trató de esconderlos como había intentado cuando Frau Dremmel se los miraba fijamente. Había sido el pesado silencio de Frau Dremmel lo que la había puesto nerviosa. Esta gente hablaba; y el inglés de la baronesa era tranquilizadoramente bueno.

Nadie, pensaba la baronesa, y también simultáneamente el barón, que fuera apta para ser esposa de pastor tenía pies así: unos piececitos incapaces. Nadie, en realidad, que fuera una mujer verdaderamente decente los tenía. Uno dejaba de tenerlos cuando era niño y no volvía a tenerlos jamás. Los recados domésticos que una corría, el perpetuo subir y bajar escaleras, las horas de pie sobre el frío suelo de piedra de las dependencias del servicio velando por que no la engañaran, las innumerables y honorables actividades que embellecían y dignificaban a la mujer, exigían zapatos grandes y holgados. Los pies de una verdadera esposa debían tener espacio para ensancharse y aplanarse. Los pies eran una de esas numerosas partes del cuerpo que un Creador omnisapiente había dispuesto para el uso, no para el lucimiento.

En cuanto al resto del aspecto de la Frau Pastor, era verdad que había en el campo algunas señoritas que en verano vestían más o menos así, pero eran señoritas del círculo de los Glambeck, señoritas de familia o casadas con familia. Que la persona que se había casado con su pastor —un hombre cuyo padre había tenido unos comienzos, y en verdad unas continuaciones, tan oscuros que ni siquiera llevar diez años muerto lo hacía apenas respetable— vistiera

de aquel modo era una catástrofe. Ya habían sufrido demasiado por la conducta de su pastor, de lengua suelta y poco cristiano; y ahora, en vez de traerles a presentar a una mujer pulcra de negro, una mujer pulcra con, quizá, una cadena de oro al cuello alto y negro, siendo ocasión solemne y ella, al fin y al cabo, recién casada —pero una cadena muy fina, y de herencia, no comprada—, y un vestido tan cumplido que rebasara y envolviera cuanto ella pudiera poseer en materia de muñeca, tobillo o garganta, aquí tenían a la esposa más inadecuada que él pudiera haber elegido, salvo, claro está, que se hubiera casado entre judíos. En cuanto a su pelo, cuando llegaban a su pelo, sus pensamientos dejaban de formularse. Aquella cabeza pequeña, aplastada y desordenada, como la cabeza de un muchacho hecha un desastre, como algo en llamas, que había emergido al quitarse el sombrero...

Sirvieron el café en la mesa grande frente al sofá. La baronesa se sentó junto a Ingeborg, y el barón y Herr Dremmel acercaron sus sillas enfrente. El café era bueno, y había un excelente pastel. Nada de grosellas, nada de flores, nada de bocadillos incómodos; solo sencillez y excelencia.

Los dos hombres hablaban entre sí, no con las mujeres, el barón tieso y en guardia, Herr Dremmel esforzándose inmensamente por mostrarse amable y no ofender. Entre ellos pendían los recuerdos de las disputas. Entre ellos pendía también la conciencia de los tres años durante los cuales el barón y su esposa, a resultas de la última y más acalorada de sus diferencias, habían asistido a los oficios divinos en una iglesia que no era la suya. Habían cortado del todo con Kökensee. Durante tres años su galería privada en la iglesia donde sus antepasados habían temido a Dios cada quince días había sido un lugar donde los ratones se divertían a sus anchas. Sus sillas estaban cubiertas de polvo; sus libros de himnos, ya amarilleando, seguían abiertos por la página en que los Glambeck habían alabado a Dios por última vez. Semejante retirada de su favor habría hecho de la vida de cualquier otro pastor algo frío y desolado; Herr Dremmel apenas lo advertía. No tenía vanidades. Le complacía que el pastor rival quedara satisfecho. No le importaban en absoluto los

comentarios, y no tenía ojos para los encogimientos de hombros ni las sonrisas. Sus ojos, sus pensamientos, los necesitaba para su trabajo; y encontraba un alivio, una liberación de al menos una interrupción, en que su patrono se hubiera dado a dejarlo fríamente en paz.

En efecto, cuando llegó en coche a casa de los Glambeck y recordó que llevaba tres años de paz sin tener que ir allí, sintió una gratitud auténtica, y mostró su gratitud realizando durante la visita inmensas proezas de amabilidad social. Se mostró de acuerdo, gigantescamente, con todo cuanto decía el barón. Cualquier tema que se rozara —con mucha cautela, pues el barón desconfiaba de todos los temas con Herr Dremmel— lo arrastraba él al instante fuera de los peligrosos bajíos de lo inmediato y lo cercano, hasta una altura y una distancia cósmicas, una altura y una distancia tan enormes que hasta lo último que hubiera dicho el káiser se volvía un tintineo insignificante y la Conciencia y el Dogma se apagaban en silencio; y le explicaba al barón —quien, cauto, no pasaba de decir «Quizá»— que aunque las opiniones de la gente pudieran variar, y de hecho variaran, vistas de cerca, si uno las extendía lo bastante ancho, las empujaba lo bastante atrás, las elevaba lo bastante alto, las ahondaba lo bastante hondo, las apartaba del detalle y las soltaba de los primeros planos, se llegaba por fin a la gran Opinión Madre de todas ellas, en cuyo inmenso regazo los hombres se acurrucaban contentos como las felices identidades que en verdad eran, y se iban, tras besarse los unos a los otros, en la más plácida concordia, a dormir.

—Quizá —dijo el barón.

Las personalidades, los intereses inmediatos, los deberes, la vida cotidiana, quedaban anegados en los vastos mares por los que, con cortesía pero con determinación, Herr Dremmel llevaba a nadar al barón. Solo hacía falta, repetía, entrado en calor por el deseo de mantenerse en regiones espaciosas, remontar dos opiniones cualesquiera, por amargamente distintas que fueran ahora, lo

bastante lejos para llegar por fin al punto en que se besaban dulcemente.

—Quizá —dijo el barón.

—Solo hacía falta... —prosiguió Herr Dremmel, haciendo con los brazos ademanes que todo lo abarcaban.

Pero el barón carraspeó y se puso a enumerar hechos en contra.

Herr Dremmel convino al instante en que allí tenía toda la razón, y empujó un poco más atrás el punto del beso.

El barón fue tras él con más hechos.

Herr Dremmel volvió a convenir, y retrocedió más aún. De este modo llegaron por fin al Jardín del Edén, más allá del cual el barón se negó a moverse, alegando que más atrás de eso ningún cristiano podía ir; e incluso en eso repudiaba el beso. Estaba convencido, aunque lo disimulaba, de que en ningún período del pensamiento humano habrían podido besarse, por ejemplo, su opinión y la de Herr Dremmel.

Pero era una visión amable, y Herr Dremmel se mostraba sumamente cortés y evidentemente empeñado en la paz, y el barón, al reconocerlo, se volvió menos receloso. Incluso aportó, por fin, un pensamiento propio, después de haberse ocupado negativamente en diseccionar el de Herr Dremmel, y dijo que, en su opinión, eran los detalles los que hacían difícil la vida.

La baronesa, que lo amaba y que lo había oído, sintió después de aquello la ansiedad de que tomara más café con abundante leche.

—Los hombres —le explicó a Ingeborg en cuidadoso inglés mientras servía— necesitan mucho alimento por todo este trabajo de cabeza.

—Supongo que sí —dijo Ingeborg.

—Cuando me casé, recuerdo que mi mayor orgullo y alegría fue tener por fin a alguien propio a quien alimentar.

—¿Ah, sí? —dijo Ingeborg.

—Es un instinto —dijo la baronesa, con aire de quien imparte una lección— en toda mujer verdadera. Desea alimentar. Y naturalmente la alegría de alimentar a dos es el doble de la alegría de alimentar a uno.

—Supongo que sí —dijo Ingeborg, que no la seguía del todo.

—Cuando nació mi primogénito...

—Ah, sí —dijo Ingeborg, contenta de entender.

—Cuando pusieron a mi primogénito en mis brazos, no puedo expresarle, Frau Pastor, la felicidad que sentí al ver que se me daba otro ser humano más a quien alimentar.

—Supongo que sería delicioso —dijo Ingeborg, cortésmente comprensiva.

Los ojos de la baronesa descendieron un momento, inquisitivos, del rostro de Ingeborg a su cuerpo.

—Durante seis años —prosiguió, tras una pausa— tuve un nuevo motivo de felicidad con regularidad cada Navidad.

—Supongo que aquí tienen ustedes las Navidades más encantadoras —dijo Ingeborg—. Como las de los libros. Con árboles.

—¿Árboles? Naturalmente que tenemos árboles. Pero yo tenía además bebés. Cada Navidad, durante seis años, con toda regularidad, mi regalo de Navidad para mi querido esposo pudo ser un bebé.

—¿Cómo? —dijo Ingeborg, abriendo mucho los ojos—. ¿Uno nuevo cada vez?

—Naturalmente que era nuevo. Uno no tiene el mismo bebé dos veces.

—No, claro que no. Pero... ¿cómo lo escondía hasta el día de Navidad?

—Naturalmente que no podía —dijo la baronesa con tiesura— ser tanta sorpresa como lo habría sido un regalo que no fuera un bebé,

pero a todos los efectos prácticos permanecía escondido hasta la Navidad. Ese día nacía.

—Ah, pero me parece maravilloso —dijo Ingeborg, sinceramente complacida por tanta pulcritud. Se inclinó hacia delante con entusiasmo y se abrazó las rodillas con las manos.

—Sí —dijo la baronesa, distendiéndose un poco ante aquella halagadora apreciación—. Sí. Lo era. Algunos lo llamarían casualidad. Pero nosotros, como cristianos, sabíamos que era el cielo.

—Pero qué *puntual* —dijo Ingeborg con admiración—, ¡qué *ordenado*!

—Sí, sí —musitó la baronesa, distendiéndose aún más en la cálida humedad del recuerdo—, fueron tiempos felices. Felices, felices tiempos. Los pequeños yendo y viniendo...

—¿Ah, sí? ¿Se iban tanto como venían? —preguntó Ingeborg, bajando la voz hasta el tono del pésame.

—Alrededor de las rodillas de una, quiero decir, y por la casa.

—Ah, sí —dijo Ingeborg, aliviada.

—Cada año las velas de Navidad brillando sobre una incorporación más a nuestros tesoros. Cada año los regalos de Navidades pasadas reunidos de nuevo en torno al árbol, más grandes y más fuertes, en vez de perdidos o rotos como habría ocurrido de haber sido cualquier otra clase de regalo.

—Pero ¿qué pasaba cuando ya no había más que dar?

—Entonces le regalaba a mi esposo petacas para puros.

—Ah.

—Al fin y al cabo, la mayoría de las mujeres deben hacer eso toda su vida. Yo no me quejé. Cuando el cielo dejó de proveerme de un regalo para él, supe inclinar la cabeza y fui y compré uno. Hay excelentes petacas para puros en Wertheim, en Königsberg, si quiere usted regalarle una a Herr Pastor las próximas Navidades. No

se les descosen las esquinas hacia julio o agosto, como a las que se compran en otras tiendas. Ah, sí. Años felices. Felices, felices años. Primero los seis años de gran alegría reuniendo a mi familia, y después los años de felicidad criándola. ¿Le gustan a usted los niños, claro está?

—Nunca he tenido ninguno.

—Naturalmente que no —dijo la baronesa, envarándose de nuevo.

—Así que no lo sé —dijo Ingeborg.

—Pero toda mujer verdadera ama a los niños pequeños —dijo la baronesa.

—Pero tienen que *estar ahí* —dijo Ingeborg.

—Una tiene instintos implantados por Dios —dijo la baronesa.

—Pero una tiene que *ver* algo en lo que practicarlos —dijo Ingeborg.

—Una mujer verdadera es todo amor —dijo la baronesa, con una voz que sonaba muy parecida a una reprimenda.

—Supongo que sí —dijo Ingeborg, que sentía que jamás podría haber conocido a una. Tuvo una visión de algo del todo blando y esponjoso y húmedo y al mismo tiempo maravilloso—. ¿Está en casa alguno de sus hijos? —preguntó, pensando que le gustaría poner a prueba sus instintos con los Glambeck más jóvenes.

—Ya son mayores y se han ido. Al mundo. Algunos muy lejos, en otros países. Ah, sí. Una se queda sola... —La baronesa adoptó un tono altivamente quejumbroso—. Es la suerte de los padres. Sola, sola. Tuve cinco hijas. Fue un gran alivio casarlas a todas. Naturalmente existía el peligro, siendo tantas, de que algunas se quedaran siempre con nosotros.

—Pero entonces usted no se habría quedado sola —dijo Ingeborg.

—Pero entonces, Frau Pastor, ellas no se habrían casado.

—No. Y entonces —dijo Ingeborg, interesada— no habría podido usted *sentirse* sola.

La baronesa la miró fijamente.

—Estas cosas son *agradables*, ¿sabe usted? —dijo Ingeborg, inclinándose otra vez hacia delante con interés—. A una le *gusta*, no sé cómo, estar triste, ¿sabe?, y pensar en lo sola que está. Claro que es mucho más delicioso ser feliz, pero el no ser feliz tiene también sus alegrías. Hay como un perfume... —Buscó en su mente—. Es como un día de lluvia. Parece sombrío y desdichado comparado con cómo fue ayer, pero *hay* un goce en ello. Y las cosas... —vaciló, a tientas— las cosas parecen crecer. Distintas cosas. Y sin embargo también son hermosas.

Pero la baronesa, que no la seguía y no quería seguirla, pues no le correspondía escuchar a la esposa de su pastor, dejó caer de nuevo un ojo inquisitivo sobre el cuerpo de Ingeborg y cortó de raíz su tendencia a hablar más de lo que convenía a su posición observando que seguía estando muy delgada.

Cuando ya llevaban sentados allí hasta que el café se había quedado frío, Ingeborg, en una pausa de la conversación, se levantó para marcharse.

Los otros tres la miraron sin moverse. Hasta su propio Robert la miró sin comprender. Le pareció una cosa un tanto pobre tener que explicar que se iba ya a casa, pero eso fue, al fin, lo que murmuró hacia la inmóvil y sorprendida baronesa.

—¿No se encuentra usted bien? —preguntó la baronesa.

—¿Qué ocurre, Ingeborg? —preguntó Herr Dremmel.

El barón se acercó a una ventana y la abrió. —Un pequeño desvanecimiento, sin duda —dijo, y añadió algo sobre las esposas jóvenes.

La baronesa le preguntó si le gustaría tenderse.

Herr Dremmel se puso alerta e interesado. —¿Qué ocurre, Pequeña? —volvió a preguntar, levantándose.

—Creo que sería bueno que la Frau Pastor descansara un poco antes de la cena —dijo la baronesa, levantándose también.

—Por supuesto —dijo Herr Dremmel, con bastante entusiasmo, y con una expresión curiosa en el rostro.

Ingeborg pasó la mirada de uno a otro.

—Pero, Robert —dijo, preguntándose por qué tenía esa cara—, ¿no deberíamos irnos a casa?

—Querida Frau Pastor —dijo la baronesa con bastante calidez—, se sentirá usted mejor dentro de poco. Créame. Falta todavía una hora para la cena. Venga conmigo, y se tenderá usted a descansar.

—Pero Robert... —dijo Ingeborg, atónita.

Sin embargo, se la llevaron —fue una especie de barrido, le pareció— a través de puertas de cristal, por un pasillo barnizado y sin alfombra, hasta un dormitorio de invitados, y le ordenaron ponerse sobre la alta cama blanca con la cabeza un poco más baja que los pies.

—Pero... —dijo ella—, ¿por qué?

—Estará usted mejor para la hora de la cena. Oh, yo entiendo de estas cosas —dijo la baronesa, que estaba abriendo ventanas y se había vuelto de pronto amistosa—. ¿Siente náuseas?

—¿Náuseas?

Se preguntó si la cantidad de pastel que había comido habría parecido excesiva. Había tomado dos trozos. Quizá hubiera una costumbre local rígida que prescribiera uno solo. Volvió a sentir que estaba envuelta en una red de costumbres, sin nadie que se las explicara. La baronesa pareció bastante decepcionada cuando le aseguró que no sentía náuseas en absoluto. ¿Debían sentir náuseas los invitados? ¿Era una manera sutil de llamar la atención sobre lo irresistible de la comida de la anfitriona? Entonces se le ocurrió que

quizá fuera costumbre en aquellos lugares campestres meter en cama a las visitas durante una hora en mitad de su visita, y que su omisión de meter allí a su suegra hubiera sido una de las causas de sus lágrimas. Después de irse a casa tan deprisa como se hacía en Inglaterra, le pareció que meterse en la cama era, con mucho, lo mejor que se podía hacer.

Este pensamiento, que debía de ser la costumbre, la volvió al instante dócil. Con todos los gestos de la cortesía, se apresuró a encaramarse a las olas de plumas y de colcha blanca. Al hundirse hacia abajo llegó un olor a naftalina, olor de una cuidadosa guerra librada sin descanso contra la polilla.

La baronesa se apartó de dejar entrar oleadas de aire, y la miró. —Estoy segura —dijo— de que sí siente usted náuseas.

—Creo que sí... un poco —dijo Ingeborg, ansiosa de dar toda satisfacción.

Era evidentemente la respuesta correcta, pues el rostro de su anfitriona se iluminó. Salió deprisa de la habitación y volvió con agua de colonia y un abanico.

Ingeborg la observaba con ojos brillantes y alerta por encima del borde de una ola de plumas mientras iba a buscar una mesita, la traía junto a la cama y disponía en ella aquellas cosas.

Qué extraño era todo aquello, pensó, muy interesada. ¿Estaría el barón, al mismo tiempo, metiendo a Robert en la cama en alguna otra habitación? Sintió que se había vuelto de pronto popular, que por fin hacía todo lo correcto. En contraste con su altivez durante la primera parte de la visita, los modales de la baronesa eran ahora del todo humanos y cálidos. Acercó la mesita a su lado, y le dijo que lo mejor que podía hacer, con mucho lo mejor, era intentar dormir un poco; si necesitaba algo, debía tocar la campanilla, y aparecería la doncella Tina.

—Ah, sí —dijo por último, quedándose un momento de pie mirándola desde arriba y exhalando un gran suspiro que a Ingeborg

le pareció, no sabía cómo, placentero—, ah, sí. Cuando una ha dicho A, querida Frau Pastor, hay que decir B. Ah, sí.

Y volvió a salir de puntillas, cerrando suavemente la puerta y dejando a Ingeborg en un estado de extrema y activa curiosidad e interrogación. «Cuando una ha dicho A hay que decir B...». ¿Por qué había que hacerlo? ¿Y qué era B? ¿Qué era, bien mirado, A?

Escuchó un momento, incorporada sobre el codo, la cabeza luminosa más revuelta que nunca tras su hundimiento en las olas de plumas, y luego se deslizó hasta el suelo resbaladizo y corrió en calcetines hasta uno de los grandes ventanales abiertos.

Daba a un jardín enmarañado, una especie de erial de lilas y celindas y rosales descuidados y hierba áspera y cicuta, en la parte trasera de la casa. No se veía a nadie por ninguna parte, y se encaramó al alféizar y se sentó allí con gran deleite, balanceando los pies, pues todo olía muy dulce al final de aquel largo día caluroso, hasta que pensó que la hora, la bendita hora, debía de estar a punto de terminar. Entonces volvió sigilosamente y se recompuso con cuidado sobre la cama.

«Pero así es *la* manera de hacer visitas», pensó, subiéndose pulcramente la colcha hasta la barbilla y esperando lo que fueran a hacerle a continuación.

Capítulo XVI

No lograron marcharse hasta las nueve.

Hubo cena a las siete, una comida elaborada, y estuvieron sentados a la mesa hora y media. Luego llegó más café, servido en la terraza por criados con guantes blancos de algodón, y media hora después, justo antes de marcharse, té, emparedados, pasteles, fruta y cerveza.

Ingeborg tenía ya muy claro el motivo de las lágrimas de su suegra. Vio con toda viveza lo espantoso que debía de haber parecido su comportamiento. Aquella mesa de la cena que gemía bajo el peso de los platos, aquella acumulación, a medida que se acercaba el final de la visita, de más comida y más y más, y el refrigerio de la cama en medio de todo...

—La invitaré otra vez, desde el principio —dijo de pronto, decidida a enmendarlo.

Cuando dijo esto, el carruaje los había apartado por fin de la vista y el oído de los Glambeck, ya bastante cordiales, y avanzaba pesadamente por la arena del oscuro camino arbolado más allá de su verja.

—¿A quién va a invitar la Pequeña? —preguntó Herr Dremmel, inclinándose. Le había pasado el brazo alrededor, y en los baches más fuertes apretaba el abrazo y la levantaba un poco. Tenía la voz tierna, y cuando se inclinaba la envolvía un olor a puros y a vino, mezclado con el caucho de su impermeable.

Ingeborg sabía que, por algún motivo que no lograba descubrir, se había hecho popular. Tenía la clara conciencia de haberse convertido de pronto, mediada la visita, en todo un éxito. Y seguía siéndolo, sentía. Pero ¿por qué? Robert estaba extraordinariamente atento. Demasiado atento, en realidad, porque, ay, qué noche tan maravillosa de estrellas y aromas tibios era aquella, una vez que estuvieron al aire libre... ¡qué noche, qué prodigio de noche! Y cuando él se inclinaba sobre ella, todo eso quedaba borrado. Querido Robert. Sí que lo amaba. Pero allá lejos, en aquel prado bajo, muy lejos, donde una bruma blanca cubría los terrenos pantanosos y las hojas de los lirios que crecían a lo largo de la zanja se erguían como lanzas de plata bajo la luna, una podía imaginar la fragancia húmeda y fresca que subía al pisar la hierba, la soledad perfecta y el silencio perfecto. Salvo por el avetoro. Había un avetoro, había descubierto, en aquellos pantanos. Si estuviera allí ahora, tendida muy quieta en el terreno más alto junto a la zanja, muy quieta y sola, no tardaría en oírlo, bramando solemnemente.

—¿A quién va a invitar la Pequeña? —preguntó Herr Dremmel, inclinándose a través de toda la Vía Láctea y de cada uno de la multitud de aromas que la noche arrojaba suavemente contra su rostro.

La besó con mucha ternura y durante un rato insólitamente largo. Duró tanto que se perdió el aroma de todo un campo de trébol.

—A tu madre —dijo Ingeborg, cuando volvió a salir a la superficie.

—¡Cielos y tierra! —dijo Herr Dremmel.

—Ya sé lo que hice... o mejor dicho, lo que no hice. Ya sé por qué seguía diciendo *Bratkartoffel*. Ay, Robert, debió de sentirse *dolida*. Debió de pensar que a mí no me importaba nada. Y yo quería tanto que fuera feliz. ¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Decirte qué, ovejita?

—Que tenía que haber cena, y que ella tenía que irse a la cama.

—¿A la cama?

—¿Te acostó el barón?

—¿Que me acostó?

—¿En la cama?

Herr Dremmel se inclinó de nuevo y observó con cierta ansiedad todo lo que podía verse de su rostro a la luz de la luna. Parecía normal; nada arrebolado ni febril. Le tocó la mejilla con el dedo. Estaba fresca.

—Pequeña —dijo—, ¿qué es esto de hablar de camas?

—Solo que se evitarían muchísimas cosas terribles si me dieras alguna *idea* de antemano de lo que se espera. No llevaría ni un minuto. No te molestaría en tu trabajo por nada del mundo, pero en algún momento suelto —al desayunar, por ejemplo, o mientras te afeitas— podrías *decirme* lo de las camas y cosas así. Una no puede adivinarlo, ¿sabes? En Redchester no se hacía, ¿comprendes? Y es un arreglo verdaderamente hermoso. Ay —de pronto le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza—, ¡*cuánto* me alegro de haberme casado con uno de los vuestros!

—¿Uno de mí?

Herr Dremmel volvió a escrutar su rostro con ansiedad.

—Uno de vosotros, gente maravillosa..., gente magnífica, de amplias miras. En Redchester nos librábamos de las dificultades huyendo de ellas. Vosotros les hacéis frente y las vencéis. No hay mucha duda, ¿verdad?, de cuál es la manera más noble.

Se pasó el puro a la mano que tenía alrededor de su hombro y extendió generosamente la derecha sobre la frente de ella. Estaba bastante fresca.

—¿Quién —siguió Ingeborg con entusiasmo, apartando la cabeza de la mano de él— tendría una costumbre que hace que las visitas duren cinco horas sin rebelarse? Vosotros sois demasiado espléndidamente disciplinados para rebelaros. No lo hacéis. Simplemente os las arregláis para encontrar algún modo de hacer

soportables las visitas, y dais con el modo más *agradable* de todos. Me encantó esa hora en la cama. ¡Si lo hubiera sabido el otro día, cuando vino tu madre! Qué alivio habría sido...

—Pero mi madre... —empezó Herr Dremmel con voz perpleja. Luego añadió con un asomo de severidad—: Tus comentarios, tesoro mío, no son de tu gusto habitual. Olvidas que mi madre es viuda.

—¿Ah, sí? ¿Es que las viudas no...?

—¿Que las viudas no qué?

—¿No se van a la cama?

—Ahora ten la bondad de decirme —dijo él, con una impaciencia que disimulaba bajo la calma, pues había oído decir que un marido que desea llegar a ser padre con éxito ha de acomodarse a muchos estados de ánimo— de qué estás hablando en realidad.

—Pues de que no me explicas las cosas a tiempo.

—¿Qué cosas?

—Que tu madre tenía que irse a la cama.

—¿Por qué habría de irse mi madre a la cama?

—Ay, Robert..., porque es la costumbre.

—No lo es. ¿Por qué supones que es la costumbre?

—¿Cómo? Si me acaban de meter allí. ¿Y tú me viste ir?

—Ingeborg...

—Ay, no me llames Ingeborg...

—Ingeborg, esto es frivolidad. Estoy dispuesto a acomodarme mucho a los caprichos en materia de comida y cosas afines, pero ¿he de soportar frivolidad durante nueve meses?

Ella lo miró fijamente.

—Te fuiste a la cama porque estabas enferma —dijo él.

—No lo estaba —dijo ella, indignada. ¿Es que él también pensaba que no sabía dominarse ante un pastel?

—¿Cómo? ¿Que no lo estabas?

Había en su voz una nota de decepción tan aguda que a su vez fue ella quien escrutó el rostro de él.

—Ahora ten tú la bondad de decirme, Robert —dijo ella, tirando levemente de su manga—, de qué estás hablando tú *en realidad*.

—¿No te sentiste mareada? ¿Te encuentras perfectamente bien? ¿No estás enferma, al fin y al cabo?

De nuevo aquella nota de decepción asombrada.

—Pero ¿por qué habría de sentirme enferma?

—Entonces, ¿por qué pediste que te llevaran a casa casi antes de haber llegado?

Por primera vez oyó ira en su voz, ira y un gran resentimiento.

—¿Casi antes de haber llegado? Llevábamos horas allí. No me habías *dicho* que una visita significaba cena.

—Cielo Todopoderoso —exclamó—, ¿he de detenerme en cada detalle de la vida? ¿He de conducirte yo personalmente por cada centímetro de tus pasos? ¿Me tomas por una escuela primaria? ¿Es que no puedes imaginar? ¿Es que no puedes calcular probabilidades? ¿Es que no puedes construirte tu propio reflector de inferencias e iluminar con él el contorno, al menos, de las próximas horas?

Ella lo miró un instante, asombrada.

—*Vaya* —dijo ella.

Si su padre le hubiera hecho una sola de aquellas preguntas con ese tono de voz, se habría quedado sin respuesta, abatida y aplastada. Pero Robert no la había atemorizado de manera constante y continua desde la infancia. No podía blandir sobre ella, como una vara terrible, el que le debiera su propia existencia. No

podía reclamar gratitud perpetua por aquel don remoto y tremendo, otorgado en los días de su inconsciencia. Era un amable desconocido nombrado por la Iglesia para caminar de la mano con ella por el sendero de la vida adulta. La había admirado, y besado, y con bastante frecuencia, durante el noviazgo, se había humillado a sus pies. Además, ella lo había visto en momentos tales como el de afeitarse.

—Creo —dijo ella tras otra pausa de asombro— que me estás riñendo. Y me riñes porque estás enfadado conmigo, y estás enfadado conmigo... Robert, ¿es posible que estés enfadado conmigo porque *no* estoy enferma?

Él tiró el puro, la agarró entre los brazos y se puso a susurrarle copiosamente al oído.

—¿Qué? —repetía ella—. ¿Qué? Me haces cosquillas..., ¿qué? No te oigo...

Pero al final sí que oyó, y se echó un poco hacia atrás para mirarlo con un interés nuevo. Le parecía lo más extraño del mundo que él, tan ocupado, tan casi siempre con el pensamiento en otra parte, tan profunda y frecuentemente ausente de la superficie de la vida, tan enteramente absorbido por su trabajo que a menudo apenas podía recordar que tenía esposa, quisiera que se le añadiera otro objeto de esa clase, un hijo; y que ella, que vivía por entero en la superficie, que conocía, por así decirlo, el sabor mismo de cada uno de los minutos del día y los poseía todos, que jamás perdía la conciencia del presente ni soltaba un instante su percepción de lo visible y lo inmediato, careciera de tal deseo.

—Pero —dijo ella—, somos tan felices. Somos tan felices tal como estamos.

—No es nada comparado con lo que seríamos.

—Pero si aún no he empezado siquiera a acostumbrarme a *esta* felicidad..., a la que ya tengo.

—Preferirás infinitamente la que está por venir.

—Pero Robert..., no me apresures. No dejemos que pasemos de largo, con prisas, junto a lo que tenemos. Amemos todo esto a fondo primero...

Él la miró muy gravemente. —Llevamos ya dos meses casados —dijo—. Empiezo a inquietarme. Esta noche... no puedo decirte lo contento que estaba. Y luego... no era nada, al fin y al cabo.

Ella lo miró con la sensación de una nueva obligación. Él había dicho las últimas palabras con una voz que no le conocía, con un temblor en ella.

—Robert... —dijo ella rápidamente, tendiendo la mano y rozando la de él con un suave gesto de caricia.

Deseaba, por encima de todo, hacerlo perfectamente feliz. Siempre le había encantado hacer feliz a la gente. Y le estaba tan agradecida, tan agradecida por la libertad que le debía a él, que su sola gratitud, aunque no lo hubiera amado, la habría llevado a intentar ser y hacer todo lo que él deseara. Pero sí que lo amaba. Desde luego que lo amaba. Y he aquí algo que él parecía desear por encima de todo, y que solo ella podía proporcionarle.

Él volvió la cabeza; y al hacerlo, ¿vio ella de verdad algo brillando en sus ojos, brillando como algo húmedo?

En un instante le había echado los brazos alrededor. —Claro que sí..., claro que quiero uno —dijo, frotando la mejilla arriba y abajo contra el impermeable de él—, algunos..., montones..., claro que los tendremos..., todo el mundo los tiene..., claro que empezaré pronto..., no te importe que no haya estado enferma esta noche..., lo siento tanto..., *voy* a estar enferma..., querido Robert..., no sabía que tenía que estar enferma..., pero pronto lo estaré..., estoy segura de que lo estaré..., yo... siento como si *pronto* fuera a estar enferma...

Él le acarició la cara, con el rostro aún vuelto hacia otro lado. —Buena mujercita —dijo—; buena mujercita.

Se sintió más cerca de él de lo que jamás se había sentido, tan próxima en comprensión y simpatía. Había visto lágrimas, lágrimas de hombre. ¿De qué tremendas profundidades de sentimiento no eran la señal? La frase *Las lágrimas de un hombre fuerte* acudió de algún lugar y quedó flotando en su mente. Lo apretó contra sí con una pasión de deseo de hacerlo del todo feliz, de protegerlo de sentir demasiado. Lo sostuvo así, la mejilla contra el brazo de él, frotándolo de vez en cuando arriba y abajo para mostrarle lo bien que lo comprendía, hasta que llegaron a casa. Cuando él la bajó del carruaje ante su puerta, ella deslizó la mano por la nuca de él y la dejó allí un instante con el más tierno y demorado de los roces.

—Querido Robert —susurró, los labios pegados a su oído mientras él la bajaba; e implícita en las palabras iba la certeza maternal, la anhelante promesa maternal—: Ay, cosita, hombrecito mío, yo *cuidaré* de ti.

Ella se quedó rondando el salón y el pasillo mientras él iba, según dijo, un momento a su laboratorio para echar un último vistazo, esperándolo en un estado extrañamente cálido y exaltado, enteramente unida a él, de pronto muy íntima, segura de que, después de haberle dejado ver algo tan sagrado como lágrimas, él no querría más que pasar el resto de la velada con ella, siendo consolado y reconfortado, apretado contra su corazón, hablando con ella dulcemente en el jardín tranquilo y oscuro.

Pero había seis platillos de centeno del año anterior, tratado de distintas maneras, dispuestos sobre la mesa del laboratorio para contar y pesar. Herr Dremmel los vio, y se olvidó del mundo. Empezó a contar y pesar. Siguió contando y pesando. Acabó contándolos y pesándolos todos; y ya amanecía cuando, satisfecho y consolado por la tarde perdida, se le ocurrió que tal vez fuera hora de acostarse.

Capítulo XVII

Llegó el invierno antes de que Ingeborg, tras muchas falsas alarmas debidas a su extremado afán por darle a Robert la felicidad que deseaba, pudiera asegurarle con certeza que pronto sería padre. —Y yo —dijo ella, mirándolo con una especie de asombrado sobrecogimiento ahora que de verdad le había llegado—, supongo que seré madre.

Herr Dremmel observó con sequedad que suponía que sí, en tal caso, y se negó a entusiasmarse hasta que hubiera más certeza.

Se había llevado tantos chascos durante el verano. El celo de ella por complacer sus deseos la hacía abalanzarse sobre la más leve sensación de no encontrarse bien y correr triunfante a su laboratorio, desafiando su puerta cerrada con llave, desafiando su carácter sagrado, para darle la gran noticia. Se plantaba allí, radiante, diciendo cosas que sonaban como paráfrasis de las Escrituras, y casi el primer alemán que de verdad aprendió y utilizó fue el alemán tan familiar en todos los hogares para estar «en buena esperanza», para hallarse «en estado de bendición».

Durante algún tiempo Herr Dremmel acogió aquellas noticias con emoción y entusiasmo; pero, conforme avanzaba el verano, se había vuelto tan incrédulo que ella se desmayó dos veces en diciembre antes de que él se convenciera. Entonces sí, durante casi un día entero, su alegría fue conmovedora. Pero no se puede mantener semejante alegría, y Ingeborg descubrió que, tras aquel breve trastorno de emoción, las cosas volvían a asentarse como estaban

antes, salvo que ella se sentía extraordinaria y persistentemente enferma.

En fin, había tenido el verano más maravilloso; eso, al menos, lo tenía guardado en la manga de la memoria, y podía sacarlo y contemplarlo cuando los días eran lluviosos y ella se sentía fría y con náuseas. El verano de aquel año en Prusia Oriental había sido una larga sequía, un largo baño de sol, e Ingeborg vivió en él en un éxtasis de libertad. Su cuerpo, ligero y perfectamente equilibrado, hacía maravillas de exploración por los poderosos bosques que empezaban al norte del lago de Kökensee y seguían sin interrupción hasta el mar. Preparaba temprano la comida de Robert, y luego metía pan con mantequilla y un pepino en una mochila junto con su gramática alemana, remaba con la batea lago abajo, la amarraba donde empezaban los árboles y se ponía en marcha. Nada parecía cansarla. Caminaba kilómetros por los interminables senderos del bosque, tan adaptada a su entorno, tan armoniosa y tan criatura del aire y del sol como las mariposas blancas que revoloteaban entre los enormes troncos de los pinos. De vez en cuando, por el puro deleite de todo aquello, se dejaba caer sobre la deliciosa y mullida alfombra de arándanos y quedaba tendida, inmóvil, mirando las copas verdiazules de los pinos mecerse delicadamente adelante y atrás, muy por encima de su cabeza, contra el sereno cielo septentrional. Hacían un suave rumor suspirante con el viento. Era el único sonido, salvo el grito ocasional de un pájaro carpintero o el grito, inmensamente lejano, de un halcón.

Nadie más que ella parecía usar los bosques. Era rarísimo que se encontrara con un leñador, o con niños recogiendo arándanos. Cuando así era, la miraban mucho. Los bosques quedaban completamente fuera del circuito de turistas o extranjeros, y las señoras del lugar estaban demasiado ocupadas, como es debido, en las tareas domésticas para vagar, aunque les gustaran los bosques, lejos de su anclaje hogareño; y para quienes por sus quehaceres se veían llevados a aquellos lugares solitarios, toparse con alguien perteneciente a la clase que puede comer todos los días

regularmente en una casa si le apetece, y al sexo que debería estar allí cocinando, era un pasmo.

La joven, sin embargo, parecía tan feliz que todos le sonreían cuando ella los miraba. Suponían que sería alguien empalidecido en una ciudad, venida a pasar las semanas de verano con uno de los guardas forestales de la Corona. Eso explicaría su despreocupación por las obligaciones, la mochila y el color de su piel. En cualquier caso, su sola presencia hacía interesante el día monótono; y la observaban centellear entre los árboles hasta que al fin, apenas distinguible de una de las mariposas blancas, la distancia se la llevaba.

Cuando estaba ya bastante acalorada, se sentaba en un lugar cuidadosamente elegido donde, a ser posible, un árbol de hoja caduca, un arce o un cerezo silvestre, salpicaba su verde intenso con exquisitez contra el peculiar tinte brumoso, rosa y gris, que envolvía los troncos de los pinos, un árbol que parecía muy pequeño allá abajo entre aquellos gigantes, apenas como si les llegara a las rodillas, y sin embargo, al ponerse ella debajo, resultaba casi tan grande como los tilos del jardín de Kökensee. No se sentaba a su sombra; se alejaba un trecho desde donde pudiera contemplarlo temblar bajo la luz, y, apoyando la espalda contra un pino, comía su pan y su pepino y se sentía completamente colmada del amor y la gloria de Dios.

Imposible razonar sobre aquel sentimiento. Estaba allí, sencillamente. Parecía, aquel verano, acompañarla dondequiera que fuese y hiciera lo que hiciese. Caminaba en estado de bendición. Estaba en la luz, pensaba, mirando a su alrededor, en la maravillosa luz, en el suave resplandor del bosque; estaba en el aire, cálido y fresco, aromático y penetrante; estaba en el tacto de las agujas de pino y de las piñas secas y crujientes del año anterior que iba aplastando a su paso; estaba en los cojines de musgo, tan verdes y frescos, que se detenía a acariciar, o en el liquen caliente que se desprendía en escamas cuando sus pies rozaban una raíz; estaba en ser joven y estar sana y haber comido y sentarse tranquila y

descansar y saber que las horas por delante eran amplias; estaba en todas esas cosas, en todas partes y en todo. Cogía su gramática alemana con el impulso repentino de hacer algo a cambio, algo que le costara de verdad un esfuerzo... ¿no habría de decirse de algún modo Gracias?..., y devoraba en aquellas excursiones grandes extensiones de ella, aprendiéndose páginas enteras de memoria y repitiéndolas en voz alta a los pinos y a los pájaros carpinteros.

Cuando el sol empezaba a ponerse emprendía el camino de vuelta, perdiéndose a veces durante un buen rato, y entonces se daba prisa por la cena de Robert, y se acaloraba mucho; y el calor combinado con las prisas y el pepino, a lo que pronto se sumaba el cansancio, acababa en una de aquellas apariciones triunfales, más tarde, en su laboratorio, a las que él se iba acostumbrando tanto.

En enero, cuando no era más que una simple cosa enferma, pensaba en aquellos días como algo demasiado hermoso para haber ocurrido de verdad.

Desde el principio no hubo en ella ningún pudor respecto al tema de los bebés. No lo había considerado durante su vida en casa, pues los bebés jamás se mencionaban en el palacio episcopal... claro, pensó, al recordar aquella omisión, porque no había ninguno, y sería tan absurdo hablar de bebés cuando no los había como lo sería en Kökensee hablar de obispos cuando no los había. Llegó, por tanto, a Kökensee con la mente en blanco de prejuicios, y al encontrar el ambiente cargado de bebés adoptó de inmediato, con su habitual docilidad poco inquisitiva, la actitud predominante, y tampoco a ella le dio pudor.

El vecindario no esperaba a que nacieran para hablar de sus propios hijos. No consideraba a sus hijos innombrables hasta que el nacimiento los bautizaba en la decencia. Eran cosas importantes, las más importantes de todas en la vida de las mujeres, y era natural discutirlas a fondo. La mujer sin hijos era una criatura digna de lástima. La mujer que más hijos tenía era la más orgullosa. Podía ser pobre y estar atormentada por ellos, pero era algo que poseía en mayor cantidad que sus vecinas. Ilse ya había preguntado

tempranamente cuál sería el cuarto de los niños. Aquel dechado evidente de respetabilidad, la baronesa Glambeck, hablaba de nacimientos con un detalle e interés solo superado por el que ponía al hablar de muertes. Le parecía el tema de conversación más apropiado con cualquier joven casada; y al devolver la visita a los Dremmel, quince días después de que esta se hiciera, se quedó bastante desconcertada y molesta al descubrir que había perdido toda pertinencia, dado que Ingeborg estaba perfectamente bien.

En efecto, aquel fracaso de Ingeborg estropeó por completo la visita. La baronesa, que había llegado afable, se retiró tras una capa de hielo, con el aire de quien siente que la última vez la descongelaron con falsos pretextos. Imposible tratar con familiaridad a la esposa del pastor de una parroquia —y encima de aspecto tan raro y modales tan libres—, salvo sobre el terreno cristiano de un nacimiento o una muerte inminentes. La esposa de un pastor pertenecía a la clase de personas con las que solo resulta verdaderamente grato tratar en el sufrimiento o en la culpa. Ofendida, pero obligada a continuar la visita, la baronesa limitó cuanta conversación hizo a preguntas con cierto tinte de hostilidad: ¿dónde se podían conseguir zapatos como aquellos?, y ¿le parecía a la Frau Pastor que unas puntas tan estrechas eran buenas para la circulación y para las tareas domésticas?

Ingeborg no podía creer que aquella fuera la señora maternal que había revoloteado en torno a su cama aquel día en Glambeck. Se sintió apartada de ella a gran distancia, al otro lado de un abismo. Por primera vez comprendió que su matrimonio suponía para ella una diferencia social, que allí en Alemania el abismo era ancho. Era la esposa de un pastor; y al preguntarle por su familia, cosa que ocurrió pronto y con detenimiento en la visita, solo pudo dar la impresión de más pastores.

—Ah, eso es lo mismo que lo que nosotros llamamos superintendente —dijo la baronesa, asintiendo despacio varias veces al enterarse de que el padre de Ingeborg era obispo; y tras una serie de preguntas sobre el matrimonio de la hermana de la Frau Pastor,

volvió a asentir despacio varias veces, e informó a Ingeborg de que con lo que su hermana se había casado era con un maestro de escuela. —Como Herr Schultz —dijo la baronesa, siendo Herr Schultz el maestro de escuela del pueblo.

Había una fotografía de Judith sobre la mesa que atrajo y retuvo la mirada de la baronesa y también, en grado aún mayor pero más disimulado, la del barón. Era Judith ataviada con belleza de gala, de cuello desnudo, perfecta.

Ingeborg la cogió con el orgullo natural de tener una cosa tan hermosa por hermana suya propia, y se la tendió a la baronesa.

—Aquí está —dijo Ingeborg, rebosante de orgullo natural.

La baronesa la miró con auténtica consternación.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Esta es la mujer de un maestro de escuela? ¿Esta es la cuñada de nuestro pastor? Yo había pensado...

Se interrumpió, y con gesto firme volvió a dejar la fotografía sobre la mesa y dijo que no podía quedarse a cenar.

Desde entonces no había habido trato con Glambeck, y la baronesa no supo del giro satisfactorio que habían tomado las cosas en la casa parroquial hasta que, en Nochebuena, desde su galería en la iglesia, a la que ella y el barón habían decidido volver en las grandes festividades como muestra de que reconocían el deseo de Herr Dremmel de enmendarse, contempló, durante las interminables estrofas del coral, cómo Ingeborg se desplomaba de lado en el asiento de su banco, allá abajo, y quedaba inmóvil y encogida, con el libro de himnos torcido sobre el atril delante de ella, en una actitud de completa indiferencia hacia las apariencias.

La baronesa no dio un codazo al barón, porque en su posición no se dan codazos, pero todo su instinto era dárselo.

Herr Dremmel no podía ver lo ocurrido, pues la costumbre lo ocultaba durante el canto en una caja de madera al pie del púlpito, donde andaba ocupado imaginando experimentos agrícolas. Hasta que él saliera, el canto continuaría; y supongamos, pensó la

baronesa, que se olvidara de salir. En cierta ocasión se había olvidado, según había oído, y se había quedado en su caja, visitado allí, muy desafortunadamente, por una revelación acerca de la potasa que lo arrebató al olvido durante la mayor parte de una hora, durante la cual el coral se cantó, con un desfallecimiento cada vez mayor, quince veces. Ella sabía lo de la hora, pero no sabía que había sido la potasa. ¿Y si volvía a caer en una meditación? No había sacristán, bedel, acomodadora de bancos ni persona con cargo alguno que pudiera intervenir. La congregación no haría nada que se saliera de lo acostumbrado y lo prescrito. No había ninguna parienta que pudiera acompañar a la Frau Pastor por Navidad, como habría sucedido si esta hubiera sido lo que debía ser, y lo que toda otra esposa de pastor era tan felizmente: alemana. Y que ella misma bajara a ayudar, a la vista de todo Kökensee, habría sido una condescendencia excesiva, además de acarrearle problemas con la mujer del guardabosques y la mujer del maestro de escuela de Glambeck, que también era el cartero, ambas del mismo rango social que la joven Frau Dremmel, y que resentirían con celos la más leve señal de lo que interpretarían como un favor especial.

Herr Dremmel, sin embargo, salió puntualmente, subió al púlpito, abrió su manuscrito ya gastado y leyó el texto tan conocido, y la congregación permanecía sentada, tan emocionada como le era posible estarlo, esperando el momento en que su mirada cayera sobre su propio banco y sobre lo que había en él. ¿Interrumpiría el oficio para bajar y sacar a su esposa en brazos? ¿Tendría la congregación que esperar hasta que volviera, o se le permitiría dispersarse hacia sus árboles de Navidad y sus festejos?

Herr Dremmel siguió leyendo y leyendo, exponiendo la inocente historia de la Navidad, describiendo sus blancos accesorios de rebaños y ángeles y vírgenes y estrellas con la vehemencia atronadora, rayana en la reprimenda, que se le había vuelto costumbre al predicar. Su texto era *Paz en la tierra, buena voluntad entre los hombres*, y, por costumbre, golpeó el atril con el puño cerrado mientras lo leía en voz alta y lo arrojó contra su congregación como si fuera una amenaza.

No miró en dirección a su esposa. No pensaba en ella en absoluto. Se extrañó un poco de la quietud y la atención de sus oyentes. Nadie tosía. Nadie se removía. Los niños de la escuela se asomaban al borde de la tribuna del órgano, inmóviles y concentrados. El barón Glambeck permanecía despierto.

Al terminar el oficio, Herr Dremmel tuvo que quedarse, según la costumbre, en su caja de madera hasta que todos se hubieran ido, y no fue hasta que salió de ella para atravesar la iglesia hacia su única puerta cuando reparó en Ingeborg. Por un momento pensó que lo estaba esperando en una actitud de indolencia impropiamente infantil, y estaba a punto de reprenderla cuando cayó en la cuenta de que se había desmayado, de que era la segunda vez en diez días, y de que era, en efecto y sin ninguna duda, por fin el más feliz de los hombres.

A pesar del viento cortante que azotaba el cementerio, todos los que habían estado dentro de la iglesia esperaban fuera para ver salir al pastor. Los Glambeck y los ancianos de la iglesia habrían esperado de todos modos en Nochebuena para desearle las felicitaciones de la temporada y recibir las suyas, pero en esta ocasión esperaban con placer además de con paciencia, y también esperaba el resto de la congregación.

Fueron recompensados al verlo aparecer al poco en el umbral, con toga y esclavina, llevando en brazos el bulto que era la aún inconsciente Frau Pastor como si fuera un bebé, el rostro iluminado de gozo y orgullo. Fue tan entretenido como un funeral. Se derramaron sobre él dobles felicitaciones, dobles y triples apretones de la mano que sacaba a tal efecto por debajo del cuerpo relajado de Ingeborg, y sus gafas, mientras respondía, estaban empañadas, para inmensa satisfacción de la multitud, de lágrimas de felicidad.

Fue esta la primera cosa popular que Ingeborg había hecho desde su llegada. Aunque lo hubiera planeado con todo su esmero e ingenio, no podría haber logrado nada más dramáticamente cautivador. El día era el más apropiado de todo el año. Había merecido la pena esperar, pensaba su exultante Robert, para recibir

un regalo de Navidad semejante. La baronesa, que junto con el barón se mostró de lo más cordial, se sintió halagada, como si —solo que, claro, de manera menos perfecta, pues ella misma había producido a sus hijos justo a tiempo para el árbol— su ejemplo hubiera sido tomado a pecho y seguido. El pueblo quedó profundamente satisfecho al ver a una Frau Pastor inconsciente llevada por su seno, y su cuerpo laxo tenía todo el prestigio de un cadáver. Todos se conmovieron y se alegraron; y cuando Ingeborg, tras mucha persuasión, despertó de nuevo al mundo en el sofá del salón de la casa parroquial, fue para vivir el día más feliz que había tenido hasta entonces en su vida, el día del mayor gozo de Robert por ella, y de su devoción, sus cuidados, su orgullo y sus mimos.

Una vez más, y por aquel día, ella superó en interés a los fertilizantes, y el laboratorio quedó olvidado. Fue mimada. Se tendió en el sofá, sintiéndose ya perfectamente bien, pero quedándose obediente en él porque él se lo decía y a ella le encantaba que él se preocupara, observándolo con ojos felices mientras la rondaba tremendamente solícito. Terminó de arreglarle el árbol y fijó en él las velas, interrumpiéndose de vez en cuando para venir a besarle las manos y acariciarla. Parecía que de él manaban rayos que penetraban hasta los rincones más remotos. En una tierra donde todos los hogares resplandecían aquella noche de Navidad, aquel hogarcito resplandecía más que ninguno. Las velas del árbol brillaban sobre Ingeborg, acurrucada en el rincón del sofá, hablando y riendo alegremente, pero con una alegría infinitamente orgullosa y solemne en el corazón, porque por fin él la creía, porque por fin había emprendido de verdad el camino del Deber Superior, porque por fin iba a poder devolver algo, algo a cambio de toda aquella felicidad que le había llegado a través de él y por causa de él.

Llamaron a Ilse, que llegó muy rosada y reluciente de tanto lavarse a conciencia, para que le dieran sus regalos. Hubo sorpresas para Ingeborg —tuvo que cerrar los ojos mientras las disponían— que la conmovieron y la asombraron, tan absolutamente ciego había parecido Robert durante semanas a todo lo que no fuera su trabajo: una maceta de jacintos envuelta con papel rosa arrugado y lazos de

satén que debía de haber conseguido con inmensa dificultad y elaboradas precauciones para que ella no lo viera, un volumen de poesía de Heine, un par de guantes de piel, una pulsera de cadena de plata, y un cerdito sonriente de mazapán con una etiqueta al cuello, *Ich bringe Glück*. Ella, sin darse cuenta de lo que significaba una Navidad alemana, solo tenía para él una petaca de puros; y cuando, con el regazo lleno de los regalos de él y la muñeca adornada con la pulsera —de la que él mostraba un orgullo sincero, explicando con esmero el truco de su cierre y asegurándole que era plata de verdad y que a las mujercitas, bien lo sabía él, les gustaba ir cargadas de aquellos esplendores bárbaros—, ella le echó el brazo al cuello y se disculpó por su espantosa ignorancia de las costumbres y su falta de imaginación y su solitaria, nada sorprendente y mísera petaca de puros; cuando hizo esto, con la mejilla apoyada en la cabeza peluda de él, él la atrajo muy cerca de sí y la bendijo, la bendijo a ella, su mujercita, y a ese mayor de los regalos que le estaba trayendo.

Ambos tenían los ojos húmedos cuando terminó aquella bendición, solemnemente administrada y recibida. Se hizo en presencia de Ilse, que miraba con benevolencia y, al final, se acercó a estrecharles la mano y unió a su agradecimiento por lo que le habían dado sus felicitaciones por el feliz acontecimiento que traería el próximo verano.

—Julio —dijo Ilse, tras un momento de reflexión—. Habrá que amueblar ese cuarto —añadió.

Ingeborg sintió como si hasta los huesos se le hubieran ablandado de amor.

Capítulo XVIII

Pero esos momentos sublimes de nadar en cálida emoción no duran, descubrió ella; no son definitivos, no son, como había querido creer con cariño, un estado de comprensión y de amor sin nubes alcanzado por fin y en el que reposar radiantemente. Descubrió que la cosa más nimia les pone fin, que basta, por ejemplo, con una cosa tan pequeña como que sea la hora de acostarse, y el estado de ánimo no vuelve, y no solo no vuelve, sino que parece olvidado.

Se dio cuenta de ello a la mañana siguiente, durante el desayuno, y al principio le causó una sorpresa inmensa. Había preparado el café con el resplandor de la noche anterior calentándola aún de un rosa cálido, seguía pensando por entero en su *querido* Robert, y preguntándose, con la cabeza ladeada mientras cortaba el pan —Ilse estaba un poco enfadada por lo del mazapán— y una sonrisa en los labios, por la felicidad que encierra el mundo; y cuando él entró corrió hacia él, resplandeciente y dispuesta a retomar el estado de ánimo justo en el punto en que la hora de acostarse lo había interrumpido la noche anterior.

Pero Herr Dremmel había recorrido mil kilómetros de pensamiento desde entonces. Apenas la veía. La besó maquinalmente y se sentó a comer. Para él volvía a ser tan cotidiana y habitual como el pan y el café de su desayuno. Era su esposa, que dentro de poco iba a ser madre. Era normal, corriente y satisfactorio; y, zanjado el asunto y sentidos ya el debido gozo y el debido sentimiento primeros, podía seguir con su trabajo más concentrado que nunca, pues ya no habría los momentos perturbadores, tan frecuentes en los últimos seis

meses, en que el estado de su esposa —o más bien la negación de ese estado— se había abierto paso, con la molestia de una mala hierba irreprimible, entre sus pensamientos. El asunto estaba zanjado; y lo apartó, como todo hombre de trabajo debe apartar lo accesorio. Precisamente aquella mañana se hallaba hondamente preocupado por la función de la potasa en la formación de los hidratos de carbono. Había estado levantado hasta tarde —mucho después de que Ingeborg, sintiéndose como disuelta en estrellas y felizmente segura de que Robert se sentía igual de líquidamente estrellado, se hubiera acostado— reflexionando sobre la potasa. Quería más almidón en su grano, más fibra leñosa en su paja. Ella no había cruzado aún el pasillo hacia su alcoba cuando la mente de él ya había vuelto de un salto a la potasa. Más almidón en su grano, más fibra leñosa en su paja, menos enfermedad fúngica en sus remolachas forrajeras...

Durante el desayuno tenía los pensamientos tan pegajosos de la glucosa y el azúcar de caña de los hidratos de carbono digeribles que ni siquiera lograba liberarlos para su periódico, sino que se quedó sentado en silencio, masticando pan con mantequilla, con los ojos fijos en el plato.

—¿Y bien, Robert? —dijo Ingeborg, sonriéndole por encima de la cafetera, con una sonrisa en la que se ocultaba la gozosa trascendencia de la noche anterior.

—¿Y bien, Pequeña? —dijo él, distraído, sin mirarla.

—¿Y bien, Robert? —repitió ella, desafiante.

—¿Qué pasa, Pequeña? —preguntó él, alzando la vista con la leve irritación de quien es interrumpido.

—¿Cómo? ¿Ya no estás contento? —preguntó ella, fingiendo indignación.

—¿Contento de qué?

Ante esto ella se quedó mirándolo fijamente, sin fingir ya nada.

—¿De qué? —repitió ella, entreabriendo los labios.

Se le había olvidado.

A ella esto le pareció verdaderamente extraordinario. Se sirvió una taza de café despacio, pensativa. Se le había olvidado. Aquello que él había dicho tantas veces que era lo que más deseaba era algo que podía olvidar, una vez tenida la promesa cierta de ello, en una sola noche. Las velas del árbol de Navidad en el rincón no estaban más consumidas y acabadas de lo que estaba ya la tierna intensidad de sentimiento de la noche anterior.

Bueno, así era Robert. Así eran, claro está, los hombres inteligentes. Pero ¿y las lágrimas? Había sentido lo bastante como para llorar. No cabía duda de que había sentido tremendamente. ¡Qué asombroso, entonces —pensó ella, dejando caer despacio el azúcar en su taza—, que hasta el recuerdo de aquello se borrara!

Bueno, eso también era Robert. Él no se aferraba a los momentos como hacía ella, sino que pasaba de largo con inteligencia; y ella no había sido más que tonta al suponer que alguien con su talento se demoraría, se entretendría indefinidamente con ella, regodeándose en su felicidad.

Dejó el café, se levantó, fue hacia él y lo besó. —Querido Robert —murmuró, acomodándose a él, orgullosa incluso, ahora, de que pudiera estar tan hondamente preocupado con pensamientos profundos como para olvidar un acontecimiento tan verdaderamente grande: pues, al fin y al cabo, ¿no era algo verdaderamente grande que naciera un hijo, que se lanzara una vida nueva al mundo? Y sin embargo, los pensamientos de él, los pensamientos de su marido, eran más grandes aún.

—Querido Robert —murmuró; y lo besó con orgullo.

Pero el invierno, pese a estas convicciones de felicidad y a tener todos los motivos para el orgullo, fue una época que arrastró con dificultad. Ella, que jamás había pensado en su cuerpo, que lo había hallado el instrumento perfecto para llevar a cabo su voluntad, se vio obligada a pensar en él casi sin cesar. La dominaba. Tenía que contemporizar con él sin fin antes de poder usarlo, siquiera un poco.

Le parecía tener que llevarlo eternamente a un sofá y tenderlo, sin hacerlo hacer nada. Le parecía estar eternamente intentando convencerlo de que no le importaba el olor del cerdo, ni el olor que llegaba desde Glambeck cuando el viento soplaba en esa dirección, el del aguardiente de patata que se destilaba allí. Cuando esos olores se colaban por las rendijas de la ventana, cerraba los ojos y pensaba con fuerza en el aroma de las rosas y de los claveles, y en aquel delicioso aroma anaranjado del altramuz color naranja que había visto crecer por todas partes en verano; pero, tarde o temprano, sus esfuerzos, por valientes que fueran, terminaban en el frío que se le insinuaba, en el sudor helado de un desvanecimiento de náusea.

A medida que pasaban los meses, su cuerpo se volvió delicado hasta con los olores diarios e inevitables, como el del café al tostarse o el de las patatas al freírse, lo cual resultaba sumamente incómodo cuando una tenía que ocuparse ella misma de esas cosas; y a menudo sucedía que Ilse, al salir de la trascocina o al volver del patio, fresca y llena de energía y salud, se encontraba a su señora desplomada en una silla, con la cabeza sobre la mesa de la cocina, en un estado bastante absurdo si se tenía en cuenta que todo el mundo le aseguraba que aquello no era en absoluto una enfermedad, sentirse como si lo fuera.

Ilse la miraba con una especie de compasión divertida. —La Frau Pastor estará peor antes de estar mejor —decía alegremente; y si las cosas se ponían muy mal y Ingeborg, pálida y sudorosa, se aferraba a ella en una lucha silenciosa por no sentirse pálida y sudorosa, empleaba la fórmula que había oído por primera vez en labios de la baronesa Glambeck y asentía animándola, aunque no sin cierto aire de algo que se parecía un poco al placer, y decía: —*Ja, ja*, quien dice A también tiene que decir B.

Cuando el ánimo de Ingeborg tocaba fondo en estos combates desiguales, dejaba caer la cabeza, cerraba los ojos y sentía que odiaba —ay, odiaba débil, fría, enfermizamente— la B.

La diversión de llevar la casa, de hacerlo todo una misma, se fue desgastando muchísimo en los meses siguientes. Ya no saltaba de la cama deseosa de retomar sus tareas y de bendecir el comienzo de cada nuevo día con una mesa de desayuno encantadora y alegre para su hombre. Se sentía pesada; reacia a afrontar el trance de vestirse; segura de que apenas se pusiera en pie volvería a sentirse mal. Hablaba de tomar otra criada, una cocinera; y Herr Dremmel, que dejaba estos arreglos enteramente en sus manos, estuvo de acuerdo al instante. Pero cuando llegaba el momento de dar los pasos necesarios, de poner un anuncio o de ir hasta Königsberg a una agencia, se desanimaba y no hacía nada. Todo resultaba tan difícil... Podía desmayarse por el camino. Podía marearse. Y no podía pedirle ayuda a Robert, porque no sabía qué problema, próximo ya a una solución triunfal, podía interrumpir de manera desastrosa.

Le parecía monstruoso apartar a un hombre de sus pensamientos, romper sus hilos, quizá estropear para siempre aquella línea de pensamiento en concreto, con exigencias de que redactara anuncios para una cocinera o la acompañara a buscar una. Y como no se encontraba cocinera alguna en la localidad —pues toda esposa y madre, salvo damas como la baronesa Glambeck, oficiaba ella misma esos ritos domésticos superiores—, no hizo nada. Se resignó a un destino que era, al fin y al cabo, el de todas las demás en Kökensee. Era más fácil resignarse que ser enérgica. Su voluntad se volvió muy laxa. Una vez rezó oraciones sobre la cocina, y pidió no volver a verla ni olerla jamás; pero se interrumpió al darse cuenta, de pronto y con un escalofrío, de que solo la muerte podía sacarla de la cocina.

Herr Dremmel era, como siempre había sido, bueno y amable con ella. No veía en nada de lo que ella sentía sino lo normal y lo satisfactorio, como en efecto no había otra cosa, pero hacía lo que podía, cuando se acordaba, por animarla y darle ánimos. Cuando, al salir de su laboratorio para las comidas, la encontraba no en la mesa sino en el sofá, con la cara vuelta hacia la pared y hundida en una naranja para que el olor de la cena quedara en alguna pequeña medida disimulado y encubierto, solía darle unas palmaditas antes

de ponerse a comer y decir: —Pobre mujercita. Sin embargo, no se puede seguir diciendo pobre mujercita continuamente, y por fuerza hubo lagunas en estas muestras de compasión; pero al menos dos veces aplazó unos minutos su vuelta al trabajo para animarla pintándole la gran felicidad que la aguardaba al final de estos meses tediosos, el momento maravilloso que, según le habían informado, no igualaba ningún otro momento en la vida de un ser humano, cuando la joven madre contemplaba por primera vez a su criatura.

—Veo a mi mujercita tan orgullosa, tan feliz —decía; y cada vez esa imagen le empañaba los ojos y lo llevaba hasta ella para acariciarle el cabello.

Entonces ella olvidaba lo mal que se sentía, sonreía y se avergonzaba de haberle dado importancia a nada. El bien supremo... ¿qué mareo no estaría una dispuesta a sufrir por alcanzar el bien supremo?

—Y estará lleno de inteligencia, como tú —decía ella, bajándole la mano desde el cabello, besándosela y mirándolo sonriente.

—Y yo tendré que duplicar el tamaño de mi corazón —decía Herr Dremmel— para dar cabida a dos amores.

Entonces Ingeborg reía de alegría, y durante un buen rato lograba casi vanagloriarse de sentirse mal.

Hacia marzo, cuando la nieve que se había amontonado a ambos lados del sendero hasta la verja durante todo el invierno empezó a menguar ensuciándose, y a mediodía los aleros goteaban carámbanos derretidos, y el sol tenía ya calor, y grandes vientos hacían crujir el mundo entero, las cosas mejoraron. Dejó de sentir la garra del desvanecimiento en el corazón. Dejó de tener ese aspecto tan vulgar y de nariz afilada. Una dignidad creciente acompañaba sus pasos, que cada semana eran más lentos y más pesados. Tras meses sin poder mirar la comida, sintió un hambre sorprendente, se volvió de pronto voraz, y comía y comía.

El interés divertido de Ilse continuaba. Su madre había tenido catorce hijos y seguía teniendo más con regularidad, así que Ilse

conocía bien las etapas. Es verdad que la Frau Pastor se tomaba las etapas más en serio, con más dificultad, dándoles más importancia que la madre de Ilse o que las demás mujeres de Kökensee, pero, a grandes rasgos, siempre era la misma historia. —Será más fácil la próxima vez —profetizaba Ilse para animarla; aunque la idea de una próxima vez antes de haber terminado con esta deprimió a Ingeborg más de lo que la animó.

Había escrito a casa, a Redchester, para contar su gran noticia, y recibió a cambio una carta de la señora Bullivant en la que había una ausencia de entusiasmo llevada al extremo. En efecto, al bebé que venía en camino solo se lo aludía de refilón, por así decir, indirectamente, y, si las palabras escritas pudieran susurrar, en un susurro. *Tu padre está agotado de trabajo*, proseguía la carta, alejándose lo antes posible de asuntos de dudosa decencia como un alemán aún por nacer, *tiene demasiado que hacer. Delicada como soy, con gusto le ayudaría yo con su correspondencia si pudiera, pero temo que el esfuerzo sería excesivo. Necesita con urgencia un descanso completo y un cambio de aires. Ay, escaso de personal como está, y obligados como estamos ahora a economizar, no hay perspectiva alguna de que lo tenga.*

Ante esto, Ingeborg escribió impulsivamente sugiriendo, en términos cariñosos y entusiastas, una visita a Kökensee como el cambio más completo que se le ocurría, y también el más económico.

La respuesta a esto, cuando por fin llegó, fue un No de una dignidad extraordinaria.

En abril, la baronesa Glambeck fue en coche una tarde hermosa y la interrogó sobre sus preparativos, y se asombró al descubrir que no había ninguno.

—¡Pero, mi querida Frau Pastor! —exclamó, alzando las dos manos enguantadas en cabritilla amarilla.

—¿Qué debería haber? —preguntó Ingeborg, que había estado demasiado ocupada lidiando con sus tareas diarias en su estado tan

penosamente entorpecido para pensar en más trabajos.

—Muchas cosas... cosas necesarias, indispensables.

—¿Qué cosas? —preguntó Ingeborg débilmente.

Le quedaba poco ánimo. Cada día estaba más cansada. La sola dificultad de mantenerse al día con las tareas de la casa, de mantenerse presentable con unos vestidos que parecían encogerse cada vez que se los ponía, le consumía las fuerzas que le quedaban. No le sobraba nada. —¿Qué cosas? —preguntó; y sus manos, caídas lánguidamente sobre el regazo, estaban flácidas y húmedas.

Entonces la baronesa vertió una lista interminable y desconcertante, con todo el entusiasmo y el interés propios de quien goza de salud y ocio. Cuando se le agotó el inglés, siguió en alemán. Su lista terminó con una comadrona.

—¿Ha hablado con ella? —preguntó.

—No —dijo Ingeborg—. No sabía... ¿dónde vive?

—En nuestro pueblo. Frau Dosch. Tiene usted suerte de que no viva más lejos. A veces no hay ninguna en kilómetros a la redonda. Es una persona muy buena en su clase. Ya algo mayor, pero al menos *ha sido* muy buena. Debería usted ir a verla enseguida y arreglarlo todo.

—¡Ah! —dijo Ingeborg, quien sintió que la única bendición de la vida sería escabullirse a algún sitio y no tener que arreglar jamás nada sobre nada.

Pero, después de esto, se le hizo evidente que ciertos preparativos habría que hacerlos sin remedio, y se armó de valor para ir en coche hasta Meuk con Ilse y tomar el tren a Königsberg para pasar un día de compras.

Con bocadillos en el bolsillo y la duda en el corazón, salió a hacer sus compras por primera vez en alemán. Ilse, henchida de importancia y vestida de manera asombrosa con medias y prendas nuevas de primavera, iba sentada a su lado con un ojo a la derecha

y otro a la izquierda, en busca de alguien que fuera testigo de su esplendor. Herr Dremmel le había dado muchas y estrictas órdenes de cuidar de su señora, y, entre esas miradas errantes, ella hacía cuanto podía preguntando a voces por las sensaciones de la Frau Pastor. Las sensaciones de la Frau Pastor eran las de una mujer peligrosamente zarandeada. Se agarraba fuerte al pasamanos con una mano mientras duraron los adoquines de Meuk, y al brazo de Ilse con la otra, y se sintió agradecida al llegar a la estación y bajar, no sabía cómo, con una torpeza vergonzosa, del alto vagón. Increíble recordar que la última vez que había estado en aquella estación había saltado a ese mismo vagón tan ligera como un pájaro. Se sentía humillada, avergonzada de su cuerpo torpe y deformado. Se ciñó ansiosamente la tontuela capita y la bufanda que se había puesto. La gente se quedaba mirando. Parecía ser la única mujer que iba a tener un hijo; todas las demás eran personas libres, desembarazadas, vigorosas, como Ilse. Era como si de pronto hubiera envejecido, esta lentitud, este temor a no poder apartarse a tiempo de los carros y los mozos de estación.

En Königsberg, el ruido en las calles donde estaban las tiendas era ensordecedor. Todos los carromatos del mundo entero parecían estar pasando ese día conduciendo furiosamente sobre los adoquines y los raíles del tranvía, cargados de cajas de botellas de cerveza vacías, o de latas de leche vacías, o de largas planchas de hierro temblorosas y chirriantes, mientras interminables hileras de tranvías eléctricos les hacían sonar la campanilla.

Ingeborg se aferraba al brazo de Ilse, desconcertada. Después de Kökensee, sola entre sus campos, después de las tranquilidades solemnes de Redchester, el ruido le golpeaba la cabeza como una lluvia de mazazos. No había mucha gente por la calle, pero la que había se quedaba mirando hasta el punto de detenerse en seco delante de las dos mujeres para no perderse nada. Era a Ingeborg a quien miraban. Ilse era una figura familiar, solo una campesina curtida por el sol, con el pelo engrasado, vestida de domingo; pero Ingeborg era una extranjera, un motivo de asombro. Hombres y mujeres se detenían, los niños se entretenían mirando, los

mozalbetes silbaban y lanzaban comentarios que su lento alemán no lograba seguir. Se sonrojaba y palidecía, y se agarraba más fuerte a Ilse. Supuso que debía de tener un aspecto aún más grotesco de lo que había temido. Lo achacó todo a su estado, sin saber, en aquel su primer paseo por una ciudad de provincias alemana, que era el ser una extranjera, vestida un poco distinta, peinada un poco distinta, lo que causaba el interés. Caminó tan deprisa como pudo para alejarse de aquella gente y meterse en una tienda, con pequeñas gotas de esfuerzo en torno a la boca, mirando fijamente al frente, conteniendo un espantoso deseo de llorar; y fue con gratitud que se dejó caer en una silla, en la tranquila soledad del mediodía del establecimiento de pañería y lencería de Berding y Kühn.

La señorita del mostrador también se quedó mirando, pero claro, ella era solo una. Con toda cortesía llamó a Ingeborg *gnädiges Fräulein* y le preguntó si su hijo sería niño o niña.

—¡Válgame Dios! —exclamó Ilse—. ¿Cómo íbamos a saberlo?

Pero Ingeborg, con dignidad y decisión, dijo que sería niño.

—Entonces —dijo la señorita— necesita usted cintas azules.

—¿Ah, sí? —dijo Ingeborg, muy dispuesta a creerla.

La señorita fue sacando pequeñas prendas de unas cajas de calicó verde con la etiqueta *Primera puesta*. Había chaquetitas, camisitas, gorritos, todo cuanto se pudiera necesitar para la parte de arriba de un bebé.

—Así —dijo la señorita, empujando un montón de esos artículos por el mostrador hacia Ingeborg.

—¡Dios, Dios! —exclamó Ilse, extasiada ante tanta pequeñez, metiendo su pulgar rojo por una de las diminutas mangas y alzándolo para mostrar lo ajustada que le quedaba.

—*Nicht wahr*? —asintió la señorita, aunque sin entusiasmo.

—Pero —dijo Ingeborg, buscando trabajosamente las palabras—, el bebé no termina ahí, por la cintura. Sigue. Será un bebé entero.

Tendrá piernas y demás. ¿Qué se le pone al resto?

La señorita miró a Ilse en busca de una aclaración.

—Va a tener el resto también, Ilse —dijo Ingeborg, apelando también a ella—. Esto es solo ropa para querubines.

—*Ach so* —dijo la señorita, visitada por un destello de comprensión, y, dándose la vuelta, bajó con destreza más cajas verdes y, quitándoles la tapa, sacó unos cuadrados de distintos materiales: lino, franela y una tela blanca, suave y esponjosa.

—Fajas —dijo, alzándolos.

—¿Fajas? —dijo Ingeborg.

—Fajas —confirmó Ilse.

Y como Ingeborg se limitaba a mirarla fijamente, la señorita, calando poco a poco su ignorancia, sacó un colchoncito dentro de una bolsa de lino blanca y con volantes y, buceando bajo el mostrador, sacó una muñeca cubierta de polvo, a la que envolvió hasta las axilas con destreza en los cuadrados de tela, la introdujo en la bolsa dejando la cabeza fuera y la ató bien fuerte con cintas. —Así —dijo, dándole a este pulcro objeto una sonora palmada; y, tomándolo en brazos, fingió mecerlo con cariño. —He aquí al primogénito —dijo.

Después de aquello, Ingeborg se puso enteramente en aquellas manos expertas. Compró todo lo que le dijeron que comprara. Compró incluso la muñeca para practicar. —No hará *todo*, claro está —explicó la señorita. Lo único que no quiso comprar fue una máquina de coser para hacerse ella misma sus fajas, como le aconsejaba Ilse por economía. La señorita se oponía a esa compra, que solo podía hacerse en otra tienda; dijo que las verdaderas señoras siempre preferían que fuera Berding y Kühn quien les hiciera ese trabajo. Ilse decía que las verdaderas madres siempre lo hacían ellas mismas, y que era una de las mayores alegrías de esta época bendita, decía Ilse, ver la casa llenarse cada vez más de fajas.

Ante esto, la señorita frunció los labios, se encogió de hombros y adoptó un aire de indiferencia expectante.

Ilse, resentida por su actitud, le preguntó acaloradamente qué sabía ella, entonces, de la *Mutterglück*.

La señorita, por algún motivo, se ofendió con esto, aunque nada era más cierto que el hecho de que tener conocimiento de la *Mutterglück* le habría supuesto el despido inmediato de Berding y Kühn. La cosa se convirtió en una disputa por encima del mostrador, y solo terminó cuando Ingeborg se puso enteramente del lado de la señorita y de los intereses de Berding y Kühn, y encargó, tal como había indicado la baronesa, diez docenas de cada uno de los cuadrados ya confeccionados. —Me moriría si tuviera que dobladillar diez docenas de cualquier cosa —le explicó a Ilse, a modo de disculpa.

Y le resultó muy amargo a Ilse, que tenía buena intención, ver que la señorita la miraba por encima de la nariz con una comprensión meditabunda; no le quedó otro camino honorable que enfurruñarse, y en el fondo de su corazón habría preferido no enfurruñarse en esta excursión tan emocionante y fuera de lo común. Sin embargo, se vio obligada a ello por su propia opinión pública, y lo hizo con vigor, a fondo, de mal humor, durante todo el resto del día, durante todo el camino de vuelta; y ni los pasteles, ni el chocolate, ni los helados que Ingeborg le fue ofreciendo con ahínco y uno tras otro en la pastelería lograron aliviar aquella tristeza.

«Pero supongo», se dijo Ingeborg mientras se metía en la cama aquella noche, en ese estado de ánimo desganado que se llama filosófico, pues Ilse era su apoyo y su refugio, y que no le hablara, sentir que la había herido, era algo penoso, algo que, cuando una está agotada, se parece mucho a la gota que colma el vaso: «supongo que todo esto, en realidad, no es más que una parte de la B. Ay, ay» —añadió, con un súbito arranque de rebeldía que se apagó de inmediato, avergonzada de él—, «no creo que me *guste* la B... no creo que me *guste* la B...».

Capítulo XIX

Sin embargo, había una absorción y una excitación en este asunto nuevo y extraño que no le permitían aburrirse ni un momento. Podía sentirse enferma, desdichada, agotada, pero siempre estaba interesada. Un acontecimiento tremendo la aguardaba, y todos sus días trabajaban para llegar a él. Vivía en preparación. Cada una de sus sensaciones era una preparación, un avance. Había en ello una necesidad; algo se estaba haciendo, estaba creciendo, tenía que completarse; la vida estaba llena de sentido, y de un sentido llano; ella entendía y veía razones por doquier para lo que le sucedía. Las cosas tenían que ser así si una quería la corona suprema, y su parte del trabajo era en realidad muy fácil: solo tenía que tener paciencia. A menudo se sentía deprimida, pero solo porque el mes se le hacía tan interminable y estaba tan cansada de su malestar... nunca porque tuviera miedo. No tenía miedos, pues no tenía experiencia. Contemplaba la parte final de la aventura, la parte que Ilse aludía alegremente como su Hora Difícil, con la perfecta tranquilidad de la ignorancia. En general estaba muy libre de los cambios de humor para los que Herr Dremmel se había armado de valor, y siguió sin ser exigente hasta el final. No tenía ante los ojos ejemplos de mujeres más mimadas y atendidas que turbaran su contento, y veía con sus propios ojos cómo las mujeres del pueblo en su misma condición seguían trabajando en sus artesas de lavar y en los campos hasta el final. Además, la habían educado en un sano borrarse a sí misma.

Solo lloró una vez, pero fue en febrero, y eso era motivo suficiente para hacer llorar a cualquiera, con el aguanieve azotando las

ventanas y el viento aullando alrededor de la casita oscura. Lo achacó a febrero, un mes al que nunca le había dado importancia, y se ocultó a sí misma, mientras se secaba apresuradamente las lágrimas —¿de dónde salían todas?—, que estaba llorando vergonzosamente porque llevaba mucho tiempo sola, y porque Ilse había salido a algún sitio sin pedir permiso, y porque Robert no le había dirigido la palabra en días, y porque no había nadie que trajera la lámpara si ella no iba a buscarla, y no podía ir a buscarla porque se sentía tan rara que podía dejarla caer, y lo que más deseaba en el mundo era una madre. No una madre en otra parte, allá lejos en Redchester, sino una madre de verdad, blanda y cálida, sentada a su lado en aquella habitación, con el brazo de ella (de la madre) bajo su cabeza (la de Ingeborg), y la cara de ella (de Ingeborg) contra el pecho de ella (de la madre). Una madre cubierta de plumas por todas partes, como una gallina bondadosa, habría sido lo ideal, pero, a falta de eso, había un vestido negro y suave que recordaba que su madre solía llevar, con un encaje antiguo y amable que no picaba, y el consuelo que sería, el *consuelo*, si por media hora pudiera apoyar la mejilla contra él y quedarse así, sin decir nada.

Y lloró cada vez más, y se decía a sí misma cada vez con más ahínco, con una especie de rabia, que febrero no era un mes ni nada.

Cuando Herr Dremmel salió de su laboratorio a preguntar por qué no le habían llevado la lámpara, y no encontró luz por ninguna parte ni a Ilse cuando la llamó a gritos, se molestó; pero cuando fue él mismo a buscar una lámpara y la puso sobre la mesa, donde su luz cayó sobre los ojos hinchados y parpadeantes de Ingeborg, se molestó todavía más.

—Esto es una tontería —dijo, mirándola fijamente un instante—. Solo conseguirás hacerle daño a mi hijo.

No volvió a llorar.

La primavera había secado los caminos, pero, aun así, no daba paseos que la obligaran a pasar por el pueblo; en cambio, pasaba

horas en el jardín, que empezaba a brotar, yendo y viniendo por uno de los dos senderos disponibles: el del fondo, al borde de los centenales, que ahora eran del verde más vivo, o el del lado este de la casa, bajo las ventanas del laboratorio de Robert, donde crecían las lilas.

Su mesa estaba en ángulo recto con la ventana del fondo, y ella se quedaba a menudo parada en el sendero, mirándolo, con la cabeza inclinada sobre su trabajo, en una absorción que se prolongaba hora tras hora. Él mantenía las ventanas cerradas porque la primavera lo perturbaba. Tenía la costumbre de colarse de forma irreprimible y retozar entre sus papeles, o de arrojar un puñado de flores de lila sobre sus muestras de centeno, o de enviar a alguna abeja entrometida a zumbar torpemente a su alrededor.

Ingeborg caminaba de un lado a otro, de un lado a otro por este sendero todos los días, haciendo el ejercicio que la baronesa Glambeck le había recomendado, y durante tres semanas este sendero, sin más, fue lo más hermoso del mundo, pues estaba plantado a ambos lados con antiguos arbustos de lilas, y estas fueron para ella una revelación cuando florecieron, después de las lilas escasas y parcas de los jardines de su casa. Por encima de aquella hermosura mecida y perfumada de luz, color y forma, podía ver la cabeza de color estopa de Robert dentro de la ventana, inclinada sobre su mesa, cada vez que llegaba al final de su caminata y daba media vuelta. Fue la mejor parte de los nueve meses enteros, esas tres semanas de lilas y buen tiempo en aquel sendero perfumado, con Robert ocupado y contento allí donde ella podía verlo. Le encantaba poder verlo; era algo que le hacía compañía.

Para junio ya estaba todo listo. El cuarto de los niños estaba amueblado, la cuna adornada, un cochecito azul pálido bloqueaba el pasillo, pulcras pilas de ropita llenaban los armarios, y Frau Dosch, persona cana y de conversación poco decorosa, había sido entrevistada y advertida de que estuviera alerta. La idea de disponer también que un médico estuviera alerta no se le habría ocurrido

nunca a Ingeborg por sí sola, y nadie se la puso en la cabeza. Semejante figura fue, en efecto, mencionada una vez por la baronesa Glambeck, cuyo interés, creciente con los meses, la llevó a visitarla varias veces, pero solo de manera vaga, como alguien a quien había que mandar llamar cuando la comadrona juzgara que la paciente había llegado a esa fase. Entonces, por lo visto, la ley obligaba a la comadrona a mandar llamar a un médico.

—Hay, sin embargo, mucha diferencia —dijo la baronesa— entre creer que una está en trance y estarlo realmente —y explicó que la paciente, en estas ocasiones, tendía a estar predispuesta, e inclinada, imprudentemente, a sacar conclusiones precipitadas. Por eso la prudencia aconsejaba dejar esa decisión en manos de la comadrona.

—Sí —dijo Ingeborg, plácidamente.

—Por supuesto —dijo la baronesa—, todo esto es distinto de otras enfermedades, porque no lo es.

—Sí —dijo Ingeborg, plácidamente.

—Y cuando hablo de la paciente no me refiero a la paciente, porque sin enfermedad no puede haber paciente.

—No —dijo Ingeborg, plácidamente.

—Ni sin paciente puede haber enfermedad.

—No —dijo Ingeborg, plácidamente.

Estaba recostada en una silla baja, mirando cómo el sol brillaba sobre las copas de los tilos por encima de su cabeza, pues era finales de junio y estaban en el jardín. Todo parecía muy satisfactorio. Nadie estaba enfermo, nadie iba a estarlo. Habría un momento bastante engorroso que se afrontaría y se superaría con paciencia y con Frau Dosch, pero ninguna enfermedad, solo la naturaleza siguiendo su curso, y entonces... resultaba de veras demasiado maravilloso que entonces, muy pronto ya, quizá en una semana o dos, cualquier día en realidad, hubiera un bebé. Y ella iba a amarlo con esa pasión de amor que solo conocen las madres, y le

iba a llenar la vida hasta el borde de la manera más hermosa, y la haría tan feliz que nunca querría nada más que eso.

Eso era lo que le habían dicho. Por su cuenta, ella había añadido que el bebé sería tan inteligente como Robert, pero con más tiempo libre; que tendría su talento, pero no su laboratorio; que no podría, ni querría, salirse del cochecito e irse a encerrarse lejos de ella a pesar granos de centeno; y que no le importaría, es más, preferiría, que lo sacaran de sus pensamientos para venir a que lo besaran.

Durante siglos, durante años, iba a ser su compañero querido e íntimo, su compañero de chapoteos en el lago, su compañero de vagabundeos por los bosques de Dios. Se le enternecían los ojos de alegría al pensar en lo pronto que iba a poder llevarse a este ser precioso bajo el brazo y sacarlo con ella, ligera y fácilmente, al jardín, recobrada ya su propia agilidad esbelta, y señalarle la belleza extrema del mundo a sus ojos nuevos y asombrados. Le mostraría los centenales, y el cielo apilado en grandes nubes. Le presentaría las ranas, y se lo daría a conocer al avetoro. Le llamaría la atención sobre el placer de tenderse boca abajo en la hierba caliente donde crecían matas de tomillo, y de observar la vida atareada entre las briznas y las raíces. Insistiría en que observara las cigüeñas de pie en su nido sobre el tejado del establo, y cómo caía la luz a lo largo de sus alas blancas, y cómo el rojo de sus patas era como el rojo de los sauces desmochados en marzo. Y de noche, si tenía la mala ocurrencia de no dormirse, lo tomaría en brazos y lo llevaría a la ventana, y le imprimiría en su tierna mente, por todas partes, estrellitas relucientes. Maravilloso pensar que, antes de que los altramuces color naranja, aquellas glorias de agosto, hubieran terminado de florecer, ella volvería a estar entre ellos, solo que esta vez con su hijo, carne de su carne y sangre de su sangre, su Robertlet.

La baronesa Glambeck le observaba el rostro con curiosidad mientras esta yacía mirando hacia las copas soleadas de los árboles, con la sonrisa divertida de tales pensamientos en los labios. Era evidente que la Frau Pastor se había olvidado de su presencia; y ni

siquiera el hallarse tan cerca de su Hora Difícil explicaba ni excusaba semejante desliz social. En efecto, la Frau Pastor recibía sus visitas con una falta de emoción y de conciencia del honor que se le hacía que rozaba casi los límites de lo perdonable. Se comportaba siempre como si fuera una igual, y una igual particularmente igual. Mucho podía excusarse, sin embargo, en una persona que no solo era inglesa —nación que la baronesa había oído describir como maleducada—, sino que además se hallaba tan cerca de su primer parto. Cuando esto pasara, habría un severo reajuste de las relaciones, pero, entretanto, no se podía estar realmente enfadada con ella; su asombrosa y terrible ignorancia de los hechos más elementales relacionados con la maternidad hacía imposible enfadarse con ella. Le recordaba a la baronesa a una oveja que va tranquilamente al matadero, muy contenta con el paseo, sin la menor idea de lo que le aguarda al final. ¿Es que las madres inglesas mantenían así a sus hijas en tal oscuridad respecto al único gran asunto para una mujer?

Por algún motivo sutil, la expresión de extrema placidez en el rostro de Ingeborg, mientras yacía en silencio mirando las copas de los árboles y planeando lo que haría con su bebé, molestaba a la baronesa.

—Va a doler, ¿sabe usted? —dijo.

Ingeborg bajó despacio la mirada de nuevo a la tierra y la observó un instante.

—¿Cómo? —dijo.

—Va a doler —repitió la baronesa.

—Ah, sí —dijo Ingeborg—. Ya lo sé. Pero todo esto es natural.

—Desde luego que es natural. No obstante...

La baronesa se detuvo con gravedad, frunció la boca y sacudió la cabeza tres veces con una espantosa insinuación.

Ingeborg la miró, y entonces, de pronto, unas palabras de sus días de ir a la catedral en Redchester le vinieron a la mente. Las

había olvidado por completo, y ahora la memoria empezaba a juntarlas a sacudidas. Venían, lo sabía, de algún lugar del devocionario; ¿sería de las letanías? No; pero, en cualquier caso, estaban en aquel libro veraz, el Libro de Oración Común, y eran... sí, eso era: *El gran peligro del parto.* Sí; y también: *El gran dolor y peligro del parto.*

Un rubor repentino le subió al rostro, y por primera vez asomó a sus ojos una expresión de miedo. Se incorporó, apoyándose en ambas manos, y se quedó mirando fijamente a la baronesa.

—¿Es tan terrible? —preguntó.

La baronesa se limitó a sacudir la cabeza.

—No puede ser *tan* terrible —dijo Ingeborg, observando la expresión de la baronesa en busca de asentimiento—, o no quedarían madres.

La baronesa siguió frunciendo la boca y sacudiendo la cabeza.

—Tiene que ser *soportable* —insistió Ingeborg, angustiada.

La baronesa no quiso comprometerse.

—Se morirían, ¿comprende usted?, si no lo fuera... se morirían todas las madres. Pero parece... —le tembló un poco la voz por el deseo de obtener la conformidad de la baronesa— parece que todavía quedan muchas madres por ahí.

Se detuvo, pero la baronesa siguió sin comprometerse.

—Puedo soportar cualquier cosa —dijo Ingeborg con gran alarde de orgullo y voz temblorosa— si es... si es razonable.

—No es razonable —dijo la baronesa—. Es la Voluntad de Dios.

—Ah, eso es lo mismo, lo mismo —dijo Ingeborg, dejándose caer de nuevo sobre los cojines y deshaciendo nerviosamente entre los dedos unos claveles blancos que había estado oliendo.

Se avergonzaba de su terror. Pero toda aquella tarde estuvo inquieta y nerviosa, luchando con esta nueva sensación de miedo.

No podía estarse quieta, sino que caminaba por la sala mientras Robert cenaba a la mesa, apretándose las manos frías entre sí, intentando razonar consigo misma para recuperar la tranquilidad.

Se quedó quieta un momento, mirando la espalda tranquila y negra de Robert, inclinado sobre su cena. Luego se acercó a él impulsivamente y le pasó rápidamente ambas manos por el pelo, que llevaba sin cortar desde hacía tiempo, haciendo que se le erizara.

—¡Ya está! —dijo—. Ahora sí que estás *de verdad* guapo. Y se inclinó y lo besó, demorándose, en la nuca. Él estaba cerca de ella, estaba vivo, podía aferrarse a él un poco antes de adentrarse ella sola en lo que fuera de helado, espantoso y desconocido que la aguardaba.

—Buena mujercita —dijo, sin dejar de comer, pero rodeándola con el brazo izquierdo mientras el derecho seguía haciendo lo necesario con la cena, sin alzar la vista.

Su afecto, por estas fechas, se había diluido hasta quedar en una tibia teoría. Ella no era, para él, una esposa, aunque él la llamara así; era una *werdende Mutter*. Esto, se decía Herr Dremmel a sí mismo cuando también él se aburría de lo largo de los meses, es una condición sumamente honrosa, meritoria y respetable; pero ningún hombre puede sentir calidez hacia una condición. Su ovejita había desaparecido en las inmensidades de la *werdende Mutter*. Se alegraría cuando le fuera devuelta.

Al día siguiente recibió una carta de la señora Bullivant, fechada en la Casa del Rector, Ananias College, Oxford.

Quizá te interese saber, escribía la señora Bullivant, *que tu hermana tiene una hijita. La niña nació al amanecer de esta mañana. Estoy agotada de tanto velar. Es una niña preciosa, y tanto la madre como la criatura se encuentran bien. Yo no me encuentro nada bien. Contamos, doy gracias por ello, con ese excelente doctor Williamson, o no sé qué habría sido de nosotros. Naturalmente, a nuestra querida Judith se la libró misericordiosamente de saber nada*

de todo esto, pues se la mantuvo bien cloroformada, pero yo sí lo sabía y me siento muy afectada. Solo desearía haber podido ser cloroformada yo también durante aquellas horas de angustia. Tal como están las cosas, sufro mucho de la impresión, y tardaré bastante en reponerme. El doctor Williamson dice que, en estas ocasiones, siempre compadece más a las madres de las madres. Tu padre—

Pero aquí Ingeborg dejó caer la carta al suelo y se quedó sentada, pensando.

Cuando Robert llegó a comer, tarde ese día, acalorado y satisfecho, de vuelta de sus campos, que iban especialmente bien tras las cálidas lluvias de varias tormentas admirablemente oportunas, ella le sirvió la comida y esperó a que hubiera comido y empezado a fumar, y entonces le preguntó si a ella le iban a dar cloroformo.

—¿Cloroformo? —repitió él, mirándola fijamente mientras recuperaba sus pensamientos, que se demoraban placenteramente entre sus campos—. ¿Para qué?

—Para no enterarme de nada. Madre escribe que a Judith le dieron. Ha tenido una niña.

Herr Dremmel se sacó el cigarro de la boca y se quedó mirándola fijamente. Ella tenía ambos codos apoyados en la mesa, en su extremo, y, con la barbilla sobre las manos, lo miraba con los ojos muy brillantes.

—Pero esto es cobardía —dijo él.

—Me *gustaría* un poco de cloroformo —dijo Ingeborg.

—Va contra la naturaleza —dijo Herr Dremmel.

—Me *gustaría* un poco de cloroformo —dijo Ingeborg.

—Tienes ante ti —dijo Herr Dremmel, esforzándose por ser paciente— un proceso enteramente natural, tan natural como dormirse por la noche y despertarse a la mañana siguiente.

—Puede que sea igual de natural —dijo Ingeborg—, pero no creo que sea igual de agradable. Me *gustaría* un poco de cloroformo.

—¡Cómo! ¿Que no es agradable? ¡Cuando va a introducirte en lo supremo...!

—S-sí, ya lo sé. Pero... tengo la sensación de que me va a introducir en ello bastante bruscamente. Me *gustaría* un poco de cloroformo.

—Dios —dijo Herr Dremmel solemnemente— ha dispuesto Él mismo estas iniciaciones, y no nos corresponde a nosotros criticarlas.

—Es la primera vez —dijo Ingeborg— que hablas como un obispo. Podrías ser obispo.

—Cuando se trata de las cosas más altas —dijo Herr Dremmel con severidad—, y este es el acto más santo y más exaltado que puede perpetrar un ser humano, todos los hombres son igualmente creyentes.

—Supongo que sí —dijo Ingeborg—. Pero las otras... las que no son hombres... a ellas les *gustaría* un poco de cloroformo.

—Ninguna mujer sana, de constitución normal, lo necesita —dijo Herr Dremmel, muy irritado por esta insistencia—. Ningún médico lo administraría. Además, no va a haber médico, y la comadrona no puede administrarlo. Vaya, si no reconozco a mi mujercita, a mi mujercita inteligente, que debe de saber que no se le pide nada que no hagan otras mujeres cada día.

—No veo qué tiene que ver ser inteligente con esto —dijo Ingeborg—, y me *gustaría* un poco de cloroformo.

Herr Dremmel la miró, los ojos brillantes y las mejillas encendidas, con asombro. Hasta ahora ella se había regocijado de su estado cada vez que él lo mencionaba, y, en efecto, él no veía razón alguna para otra actitud; ella al parecer había sentido muy poco que no fuera agradable durante todo este tiempo, no había conocido ninguna de aquellas angustias que él había oído que a veces sufren

las mujeres, había estado saludablemente libre de complicaciones. Había habido cambios de humor, es cierto, y él la había encontrado alguna vez repantigada en los sofás, pero es que las mujeres se vuelven fácilmente perezosas en estos períodos. Todo había sido normal, y sin duda seguiría siéndolo. ¿Qué era, entonces, este arredrarse a última hora, esta incapacidad de ser tan valiente como cualquier campesina del lugar? Era un capricho de lo más desafortunado y desagradable, el más desafortunado que podía habérsele ocurrido. Él estaba preparado para caprichos, pero siempre había supuesto que serían de piñas en lata. Desde luego, no pensaba consentirle este. Había demasiado en juego. Había oído que los anestésicos eran perjudiciales en estas ocasiones, perjudiciales y del todo innecesarios. Lo mejor, con mucho, para el niño era la ausencia de todo salvo de la naturaleza. En este asunto había que darle a la naturaleza mano libre. No siempre era sabia, según sabía él por experiencia con sus campos, pero en este terreno le habían informado de que debía dejársela completamente sola. Si su esposa era tan blanda que no podía soportar un poco de dolor, ¿qué clase de hijos iba a darle? Una estirpe de acobardados; una estirpe de escondidos de piel blanca. Vamos, que él no había pedido gas ni siquiera cuando le sacaron tres muelas de una sentada dos años atrás —fue el dentista quien insistió en que lo tomara—, y aquello no era más que dientes, objetos sin valor después. Pero que el propio hijo quedara lastrado desde el principio mismo porque su madre no era lo bastante desprendida como para soportar algo por su bien...

Ingeborg se levantó, fue hacia él, le puso los brazos alrededor del cuello y susurró. —Tengo... miedo —musitó—. Robert, tengo... miedo.

Entonces él la llevó al sofá y la hizo sentarse a su lado mientras razonaba con ella.

Razonó durante al menos veinte minutos, esmerándose mucho y con paciencia. Le dijo que en realidad no tenía miedo, sino que su estado físico la llevaba a figurarse que creía tenerlo.

A Ingeborg le interesó esto, y admitió de buena gana que era posible.

Le habló del sencillo valor de las demás mujeres de Kökensee, e Ingeborg estuvo de acuerdo, pues lo había visto ella misma.

Le contó cómo Dios había dispuesto que ella diera a luz con dolor, pero ella se agitó y volvió a hablar de obispos.

Le dijo que solo serían unas horas de sufrimiento, quizá menos, y que a cambio les esperaba toda una vida de alegría en su hijo.

Ella lo escuchó con atención, guardó silencio unos minutos, y luego deslizó su mano en la de él.

Le dijo que, si se dejaba llevar por el miedo, podía hacerle daño a su hijo, y que, en ese caso, ¿no le costaría después perdonarse a sí misma?

Esto completó su curación. Un valor enorme ocupó el lugar de sus recelos. Se levantó del sofá tan superfluamente valerosa, tan resplandeciente de ánimo emprendedor, que quería empezar de inmediato para demostrar cuánto podía soportar con buen ánimo. —¡Como si —dijo, levantando la barbilla— no pudiera aguantar lo que aguantan otras mujeres... como si no fuera a aguantar *cualquier cosa* antes que hacerle daño a mi bebé! —Y echó la cabeza hacia atrás con el más orgulloso desafío ante lo que pudiera aguardarla.

Su bebé, su marido, su hogar feliz... sufrir por ellos sería hermoso si no fuera una cosa tan pequeña, casi demasiado pequeña para ofrecerla en su querido altar. Se habría visto transfigurada por sus pensamientos radiantes si algo hubiera podido transfigurarla, pero ningún pensamiento, por brillante que fuera, lograba traspasar aquel cuerpo apesadumbrado. Sus contornos no eran los contornos propios de las actitudes heroicas. No solo tenía papada, sino que parecía estar doblada por todas partes. Ofrecía la figura más extraña, pesada, entrada en años, tosca, fea, allí de pie, expresando con pasión su disposición a empezar; y Herr Dremmel, viendo esto sin darse cuenta del todo, y aburrido de haber tenido que explicar lo evidente tan largamente y de haber gastado media hora valiosa en

hacer entrar en razón a una mujer —¿por qué nunca podían llegar a ello por sí solas?—, no gastó más palabras, una vez conseguido su propósito, sino que le pasó un beso apresurado por el pelo y se marchó mirando el reloj.

Y al día siguiente, justo cuando estaba echando las patatas en aquella olla que tanto le simplificaba la cocina, lanzó una pequeña exclamación y se volvió rápidamente hacia Ilse con una mirada de sobresaltada interrogación.

—*¿Geht's los?* —preguntó Ilse, deteniéndose en el secado de un cucharón de madera.

—No... no lo sé —dijo Ingeborg, jadeando un poco—. No —añadió al cabo de un minuto, durante el cual se quedaron mirándose fijamente—, no era nada.

Y siguió con las patatas.

Pero cuando, poco después, hubo otra pequeña exclamación entrecortada, Ilse, con gran decisión, dejó su sombrío paño de secar, fue a buscar a Johann —Herr Dremmel no había vuelto todavía— y le ordenó que enganchara los caballos y fuera a buscar a Frau Dosch.

—Lo primero —dijo Frau Dosch, que llegó dos horas más tarde, sorprendentemente enérgica y resuelta pese a su edad y al calor—, lo primero es trenzarse el pelo en dos trenzas.

Y más tarde aún, cuando Ingeborg había dejado de fingir o de intentar ser nada en absoluto, cuando el valor y el desprendimiento y el estoicismo y el deseo de complacer a Robert —¿quién era Robert?— eran como juguetes para juegos de salón, apartados de un manotazo en aquel forcejeo con la muerte, Frau Dosch asentía con la cabeza, filosófica, mientras comía y bebía de las bandejas que Ilse no dejaba de traerle, y decía a intervalos regulares: —*Ja, ja*... was sein muss sein muss.

Tales eran los consuelos de Frau Dosch.

Capítulo XX

Todo esto comenzó el martes a mediodía; y la noche del miércoles, tan avanzada que los murciélagos y las mariposas nocturnas andaban atareados en el jardín, y a menudo también en la habitación, Frau Dosch —con el cabello ya muy desgreñado y el vestido en completo abandono— depositó sobre la cama, junto a Ingeborg, un bulto de pañales del que asomaba una carita roja, y dijo, cansada pero triunfante: —¡Ahí está!

Había llegado el gran momento: el momento supremo en la vida de una mujer. Herr Dremmel estaba presente, desgreñado y con los ojos húmedos; Ilse estaba presente, radiante y acalorada. Era un niño, un niño magnífico, sentenció Frau Dosch, y los tres se quedaron mirando, a la espera del primer destello de *Mutterglück*, de la primera iluminación que había de encender el rostro sobre la almohada.

—¡Ahí está! —dijo Frau Dosch; pero Ingeborg no abrió los ojos.

—¡Ahí está! —dijo Frau Dosch otra vez, cogiendo el bulto y depositándolo de través sobre el pecho de Ingeborg, dirigiéndose a ella en voz muy alta—. Frau Pastor... despabílese... contemple a su hijo... un chico espléndido... casi un hombre ya.

Le cogió el brazo a Ingeborg y se lo colocó alrededor del bulto.

Este resbaló y quedó colgando por el borde de la cama, como antes.

—¡Vaya, vaya! —dijo Frau Dosch, escandalizándose; y, agachándose, le gritó al oído a Ingeborg—: Frau Pastor... despierte... mire a su hijo... un mocito magnífico... con un pecho, se lo digo yo... ay, pero les va a partir el corazón a las mozas, vaya que sí...

Pero el rostro sobre la almohada seguía mostrando la más absoluta indiferencia.

Herr Dremmel se arrodilló para quedar a su altura, y tomó entre las suyas la mano lacia y húmeda que colgaba, dándole unas palmaditas.

—Mujercita —dijo en alemán—, ya ha pasado todo. Abre los ojos y alégrate conmigo de nuestra nueva dicha. Me has dado un hijo.

—*Ja eben* —dijo Frau Dosch con énfasis.

—Me has colmado la copa de alegría.

—*Ja eben* —dijo Frau Dosch, todavía más alto.

—Abre los ojos y dale la bienvenida al corazón de su madre.

—*Ja eben* —dijo Frau Dosch, indignada.

Entonces Ingeborg abrió lentamente los ojos —parecía que apenas podía levantar los pesados párpados— y miró a Robert como si lo estuviera mirando desde una distancia inmensa. Tenía la boca entreabierta; el rostro, vacío.

Frau Dosch agarró el bulto y, entre chasquidos de lengua, lo zarandeó arriba y abajo entre los rostros de los padres, de manera que los ojos de la madre no tuvieran más remedio que posarse en él. Su rojo contenido rompió a llorar.

—Ah... ahora sí... ahora veremos —exclamó Frau Dosch, a quien había turbado en secreto que el recién nacido no hubiera dicho ni pío mientras lo lavaban y lo fajaban.

—El primer llanto de nuestro hijo —dijo Herr Dremmel, besando la mano de Ingeborg con honda emoción.

—*Ahora* sí que lo conseguiremos —dijo Frau Dosch, colocando de nuevo al bebé sobre el pecho de Ingeborg y doblándole el brazo alrededor. Esta vez tuvo la precaución de sujetarle firmemente el brazo a la madre—. ¡Ay, qué chico tan espléndido! —exclamó—. Frau Pastor, ¿qué le dice usted a su primogénito?

Pero Frau Pastor no dijo nada. Sus párpados volvieron a caer sobre los ojos y cerraron fuera el mundo entero y todos sus vigores. El rumor de aquella gente en torno a su cama le llegaba desde muy lejos. Había un zumbido en sus oídos, una negra lejanía en su alma. Desde algún lugar tras el vasto mar de nada en el que parecía hundirse, a través del zumbido incesante en sus oídos, le llegaban vocecitas débiles con palabras. Quería escuchar, quería escuchar, por qué la interrumpía esa gente... las mismas palabras una y otra vez, palpitando débilmente con un ritmo como el de las ruedas del tren que, hacía tanto tiempo, la había llevado de noche a través de Europa hasta su hogar alemán, solo que muy distante, diminuto, amortiguado... «De batalla y muerte»... sí, eso lo había captado... «de todas las mujeres que están de parto»... sí... «de todos los enfermos»... sí... «y de los niños pequeños»... sí, sigue... «líbranos, buen Señor»... ay, sí... por favor.... Líbranos, buen Señor... por favor... por favor... líbranos....

—¿Quizá un poco de coñac? —sugirió Herr Dremmel, desconcertado.

—¡Coñac! Si su propio hijo no consigue animarla... ¿Es que el Herr Pastor no sabe que a una señora recién parida no se le da al principio más que sopa de agua?

Herr Dremmel, sintiéndose ignorante, abandonó la idea del coñac. —Tiene la mano bastante fría —dijo, casi disculpándose, pues quién sabía si no estaría fría precisamente porque así debía estar.

Frau Dosch opinó que no lo estaba, y que si lo estuviera no estaría tan fría como su corazón. —Mire usted —dijo—, mire a este hermoso niño dirigiéndose a su madre en el único idioma que conoce, y ella

sin siquiera mirarlo. Ven, hombrecito mío... ven, anda... aquí no nos quieren... ven con la tía Dosch... la vieja tía Dosch...

Y le quitó al niño del pecho pasivo de Ingeborg y, tras darle unas cuantas vueltas de un lado a otro de la habitación, dándole en la parte de abajo del fajero de la manera que la experiencia le había enseñado que ahogaba el llanto, lo depositó en la cuna azul pálido que aguardaba lista sobre dos sillas.

—Bueno, bueno —dijo Herr Dremmel, levantándose, pues las rodillas le dolían, y mirando su reloj—, es hora de acostarse para todos. Ya ha pasado la medianoche. Mañana, tras haber dormido, mi esposa volverá a ser ella misma.

Se encaminó hacia la puerta, seguido por Ilse con una de las dos lámparas que contribuían al calor sofocante de la habitación, y entonces se detuvo y miró atrás.

Ingeborg seguía tendida como antes.

—¿Está usted segura de que solo sopa de agua? —dijo, vacilante —. ¿Eso... eso lo nutrirá, para cuando le llegue a mi hijo?

Por toda respuesta, Frau Dosch avanzó pesadamente y cerró la puerta.

Estaba muerta de cansancio. A esas horas de la noche no iba a ponerse a defender sus métodos ante un marido. Cerró la puerta con llave y empezó a quitarse el vestido. Apenas podía tenerse en pie. Había sido uno de esos partos perfectamente normales que, sin embargo, no acaban nunca y dejan medio muerta a una comadrona honrada que ya no tiene la edad que tenía. Antes de dejarse caer en la cama que le habían dispuesto, echó una última mirada al objeto de la cuna, que dormía sin hacer ruido, y luego al otro objeto de la cama, que seguía tendido como antes. Bueno, si la Frau Pastor prefería comportarse como un tronco en vez de como una madre orgullosa... Frau Dosch se encogió de hombros, se puso una chaquetilla de percal de colores sobre las enaguas, se quitó las zapatillas de una patada, y se fue a la cama, con las medias puestas y las horquillas en el pelo, a dormirse en el acto.

Pero la vida en la casa parroquial dejó perplejo a Herr Dremmel durante las semanas siguientes. Había esperado que a los dolores del parto sucedieran las sencillas alegrías de la felicidad familiar consumada. Era una expectativa razonable. Ocurría en otras casas. Había sido paciente durante nueve meses, sostenido a lo largo de su interminable duración por la idea de que lo que soportaba se le compensaría con creces al final con una joven esposa encantada, devuelta a él en su esbeltez y su salud, correteando cantando por la casa con un hijo sano en brazos. El hijo estaba allí y parecía satisfactorio, pero ¿dónde estaba la joven esposa sana? Y en cuanto a correr por la casa, cuando llegó el quinto día, el día en que las demás mujeres de la parroquia se levantaban y empezaban a espabilarse de nuevo, Ingeborg no dio la menor muestra de ser siquiera consciente de que se esperaba eso de ella. Lo miraba con vaguedad cuando él se lo sugería, con la misma vaguedad y falta de interés por cualquier cosa con que pasaba horas tendida mirando por la ventana, la boca siempre un poco abierta, la postura siempre la misma, a menos que Ilse viniera a cambiársela.

Frau Dosch se había marchado la mañana siguiente al parto, según la costumbre de las comadronas, volviendo cada una de las tres mañanas siguientes para lavar a la madre y al niño, y después de eso Ilse se había hecho cargo de estas tareas y, por lo que él podía ver, las desempeñaba con celo y vigor. Se hacía todo lo que se podía hacer; ¿por qué entonces Ingeborg seguía apática y desinteresada en la cama, sin tomarse siquiera la molestia de cerrar la boca?

Estaba desconcertado y decepcionado. Los días pasaban y nada cambiaba. No podía sino contemplar con inquietud aquellas manifestaciones de falta de entereza, dándose como se daban en la madre de sus hijos. La menor cosa que se le exigía en materia de esfuerzo la hacía romper a sudar. Que él supiera, no había puesto todavía voluntariamente los brazos ni una sola vez alrededor de su hijo; Ilse tenía que colocárselos. Ni siquiera había dicho nada sobre él. Podría haber sido una niña, a juzgar por el orgullo que mostraba. Y aquella función santísima de una madre, la lactancia de su hijo, en

lugar de ser un gozo recurrente, era una dificultad recurrente y, al parecer, cada vez mayor.

Le había hecho notar que amamantar a su hijo no era solo el mayor privilegio de una madre, sino que era un hecho establecido que le procuraba la satisfacción más honda y más santa. En todos los cuadros en que aparece una madre, le había recordado, esta está invariablemente amamantando o acaba de hacerlo, y en su rostro se lee la serena satisfacción que acompaña al cumplimiento de las funciones naturales.

Ella no había respondido, y su rostro había seguido vuelto hacia otro lado y encendido, con gotas de sudor resbalando por él. Ilse sostenía al niño, observó él; había en su esposa una lamentabilísima falta de sujeción.

Y parecía tener extrañas fantasías. Se imaginaba, por ejemplo, que los trozos de pan con mantequilla que Ilse ponía en un plato y le dejaba al lado, en la cama, a la hora de la merienda, estaban pegados al plato. Una tarde la había encontrado forcejeando y acalorándose en su empeño por levantar uno de esos trozos del plato. Le había preguntado, no estando Ilse en la habitación, qué hacía. Como de costumbre, ella había susurrado —era otra de sus fantasías que había perdido la voz—, y al inclinarse él descubrió que susurraba la palabra *pegado*.

Había cogido el trozo para demostrarle que se equivocaba, y había sacudido el plato haciendo saltar todos los trozos que había en él, y ella lo había observado y luego había vuelto a comportarse otra vez como si no pudiera levantar ninguno.

Entonces había dejado caer las manos sobre la sábana y, mirándolo, había empezado a susurrar otra cosa. —*Pesa* —susurró, pero no, se complacía en decir, sin al menos una especie de leve sonrisa que indicaba que era consciente de estar comportándose como una niña, e Ilse, al entrar, había cogido el pan y se lo había dado de comer como si fuera ella el bebé, y no su hijo.

Herr Dremmel estaba, por tanto, desconcertado e inquieto. Aún lo estuvo más cuando, justo a la semana del parto, Ilse acudió a él y le dijo que Frau Pastor estaba sacudiendo la cama y que temía que, si no paraba pronto, la cama, debilitada, como bien sabía el Herr Pastor, por tener dos de sus cuatro patas remendadas, pudiera romperse. Se lo había recordado a Frau Pastor, pero esta no parecía darle importancia y seguía sacudiéndola.

—La cama buena —dijo Ilse—, la cama excelente. La mejor que tenemos en la casa. ¿Querría el Herr Pastor pasar a verla?

El Herr Pastor pasó a verla, y encontró a Ingeborg temblando con tan asombrosa energía que la cama, en efecto, tal como Ilse había descrito, traqueteaba de manera amenazadora.

En respuesta a sus preguntas, Ilse le contó, pues Ingeborg estaba demasiado ocupada temblando para explicarse, que no había pasado nada, salvo que Frau Pastor había dicho que tenía sed y que le apetecía un vaso de agua fría, y que ella había ido a buscarla fresca a la bomba, y Frau Pastor había pedido que la incorporaran para beberla, y se la había bebido de un solo trago, y al momento había caído hacia atrás y había empezado con este temblor.

—Ingeborg, ¿qué es esto? —dijo Herr Dremmel con aparente severidad, pues había oído decir que la severidad actuaba de sedante en quienes, por ejemplo, tiemblan.

Pero cuando Ingeborg, en lugar de responder como un ser razonable, siguió temblando y pareció no percatarse de su presencia, y cuando, al tocarla, comprobó que, a pesar de los temblores, ardía de calor, envió a Johann a buscar a Frau Dosch, quien, al verla, solo pudo sugerir que Johann siguiera hasta Meuk a buscar al médico.

Y así fue como Ingeborg, saliendo de pronto de una tenue y aguda confusión en la que parecía llevar corriendo desde el principio del mundo, se encontró con que era de noche, pues había lámparas encendidas, y había gente —mucha gente— alrededor de su cama, y uno de ellos era un hombre que no conocía, de barba corta y negra.

Pero sí lo conocía. Era el médico. Lo comprendió al instante. Entonces sí que había llegado al trance extremo. Aquella mujer lo había dicho, aquella mujer corpulenta que solía venir a verla al jardín hacía mucho tiempo. E Ilse... aquella era Ilse, llorando a los pies de la cama. Cuando una llegaba al trance extremo, Ilse lloraba. Se descubrió acariciando la barba del médico y suplicándole que no la soltara. Se percató de que no era habitual acariciar la barba del médico al ver que este se echaba hacia atrás, pero le pareció tonto no dejar que le acariciaran a uno la barba si alguien lo deseaba. Se oyó a sí misma decir: —No me suelte... por favor... no me suelte... por favor... —pero él no parecía poder retenerla, pues casi de inmediato volvió a ser arrastrada a aquella confusión tenue, ardiente, apresurada, muy arriba, en el registro agudo, muy arriba, en la mismísima cumbre, donde todos los violines insistían juntos, una y otra vez, en una sola nota tenue, trémula, angustiada....

—Es imposible —dijo el médico, un judío de Königsberg, recién casado y recién instalado en Meuk, mirando a Frau Dosch— que esto haya ocurrido.

Y procedió a explicarle a Herr Dremmel que, en el futuro, el niño tendría que buscar su alimento en latas.

—¿Cómo? —exclamó Herr Dremmel.

—En latas —dijo el médico.

—¿En latas? ¿Para mi hijo? ¿Habiendo vacas en el mundo? ¿Vacas, que al menos se parecen más a una madre que unas latas?

—En latas —repitió el médico con firmeza—. Herr Pastor, las vacas tienen sus humores con la misma frecuencia que las mujeres. Se las alimenta sin criterio, y he aquí que enseguida les entra un humor. Al no tener el don de lenguas, no pueden expresar su humor mediante el habla, y, frustradas por un extremo, recurren al otro y expresan sus malignidades en la leche.

Herr Dremmel guardó silencio. Las complicaciones y dificultades de la vida familiar se iban iluminando en un cuadro que él solo podía contemplar consternado. En la cama, Ingeborg volvía la cabeza sin

cesar de un lado a otro y frotaba débilmente las manos arriba y abajo, arriba y abajo, sobre la sábana. Mientras hablaba, el médico la observaba. Frau Dosch permanecía mirando con la boca cerrada con firmeza. Ilse lloraba. El niño gemía.

El médico dijo que enviaría unas latas de alimento preparado con Johann en su viaje de vuelta; que si había mucho retraso y el niño se ponía ruidoso, dijo el médico, un poco de agua...

—¡Agua! ¿Mi hijo alimentado con agua? —exclamó Herr Dremmel —. ¡Cielos, qué dieta es esta para un buen alemán! ¿Latas y agua en lugar de sangre y hierro?

El médico se encogió de hombros y, dejando con suavidad la mano de Ingeborg, que había sostenido un momento para ver si conseguía calmarla, se dispuso a marcharse, diciendo que también enviaría a una enfermera.

—Ah —dijo Herr Dremmel, muy aliviado—, ¿conoce usted alguna nodriza de lo más sana?

—Completamente seca. Para Frau Pastor. Es imposible dejarla sin atender. Habrá vendajes. Tiene que haber puntualidad y cuidado —miró a Frau Dosch—, limpieza, eficiencia —a cada palabra miraba a Frau Dosch—. Volveré mañana. Perfectamente normal, perfectamente normal —dijo, mientras subía al carruaje, con Herr Dremmel de pie, compungido, en el umbral.

La enfermedad siguió su curso perfectamente normal. Llegó una enfermera del principal hospital de Königsberg, y la casa desordenada quedó al instante también perfectamente normal. Ilse volvió a su cocina, al niño se le apaciguó con su dieta científica, la cama de Ingeborg se volvió lisa e inmaculada, su habitación quedó tranquila, ya nadie golpeaba el pie de la cama al pasar ni hacía temblar el suelo y a ella misma con pisadas pesadas; ya no se la atendía con el mismo vigor que dejaba impecable el suelo de la cocina y feliz al cerdo; vendajes, ungüentos y desinfectantes se alineaban ordenadamente, paños blancos y limpios cubrían las mesas, las ventanas permanecían abiertas de par en par día y

noche, y las lámparas dejaban de arder precisamente donde le daban en los ojos. Todo era normal, incluido el comportamiento del absceso, que siguió su curso sereno, sin apresurarse ni alterarse por nada de lo que el médico intentaba hacerle, madurando, alcanzando su plenitud, remitiendo, en un orden y una obediencia a la causalidad que resultaba hermoso para quien fuera capaz de apreciarlo. Todo era normal, salvo el interior de la mente de Ingeborg.

Allí, en un recoveco negro, se agazapaba el miedo. Sospechaba de la vida. Había perdido, en aquella espantosa noche y día y otra noche de parto, la confianza en ella. Ahora lo sabía. Era todo muerte. Muerte y crueldad. Muerte y horror sin nombre. La muerte fingiendo, la muerte esperando, esperando para volver a ser cruel, para atraparla de nuevo, para atraparla del todo la próxima vez. ¿Qué era esa charla sobre la vida? No era más que la muerte. Los demás no lo sabían. Ella sí. Lo había visto y había estado con ella. Había bajado al valle de su sombra sin consuelo. Había hecho todo el camino con los ojos bien abiertos. Cada paso del trayecto estaba grabado en su memoria. No le habían dejado escapar nada. Ella lo sabía. Allí fuera, en el jardín, las hojas susurrantes parecían alegres, y el sol parecía animoso, y las flores que ella había amado con tanta confianza parecían hermosas y amables. Eran la muerte disfrazada. Ah, ya no la iban a engañar más. Conocía perfectamente su sonido. A menudo, mientras estuvo con fiebre, la había oído cruzar el patio, subir los escalones, recorrer el pasillo, detenerse justo delante de la puerta, y volverse cada vez, pero solo por un rato. Volvería. El horror de todo aquello. El horror de vivir con aquella espera. El horror de saber que el amor terminaba en esto, que la nueva vida no era más que más muerte. Con miedo, permanecía tendida mirando fijamente las realidades que solo ella, en aquella casa, podía ver. Y podía oír latir su corazón —si tan solo no tuviera que oírlo latir—; latía en pequeños latidos irregulares, en pequeños aleteos, y luego una pausa... y luego un súbito *ping*... ay, la débil, débil impotencia... nada a lo que aferrarse en ninguna parte del mundo entero... ni

siquiera la cama tenía un fondo debajo... siempre estaba cayendo hacia abajo, hacia abajo, a través de ella, lejos....

A veces la enfermera venía y se quedaba de pie a su lado, y con una mano grande y sana le apartaba el pelo de la frente absorta y fruncida. —¿En qué está usted pensando? —le preguntaba, inclinándose y sonriendo.

Pero Ingeborg nunca se lo dijo.

A Herr Dremmel, la enfermera le aconsejó paciencia.

Él dijo que llevaba teniéndola desde hacía diez meses.

—Tiene usted que tener un poco más —dijo la enfermera—, y todo se arreglará.

Y así, poco a poco, se arregló. Lentamente, Ingeborg empezó a remontar de nuevo la curva de la vida. Fue un ascenso lento y vacilante, pero sí que llegó un momento en que hubo huecos definidos y cada vez más amplios en su visión de aquellas realidades. El primer día que comió carne la perdió de vista durante varias horas. El día siguiente en que comió carne, cerró la boca. El día después, un sentimiento de vergüenza por sus pensamientos negros se le fue metiendo en la mente y se quedó allí. El día después de ese, cuando no solo comió carne sino que además empezó un nuevo tónico, pidió que le trajeran a Robertlet y lo rodeó con los brazos ella sola, sin ayuda de nadie.

Entonces la enfermera salió sin hacer ruido y llamó a Herr Dremmel; y él, entrando apresuradamente y encontrándola incorporada sobre las almohadas, sosteniendo a su hijo y sonriéndole tal como él se había imaginado que haría, volvió a arrodillarse junto a la cama y tomó entre sus brazos a todo el grupo, madre, niño y almohadas, y lloró de alegría con toda franqueza y sin ningún disimulo.

—Ovejita mía... ovejita mía... —repetía sin cesar. E Ingeborg, que había llegado a ese punto de la convalecencia en que una nunca deja pasar una ocasión de llorar, se puso a llorar también al instante;

y, como Robertlet se echó a llorar a su vez, la enfermera, riendo, deshizo el grupo.

A partir de entonces las cosas mejoraron día a día. Ingeborg mejoraba visiblemente; casi a cada hora era posible ver algún nuevo paso de vuelta hacia su ser original. Se aferró a la enfermera, que se quedó mucho después de haber pasado la etapa de que la llevaran en brazos a la habitación de al lado, y que no la dejó hasta que caminaba ya bastante alegre por el jardín y empezaba a hacer con Robertlet las cosas que había planeado hacer. Parecía, después de los largos meses de fealdad, más bonita que antes. Estaba tan contenta, tan agradecida de haber vuelto, que su alegría la iluminaba. Era algo maravilloso volver al mundo luminoso del movimiento libre, ir pronto a pasear en batea, salir pronto un día entero por los bosques, poder organizarse, tener clara posesión de su tiempo y de su cuerpo. La delicia de la salud, la felicidad de ser simplemente normal, la hacían radiante.

El septiembre de aquel año fue de días maduros y calmas encendidas. Ni Herr Dremmel ni Ingeborg habían sido nunca tan felices. Él la amaba con tanto ardor como antes de casarse. Se sorprendía reparando en cosas como la fina textura de su piel, y observando lo bonita que era la nuca y cómo se le comportaba el pelo justo en ese punto. Ella era el más luminoso adorno y remate de la casa de un hombre, se decía a sí mismo, ocupada de manera independiente con su hijo y con el gobierno de la casa, sin darle a él ningún quebradero de cabeza, sin que hubiera que pensar en ella en el laboratorio cuando él quería trabajar, absorta en intereses femeninos, alegre, cariñosa, cuidadosa de su hijo. Era delicioso tenerla otra vez sentada en sus rodillas, delicioso oírla decir las dulces y a veces hasta divertidas tonterías de que parecía tener la cabeza llena, delicioso ver su repentina solemnidad cuando había algo que hacer por la comodidad personal de Robertlet.

—¿Verdad que somos *felices*? —dijo Ingeborg una noche, mientras paseaban después de la cena por el sendero que atravesaba el

centenal, con toda su antigua intrepidez y confianza en la vida resurgiendo de nuevo en ella—. ¿Habías *conocido* nunca algo así?

—Eres tú, mi solecito entre las ovejas —dijo Herr Dremmel, deteniéndose para besarla con la misma energía que si hubiera estado bajo el peral del jardín del obispo—, eres tú, toda entera.

—Y dentro de poco —dijo ella— voy a hacer tantas cosas... Robert, tantas cosas. Primero, por fin voy a ser una auténtica esposa de pastor y voy a dedicarme al pueblo a fondo. Y además de eso, voy a...

Se detuvo y abrió las manos de golpe con aquel gesto tan suyo.

—¿Y bien, liebrecilla?

—Ay, no sé... pero es divertido estar viva, ¿verdad? Siento como si solo tuviera que estirar las manos hacia todas esas estrellas y coger tantas como quisiera.

Y apenas se había marchado la enfermera, y la casa había vuelto a sus disposiciones normales, y el salón había dejado de estar afeado por la cama provisional de Herr Dremmel, y la vida volvía a ser clara, y todo lo que quedaba por hacer era seguir alabando al querido Dios que la había hecho tan espaciosa y tan bondadosa, cuando ella se puso de parto de su segundo hijo.

Parte III

Capítulo XXI

Había una pequeña ensenada a unos cinco minutos de batea lago abajo, en un recodo que formaban unos juncos al adentrarse en el agua. Uno llevaba la batea rodeando el extremo de un brazo de juncos y se encontraba con una playa pequeña de conchas finas, un roble con las raíces medio desnudas inclinado sobre uno de sus lados, y un flequillo de hierba áspera a lo largo de la parte alta. Allí se sentaba uno a escuchar el suave chapoteo del agua a sus pies y a mirar el sol destellando en las alas de innumerables gaviotas. Desde allí no se veía Kökensee, ni Kökensee lo veía a uno, y uno se abrazaba las rodillas con las manos y pensaba. Detrás quedaban los centenales. Enfrente, el bosque. Era un lugar de suavidad, de hermosa luz de tarde, de colores templados: plateados, azules, y el oro pálido que adquieren los juncos en octubre.

Ingeborg no llevaba a Robertlet a aquel lugar. Decidió, después de que cuatro meses de trato estrecho con él le hubieran despejado la mente de equívocos, que era demasiado pequeño. No quería admitir, con todos sus sueños sobre lo que iba a hacer con él todavía vívidos en la memoria, que prefería estar sola. No quería admitir que hiciera otra cosa que amarlo con ardor. Era tan bueno. Nunca lloraba. Ni tampoco hacía nunca lo que ella suponía que debía de ser lo contrario de llorar, gorjear. Ni lloraba ni gorjeaba. Ni se quejaba ni aplaudía. Comía con apetito y dormía con puntualidad. Se ponía grande y rollizo mientras una lo miraba. ¿Quién no lo iba a estimar? Ella lo estimaba... más, quizá, de lo que había estimado nunca a nadie; pero el amor ardiente que, según le habían dicho, sentía una

madre por su primogénito era algo sobre lo cual tenía que seguir diciéndose: «Claro que sí».

Era un bebé serio; y ella hacía cuanto podía, con alegres aspavientos y sonidos jocosos de aliento, por acostumbrarlo a la risa, pero sus esfuerzos eran infructuosos. Entonces, un día, mientras se inclinaba sobre él tratando de arrancarle una sonrisa con un elaborado cosquilleo en sus costillas desnudas, se cruzó con su mirada, y al instante se echó hacia atrás y se quedó mirándolo consternada, pues había tenido la súbita y horrible convicción de que a quien hacía cosquillas era a su suegra.

Aquella fue la primera vez que lo notó, pero el parecido era inconfundible, era, en cuanto se había visto una vez, abrumador. No había rastro, ahora que lo examinaba temblorosa, ni de Robert ni de ella misma; y en cuanto a su propia familia, ¿qué había sido de toda aquella belleza tan real, la belleza del obispo, el deslumbramiento de Judith, y las dulces regularidades de su madre?

Robertlet se parecía a Frau Dremmel tanto como habría podido parecérsele si Frau Dremmel misma lo hubiera producido de alguna manera milagrosa y sin ayuda de nadie. El parecido era flagrante. Crecía con cada biberón. Tenía los mismos ojos fijos. Tenía los mismos prolongados silencios. Su nariz era una copia. Su cabeza, sin pelo, se parecía más a la de Frau Dremmel, pensaba Ingeborg, de lo que la de Frau Dremmel había podido parecerse jamás a sí misma, y si alguna vez le crecía el pelo, se decía mirándolo con los ojos muy abiertos, sin duda lo haría, desde el principio, en forma de moño. Poco a poco, a medida que pasaban los días y el parecido se hacía cada vez más patente, llegó, cuando lo bañaba y le empolvaba los muchos pliegues, a tener una sensación de infinita indiscreción; y le anunció a Herr Dremmel, que no lo entendió, que la primera palabra de Robertlet sería sin duda *Bratkartoffel*.

—¿Por qué? —preguntó Herr Dremmel desde el otro lado de un muro de pensamientos.

—Ya verás si no lo es —asintió Ingeborg, con el rostro turbado.

Pero la primera palabra de Robertlet, y durante mucho tiempo la única, fue *Nein*. La siguiente, que no se le unió hasta varios meses después, fue *Adieu*, que en alemán significa «adiós» y que decía siempre que llegaba alguien.

«No es muy *hospitalario*», pensó Ingeborg; y recordó con un escalofrío que ni una sola vez, desde su matrimonio, la había invitado su suegra a su casa de Meuk. Pero de inmediato lo disculpó. «Todo el mundo», se dijo, «se siente un poco cohibido al principio»...

A este hermoso rincón del lago, pues era muy hermoso en aquellas delicadas tardes de otoño, iba durante la siesta de Robertlet a hacer lo que ella llamaba pensar las cosas a fondo; y se sentaba sobre las conchitas, con las manos alrededor de las rodillas, mirando fijamente a través del agua quieta la línea de juncos pálidos a lo largo de la otra orilla, haciéndolo. Al poco, sin embargo, se dio cuenta de que su pensar era más bien un malestar general de la mente, puntuado irregularmente por destellos, que ninguna otra cosa que pudiera honradamente llamarse claridad. Las cosas no se dejaban pensar a fondo... al menos no se dejaban pensar a fondo por ella; y volvía a sentirse mal; y cómo, se preguntaba, ¿pueden las personas que están ocupadas encontrándose mal ser otra cosa que no sea encontrarse mal? Además, las cosas no soportaban que se las pensara a fondo. Se le encendían los ojos de miedo cuando uno de esos destellos iluminaba lo que una vez más tenía por delante. Era como una lanza escarlata de terror que le saltara de pronto al corazón...

No, pensó Ingeborg, apartándose deprisa, toda fría y temblorosa, mejor no pensar; mejor sentarse al sol sin más y preguntarse qué aspecto tendría Robertlet más adelante si persistía en ser clavadito a Frau Dremmel y, sin embargo, a su debido tiempo tenía que ponerse pantalones, y qué pasaría si el siguiente también se parecía a Frau Dremmel, y si pronto estaría enseñando a toda una hilera de pequeñas suegras sus himnos infantiles. La idea de Frau Dremmel hecha plural, reducida a calcetines y delantales, de pie muy formalita

junto a su rodilla mientras le enseñaban a balbucir en verso, la asaltó de risa. Se rió y se rió; y solo paró cuando descubrió que lo que en realidad estaba haciendo era llorar.

—Quizá lo que necesito es hablar más que pensar —le dijo por fin a Herr Dremmel, de vuelta de una de aquellas estériles expediciones en busca de comprensión.

Lo dijo con cierta timidez, pues ya era menos para él de lo que había sido en aquel breve intervalo de salud, y sabía que con cada mes que pasara sería cada vez menos. Era curioso lo segura que estaba de él cuando no iba a tener un hijo, con qué fácil confianza en su amor, y cómo parecía escapársele cuando lo estaba esperando. Ya, aunque apenas acababa de empezar, él estaba a kilómetros de aquel humor cariñoso en que la envolvía entre los brazos y la llamaba su ovejita.

Herr Dremmel, que estaba cenando y no disponía del contexto, recomendó pensar. Añadió, tras una pausa, que solo a una mujer se le habría ocurrido establecer una distinción así.

Ingeborg no dio la respuesta obvia, sino que dijo que pensaba que, si pudiera hablar con alguien, con Robert, por ejemplo, y con la mano en la suya, bien *apretada* en la suya mientras hablaba, para poder sentirse segura, para no sentirse tan suelta y tan poco sujeta en un mundo enorme y terrible...

Herr Dremmel miró su reloj y dijo que quizá tendría tiempo de cogerle la mano la semana que viene.

Unos días después, dijo, igualmente sin darle el contexto: —Es una bendición disfrazada, eso es lo que es.

Herr Dremmel, que otra vez estaba cenando, no dijo nada, prefiriendo esperar.

—Una bendición que solo finge ser crueldad. En realidad, no es crueldad en absoluto.

Herr Dremmel siguió prefiriendo esperar.

—Al principio pensé que era crueldad —dijo ella—, pero ahora pienso que quizá... quizá sea una bendición.

—¿Qué es lo que pensabas que era crueldad, Ingeborg? —preguntó Herr Dremmel, a quien disgustaba la repetición de una palabra así.

—Tener este próximo hijo tan pronto... sin tiempo para olvidar.

Se le encendieron los ojos.

—¿Crueldad, Ingeborg?

Herr Dremmel dijo que, cuando una era la esposa de un pastor, no se ponían motes a la Providencia.

—Eso es lo que digo —dijo ella—. Al principio pensé que era cruel, pero ahora veo que en realidad es muchísimo mejor no perder el tiempo entre un hijo y otro, y luego estar bien el resto de los días. Hará... hará que el contraste, después, cuando una haya terminado con el dolor, sea tan espléndido.

Lo miró y juntó las manos apretándolas. Vívidos recuerdos le encendieron los ojos. —Pero renunciaría a esos espléndidos contrastes muy *gustosamente* —susurró, con el rostro súbitamente presa del terror.

Herr Dremmel dijo que la vida familiar siempre se había alabado, no solo por su belleza, sino por su necesidad como fundamento del Estado.

—Tú me dijiste —dijo Ingeborg, que tenía la costumbre, que a los hombres buenos a veces les resultaba irritante, de recordar todo lo que habían dicho jamás—, que el fundamento del Estado era el estiércol.

Herr Dremmel dijo que en efecto lo era. Y que también lo era la vida familiar. No pensaba, le informó, ponerse a discutir sobre términos. Lo que deseaba dejar claro era que no podía haber vida familiar sin una familia en la que tenerla.

—¿Y tú no llamas familia a ti, a mí y a Robertlet? —preguntó ella.

—¿Un solo hijo? —dijo Herr Dremmel—. ¿Limitarías la familia a un solo hijo? Esa es una línea de conducta sumamente anticristiana.

—Pero las líneas de conducta cristianas parece que *duelen* tanto —murmuró Ingeborg—. Ah, ya sé que tiene que haber hermanos y hermanas —añadió deprisa, antes de que él pudiera hablar—, y que *es* mejor acabar con ello cuanto antes y quitárselo de encima. Es solo cuando estoy... es solo a veces cuando pienso que Robertlet habría sido familia suficiente hasta... hasta que hubiera tenido tiempo de olvidar...

De nuevo le asomó a los ojos la luz del terror. Sabía que estaba allí. Bajó la mirada hacia el plato para ocultarla.

En dos ocasiones después de aquello volvió de sus reflexiones junto al lago e intentó hablarle de cuestiones de vida y muerte. A Herr Dremmel lo aburrían las cuestiones de vida y muerte, salvo las suyas propias. Las afrontaba, sin embargo, con paciencia. Ella llegaba jadeando, pues la vuelta a la casa era cuesta arriba, necesitando desesperadamente frotar su visión un poco más clara contra la de él para poder alcanzar el consuelo y el valor, y él adoptaba un aire de paciencia casi antes de que ella hubiera empezado. Ante aquella resignación prematura, se le trababa la voz en silencio. Además, lo que había querido decir se le enredaba en las frases más absurdas... ella misma las oía sonar absurdas al salir. No era de extrañar que él pareciera resignado. Podría haber llorado de mortificación por su falta de elocuencia, por su falta de una verdadera educación, por su incapacidad para arrancar sus pensamientos de la confusión y hacerlos aterrizar sanos y salvos en el habla. Y allí estaba Robert, esperando, con aquel aire de paciencia...

Pero qué curiosa era la diferencia entre su locuacidad antes de que ella fuera a tener un hijo y su silencio —sin duda un silencio resignado— cuando lo estaba esperando. Ojalá supiera más de maridos. Ojalá, durante los años en casa, en lugar de escribir todas aquellas cartas diocesanas, hubiera reflexionado con madurez sobre las Conyugalidades.

A medida que pasaban los días, su necesidad de alguien con quien hablar, su terror a estar sola con su imaginación y sus destellos, se volvió del todo intolerable. Acabó yendo, empujada por el pánico, a ver a las madres del pueblo, haciéndoles preguntas angustiadas sobre cómo se habían sentido, cómo se las habían arreglado, recorriendo, en los días en que estaba mejor, las casas donde las familias eran más numerosas. Pero de esto no salió nada; la actitud, en todas partes, era una sorda aceptación, un encogimiento de hombros, un cansancio.

Entonces buscó a la mujer del cartero, que tenía un aspecto especialmente maternal y despierto, y descubrió que no tenía hijos.

Después se encontró un día en el bosque con el guardabosques, y estaba tan necesitada que casi llegó a hacerle sus preguntas angustiadas, pues tenía un aire todavía más maternal que la mujer del cartero.

Entonces pensó en la baronesa Glambeck, que antes del nacimiento de Robertlet la había ayudado de manera práctica... ¿no la ayudaría ahora en estos apuros espirituales? Y una tarde de noviembre fue hasta allí con dificultad, por la arena profunda y húmeda, acercándose a ella como un alma desnuda, liberada por su propia urgencia de la maraña de la reserva y la convención, se acerca a otra. Pero nada podía estar aquel día menos desnudo que el alma de la baronesa. Iba vestida hasta con guantes y sombrero. No tenía urgencias; y allí estaba Hildebrand von Glambeck, el único hijo varón de una familia de seis, el miembro de ella que se había casado con más dinero, y su madre le servía café con orgullo, ataviada de seda de gala.

Era completamente contrario a la costumbre que la esposa del propio pastor entrara sin haber preguntado antes si su visita sería bien recibida; y cuando la baronesa vio aquella figura arenosa y desarreglada avanzar hacia ella por la larga sala, no solo se molestó, sino que se consternó. Hacía seis meses que no veía a aquel, el más querido de sus hijos, y era la primera oportunidad que había tenido, desde su llegada la tarde anterior, de estar a solas con él, pues

había traído consigo a un amigo de Berlín, y no había sido hasta después del almuerzo cuando había logrado dejar satisfactoriamente instalado fuera, en el parque, a aquel amigo, que era pintor, y que había anunciado su intención de quedarse allí mientras el sol siguiera dando en cierta haya. Quería hacerle preguntas a su chico. Había mandado al barón a montar a caballo por sus fincas para poder hacérselas. Quería saber de su vida en Berlín, para ella tan remota y tan llena de inconvenientes y, sin embargo, tan resplandeciente, una vida elevada, peligrosa, menos verdaderamente aristocrática que aquella otra de encumbrado estancamiento en las provincias de Dios, pero iluminada, al fin y al cabo, por la presencia de su Emperador y Rey. En su fuero interno creía que el Todopoderoso también, hacía ya algunos años, probablemente por la época de su matrimonio, cuando ella también se había retirado a ellas, se había retirado a las provincias, y allí presidía de manera particular a los mejores nobles de la Patria, los que permanecían con pura constancia en los lugares donde les había tocado nacer. Al partir Él hacia el campo, decidía la baronesa, había dejado Berlín y Potsdam al cuidado del Primero de Sus hijos, su Emperador y Rey; y así era como las provincias resultaban más elevadas y más verdaderamente aristocráticas que Berlín y Potsdam, y así era como, no obstante, Berlín y Potsdam les andaban muy a la par.

Y ahora, justo cuando había preparado con tanta astucia esta hora con Hildebrand para sonsacarle todos esos detalles íntimos de su vida que a una madre le encantan pero que prefiere no comentar delante de su marido, esta hora para oír hablar de sus hijos, de sus comidas, de su dinero, del éxito de su querida esposa en sociedad y en apariciones, gracias a haber emparentado con la nobleza, en la Corte, de su propia salud, de su indigestión —aquel antiguo verdugo de su paz, *armer Junge*—, y de si había visto u oído algo de la pobre Emmi, su hermana mayor, que se había casado miserablemente con seis mil marcos al año y vivía de manera imposible en Spandau y a la que no había forma de hacerle admitir que no le gustaba... justo cuando iba a quedar satisfecha en todos esos puntos, llegó aquella

excéntrica y atrevida Frau Pastor y lo echó todo a perder. Además, Hildebrand estaba en plena mitad de una de esas tristes historias de escándalo que una preferiría no tener que oír pero que, como es natural, desea saber cómo terminan.

Tan grande fue la decepción de la baronesa que no pudo evitar fingir que no reconocía a la Frau Pastor hasta que esta estuvo prácticamente tocando la mesa del café. —Ah —dijo entonces, sin levantarse, pero tendiendo despacio la mano para tomar la que se le ofrecía, y mirándola fijamente como si tratara de recordar dónde y cuándo la había visto antes—. Ah... ¿Frau Pastor? Esto sí que es un honor.

—Preséntame, mamá —dijo Hildebrand, que se había puesto en pie en el mismo instante en que Ingeborg apareció en la puerta.

Cumplida la ceremonia, volvió a hundirse en su butaca y no hizo absolutamente nada más, dejándose atender por su madre y dejando en sus manos que la visitante recibiera nata, azúcar y pastel, hasta que llegó el momento en que Ingeborg, hecha abundante y minuciosamente consciente de que interrumpía, se dispuso, cabizbaja, a marcharse de nuevo. Entonces él se levantó otra vez de un salto, alerta y con los talones juntos.

—Bueno, ¿y qué hizo su marido? —preguntó la baronesa, volviéndose de nuevo hacia Hildebrand en cuanto consiguió instalar a Ingeborg, tranquila, en una silla con su café, decidida a oír el final de la historia.

—Querida madre —dijo Hildebrand, encogiéndose de hombros hasta las orejas—, ¿qué iba a hacer?

—¿La mató de un tiro?

—Naturalmente.

—Naturalmente —dijo la baronesa, asintiendo con aprobación—. ¿Murió?

—No. Malherida. Pero fue suficiente. Su honor quedó vengado.

—Y no —dijo la baronesa, sombría— volverá a las andadas.

Ingeborg se esforzó por espabilarse y decir algo. Estaba extraordinariamente decepcionada y desconcertada por no haber encontrado a la baronesa sola. —¿Por qué la mató de un tiro? —preguntó. En su cansancio, le pareció que había sido muy enérgico por su parte pegarle un tiro.

La baronesa posó en ella una mirada fría.

—Porque, Frau Pastor —dijo—, era su esposa pecadora.

—Ah —dijo Ingeborg; y añadió una pregunta, con el nervioso deseo de mantener durante un breve rato una charla agradable antes de volver a marcharse, sobre si en Alemania siempre se pegaban tiros el uno al otro cuando pecaban.

—No el uno al otro —dijo la baronesa con severidad—. Al menos, no cuando se trata de un marido y su esposa. Solo dispara él.

—Ah —dijo Ingeborg, considerando aquello.

Estaba sentada inerte en su silla, sosteniendo la taza de café ladeada, demasiado abatida para bebérselo.

—¿Y entonces eso hace que ella vuelva a amarlo? —preguntó, con su vocecita cansada.

La baronesa no respondió.

—Solo la sangre —dijo Hildebrand— puede borrar la deshonra de un marido.

—Qué cosa tan *desagradable* —dijo Ingeborg, abatida.

La vida parecía toda ella sangre. Se inclinó sobre su taza, pensando en la crueldad de la que, al parecer, todo estaba lleno. La baronesa e Hildebrand, tras un silencio elocuente, se apartaron de ella y se pusieron a hablar de alguien a quien llamaban pobre Emmi. Ingeborg se quedó sola con su taza, preguntándose cómo podría marcharse antes de echarse a llorar. Qué espanto lo fácil que lloraba ahora. Tenía que comprar más pañuelos. Últimamente parecían estar siempre en la colada.

Volvió a espabilarse. Tenía que decir algo, de verdad. Como era su costumbre cuando estaba confusa y desconcertada, se agarró a lo primero que encontró dando vueltas por su cabeza. —¿Por qué era pobre Emmi? —preguntó con su vocecita cansada.

Se produjo otro silencio elocuente.

Para acortarlo, Ingeborg preguntó si Emmi era la esposa a la que habían disparado. —La pecadora —explicó, al ver que nadie respondía.

El silencio se volvió terrible.

Levantó la vista, sobresaltada por él. Por la expresión de sus rostros y por el ambiente general, pensó que quizá no les importaría que se fuera a casa ahora.

Se levantó, dejando caer la cucharilla del platillo. —Creo... creo que debo irme —dijo—. Es un buen trecho hasta casa.

—Apenas parece haber merecido la pena venir —dijo la baronesa con extraordinaria frialdad.

A lo que Ingeborg, absorta en el fracaso de su intento de encontrar ayuda y consuelo, respondió, mustia: —No.

Fuera, el sol acababa de ponerse detrás de la línea del bosque, y tendría que caminar deprisa si quería llegar a casa antes de que oscureciera. La niebla ya se estaba levantando sobre los prados más allá de los árboles del jardín, y empezaba a mezclarse con el rosa y el lila del cielo. La avenida arenosa por la que había venido aquel caluroso día de julio en que descubrió Glambeck por primera vez se extendía a sus pies en la quieta belleza del último de sus atuendos del año, ya muy delicado, ya muy transparente, con las hojas de las hayas casi todas en el suelo, haciendo del camino una cinta de luz. Un olor noviembrino a humedad y a humo de turba de las chimeneas de las casitas llenaba el aire. Había una paz cavilosa sobre el mundo, como si en cada casa, en cada familia, el amor fraterno tuviera necesariamente que continuar en tanta dulzura.

Bajó los escalones con cuidado, pues su cuerpo empezaba ya a resultarle incómodo, y siguió por el dorado camino de la avenida. Trató de no llorar, de no manchar la hermosa tarde con sus propias decepciones. ¡Qué tonta había sido al suponer que, porque ella quería hablar, la baronesa Glambeck iba a querer escuchar! Los estados de ánimo no coincidían con tanta conveniencia. Caminó, deteniendo con diligencia con el pañuelo cualquier lágrima extraviada antes de que pudiera deshonrarla saliendo a sus mejillas. Con el tiempo, la baronesa Glambeck bien podría querer escuchar apasionadamente —era muy concebible— y ella misma no tendría entonces las menores ganas de hablar. ¡Qué tonto era todo aquello! Una tenía que sostenerse sobre sus propios pies. De nada servía andar pidiendo ayuda a gritos. Menos que nada servía llorar. Algún día, si continuaba con intrepidez en esta carrera de maternidad que parecía tenerle marcado el destino, ella también estaría feliz sirviendo café a un hijo varón crecido y de éxito, con todas sus impaciencias y sus punzadas olvidadas hacía tiempo. Está claro que una no podía tener un hijo varón crecido a quien amar y del que enorgullecerse si no lo había empezado a tiempo; había que empezarlo en algún momento u otro. Y había que empezarlo a tiempo, pues de lo contrario una podía fácilmente quedarse demasiado vieja para apreciarlo con intensidad. Bajó la avenida tan deprisa como pudo, pensando en grandes líneas valerosas y sintiéndose, por debajo de sus pensamientos, del todo desamparada. Debía de ser agradable, algo cálido, vivir donde los amigos y los parientes de una estuvieran al alcance, donde una pudiera, por ejemplo, cuando se sintiera especialmente sola, ir a tomar el té con su madre....

Un hombre que cargaba con lo que parecía una gran cantidad de algo indefinido venía por la avenida hacia ella. Lo miró con vaguedad, absorta en sus pensamientos. No era el barón, y aparte de él no conocía a nadie. Estaba a un metro o dos de él cuando una cantidad de hojas de papel, largos y finos pinceles y objetos extraños que no reconoció parecieron estallar de repente desde su persona y esparcirse sobre las hojas de haya del suelo.

—¡Ah, maldita sea! —dijo el hombre, esforzándose por atraparlos.

Ingeborg, siempre deseosa de ayudar, empezó torpemente a recoger los que tenía más cerca. Él llevaba un taburete de campaña en un brazo, y lo que parecía un impermeable, y estaba, en conjunto, muy entorpecido.

—Oiga, no haga eso —exclamó él, forcejeando con aquellas cosas, que también parecían estar resbalándosele.

—¡Ay, pero qué hermosura! —dijo Ingeborg, sosteniendo con el brazo estirado una de las hojas de papel que había recogido y mirando con sus ojos enrojecidos una haya pintada en ella, sin duda una haya celestial, en llamas con una gloria de luz tan grande que no podía ser en absoluto terrenal, sino solo de esa clase de árboles que hay en el cielo. De cerca, no eran más que manchas de color; había que alejarla de una para verla siquiera. Sopló para quitarle unos granos de arena que tenía encima, y volvió a sostenerla tan lejos de sí como le alcanzaba el brazo—. ¡Ay, pero qué hermosura! —repitió—. Mire... ¿verdad que *brilla*?

—Claro que brilla. Eso es precisamente lo que estaba haciendo —dijo él, acercándose y mirando el boceto por encima de su hombro un momento, con las manos llenas de las cosas que había recogido del suelo—. Dijeron que mandarían a un criado a por todo esto, y no lo hicieron. Odio cargar con cosas.

—Yo cargaré con algunas —dijo Ingeborg.

—Qué tontería. Además, usted no va para allá.

—Ya he estado. Pero volvería hasta los escalones si usted quiere.

—Qué tontería. Los dejaré al pie de este árbol. Ya los verá él.

—Esto no... esto no debe dejarlo —dijo ella, todavía contemplando el boceto.

—No. Ese me lo llevo. Y voy a acompañarla un trecho, porque no logro imaginar adónde puede ir usted a estas horas del día que no

sea a casa de los Glambeck, y tengo curiosidad. Además, porque me hace mucha gracia que usted sea inglesa.

—Pues a mí me hace mucha más gracia usted —dijo Ingeborg, recogiendo un lápiz de un surco en la arena y añadiéndolo al montón que él estaba haciendo contra el tronco del árbol más cercano—. Y yo solo voy a casa.

—¿A casa?

Deshizo el montón y volvió a empezar. Lo había hecho mal. El taburete de campaña, claro está, tenía que ser la base, luego las cosas pequeñas y volanderas, y luego, bien doblado y envolviéndolo todo, el impermeable. Ella debía de ser una institutriz inglesa o una niñera de categoría de alguna finca vecina, ya que hablaba de casa. Si era así, no quería ir con ella; nada de lo que se le ocurría le parecía tan pesado como una institutriz inglesa o una niñera de categoría.

Terminó de envolverlo todo con el impermeable, se volvió y le cogió el boceto. Era, según percibió ella, un hombre largo, de cuello delgado y barba corta y roja. Ella era, según percibió él, alguien con una falda y una chaqueta de tweed mal entalladas, una persona con una especie de nariz gastada y ojos débiles.

—Bueno —dijo él—, la acompañaré de todos modos hasta el final de la avenida. ¿Dónde está su casa?

—Kökensee —dijo Ingeborg, trotando para no quedarse atrás—. Es el pueblo siguiente. Soy la esposa del pastor.

Ingram —pues era aquel célebre artista, entonces con treinta y cinco años, ya conocido en toda Europa, más particularmente, dejando aparte sus pequeñas y exquisitas obras, como un sorprendente, en verdad inquietantemente sorprendente, pintor de retratos— la miró de reojo y aceleró el paso—. Es una cosa divertida de ser —dijo—. Y bastante nueva.

—No es tan nueva. Llevo siéndolo dieciocho meses. ¿Por qué le parece divertido?

—Es distinto de todo lo demás. Nadie había sido nunca esposa de pastor en... ¿cómo lo ha llamado?... antes.

—Kökensee.

—Kökensee. Kökensee. Me gusta. Es usted única viviendo en Kökensee. Nadie más lo ha logrado.

—No fue muy difícil. Me limité a quedarme pasiva y a dejarme traer.

—¿Y no les importó?

—¿A quién?

—A los suyos. A su padre y a su madre. ¿O es usted Melquisedec y nunca los tuvo?

—¿Por qué iba a importarles?

—Venir tan lejos. Esto es casi el fin del mundo. Está usted pegada al borde mismo de Rusia.

—Yo quería venir.

—Claro. No supuse que la hubieran arrastrado por Europa a rastras hasta Kökensee. La acompañaré todo el camino. Quiero ver Kökensee.

—Pues entonces no camine tan deprisa —dijo Ingeborg, jadeando —. *No puedo* caminar así.

Él la miró mientras aflojaba el paso. —¿Es ese el efecto de Kökensee? —dijo—. ¿Por qué no puede caminar así? Si no es usted más que una muchacha.

—No soy ninguna muchacha. Soy esposa, soy madre. En realidad ya lo soy todo, menos suegra y abuela. Eso es lo único que me queda por ser. Me parece que las dos cosas son bastante aburridas.

—No le parecerá así cuando llegue a serlo.

—Esa es la parte más espantosa de todo.

—Es una jugarreta amable que nos gasta el Tiempo. ¿Es usted una auténtica esposa de pastor que va por su parroquia dando ejemplo?

—Todavía no. Pero voy a serlo.

—Cómo, ¿no ha empezado en dieciocho meses? Pero entonces, ¿qué hace todo el día?

—Primero cocino, y luego... no cocino.

Habían salido a campo abierto, al tramo de camino que pasaba entre prados. Ingram se detuvo y miró algo a la izquierda con súbita atención absorta. Ella siguió la dirección de sus ojos, pero no vio gran cosa: un jirón de niebla sobre la hierba, las ramas más altas de un sauce que asomaban de ella, y por encima el cielo tenue. Él no dijo nada, y al poco siguió caminando más deprisa que nunca.

—*Por favor*, vaya un poco más despacio —suplicó Ingeborg, con el corazón martilleándole del esfuerzo.

—Creo que usted sabe —dijo Ingram, ajustándose a su paso— que debería poder caminar mejor que eso.

—Sí —dijo Ingeborg.

—Supongo que ese es el peligro de sitios como Kökensee: una se va dejando ir.

—Sí —dijo Ingeborg.

—No debe permitirlo, ¿sabe? Imagínese perder la línea. Piense nada más en las horribles líneas indefinidas de una mujer gorda.

—Sí —dijo Ingeborg—. ¿Pinta usted mucho? —preguntó, incapaz de soportar aquel giro de la conversación.

Él la miró y se rió. —Bastante —dijo. Y luego añadió—: Soy Ingram.

—¿Ese es su nombre? El mío es Dremmel.

—*Edward* Ingram —dijo él, mirándola. Le resultaba inconcebible que ella no lo supiera.

—*Ingeborg* Dremmel —dijo ella, como si fuera un juego.

Él guardó silencio un momento. Luego se detuvo en seco. —Creo que no voy a seguir más —dijo—. Los Glambeck se estarán preguntando qué ha sido de mí. Glambeck me trajo aquí por un par de noches, y no puedo pasarme todo el tiempo sin estar allí.

—Pero usted quería ver Kökensee...

—¿Es que en Kökensee nadie lee nunca?

—¿Leer?

—¿Periódicos? ¿Libros? ¿Revistas? ¿Crítica? ¿Lo que está pasando en el mundo, en todos esos millones de sitios que no son Kökensee? ¿Quién es cada cual? ¿Qué se está pensando y creando?

Tenía un aire extrañamente irritado.

—Robert está suscrito al Norddeutscheallgemeinezeitung, y yo he estado leyendo a Kipling...

—¡Kipling! Bueno, adiós.

—Pero ¿es que Kipling no...? Si hasta que me casé solo tenía la Letanía.

—¿Y eso para qué, por Dios?

—Eso y los Salmos y esas cosas. Me sentía muy *vacía* con la Letanía.

—Ya me lo imagino. Entonces yo no perdería más tiempo en amueblar mi vacío. Adiós.

—Ay, no se vaya... espere un momento. Hace tanto tiempo que yo no... ¿Amueblarlo cómo? ¿Qué debería...?

—Lea, lea, lea... todo lo que caiga en sus manos.

—Pero no *hay* nada a lo que echarle mano.

—Mi querida señora, ¿no tiene usted tarjetas postales? Escriba a Londres y encargue que le envíen las revistas. Hágase una idea de la gente y de las ideas. Adiós.

—Oh... pero ¿de verdad no quiere usted venir a ver Kökensee?

—Es un lugar oscuro. Me temo que lo que vería allí sería nada.

—Mañana habrá más luz...

—Mañana vuelvo a bajar hacia el sur con Glambeck. Solo he venido por un día. Sentía curiosidad por el interior provinciano alemán. Adiós.

—Oh, pero venga...

—Mi consejo es muy sensato, ¿sabe? Uno no puede cerrar los ojos y quedarse dormido mientras pasa por delante el desfile de hombres y mujeres que están haciendo el mundo, a menos —sus ojos repasaron la falta de pulcritud de la figura de ella, la manera desaliñada en que llevaba abrochado el abrigo suelto— que a uno no le importe echarse a perder.

—Pero a mí *sí* me importa —exclamó Ingeborg—. Es lo último a lo que quiero echarme...

—Entonces no lo haga. Adiós.

Se quitó el sombrero y ya se había alejado varios pasos de ella cuando volvió a tenerlo puesto en la cabeza. Entonces se dio la vuelta y le gritó a la abatida figurilla que seguía de pie donde la había dejado, en el camino arenoso, difuminada por la cortina gris de la niebla: «Realmente es deber de *todo el mundo* saber al menos algo de lo que se está haciendo en el mundo».

Y se alejó bruscamente hacia el crepúsculo, camino de Glambeck.

Se quedó allí largo rato, mirando el lugar donde la penumbra lo había borrado. Qué maravilla haber conocido a alguien que de verdad hablaba con una, que de verdad le decía a una lo que tenía que hacer. Volvió a casa tomando resoluciones impulsivas, valiente de nuevo de repente, con la barbilla en alto. Enferma o no enferma, no se iba a dejar vencer, no iba a esperar ni un día más para empezar a llenar su estúpida mente. Era monstruoso que fuera tan ignorante, tan inculta. ¿De qué estaba hecha, entonces, de qué

pobre y mísera materia, para no poder pensar en nada mejor que llorar porque no se sentía tan bien como antes? ¿Es que no había un sinfín de cosas que hacer incluso estando enferma? ¿No había oído ella misma hablar de enfermos cuya mente triunfaba tan por completo sobre su carne postrada que, desde lechos verdaderamente casi perpetuos, derramaban luz sobre parroquias enteras?

Esa noche le escribió a Mudie exigiéndole catálogos casi con fiereza, y encargó para empezar el *Spectator* y el *Hibbert Journal*, ambos mencionados en su presencia en Redchester por los prebendados. Cuando llegaron, los leyó laboriosamente de cabo a rabo, y después encargó todas las revistas mensuales que en ellos se anunciaban. Se suscribió de inmediato al *Times* y a un semanario llamado el *Clarion* porque se aludía a él en una de las revistas; inundó a Mudie de tarjetas postales, pues todos los libros de los que leía reseñas los compraba de inmediato, decidiendo que ese era tan buen modo de empezar como cualquier otro; y no llevaba ni una semana leyendo periódicos cuando se topó con el nombre de Edward Ingram.

Una gran luz se hizo en ella. «*Oh*...», dijo con un pequeño ahogo en la respiración, poniéndose colorada; y cayó en la cuenta de que acababa de vivir el encuentro más reconociblemente interesante de su vida.

Capítulo XXII

En siete años, Ingeborg tuvo seis hijos. Durante ese período realizó por completo el ideal del salmista sobre la recompensa del hombre bueno, y fue en todo la vid fructífera a los lados de su casa. Fue ininterrumpidamente fecunda. Trepó con exuberancia. Se vio a sí misma, primero con un asombrado disgusto y después con resignación, trepando hasta los aleros de su pequeña casa, sin pausa, sin resquicio, amenazando exuberantemente con asfixiar las mismas chimeneas. Al principio deploraba esta abundancia ininterrumpida, pues no podía dejar de ver que debajo de ella el tejado familiar se iba pudriendo un poco, y a veces, aunque hacía tímidos esfuerzos por impedirlo, una lluvia bastante triste de incomodidad se filtraba y empañaba el brillo de las cosas. Las buenas criadas no querían venir a un hogar tan atestado. Los hijos que ya estaban sufrían por causa de los que pronto iban a estar. Era una lástima, pensaba ella, que al producir un nuevo hijo no se pudiera producir simultáneamente una nueva madre para él, de modo que estuviera tan bien cuidado como lo había estado el primero. Podía zurcirles los calcetines, porque eso podía hacerse tumbada en el sofá, pero nunca estaba segura de ninguna otra cosa que les concerniera. Y había tantas cosas, tantas infinitas cosas vitales de las que ocuparse para que los bebés prosperasen. Y cuando los primeros crecieron y podría haber empezado esas expediciones y comuniones íntimas con ellos que solía planear, descubrió que eso también era imposible, pues estaba tan profundamente ocupada en proporcionarles más hermanos y hermanas que era incapaz de moverse.

Los días entre su primer y su segundo hijo fueron los mejores. Todavía tenía fuerzas para bañar a Robertlet cada noche y prepararle la comida, y vigilarlo de cerca la mayor parte del tiempo; además, era solo uno, y fácil de atender. Y era tan exacto y puntual en sus costumbres que parecía un reloj al que se le daba cuerda a intervalos regulares y que luego, una lo sabía, seguiría andando por sí solo; y su ropa, naturalmente, era toda nueva y apenas necesitaba arreglos; y todavía tenía a Ilse, que no se casó hasta un año después; y se había persuadido a sí misma, pues una tiene que persuadirse de algo, de que después de este próximo bebé habría una pausa.

Esta persuasión, y las pocas admoniciones que Edward Ingram le había lanzado aquella tarde, la ayudaron extraordinariamente. Se dejaba animar al valor y al entusiasmo con tanta facilidad que fue capaz de olvidar la mayoría de sus miedos e incomodidades en la nueva tarea de adiestrar su mente para triunfar sobre su cuerpo, y aquel invierno y aquella primavera dio cuenta de una sorprendente cantidad de lecturas variadas; y cuando por fin, en el mes de mayo siguiente, le llegó la hora, marchó casi temerariamente, con las dos trenzas ya colgándole por la espalda, la cabeza bien alta y los ojos muy abiertos y brillantes, hacia el fatídico dormitorio donde la Muerte, suponía ella, aunque se negaba a que le importase, esperaba sentada para ver si esta vez no conseguía llevársela, tan llena estaba del espíritu que llevaba seis meses cultivando de orgullosa determinación de no dejarse vencer.

Sin embargo, fue vencida.

Fue la ausencia de pausas lo que la venció. Pasó a estar, como decía la expresión alemana, en un continuo estado de bendición. Pasó también a estar continuamente más exangüe. Hundiéndose poco a poco, cada vez con menos energía a medida que un hijo tras otro la iba agotando, dejó de leer, abandonando primero lo más difícil. El *Hibbert Journal* desapareció casi de inmediato. Pronto el *Times* se miraba con languidez y no se abría. La *National Review* le daba dolor de oídos. Pronto estuvo demasiado agotada incluso para

el *Spectator*. El *Clarion* duró más, pero un creciente disgusto por su tono acabó por hacer que también lo abandonara. Porque se estaba volviendo decididamente religiosa; iba dejando de criticar o de preguntarse el porqué. Se pasaba horas contemplando la belleza de la aquiescencia. Le daba una satisfacción blanda, sin huesos. Cuanto más anémica se ponía, más fácil le parecía la religión. Era con mucho lo menos difícil ser pasiva, ceder, no pensar, no decidir, no querer nunca explicaciones. Y todo el mundo la alababa. ¡Qué agradable era eso! La baronesa Glambeck lo aprobaba, Frau Dosch lo aprobaba a voces. La Frau Dremmel mayor salía dos veces al año y aprobaba en silencio a una madre cuya prole se le parecía tan asombrosamente a ella misma; y en cuanto a Kökensee, la miraba con el respeto debido a una persona que se iba haciendo proverbial. Es verdad que Robert parecía quererla algo menos que más, pese a que ella merecía evidentemente ser querida más que nunca ahora que estaba de acuerdo con él en materia de Providencia; aunque tampoco era del todo justo decir eso, pues nadie podía ser más amable que él cuando no estaba ocupado. Y estaba ocupado de la mañana a la noche. Qué agradable era eso, pensaba ella con las manos cruzadas; siempre le había parecido bien estar ocupada.

De sus seis hijos, Robertlet prosperó, y también la hermana que vino después de él. Los dos siguientes murieron: uno lo hizo con audacia, de paperas, cosa que nunca antes se había logrado y que interesó enormemente al médico, quien le auguró un futuro memorable si es que hubiera tenido alguno; y el otro, de forma más explicable, al caerse de la batea cuando su propia existencia dependía de que se quedara dentro de ella. Después se aficionaron a nacer muertos; dos de ellos lo hicieron así, uno tras otro; y fue tras el segundo cuando Ingeborg alcanzó su punto más bajo de vitalidad, y apenas se le podía sacar una frase que no incluyera la palabra cielo.

Cuando llevaba ya dos meses levantada y vestida y aun así seguía tendida en los sofás, entregada a la religión, Herr Dremmel, que era paciente pero que iba cobrando conciencia poco a poco de que había en su salón una atmósfera de *chapelle ardente* cuando entraba en él

con la inocente viveza de un hombre bueno que va a cenar, pensó que quizá lo mejor sería que viniera a aconsejar el médico de Meuk, que para entonces ya era una figura habitual en su vida; y así fue como Ingeborg se marchó a Zoppot, aquel hermoso y tonificante balneario junto al mar cerca de Danzig, dejando su hogar por primera vez desde su boda, y en verdad con toda la desgana de que era capaz una persona tan falta de voluntad como ella, pero enviada allí, sin hacer caso de su llorosa oposición, por el médico, que ni siquiera le permitió llevarse con ella a Robertlet y a Ditti.

Fue al cuidado de la enfermera que la había atendido después del nacimiento de Robertlet, y debía quedarse allí todo junio y todo julio, y también agosto y septiembre si hacía falta.

—Pero ¿qué harán sin mí? —seguía preguntando débilmente—. ¿Y mis deberes? ¿Cómo voy a dejarlo todo?

Las lágrimas le corrían por la cara al partir. Dio recuerdos de despedida a las dos criadas. Mandó llamar al sacristán, con quien últimamente había hecho amistad, e intentó hablar pero no pudo. Estrechó contra su corazón al impasible Robertlet y a Ditti tantas veces que llegaron a moverse a algo que casi se aproximaba a la actividad y la resistencia.

—Vuestras oraciones... ¿no olvidaréis lo que mamá os enseñó? —sollozó, como si se despidiera de ellos para siempre.

—Querido Robert —sollozó, aferrándose a él con la mejilla contra la suya, en el andén de Meuk donde él la despedía—, perdóname si he sido una mala esposa para ti. *Sí* que lo he intentado. No olvidarás... ¿verdad?... nunca... que *sí* lo intenté.

La enfermera le dio una cucharada de Brand's Meat Jelly. El viaje fue un viaje de gelatina combatiendo la aflicción. En todo el trayecto, cada recaída en la pena quedaba interrumpida al instante por la gelatina; y no fue hasta el atardecer, cuando llegaron a la pequeña pensión junto a la arena que iba a ser su hogar durante dos meses, y al asomarse Ingeborg a la ventana abierta y lanzar un grito breve ante la plena frescura, la salinidad y la belleza cambiante y

ondulante que se abalanzó sobre ella, cuando la enfermera tiró el resto de la lata y depositó toda su confianza en el mar.

Herr Dremmel regresó a su hogar sin esposa de un humor meditabundo. Mientras traqueteaba en el mismo carruaje, ahora algo más destartalado, en el que había traído a su novia siete años antes, se permitió, primero, un breve asombro ante los altibajos de las mujeres; de ahí pasó a considerar la superior fiabilidad de los productos químicos; de ahí, a su vez, pasó a reflexionar que, no obstante, la vida de un hombre debía estar adornada por los bordes, y que el adorno más satisfactorio era una esposa y una familia. Ingeborg, pese a sus altibajos, había sido una buena esposa para él, y no se arrepentía de habérsela sujetado a los bordes, pero claro que él también había hecho su parte y había sido un buen marido para ella. Pocos matrimonios, pensaba, podían haber sido tan armoniosos y tan logrados como el suyo. La quería como un hombre honrado debe querer a su esposa: a intervalos juiciosos. Siempre le tenía cariño, y le gustaba estar con ella cuando se encontraba bien. El dinero de ella —toda esposa debía tener un poco— le había ayudado mucho; en realidad, había hecho posibles la mayoría de los éxitos con que se habían recompensado sus trabajos, y ella le había dado un hijo al año, lo cual era, él lo sabía, el rendimiento máximo, y lo dejaba a él en buen lugar como ciudadano. Que cuatro de esos hijos no hubieran conseguido seguir con vida, y que los dos que sí lo habían conseguido tuvieran un parecido tan llamativo con su madre, persona a quien él sabía poco inteligente, eran desgracias, pero uno no se detenía en las desgracias; uno les daba la espalda, se marchaba y se ponía a trabajar. El hecho central de la vida, su núcleo de esplendor, se dijo a sí mismo mientras, ya en casa, colgaba el sombrero en el vestíbulo y se disponía a zambullirse con renovado apetito en su laboratorio, era el trabajo; pero, añadió al pasar junto a la puerta abierta de la sala de estar, y al recordarle su desorden las cosas domésticas, puesto que uno tenía que retirarse de vez en cuando del calor de esa gran luz central y refrescarse en algo más fresco, uno necesitaba un lugar de descanso donde el interés fuera más tenue, un anillo de tibieza relativa alrededor del

centro luminoso de la propia vida, y ese anillo lo proporcionaba excelentemente el objeto conocido comúnmente como el círculo familiar. Cuanto más duro trabajaba, cuanto con más ardor perseguía el conocimiento, más urgente era para un hombre la necesidad de intervalos de tibieza. Uno buscaba a su pequeña esposa y descansaba el cerebro; uno se sentaba al hijo sobre las rodillas; uno tiraba, tal vez, de la trenza de la hija.

La vida, para Herr Dremmel, era a la vez grande y sencilla. Durante los siete años de su matrimonio se había ido volviendo continuamente más así. Hubo tiempos que podía recordar, anteriores a aquel acontecimiento, en que había perdido de vista esta verdad en un confuso anhelo, períodos durante los cuales había anhelado con insistencia, momentos que, al recordarlos después, le asombraban, en que, floreciendo las lilas en el jardín y brotando el trigo tierno de los campos bajo el cálido sol de primavera, su laboratorio, aquel lugar de esperanzas y de visiones, le había parecido increíblemente puro hueso. El matrimonio había desterrado esas distorsiones de la percepción, y había vivido siete años con la plena y magnífica conciencia de la grandeza y la sencillez de la vida. Estaba blindado por su unidad de propósito. Nunca salía de su armadura para ser mezquino. Ni una sola vez, mientras Ingeborg, en un rincón alejado de la casa, temía haberlo herido, o haberlo ofendido, o haberle hecho pensar que no lo quería, se había sentido él herido u ofendido, ni había pensado nada por el estilo. Estaba absorto en grandes cosas, grandes intereses, grandes valores. No había sitio en sus pensamientos para meditar sobre asuntos menores. Los días no eran lo bastante anchos para contener lo que tenían que contener, y jamás se le habría ocurrido dedicar parte de su ya limitado espacio a preguntarse si lo habían herido. Sus ojos interesados, que examinaban, comparaban y criticaban cuidadosamente los fenómenos, no tenían tiempo para la introspección. A medida que pasaban los años y los éxitos seguían a su paciencia, su absorción y su sujeción al trabajo se hacían cada año más profundas; pues un hombre no tiene más que un puñado de años, y no puede vivir con demasiada curiosidad durante ese

breve lapso. Herr Dremmel le iba sacando cada año más a la Naturaleza, que solo pide que la obliguen a hablar. Iba acumulando experiencias y conocimientos de un interés y un valor tan grandes que todo lo demás resultaba trivial a su lado. El día que pasaba quedaba olvidado en el interés del día por venir. El futuro era aquello de lo que su cerebro se ocupaba perpetuamente, y un ojo que recorre con creciente perspicacia una visión cada vez más espléndida y detallada no puede observar —sería una interrupción, un desperdicio observar— las fluctuaciones de humor de, por ejemplo, una familia o una parroquia.

Las esposas, los hijos y las parroquias son adornos, obligaciones y medios de sustento. Son lo que un hombre tiene además, pero solo además. Herr Dremmel, durante esos años, había adiestrado a su parroquia para que fuera discreta a cambio de su propia discreción, y, pese a la ocasional inquietud por parte del barón Glambeck, que seguía, de cuando en cuando, alegando que la parroquia se estaba volviendo pagana y mostraba la ufana satisfacción propia de esa condición, tratando de convencer a las autoridades de que lo trasladasen a otra parte, estaba más firmemente establecido que nunca en el corazón de un rebaño que solo quería que lo dejasen en paz; y en cuanto a su esposa y sus hijos, los consideraba con benevolencia como el cimiento necesario de su existencia, los aireados sótanos que mantenían la fábrica de arriba fresca y seca. Como los sótanos, había que tenerlos, y uno se alegraba cuando eran buenos, pero no se vivía en ellos. Como hombre sabio que deseaba hacer una gran obra antes de que lo alcanzaran las incapacidades de la muerte, había dispuesto su vida de modo que contuviera amor suficiente para poder olvidarse del amor. No es prescindiendo, sino teniendo, como uno puede vaciar su mente de deseo —esto lo había llegado a saber muy bien desde su matrimonio —; y solo la mente vaciada puede lograr algo en absoluto en la gran obra de ayudar al mundo a avanzar más deprisa en su camino hacia la luz.

Durante algunas semanas después de la partida de Ingeborg, fue inmensamente ajeno a su ausencia. Era junio, ese mes atareado

para quien tiene campos de experimentación; y las pequeñas incomodidades domésticas, como las comidas mal servidas y a deshora y las habitaciones cada vez menos desempolvadas, no le llamaron nunca la atención. Salía de su laboratorio después de una buena mañana de trabajo con un espíritu muy parecido al que embarga al novio que sale de su alcoba, persona a la que los detalles no pueden tocar, y comía con gusto cualquier alimento que encontraba por ahí tirado y se marchaba a sus campos casi antes de que Robertlet y Ditti hubieran acabado de bregar con sus baberos y de decir su bendición preliminar.

Los niños, sin embargo, no se aprovecharon vilmente de que los dejaran a su aire. Robertlet no se volvió contra Ditti para arrebatarle la cena solo porque ella fuera niña; Ditti no escondió en el bolsillo más de lo que le correspondía de pudin como consuelo para las vacías horas de la tarde. Se sentaban en silencio a despachar la comida, usando el cuchillo para comer en vez del tenedor, pues el cuchillo antes que el tenedor lo llevaban en la sangre, e imperturbables ante el modo en que los trozos que con tanto cuidado habían ido persiguiendo por todo el plato acababan cayendo por el borde sobre el mantel. Eran niños pacientes, y cuando eso ocurría no hacían ningún comentario, sino que, dejando también ellos caer el cuchillo sobre el mantel, recogían los trozos con los dedos y se los comían. Al final, Ditti decía la acción de gracias de cierre tal como su madre se la había enseñado, después de que Robertlet hubiera oficiado la de apertura, y ambos permanecían de pie detrás de sus sillas con los ojos cerrados mientras ella expresaba en alemán su gratitud al querido Salvador que había tenido la amabilidad de ser su invitado en aquella ocasión, y, al llegar al Amén, al que Robertlet se sumaba, no se abalanzaban el uno sobre el otro para pelear, como podrían haber hecho otros niños sin pastor y llenos de carne y pudin, sino que salían de la habitación en fila y con seriedad y se iban a la cocina a pedirle a la criada Rosa, que era quien habría sido su niñera de haber tenido una, que los acompañara a su dormitorio y vigilara que se lavaran los dientes.

Se pasaban las tardes sin ser traviesos.

Herr Dremmel, en consecuencia, gracias a esa salud y sobriedad de sus hijos y a su propia indiferencia hacia su propio bienestar, no tenía las preocupaciones domésticas que suelen engullir a otros hombres cuya esposa está ausente, y no fue hasta que julio se acercaba a su fin y una larga sequía le impuso el ocio cuando la imagen de Ingeborg empezó a abrirse paso por las rendijas de su trabajo.

Al principio pensaba en ella como madre, como alguien pesado, siempre recuperándose de una enfermedad o preparándose para otra; pero pronto empezó a pensar en ella como esposa, como su esposa, como el complemento adecuado y el descanso de toda esa fatiga encerrada en un laboratorio gris. Pensada así, parecía volverse más luminosa y más ligera, y para cuando recibió una carta preguntando si podía quedarse otra quincena más para completar lo que estaba siendo una cura a fondo, la tenía tan luminosamente presente en la mente que se sintió sumamente decepcionado.

Le escribió dándole el permiso que pedía, y descubrió que su casa parecía vacía y que una quincena era mucho tiempo. Se paseaba por el jardín en las tardes calurosas, fumando bajo los tilos donde él y ella, al principio, solían desayunar tan alegremente, y olvidó lo lenta de movimientos y de mente que había estado ella durante varios años, lo poco que en realidad la había visto, cómo su actitud hacia ella se había vuelto cada vez más una actitud de paciencia; y cuando entraba a cenar, cena que de pronto ya no le gustaba y que criticaba, lo que se descubría buscando no era la figura que solía encontrar tendida en silencio en el sofá, sino aquel ser rápido, ligero, revoloteante, que se reía y le tiraba de las orejas, la Ingeborg de los principios, su ovejita.

El día en que ella volvía a casa, aunque estaba en pleno apogeo de la siega y las primeras muestras del grano del año le esperaban sobre la mesa para ser examinadas, dedicó la tarde entera a ir en coche hasta Meuk a recibirla, y esperó en el andén con una impaciente expectación que no sentía desde hacía años.

—No es bueno que el hombre esté solo —fueron sus primeras palabras mientras la abrazaba largamente en la puerta del vagón, mientras el mozo de la estación, en su afán por sacar el equipaje de mano y correr a atender a otros pasajeros, tenía que esperar a que terminara—. Ovejita, ¿cómo has podido estar tanto tiempo lejos del viejo pastor?

Tenía muy buen aspecto, pensó él: tostada por el sol y con muchas pecas nuevas, más rellenita, bastante joven, una dulce esposita para que un marido largamente solitario la viera volver a casa.

La subió con orgullo al carruaje y condujo por Meuk con un brazo alrededor de ella, agitando el otro hacia el médico, que pasó junto a ellos bromeando en su propio vehículo alto y tambaleante, y gritando: «¡Curada!».

El médico, sin embargo, pareció sorprendido al ver a Ingeborg, y no le devolvió la sonrisa, sino que los miró a ambos con expresión inescrutable.

Ella preguntó por el bienestar de los niños, y por si les habían lavado bien las orejas.

—¿Las orejas? —exclamó Herr Dremmel—. Y se puede saber, ¿qué tienen que ver las orejas ajenas con una pareja de esposos que se reúne de nuevo?

Ella esperaba, un poco apresuradamente, que Rosa y la cocinera hubieran sido buenas con él.

—¿Rosa y la cocinera? —exclamó él—. ¿Qué es esta charla de Rosa y la cocinera? Si no te callas con tus asuntos domésticos, te beso aquí mismo, en medio de la carretera abierta.

Ella dijo que nunca le había dado las gracias de verdad por haberla dejado ir a Zoppot y quedarse allí tanto tiempo.

—Demasiado tiempo, Pequeña —la interrumpió, atrayéndola más hacia sí—. Casi había olvidado qué esposita tan querida tengo.

—Pero ahora voy a compensarlo todo —dijo ella—, y a trabajar más de lo que he trabajado en toda mi vida.

—En hacer feliz al buen Robert —dijo él, pellizcándole la oreja.

—Y en hacer cosas por los niños. Es terrible pensar en ellos todo este tiempo sin mí. ¿Se han portado bien?

—Buenos como peces.

—Robert... ¿peces?

—Están bien, Pequeña, y felices. Ya basta de hablar de los niños. Cuéntame más bien de ti, cómo llenabas los días.

—Caminé, navegué, me bañé, tomé el sol e hice propósitos.

—Excelente. Esperaré el resultado con interés.

—Espero que te gusten. Sé que serán muy buenos para los niños.

Tenía un rostro tan serio que él se lo giró tomándola por la barbilla y lo escudriñó. Vista de cerca, siempre estaba más bonita, llena de delicadeza y del encanto de su piel suave y clara, y tras examinarla un momento con una sonrisa complacida, se inclinó y, después de todo, la besó.

Ella se ruborizó y se resistió.

—¿Cómo? —dijo él, divertido—. ¿La esposita se vuelve virginal otra vez?

—Me has torcido el sombrero —dijo ella, llevándose las manos para enderezarlo—. Robert, ¿cómo están los campos?

—No voy a hablar de los campos. Voy a hablar de ti.

—Oh, Robert. Sabes —añadió ella, nerviosa—, todavía no estoy *realmente* bien. Aún tengo que seguir tomando cosas fastidiosas... ese tónico, ya sabes. El médico de allí dijo que sigo estando anémica...

—La alimentaremos con tajadas del buey más fuerte.

—Así que no debes disgustarte si yo... si yo...

—A mí no me disgusta nada, con tal de tener otra vez en casa a mi pequeña esposa —dijo Herr Dremmel; y cuando la ayudó a bajar en los escalones de la casa parroquial, donde Robertlet y Ditti aguardaban en fila, tiesos y formales, inmóviles hasta que su madre estuviera lo bastante cerca para que le presentaran los ramilletes que sostenían, volvió a besarla, volvió a pellizcarle la oreja, y alabó a Dios en voz alta porque su viudez había terminado.

Tomaron el té, comida que hacía tiempo había sustituido al refrigerio más pesado del café, en un salón lleno de flores puestas por Rosa y la cocinera, y hasta el propio pastel, horneado para la ocasión, estaba sembrado de ellas. Herr Dremmel se recostó en el sofá detrás de la mesa con aire de plácido contento, con un brazo alrededor de su esposa, mientras Robertlet y Ditti, sobrecogidos por el esplendor de la decoración preparada para el regreso de su madre y por su propia ropa de domingo y sus baberos inmaculados, se sentaban enfrente, más completamente buenos que nunca. Desde su lado de la mesa, miraban sin pestañear a las dos personas del sofá: a su padre, cómodamente reclinado y de aspecto satisfecho, a quien conocían de una forma tan distinta, como un ser que siempre iba deprisa a algún otro sitio; a su madre, sentada muy erguida, con el velo subido por encima de la nariz, sirviendo el té y sonriéndoles y sin dejar de darles más mermelada y más leche y más pastel, incluso después de que, notando por sus propias sensaciones que el desbordamiento no podía andar lejos, le hubieran informado con angustiosas repeticiones de la palabra *satt*, que ella no parecía oír, de que ya se encontraban en un estado peligroso. Y se preguntaban vagamente por qué, cuando servía el té, le temblaba la mano y lo derramaba.

—Ahora —dijo Herr Dremmel cuando terminó la comida, levantándose y sacudiéndose las migas de los muchos pliegues que caracterizaban su ropa— voy a retirarme un rato a mi laboratorio.

Miró a Ingeborg y sonrió. —Imagínatelo —dijo—. El único consuelo que he tenido estos dos meses y medio ha sido en los brazos huesudos de mi laboratorio. Me cansan. Está bien volver a

tener en casa a la pequeña esposa. Un hombre, para hacer su trabajo, necesita tener la vida completa, equipada en todas sus direcciones. Su laboratorio le parece huesudo si además no tiene esposa; su esposa le parecería poco huesuda si además no tuviera laboratorio. Huesudo y blando, huesudo y blando: es el vaivén del péndulo de la vida del hombre sabio. —Y se inclinó sobre ella y volvió a levantarle la cara poniéndole el dedo bajo la barbilla—. ¿No es así, Pequeña? —preguntó, sonriendo.

—Supongo que sí —dijo Ingeborg.

—¡Supones que sí!

Se rio, le tiró de un mechón de pelo escapado, y se marchó muy contento, y se sumergió felizmente en los platillos de grano nuevo que esperaban ser pesados y contados.

Era una hermosa tarde de agosto, y tenía las ventanas abiertas, pues no había viento que le desordenara los papeles, y se alegró cuando al poco advirtió, con el rabillo del ojo apartado un instante de su trabajo, que su esposa había salido al sendero de abajo y caminaba de un lado a otro por él, tal como solía hacer antes de que empezara el período más agudo del sofá y el interés por la vida más allá de la tumba.

Le gustaba verla allí. Había un talud de hierba que subía desde el sendero hasta justo debajo de sus ventanas, y poniéndose de puntillas en lo alto de él y estirando un brazo todo lo que daba de sí, una apenas lograba dar unos golpecitos en el cristal. Recordaba cómo ella solía hacer esto cuando recién casados, en los días muy hermosos, para intentar tentarlo a salir de sus obligaciones y coquetear con ella entre las lilas. Le divertía descubrirse casi inclinado a desear que lo hiciera ahora, pues hacía mucho que no había coqueteos, y sentía que esta era una ocasión, esta vuelta a la normalidad, en que un poco de frivolidad en el jardín no sería inapropiada.

Pero Ingeborg, aunque se entretuvo allí casi media hora, ni siquiera levantó la vista. Deambulaba de un lado a otro por la fresca

sombra que la casa proyectaba sobre el sendero a esa hora de la tarde, sin sombrero, disfrutando en apariencia solo de la belleza de un día de verano que se inclinaba hacia su ocaso, y al poco él la olvidó, absorto en el vivo interés de lo que estaba haciendo; de modo que fue con la expresión sorprendida de quien ha olvidado algo y trata de recordarlo como la miró cuando, tras una llamada a la puerta que no había oído, la vio entrar y quedarse de pie en la esquina de la mesa, esperando a que él terminara de contar —proceso que realizaba en voz alta— hasta el final de la hilera de granos con la que estaba ocupado.

Sus pensamientos seguían aún principalmente con ellos cuando levantó la vista hacia ella tras terminar y anotar el resultado, pero también había en ellos sitio para un ligero asombro de que estuviera allí. Hacía años que no penetraba en su laboratorio. La habían amaestrado, tras un período de insurrecciones recurrentes, hasta hacerle respetar su santidad. Pero a él no le importó que lo interrumpieran en esta ocasión; al contrario, en cuanto hubo recobrado del todo la conciencia, se alegró. Aquella tarde había una gran calidez que embargaba a Herr Dremmel y que lo predisponía a no molestarse por nada. —¿Y bien, Pequeña? —dijo.

De inmediato, ella se puso a pronunciar algo que sonaba como un discurso. Él la miró con asombro. Parecía estar en un estado de extrema agitación; le hablaba deprisa, con voz trémula; estaba muy sofocada, y se agarraba al borde de la mesa. Fue tan repentino y tan atropellado que no se parecía a nada tanto como al brotar a borbotones del contenido, largo tiempo embotellado, de una botella demasiado llena, y él la miró con un asombro que durante un rato no le permitió captar el hilo de lo que decía.

Cuando por fin lo captó, ella ya había llegado a la palabra Ruinas.

—¿Ruinas? —repitió Herr Dremmel.

—Ruinas, ruinas. *Tiene* que acabar, *no puede* seguir así. Oh, lo vi tan claro durante la última parte del tiempo en Zoppot. Supongo que fue el viento del mar el que me despejó. Nuestra existencia, Robert,

nuestra existencia decentemente feliz en un hogar decentemente feliz con niños debidamente atendidos...

—Pero —la interrumpió Herr Dremmel, levantando la mano—, un momento... ¿qué es lo que tiene que acabar?

—Oh, ¿no ves que todo eso quedará en ruinas a nuestro alrededor... pero en *ruinas*, Robert... toda nuestra vida feliz... si sigo en esta... en esta desenfrenada carrera de... de maternidad desbocada?

Herr Dremmel se la quedó mirando. —¿Desbocada...? —empezó a decir; y luego repitió, tan profundo era su asombro—: Desenfrenada carrera de... Ingeborg, ¿has dicho maternidad desbocada?

—Sí —dijo Ingeborg, apretándose las manos, visiblemente agitadísima—. Me lo aprendí de memoria en Zoppot, a propósito, para decírtelo. Sabía que si no lo hacía nada más entrar en esta habitación, olvidaría todo lo que quería decir. Ya sé que suena ridículo, la forma en que lo digo...

—¿Maternidad desbocada? —repitió Herr Dremmel—. Pero... ¿no eres tú la esposa de un pastor?

—Oh, sí, sí... lo sé, lo sé. Sé que está el Deber y la Providencia, pero también estoy yo... también estoy yo. Y, Robert, ¿es que no lo ves? Volveremos a ser felices si estoy bien, volveremos a ser dos personas de verdad en vez de una persona y un pedacito de otra... tú y una cosa maltrecha en un sofá...

—Ingeborg, ¿llamas a una esposa y una madre que cumple con sus obligaciones una cosa maltrecha en un sofá?

—Sí —dijo Ingeborg, apresurándose a llegar a la frase principal de las que había preparado en Zoppot y aprendido de memoria, aferrándose desesperadamente a ella antes de que las preguntas de Robert le minaran el valor y le enturbiaran las cuestiones—. Sí, y he llegado a la conclusión, tras madura meditación... tras madura, sí... de que la producción de los... de los... sí, de los ya extintos —(muertos le pareció una palabra poco amable, casi grosera)— es un

derroche, y que... y que..... Oh, Robert —exclamó, abriendo los brazos y dejando escapar todo lo demás que había aprendido a decir —, ¿no crees que esta persistente paternidad podría terminar ya?

Él la miró fijamente con total estupefacción.

—Es que... a mí *no me sienta bien* —dijo ella, con lágrimas en la voz y en sus ojos ansiosos y suplicantes.

—¿He de entend—

—De todos modos, *yo* no puedo seguir —exclamó, retorciéndose los dedos con angustia—. Queda tan poco de mí con lo que seguir. Cada día soy más tonta. Ya no me queda cerebro. Ya no me queda nada de nada. Si hasta me cuesta reunir el valor para decirte esto. Oh, Robert —suplicó—, no es que a ti te haga *realmente* más feliz... en realidad no te fijas *demasiado* en los niños cuando están delante... no es que haga a nadie *realmente* más feliz... y... y... lo siento muchísimo, pero he terminado.

Y se dejó caer al suelo junto a él y apoyó la mejilla contra su manga, tratando de compensar con besos y con aferrarse a ella su rebelión contra aquella extraña y tremenda combinación de Deber y Providencia que tanto pesaba sobre su vida. «Si tan solo no te *importara*...», seguía diciendo.

Pero Herr Dremmel, por primera vez desde que la conocía, se sintió profundamente ofendido, profundamente herido. Ella le había traspasado la armadura justo en el único punto vulnerable. Su hombría se sintió ultrajada; su bondad, su paciencia, su cariño quedaron olvidados y despreciados. Bajó la vista hacia la cabeza apoyada contra su brazo con un rostro en el que pugnaban el orgullo herido, la ira, la conmoción ante tan grande desafío al deber, y el estupefacto agravio de aquel cuyos dones y bendiciones no son deseados. Entonces, como ella seguía aferrada a él y sugiriendo incoherentemente que no le importara, se levantó, la tomó de la mano, la ayudó a ponerse en pie y la condujo hasta la puerta; y allí, tras encararla un momento en silencio con la puerta abierta en la mano mientras ella permanecía parpadeando hacia él con ojos

suplicantes, dijo terriblemente: —Evidentemente, tú no me quieres ni me has querido nunca.

Capítulo XXIII

Ingeborg se escabulló por el pasillo con el sonido de la llave girando en la cerradura resonándole aún en los oídos.

Estaba deshecha. ¡Que Robert pensara que nunca lo había querido, que ni siquiera la dejara decirle cuánto lo había querido y lo quería! Se quedó mirando por la ventanita al pie de la escalera las desordenadas hortalizas del huerto. Esta era la calidad de la vida: coles de Bruselas, y una puerta que se cerraba con llave a la espalda de una. Todo era gris y difícil y trágico. Había herido a Robert, lo había ofendido. Él estaba allí dentro pensando que ella no lo quería. Lo que él había dicho resultaba especialmente demoledor viniendo de una boca que siempre había sido amable. Y sin embargo, ¿qué otra cosa cabía hacer? La alternativa, según parecía, era que alguien muriera; y si los niños vivían, sobrevendría la muerte del espíritu, la decadencia de todas las cosas hermosas del hogar, el oscurecimiento de toda luz; habría abandono, apatía, un absoluto echarse a perder. Pero se sentía culpable, con la conciencia atenazada. Ya no estaba segura de tener razón. Quizá fuera en verdad su deber seguir adelante, quizá fuera en verdad malvada y cruel. La claridad de visión que había tenido en Zoppot se le había enturbiado; estaba confusa, infinitamente afligida. Y sin embargo, a través de la aflicción y la confusión, algo seguía punzándola como una lancecilla de luz, y siempre apuntaba en esa única dirección...

Permanecía apoyada contra la pared junto a la ventana abierta, una mísera mezcla de duda y convicción, remordimiento y determinación. Toda su vida había sido servil, servil con esas súbitas

y raras insurrecciones tremendas que trastornan a ciertas naturalezas criadas en la servidumbre, tempestades repentinas más devastadoras que la lucha constante de los rebeldes sistemáticos. Sus insurrecciones hacían época. Cuando ocurrían, cambiaban el destino de toda una familia. Padres y maridos no estaban preparados para nada que no fuera la continua aquiescencia de alguien tan constantemente complaciente. En lo que a ella se refería, todos sentían que podían dormir tranquilos en sus camas. Entonces aquel ser obediente, aquella criatura dócil e incapaz de llevar la contraria regresaba, por ejemplo, de un viaje ilícito al extranjero, prometida a un desconocido extranjero, y de algún modo, pese a la más violenta oposición, se casaba con él; o bien, como en esta segunda convulsión volcánica, sin preliminar alguno, se negaba en redondo —tal fue, en la mente de Herr Dremmel, el efecto final de su incoherencia: una redondez total en la negativa— a vivir con su marido como esposa.

Al otro lado de la puerta cerrada, su ira era tan grande como la afligida confusión de ella al otro lado. Iba a ser su esposa, pero no su esposa. Bajo su propio techo. Una irritación perpetua. Ella había decretado, esa mujer que no tenía nada que decretar, que no habría más Dremmel. La indignación del antepasado frustrado pesaba sobre él. Su torcimiento moral lo escandalizaba, su desprecio por el toma y daca necesario para que una comunidad civilizada siga siendo eficiente. ¿Cómo iba a trabajar con ese recordatorio constante, en su propia casa, de sus antiguas placideces? Ya había empezado, la molestia, el estorbo, pues ahí estaba él, sentado ante sus muestras, cometiendo errores al pesar, sumando mal, obligado por resultados humillantemente distintos cada vez a contar los granos una y otra vez.

Empujado por la tensión de la situación hacia la injusticia, recordó con una especie de cariño amargo a aquellas viudas que tan reconfortantemente habían ensombrecido su pasado antes de casarse, la paz de ánimo que le habían procurado su polvorienta huesudez, su mustia condición tocada de toca. Habían sido, comprendía ahora, como una persiana oscura que le protegía los

ojos del resplandor atormentador de un exceso de vida doméstica. La más furibunda de aquella negra y bendita cofradía había sido mejor que este amenazador exceso de vínculo conyugal. Ninguna se había interpuesto jamás entre él y su firme avance hacia delante. Ni una sola vez le había hecho ninguna contar sus granos dos veces. Un hombre que desea trabajar, se dijo, debe librar su vida de mujeres; de todas las mujeres, es decir... pues hay ciertas acciones elementales relacionadas con las cacerolas y con hacer las camas que solo las mujeres saben hacer... salvo las viudas. Una esposa que no es esposa y que sin embargo insiste en parecer que lo es no puede ser sino un acicate y una carga para un hombre honrado. O bien debía parecer una mujer gastada y acabada, o bien debía seguir desempeñando sus honrosas funciones hasta el momento en que desarrollara esa falta de atractivo físico que la situaba definitivamente en la lista de las mujeres que uno respeta. Que Ingeborg escogiera precisamente el momento en que parecía más joven y más rolliza que nunca para rebelarse contra el Deber y la Providencia le pareció, en su primer arrebato de ira, deliberadamente malicioso. Estaba estupefacto. No podía creer que lo estuvieran llamando a apartarse de su importante y serio trabajo, sacándolo de él justo cuando iba tan bien, para hacerle daño, para que conociera el dolor, y precisamente por ella, entre todas las personas del mundo, a quien solía llamar —¿acaso no había sido bondadoso?— su ovejita. ¡Que lo hiriera su propia oveja! ¡Que lo hiriera con tal violencia que los golpes lo sacudieran de verdad justo en el momento de mayor cariño hacia ella, de mayor alegría por su regreso, de hundir las manos con mayor confianza en el consuelo de su lana!

Herr Dremmel estaba estupefacto.

Permaneció en su laboratorio en ese estado hasta la cena; luego, durante la comida, leyó con atención un libro que apoyó frente a él contra la hogaza de pan, mientras Ingeborg, atendiéndolo con la ansiosa destreza de quien tiene la conciencia intranquila, buscaba con el rabillo de sus ojos enrojecidos alguna señal de perdón.

Después de la cena se quedó en su laboratorio hasta pasada la medianoche, todavía estupefacto, reducido por fin a pasearse de un lado a otro de aquel templo sereno de infatigables intentos por fijar las causas últimas, considerando cuál sería la mejor manera de hacer entrar en razón a su esposa.

El asunto de hacer entrar en razón a una mujer siempre le había parecido la manera más extravagante de malgastar un buen tiempo. Tener que discutir, argumentar, explicar, amenazar, conjurar, solo para volver al punto del que nadie debería haber partido jamás, era la más necia de todas las necias necesidades. Volvió a enfurecerse ante la idea de tener cerca a una esposa intratable e incumplidora de sus deberes, y reconoció la aguda necesidad de mantenerse libre de la puerilidad femenina, del egotismo, de las imprevisibles reacciones elásticas, si un hombre pretendía trabajar. En su estado de agitación le parecía del todo monstruoso que el mundo entero quedara borrado, el vasto y espléndido mundo de magníficas oportunidades y de intereses dilatados, aunque solo fuera por un día, aunque solo fuera por una hora, por el poder de incomodarlo, por el poder de obligarlo a concentrar el cerebro en una situación irrelevante, de una sola mujercita.

Fue a su dormitorio hacia las doce y media, decidido a no tolerar más tonterías. La haría entrar en razón allí mismo, por el camino más corto posible. Lo resolvería aunque tuviera que llegar a la severidad, y acabaría con ello de una vez. Él era el amo, y si ella lo obligaba a subrayar el hecho, lo haría.

Llevando la lámpara, fue a su dormitorio con los pasos firmes de quien ha dejado de estar dispuesto a aguantar las cosas.

Pero el dormitorio estaba vacío. Estaba tan gélidamente desprovisto de rastros de esposa como lo llevaba estando desde principios de junio.

«Esto es mezquino», pensó Herr Dremmel, sintiendo que la ofensa era ya tan grande que resultaba ridícula; y decidido a descubrir en qué fortaleza se había refugiado y a sacarla de allí, recorrió la casa

con la lámpara en la mano, tenazmente, buscándola, comenzando con la paciencia minuciosa de quien está acostumbrado a la investigación por la cocina, donde tímidas cucarachas lo espiaban por detrás de las patas de las mesas, examinando la sala, cargada con el agotamiento de un día ya terminado, penetrando en un cuarto donde Rosa y la cocinera se incorporaron en sus camas para mirarlo con un horror indecible, y tropezando por fin al subir la estrecha escalera hasta donde Robertlet y Ditti dormían el sueño de los invariablemente justos.

Allí, en una tercera camita de tijera, yacía su esposa incumplidora, con la cara vuelta hacia la pared, el cuerpo compuesto en un exceso de inmovilidad.

—¡Ingeborg! —llamó, sosteniendo la lámpara en alto sobre la cabeza.

Pero ella no se movió.

—¡Ingeborg! —volvió a llamar.

Pero jamás durmió mujer tan profundamente.

Cruzó hasta la cama y se inclinó, escrutando su rostro a la luz de la lámpara. Lo tenía casi todo hundido en la almohada, pero el único ojo visible estaba fuertemente cerrado, más inmensamente dormido que ningún ojo que hubiera visto jamás.

La indiferencia capaz de dormir mientras su marido ultrajado la buscaba lo indignó. Sin hacer más intentos por despertarla, giró sobre sus talones y, cerrando de un portazo tras de sí, volvió a bajar.

—Esos son ladrones, por fin —comentó Ditti, que llevaba años esperándolos, sacada de sus sueños —buenos sueños— por el ruido de la puerta.

—Sí —dijo Robertlet, también arrancado de unos sueños que le hacían honor.

—Ahora tenemos que meternos debajo de la ropa de cama —dijo Ditti, que hacía tiempo había decidido cuál era la actuación correcta.

—Sí —dijo Robertlet.

—No hace falta —dijo Ingeborg desde la oscuridad (los dos se sobresaltaron, habían olvidado que ella estaba allí)—, era solo papá.

Pero la idea de que papá subiera a su cuarto y diera un portazo en plena noche los llenó, por su misma rareza, de una inquietud aún mayor; habrían preferido ladrones; y tras quedarse un rato callados y portándose bien, se retiraron uno tras otro, con el mayor sigilo posible, bajo el amparo de la ropa de cama, donde aguardaron con pulcra paciencia lo próximo que pudiera hacer papá, hasta que, sofocados pero sin quejarse, se durmieron de nuevo.

Siguieron unos días de tirantez en la casa parroquial de Kökensee.

Herr Dremmel se retiró a un extremo de silencio, no hizo alusión alguna a aquellos lamentables incidentes, se convirtió en las comidas en una mera figura tras un periódico, y en los demás momentos sencillamente no estaba.

Había decidido que no malgastaría sus energías en la ira. En cuanto tuviera ocasión iría en coche a Meuk, visitaría al médico y, tras explicarle el efecto que Zoppot —un lugar que se suponía debía curarla— había tenido sobre su esposa, le pediría que recetara ahora una cura para la cura. Era asunto de Ingeborg acudir a su marido y pedirle perdón, y él le concedería esos pocos días para hacerlo. Si no lo hacía, sabría, tras consultar con el médico, qué rumbo tomar: si el de la severidad, o si, dejando de lado su hombría, no sería más bien ocasión de andarse con mimos. Era, después de todo, demasiado humano para recurrir a escenas sin sanción médica. Quizá lo que ella necesitaba fuera solo un correctivo a Zoppot. Existía algo así como un exceso de salubridad.

Una vez tomada la decisión, se sintió más calmado, capaz de volver a trabajar sabiendo que en pocos días tendría claro, con la ayuda del médico, qué debía hacerse; e Ingeborg no tenía de qué quejarse, salvo de que él no quisiera hablar. Varias veces intentó reabrir el asunto tan apresuradamente cerrado, pero ante su

monumental silencio no llegó nunca más allá de un «Pero, Robert...».

Llevaba a los niños de excursión al bosque, y aunque ellos no charlaban alegremente entre sí ni jugaban a nada, ella iba pensando en todas las maneras realmente hábiles de inducirlo a una discusión razonable. Sabía que había hecho una primera aparición lamentable en el *papel* de madre menguante, pero qué difícil era hablar con objetividad cuando una se sentía abrumada. Y luego estaban las lágrimas. Una mujer lloraba, y menudo lastre era eso. Antes de llegar al primer punto y coma de cualquier discurso vital con el propio marido, una se deshacía en lágrimas, pensaba Ingeborg, avergonzada y resentida; y Robert se volvía tan calmado y paciente, tan desconcertantemente calmado y paciente ante el llanto; se quedaba allí sentado como un gran dios, ajeno a la aflicción humana, esperando el regreso de la razón. Era verdad que también él lloraba a veces, pero solo por cosas peculiares, como las Nochebuenas y los hijos, si eran suficientemente recién nacidos: cosas que sin duda entraban en la categoría de lo alegre, o a lo sumo de lo alegremente conmovedor; pero jamás lloraba por estas grandes cuestiones importantes, estas cuestiones de las que pendía toda la felicidad de una. La vida sería más fácil, pensaba ella, si maridos y esposas tuvieran el mismo gusto en materia de lágrimas.

Cuatro días después de su regreso a casa, le pidió que la perdonara.

Fue al final de la cena; él acababa de retirar el libro de la hogaza que lo sostenía y se disponía a levantarse cuando ella cruzó corriendo hacia él con la rapidez de la desesperación, lo asió por las dos mangas y dijo: —Perdóname.

Él la miró con un destello en los ojos: no tendría que ir a Meuk después de todo.

—Hazlo —suplicó ella—. ¡Robert! ¡Hazlo! Sabes que te quiero. Soy tan desdichada por haberte herido. Anda, seamos amigos. ¿Verdad que sí?

—¿Amigos? —repitió Herr Dremmel, echándose atrás—. ¿Es eso todo lo que tienes que decirme?

—Oh, seamos amigos. No puedo soportar esto.

—Ingeborg —dijo él con la severidad de la decepción, sacando las mangas de entre sus manos y dirigiéndose a la puerta—, ¿todavía no has descubierto que un verdadero marido y una verdadera esposa nunca pueden ser amigos?

—Oh, pero qué espantoso —dijo Ingeborg, dejando caer las manos a los lados y mirándolo fijamente mientras él salía.

Hacia el final de la semana, cuando sus meditaciones solitarias seguían sin producir sugerencia alguna de utilidad para borrar la mancha que sin duda pesaba sobre ella, pensó que iría a Meuk a pedir consejo al médico. Él siempre había sido bueno con ella, amable y comprensivo. Acudiría a él más con el espíritu de quien acude a un sacerdote que al de quien acude a un médico, y le preguntaría con seriedad qué debía hacer para salvarse.

Encontraba la situación en casa insoportable. Si el médico le decía que era su deber seguir teniendo hijos, y que había sido pura casualidad que los dos últimos nacieran muertos, retomaría su carrera. Era una carrera miserable, algo terrible y mutilado, pero menos miserable que la duda de si no estaría siendo malvada y Robert estuviera siendo del todo justo. No en vano era hija de un obispo, y había disfrutado durante veintidós años de los privilegios de un hogar cristiano. También sabía bien que la opinión pública de Kökensee y de Glambeck estaría en su contra en este asunto de rebelión, y se sentía demasiado débil para plantar cara ella sola a esas grandes fuerzas. Nunca había sido capaz de resistir mucho tiempo la desaprobación prolongada; ni tampoco había sido nunca capaz de soportar que la gente a su alrededor no fuera feliz. Para el final de la semana estaba tan desdichada y tan llena de dudas que decidió depositar su confianza en Meuk y atenerse a la decisión de su médico; y así fue como se puso en camino para el trayecto de

ocho kilómetros a pie hasta allí el mismo día en que Herr Dremmel iba en coche.

Robert se había marchado en coche a media mañana, con bocadillos para él y para el cochero, en dirección al campo de experimentación, diciéndole que no volvería hasta el atardecer, así que ella aprovechó la ocasión propicia y, también armada de bocadillos, se puso en camino hacia Meuk poco después de las doce. La hora de consulta del médico era, ella lo sabía, de dos a tres, y si llegaba puntualmente a las dos podría hablar con él, tener su destino decidido, y estar de vuelta en casa a las cuatro.

Caminó bordeando los centenales ya segados, comiéndose los bocadillos según avanzaba, negándose a pensar durante esa breve hora y media en las dificultades de la vida. Su mente estaba fatigada de ellas. Las apartaría de sí durante ese único paseo. Era el más luminoso de los mediodías de agosto. El mundo parecía colmado de todos los elementos de la felicidad. Algunas personas, probablemente amigos de los Glambeck, cazaban perdices sobre los rastrojos. Los campos de altramuces estaban en pleno esplendor, y su peculiar aroma anaranjado la acompañó durante todo el camino. Había que atravesar un kilómetro y medio de senda arenosa, y luego venían unos seis buenos kilómetros de carretera blanca y dura entre serbales silvestres que empezaban a enrojecer, hasta Meuk. Caminando en aquel calor claro y fresco, tan luminoso de colores, tan dulce de aromas, no pudo sino irse encendiendo poco a poco, y para cuando llegó a casa del médico, por más marchito que estuviera su ánimo, el resto de ella estaba tan sonrosado que la criada que le abrió la puerta intentó desviarla de la sala de espera hacia el otro extremo del pasillo, convencida de que a lo que había venido no podía ser el médico, sino una animada visita a la esposa del médico. Entró en la sala de espera, un lugar sombrío, con mucho el efecto de un rayo de luz que atraviesa la niebla; y allí, sentado a la mesa, hojeando las manoseadas y viejas pilas de semanarios ilustrados, encontró a Herr Dremmel. Por un momento se quedaron mirándose el uno al otro.

No había nadie más allí. A través de las puertas correderas se oía el murmullo de un paciente en consulta en la habitación de al lado. Meuk no solía ser un lugar de enfermos, y nueve de cada diez veces el médico leía su periódico sin que nadie lo molestara entre las dos y las tres; esta era la décima vez, y aunque acababan de dar las dos, ya tenía un paciente con él.

Herr Dremmel e Ingeborg se quedaron mirándose un momento sin hablar. Luego dijo él, súbitamente irritado al comprender que ella había venido a Meuk sin pedirle permiso: —No me dijiste que venías aquí.

—No —dijo Ingeborg.

—¿Por qué has venido?

Ella se sentó tan discretamente como pudo en el borde de una silla en un rincón y se aferró a su sombrilla. Era lo más embarazoso del mundo encontrarse con Robert allí.

—Yo... yo solo pensé que vendría —murmuró ella.

—No tienes aspecto de estar enferma. Esta mañana no estabas enferma.

—Es... psicológico —murmuró Ingeborg, desconcertada, aferrándose a la primera palabra que le cruzó su indisciplinado cerebro.

—¿Psico...?

—¿Estás enfermo *tú*, Robert? —preguntó ella, súbitamente ansiosa—. ¿Por qué has venido *tú*?

—Mi querida esposa, eso es asunto mío —dijo Herr Dremmel, a quien la presencia de ella tenía particularmente molesto y desconcertado.

—Oh —murmuró Ingeborg. Nunca hasta entonces se había oído llamar su querida esposa, y sintió la inmensidad de su relegación al lugar que le correspondía.

Él hojeó nerviosamente las páginas del *Fliegende Blätter*; ella se aferró más fuerte a lo que parecía ser su única amiga, la sombrilla.

—¿Has venido andando? —preguntó él al poco, disparándole la pregunta como si fuera un arma.

—Sí... oh, sí —dijo Ingeborg, con apresurada mansedumbre.

¿A qué habría venido?, pensó Herr Dremmel, hojeando las páginas cada vez más deprisa. Ridículo fingir que necesitaba un médico. Sentada allí, con sus insólitas mejillas sonrosadas, parecía una lozana muchacha de dieciséis años... como mucho dieciocho.

¿A qué habría venido él?, pensaba Ingeborg, deseando que la vida no jugara con las coincidencias de manera tan inquietante, manteniendo cuidadosamente los ojos fijos en la alfombra. Entonces un súbito temor le saltó al corazón: ¿y si estaba enfermo? ¿Y si había empezado a padecer una de esas enfermedades grandes, decididas y oscuras que parecen segar a los hombres y hacer del mundo un lugar tan lleno de viudas? Había observado que por cada viudo en Kökensee y en los alrededores había diez viudas. Las mujeres parecían pasarse la vida achacosas, constantemente derribadas por una cosa tras otra, pero al menos seguían vivas; mientras que los hombres, que año tras año salían robustos a trabajar, morían tras un único golpe. «Quizá sea falta de práctica en ser golpeado», pensó; y miró ansiosamente por debajo de las pestañas a Robert, luchando contra el deseo de acercarse y suplicarle que le dijera qué le pasaba. Un instante más y habría ido, arrastrada por sus impulsos, de no haberse abierto de pronto las puertas correderas y aparecido el médico haciendo una reverencia.

—*Darf ich bitten*? —dijo el médico a Herr Dremmel, sin reparar en Ingeborg, a quien la media puerta que había abierto ocultaba de su vista—. Ah, es el Herr Pastor —añadió, ya con menos formalidad, al reconocerlo, y avanzó tendiéndole la mano—. Espero, amigo mío, que no le pase nada malo.

Herr Dremmel no respondió, sino que, agarrando el sombrero, hizo un movimiento anticipatorio hacia la sala de consulta; y el

médico, al volverse para seguirlo, distinguió a Ingeborg en su rincón detrás de la puerta.

—Ah, la Frau Pastor —dijo, haciendo otra reverencia y avanzando de nuevo con la mano tendida—. ¿Cuál de los dos —añadió, mirando de uno a otro— es el paciente?

Pero la espalda de Herr Dremmel, desapareciendo con determinación hacia la habitación contigua, sugería una necesidad acuciante de asistencia que no se apreciaba en la actitud retraída de su esposa.

—Me dirá usted la *verdad* sobre él, ¿verdad? —susurró ella, ansiosa—. ¿No me ocultará usted nada?

El médico puso cara grave. —¿Tan serio es? —preguntó; y se apresuró tras Herr Dremmel y cerró la puerta.

Ingeborg se sentó y esperó lo que le pareció un largo rato. Oía mucho murmullo, y con frecuencia ambas voces murmuraban a la vez, cosa que la desconcertaba. A veces, en efecto, dejaban de ser murmullos y se elevaban hasta un punto en que se volvían distinguibles —«Olvida usted que soy un pastor cristiano», oyó decir a Robert—, pero volvían a bajar, aunque nunca hasta una pausa, nunca hasta esos momentos de silencio durante los cuales cabría suponer que Robert sacaba la lengua o que le sondeaban alguna parte sospechosa de su persona. Se quedó allí sentada, preocupada y ansiosa, olvidados todos sus propios asuntos por ese temor de que algo anduviera mal con él; y cuando por fin volvió a abrirse la puerta y salieron los dos hombres, se levantó con ansiedad y dijo: —¿Y bien?

Herr Dremmel tenía un aspecto muy solemne; más enteramente solemne de lo que ella lo había visto jamás; casi como si ya hubiera alcanzado esa corona de la carrera de un hombre, ese toque final de todos, ese último regalo al mundo: una viuda y unos huérfanos. El rostro del médico era una cuidadosa máscara en blanco.

—¿Y bien? —repitió Ingeborg, muy alarmada.

—¿Desea la Frau Pastor consultarme también a mí? —preguntó el médico.

—Sí. Quería. Pero ya no importa realmente. Robert...

Herr Dremmel se estaba poniendo el sombrero con mucha firmeza y dirigiéndose hacia la puerta exterior sin despedirse del médico. —Te esperaré fuera y te llevaré a casa en coche, Ingeborg —dijo, sin volverse.

Ella se quedó mirándolo mientras se alejaba. —¿Está muy enfermo? —preguntó, volviéndose hacia el médico.

—No.

—¿No?

—No —dijo el médico, recalcándolo.

—Pero...

—Y usted también tiene muy buen aspecto. Le ruego que lo conserve. A juzgar por su aspecto, no es necesario que me consulte más. La acompañaré hasta su carruaje.

—Pero... —dijo Ingeborg, que se encontró con que le ofrecían un brazo y la conducían ceremoniosamente tras Robert.

—Tome usted su tónico, esté mucho al sol y no altere en nada su modo de vida actual —dijo el médico.

—Pero Robert...

—El Herr Pastor goza de excelente salud, y se entregará a su trabajo con más celo que nunca.

—Entonces, ¿por qué...

—Y la Frau Pastor cumplirá con su deber.

—Sí.

Ella se detuvo y le hizo frente. —Sí —dijo—, voy a cumplirlo, pero... ¿cuál es mi deber?

—Mi querida Frau Pastor, ya solo le queda uno. Ha cumplido usted con todos los demás. Su único deber ahora es mantenerse sana de cuerpo y de mente, proporcionar a sus dos hijos una madre capaz, y a su marido una compañera dotada de esa amabilidad inteligente que brota de la buena salud.

—¿Pero Robert...?

—Ha venido a consultarme sobre usted. No permitiré que usted convierta a un hombre que tan bien se merece del destino en ese objeto infeliz que es un viudo.

—¿Oh? ¿Así que de verdad...?

Él abrió la puerta principal. —Sí —dijo—, de verdad.

Y la ayudó a subir al asiento junto a Herr Dremmel, y los despidió con gestos amistosos mientras emprendían el camino de vuelta a casa.

E Ingeborg, consciente ahora de que la verdadera causa de la sobrenatural pesadumbre de Robert había sido el temor a perderla a ella, y no el temor a dejarla a ella, se sintió profundamente conmovida y llena del deseo de expresarle su gratitud. Deslizó la mano bajo su brazo y pasó el trayecto entre Meuk y Kökensee esforzándose con fervor por tranquilizarlo. Después de todo, le explicó con vehemencia, él no iba a ser viudo.

Él soportó en silencio sus consuelos.

Capítulo XXIV

Como era un hombre sensato, Herr Dremmel no perdió el tiempo en inquietarse ni en lamentarse por lo inevitable, sino que, tras oír el veredicto del médico, expresado en aquella única palabra firme repetida una y otra vez como una serie de golpes, *ausgeschlossen*, descartó a Ingeborg de sus pensamientos como esposa y se dispuso a adiestrarse para contemplarla como una hermana.

Tras un breve período de solemnidad, pues no estaba seguro de si el adiestramiento no resultaría atormentador y no interferiría gravemente en su trabajo, recobró la serenidad, porque para su satisfacción descubrió que le resultaba fácil. Desapareció el fastidio de haber supuesto que su esposa faltaba a sus deberes, el dolor de haber creído que le hería deliberadamente. Se hallaba ante un hecho sencillo que nada tenía que ver con las personas. Era desafortunado que se hubiese casado con alguien tan, no podía dejar de pensarlo, fácil de matar, pero por otro lado dependía menos de las alegrías domésticas que la mayoría de los miembros de esa profesión singularmente dependiente que es la Iglesia, pues él tenía su cerebro. Le sorprendió lo fácil que resultaba, una vez reconocida su inevitabilidad, el reajuste de la relación, con qué facilidad y qué comodidad olvidaba. Ella parecía desprenderse de él como una hoja de un árbol en otoño, una cosa ligera cuyo desprendimiento de la gran fuerza que perduraba, la que hunde sus raíces y la que se yergue hacia lo alto, no se sentía. Su mente se llenó de compartimentos estancos, herméticos a la esposa. Dejó —él, que había temido que aquello pudiera convertirse en una obsesión— de

fijarse siquiera en que era bonita, en que era suave, en que era dulce. Igual que, cuando la conoció, le había complacido e interesado descubrir que podía enamorarse, ahora le complacía e interesaba descubrir que, cuando la razón y la necesidad lo exigían, podía desenamorarse. Era, según parecía, dueño de sí mismo. Las pasiones eran sus criadas, y acudían, por así decirlo, solo cuando él tocaba la campanilla. Bastaba entonces con no tocar la campanilla. Observó con satisfacción que, en una crisis de las emociones (suponía que así cabía llamarla con justicia), el adiestramiento que había dado a su razón, la atención que le había dedicado desde su juventud, estaba dando frutos no solo abundantes, sino maduros. Ingeborg se transformó ante sus ojos, con gratificante rapidez, en una hermana: una dulce hermana soltera que, tras la desaparición de su esposa, se había hecho cargo del gobierno de la casa; y cuando por las noches le daba las buenas noches con afecto, se sorprendía haciéndolo con toda naturalidad en la frente. No le dijo que se había convertido en una hermana; se limitó a reorganizar su vida conforme a esas nuevas líneas; y, como el médico había predicho, se entregó a su trabajo con más celo que nunca, y muy pronto volvió a verse invadido por aquellas calmas benditas, aquellas serenidades, aquellas armonías sin igual que son la porción de quien se dedica con diligencia a lo que le interesa.

Pero Ingeborg, que había descuidado su razón en la juventud y cuya mente, en consecuencia, carecía por completo de disciplina, pasó las primeras semanas de ser una hermana en un estado que solo cabe describir como de revoloteo desconcertado. Agarraba aquí un cabo de la vida que parecía asomar y tiraba de él, y allá otro cabo que parecía asomar y tiraba de él también, y los miraba con curiosidad y volvía a soltarlos. No sabía muy bien, tan rica en libertad se había vuelto de repente, por dónde empezar. Había tantos cabos en la vida, y ella era tan libre de elegir, que parpadeaba un poco. Ahí estaban sus días, barridos y vacíos por fin para ella. Ahí podía decir magníficamente: «El mes que viene haré esto o lo otro», segura de sus meses, segura de que eran cosas disponibles, dúctiles a su voluntad, y no ya cada uno un gran peso negro de plomo que la

sujetaba cada vez con más fuerza a un sofá. Y no solo podía decir con confianza lo que haría el mes que viene, sino que además —y esta pequeñez, como tantas otras pequeñeces por el estilo, le resultaba curiosamente nueva y deliciosa— podía decir con confianza lo que se pondría. Todos aquellos tristes vestidos de estar por casa con los que había arrastrado los siete años de su matrimonio, prendas oscuras cuya única función era ocultar, se los dio a Ilse, su primera criada, que se había casado con la pobreza y que, con frugalidad, los convirtió en pantalones de formas variadas para su marido, amargándole la vida para siempre; y de armarios largamente olvidados sacó de nuevo pequeños vestidos pulcros, retazos de su enorme ajuar sin estrenar, prendas cortas, lavables y decentes, y el mero hecho de ponérselas le devolvió el respeto por sí misma como ser humano decoroso.

Sus días, al principio, estuvieron llenos de un sinfín de estas sensaciones nuevas, o más bien de estos reconocimientos de sensaciones que en su juventud eran cosa corriente, pero que ahora se le revelaban extraordinariamente preciosas. Rebosaba como un cáliz colmado de gratitud por las grandes cosas comunes de la vida: el sueño, el hambre, la capacidad de moverse, la ausencia de miedo, la ausencia de dolor. La salud que le volvía corría por sus venas como un vino exquisito y delicado. Tenía ya treinta años, y nunca se había sentido tan joven. Qué maravilla despertarse por la mañana a otro día de estar bien. Qué maravilla que le permitieran estar viva en un mundo tan absolutamente hermoso, tan lleno de oportunidades. Tenía toda la gratitud, el tierno abandono confiado a la alegría propios de un convaleciente. Era feliz con solo sentarse, en las mañanas hermosas, en el umbral, al sol, empapándose de todo. Jamás habían besado tanto a Robertlet y Ditti; jamás habían preguntado tanto a Rosa y a la cocinera por sus madres enfermas; Kökensee jamás había estado tan cerca de que le organizaran una serie de festejos. Hasta el gato recibía caricias con un renovado sentido de camaradería; hasta el perro guardián, en tiempos sospechoso de hosquedad, era amado de nuevo; y cuando cruzaba

el corral no dejaba de detenerse a contemplar al cerdo con una bondad radiante y resuelta.

Pero aunque deseaba con pasión hacer felices a todos y a todo, en pago de la bondad de Robert con ella, en pago del modo amable con que ella creía que él aceptaba su decisión y de que no la había reprochado ni una sola vez después de aquel primer arrebato, había estado anclada demasiado tiempo a una conducta determinada como para no sentirse un poco insegura al verse, de pronto, en libertad. Revoloteaba con incertidumbre en torno a los bordes de la vida, palpándolos, tratando de encontrar el punto donde mejor pudiera agarrarse para trepar de nuevo hasta su plenitud.

Resultaba extrañamente difícil.

¿Sería que había estado al margen de todo durante tantos años? ¿Se había convertido, entonces, en una especialista? A medida que pasaban las semanas y la primera dicha pura de estar simplemente bien se embotaba por la repetición, empezó a sentirse desconcertada. Todo empezó a desconcertarla: ella misma, Robert, los niños, las criadas. Robert la desconcertaba extremadamente. Antes, siempre que ella había estado feliz, una criatura alegre y cantarina, él la había amado. Ella lo sabía. Le bastaba con estar de humor alegre, de ese humor temerario al que no le importaba si a él le gustaba o no, sino que se sentaba en sus rodillas y se empeñaba en que la escuchara mientras hablaba, medio en serio y medio divertida, de los aspectos más grandes, más vagos, más vaporosos de la vida, para que él emergiera de las profundidades de sus meditaciones, riera y la mimara. Ahora nada lo hacía emerger. Era del todo insensible. Parecía fuera de su alcance, en un extraño retiro donde ella no podía llegar hasta él. Nunca se había sentido tan lejos de él. No estaba enfadado, evidentemente; era bastante amable. No podía adivinar que aquella amabilidad constante y sin entusiasmo era la expresión natural de un afecto fraternal.

«Pero él sí me *quiere*», se decía, del todo ajena a la pequeñez del lugar que ocupan en el mundo las personas negativas como las hermanas, «sí me *quiere*».

Se lo decía varias veces al día, y a medida que pasaban las semanas se lo apretaba contra el pecho del mismo modo que un cochero, aterido en su pescante, se abraza el pecho a sí mismo, no teniendo otra cosa que abrazar, a intervalos, para mantener la circulación; y se lo decía sobre todo al subir al desván después de que le administraran el beso de buenas noches.

A pesar de esta certeza, no tardó en darse cuenta de que empezaba a dudar antes de hablarle o de tocarlo, preguntándose si le gustaría. Trató de sacudirse estas timideces cada vez mayores, y una o dos veces le acarició el cabello con intrepidez; pero su cabeza, inclinada sobre la cena o sobre el libro, parecía no percatarse de que ella lo hacía, y se sintió incapaz de continuar.

«Pero él sí me *quiere*», se decía.

No tardó mucho en percibir con certeza que había dejado de divertirlo, y en el momento en que lo descubrió dejó de ser divertida: su alegría se apagó como una luz.

«Pero él sí me *quiere*», seguía diciéndose.

La llamaba Ingeborg con regularidad, nunca esposa ni Pequeña, y pronto llegó a resultar impensable que ella hubiera sido alguna vez su tesoro, su caracolita o su ovejita. Lo hacía, sin embargo, con bastante amabilidad, sin rastro del reproche que antes contenía invariablemente.

«Pero él sí me *quiere*», seguía diciéndose.

Desconcertada, se devanaba los sesos buscando maneras de complacerlo, y trataba de hacerle la casa lo más cómoda y perfecta posible, cumpliendo con todo deber que pudiera encontrar o inventar con una minuciosidad que a las once de la mañana ya había agotado sus reservas. Herr Dremmel, sin embargo, no era accesible por la vía del orden y la buena comida; nunca había notado su ausencia, y ahora tampoco notaba su presencia. Al cabo de un tiempo comprendió por sí misma que su felicidad total no aumentaba lo más mínimo por ellos. ¿Cómo podía entonces hacerlo

feliz? ¿Qué podía hacer para convertir su vida en la cosa más luminosamente serena?

Fue un golpe para ella, una sorpresa inmensa y demoledora, el día en que comprendió que, durante todo ese tiempo, él era, en efecto, feliz. Aquel día paseó largamente por el jardín, con la mirada fija en esta nueva percepción, meditando, asombrada.

«Pero él sí me qui...» empezó a decir; y se detuvo.

¿La quería? ¿De qué servía decir que sí si no era verdad? ¿Estaba todo en él —y quizá en otros maridos, sabía tan poco de maridos— ligado a la paternidad? ¿Era cierto lo que él le había dicho el día en que ella le suplicó que fueran amigos, que un marido y una mujer nunca podían ser amigos? Se sentía del todo capaz de amar a Robert, de amarlo tierna y profundamente, sin tener que ser perpetuamente la madre de alguien. Quizá las esposas sí podían ser amigas y los maridos no. Deseaba saber más de estas cosas. Sentía que no lo comprendía del todo bien; y sospechaba, mientras paseaba de un lado a otro por el húmedo jardín de octubre, que ser hija de un obispo era una preparación ineficaz para ser la esposa de nadie. Mantenía la mente amortiguada. A una la educaban para no mirar. Si querías ver, tenías que ser furtiva y atisbar la vida por encima del borde, por así decirlo, de tu devocionario, lo que te hacía sentir malvada y no te procuraba vista alguna. Todas las hijas de obispo, se decía caminando deprisa, pues sus pensamientos se volvían tumultuosos con este tema, deberían quedarse solteras; o, si no podían conseguirlo, como diría San Pablo, deberían al menos casarse solo con más obispos. Ni coadjutores, ni vicarios, ni escurridizos misterios como los pastores alemanes, sino obispos. Gente a la que estaban acostumbradas. Gente que entendían. Continuaciones. Segundos tomos. Secuelas. Delantales. Los coadjutores podían tener arrebatos convulsivos que inquietarían a almas blanqueadas por mantenerlas fuera de la luz, almas como el apio, no más blancas que las de cualquiera si se las dejara tranquilas, pero blanqueadas por un continuo amontonamiento a su alrededor de mantillo episcopal; e incluso un vicario podía

concebiblemente, a veces, ser precipitado; mientras que en cuanto a un pastor alemán... Abrió los brazos con un gesto de impotencia.

Bueno, Robert no era precipitado. Nadie podía acusarlo de nada que no fuera la más firme continuidad en sus pasos. Pero era, pensaba ella, sin tener la clave de la conducta de Herr Dremmel, incomprensible. Con la fe sencilla de las mujeres, esa fe que resiste tantos desengaños y cuyo resorte ingenuo es la vanidad, había creído con firmeza que toda dulce y admirada certeza que él le había dado alguna vez seguiría siendo válida, inalterable e indefinidamente, había creído que lo conocía y lo comprendía mejor que él mismo, y que en cualquier momento que ella quisiera le bastaba con tender la mano para servirse de más amor suyo. A esta fe en sí misma y en su poder, si de verdad lo deseaba, de embelesarlo, ella la llamaba tener fe en él. Hicieron falta seis semanas de una indiferencia suave y sostenida por parte de Herr Dremmel, de plácida impermeabilidad ante todo acercamiento de naturaleza afectuosa, del más evidente y vivo deleite en su trabajo, más vivo aún del que hasta entonces había mostrado, para que la verdad se le revelara por fin; y quedó enormemente asombrada. ¡Era feliz, y era feliz sin ella! —Y eso —dijo Ingeborg, incapaz de resistirse a la conclusión que se le imponía— no es amor.

Se detuvo un momento bajo los árboles que goteaban suavemente, se quitó el gorro de punto y lo sacudió para secarlo, pues había rozado sin querer una rama colgante en la que aún se aferraban, húmedas, las hojas del verano pasado.

Sacó el pañuelo y se puso a frotar el gorro, pensativa. Había estado lloviendo toda la mañana, y ahora, ya avanzada la tarde, el jardín era un lugar gris y silencioso de hojas caídas y penumbra creciente, con algún que otro pequeño chaparrón de gotas que sacudían los árboles cuando un pájaro silencioso se posaba en las ramas empapadas. Le cayeron unas gotas en la cabeza descubierta mientras secaba el gorro. Se llevó la mano a la cabeza mecánicamente y se las quitó frotando. Siguió frotando el gorro

mucho después de que estuviera seco, absorta en sus pensamientos.

—No sé qué es —dijo al cabo, medio en voz alta—, pero sé bien qué no es.

Volvió a ponerse el gorro, bajándoselo sobre las orejas con ambas manos y mucho cuidado, y mirando fijamente mientras lo hacía a una babosa en el camino, delante de ella.

—Y lo que no es —dijo tras otra pausa, negando con la cabeza y frunciendo el rostro en una expresión de la más profunda negación— es amor.

—*Vaya* —añadió, profundamente asombrada.

Luego, con un destello de lucidez: —Es porque trabaja.

Luego, con el rápido deseo de disimular la herida hecha a su vanidad: —Si no se perdiera en el trabajo, se *acordaría* de que me quiere; es solo que se le *olvida*.

Luego, con un fogonazo de blanca sinceridad: —Él es algo más grande que yo.

Luego, con el viejo afán de ayudar: —Así que es cosa mía procurar que pueda ser grande en dichosa paz.

Luego, cuando el recuerdo la golpeó con su mano fría y plana: —Pero *es* feliz.

Luego: —Entonces, ¿dónde entro yo?

Luego, con una gran y franca aceptación de la verdad: —No entro.

Luego, arrasada por una honestidad rápida e indignada: —¿Y por qué iba a *querer* entrar? ¿Qué es todo eso de entrar? Ay —dio una patada en el suelo—, el hecho sencillo, el hecho desnudo, una vez que le he quitado toda la ropa tonta de encima, es que solo quiero que sea feliz si soy yo quien lo hace feliz, y no soy más que una... no soy más que una... —Giró sobre los talones, con los brazos abiertos, buscando la palabra exacta y cruda—: no soy más que una vulgar tirana.

A la hora de la merienda, su estado de ánimo puede describirse mejor, aunque todavía de forma imperfecta, como escarmentado.

Capítulo XXV

Sin embargo, aunque trató de afrontarlo de frente y ayudarse con la indignación ante su propia vanidad egoísta, sintió a su alrededor un gran vacío, un gran frío.

Era imposible acostumbrarse de golpe a este nuevo conocimiento, tan asombroso después de siete años de convicción de que una era amada, y tan asombroso al recordar que apenas en agosto —se podían contar los días con los dedos— el mero hecho de volver a casa tras una ausencia había arrancado a Robert cualquier número de manifestaciones de ello. Tenía la brusquedad y la totalidad de quien apaga la luz de un interruptor. Un segundo antes, una estaba iluminada; otro segundo, y una andaba a tientas en la oscuridad. Porque ella andaba a tientas, en efecto. Andaba a tientas buscando razones. Le pareció, durante mucho tiempo, tan increíble que toda su importancia y todo su interés como ser humano dependieran de si era o no lo que él llamaba una verdadera esposa, que prefería seguir a tientas antes que aferrarse a eso como explicación.

Había estado tan segura de Robert. Se había sentido tan cercana a él, sin ningún temor. Cuando pensaba en sus días en casa, en su temor abyecto a su padre, en su insignificancia, sentía que el amor y la admiración de Robert la habían elevado de ser una criatura rastrera a ser una criatura de alas bien brillantes y valientes. Él había entrado de pronto en su vida y le había dicho que era una *süsses Kleines*: y he aquí que se convirtió en una *süsses Kleines*. Y ahora él ya ni siquiera pensaba eso de ella; la había dejado caer de nuevo, y

ella ya empezaba a recaer en el antiguo estado de timidez hacia el hombre de la casa.

Se volvió hacia los niños y hacia el gobierno de la casa, y a la búsqueda de algo que pudiera hacer en la parroquia, de modo que, al menos mientras se esforzaba por aclarar su confusión respecto a Robert, no estuviera perdiendo el tiempo. Si no le servía de nada a él, podía servir de algo a los menos independientes. Se sentía enteramente humilde en ese momento, y habría dado las gracias a un perro si este hubiera tenido la bondad de dejarse persuadir para menear el rabo. Siempre había sido su esperanza, a lo largo de cada una de sus enfermedades, que en cuanto aquella terminara se levantaría y empezaría a hacer el bien, y ahora ahí estaba, por fin levantada, con dos hijos que apenas habían tenido madre, dos criadas cuyas vidas quizá pudieran hacerse más interesantes, todo un campo extramuros para practicar obras de misericordia, y enormes extensiones de tiempo en sus manos. Lo único que tenía que hacer era empezar.

Pero fue más bien como una resurrección demasiado retrasada. Las cosas se habían ido llenando. Todo el mundo parecía acostumbrado a que lo dejaran en paz, y una cosa como las visitas parroquiales, tan familiares para una persona criada en Redchester, era desconocida en Prusia Oriental. La esposa de un pastor rural tenía tantos deberes en su propia casa como una mujer podía cumplir en un día, y nadie esperaba verla ir por otras casas consolando y aliviando. Además, pensaban los campesinos, ¿por qué habría uno de ser consolado y aliviado? La diferencia social entre el campesino y el pastor era tan pequeña, y descansaba tan a menudo solo en la educación, que habría parecido igual de natural —si la cosa hubiera podido, desde cualquier punto de vista, volverse natural— que la esposa del campesino fuera a consolar y aliviar la casa parroquial. ¿Quién quería compasión en Kökensee? Desde luego, los hombres no, y las mujeres estaban demasiado ocupadas con las cargas familiares, esas muchas cargas agobiantes que, sin embargo, las mantenían interesadas y vivas, como para tener tiempo de consuelos. Y quienes tenían más cargas, más hijos muertos, más

achaques internos, más pesadumbre y más fatiga, alcanzaban, justamente por eso, casi tanta distinción y popularidad en la aldea como quienes tenían más dinero. La propia Ingeborg había sido popular mientras se le ahogaban los hijos al caer de las bateas, o se le morían de paperas, o le nacían muertos; pero ahora que no le pasaba nada y andaba por ahí, después de haber tenido seis, todavía erguida y esbelta, Kökensee la miraba con frialdad y desconfianza. Sin hacer nada por nadie, en un sofá, con una bata negra desaliñada, había sido respetada. Pulcra y ansiosa por ser útil, era mal vista.

Cuando fue de casa en casa tratando de interesar a las mujeres en organizar pequeñas reuniones que animaran la parroquia una vez cada quince días durante los meses de invierno, ellas negaron con la cabeza sobre sus artesas de lavar y, cuando ella se hubo marchado, se dijeron unas a otras que era porque tenía dos criadas. Las *Hausfraus* que no hacían su propio trabajo, decían, meneando la cabeza entre muchos *ja, ja*, seguro que se buscaban problemas. Lo único que pedían a la esposa del pastor era que se ocupara de sus propios asuntos y las dejara a ellas ocuparse de los suyos. Ellas no entraban en su salón; ¿por qué había de entrar ella en los suyos? Ellas no querían animarle el invierno a ella; ¿por qué había de querer ella animárselo a ellas? Debería tomar ejemplo de su marido, decían, que nunca visitaba a nadie. Pero una Frau que tenía dos criadas y que, después de seis hijos, seguía llevando faldas más cortas que las de una confirmanda... *ja, ja, das kommt davon*.

Y también en casa se habían ido llenando las cosas. Rosa y la cocinera llevaban tanto tiempo acostumbradas a arreglárselas solas, y estaban tan completamente obsesionadas con la idea de que la Frau Pastor estaba medio muerta y de que su única función real era guardar cama, que sus repentinas y frecuentes apariciones en la cocina las llenaban de la misma inquietud y el mismo malestar con que habrían recibido las apariciones de un fantasma. No sabían qué hacer con ella, ni más ni menos que si hubiera sido un fantasma. No les parecía real, separada de su alcoba y de su caldo de carne. No podían trabajar con ella. Las sobresaltaba cuando, al alzar la vista, la

veían en medio de ellas, entrada sin que la oyeran con su extraña ligereza de movimientos. Se les crispaban los nervios cuando la descubrían de rodillas en rincones insólitos de la casa haciendo cosas con los paños del polvo. Verla hurgar las patatas sobre el fuego, y pesar la carne, y acercarse a las cebollas con familiaridad, les daba escalofríos.

Era como un milagro espantoso.

Era como, decía Rosa entre susurros, verse obligada a cocinar la cena y hacer las camas con la ayuda de... codo con codo con...

—¿Con qué, entonces? —exclamó la cocinera, fingiendo valor pero contagiándose del miedo que veía en la cara de Rosa.

—*Mit einem Lazarus* —susurró Rosa, tapándose la boca con la mano.

La cocinera lanzó un chillido.

Sin embargo, no presentaron su dimisión, pues eran buenas chicas y estaban dispuestas a soportar mucho, hasta que vieron sus nombres en tinta roja en uno de los cuadros trazados en una hoja de papel que la Frau Pastor había clavado en la pared del salón, encima de su escritorio.

Durante un día o dos las llenó un horror sin nombre porque la tinta era roja. Luego, cuando descubrieron lo que significaban los números junto al cuadro, 3-4, el horror se disipó ante la indignación, porque era la hora de la tarde en que solían remendar o hacer punto y chismorrear juntas, y resultaba que la Frau Pastor tenía la intención de venir a sentarse con ellas durante esa hora y leerles en voz alta.

—Los libros bonitos son tan... tan bonitos —dijo Ingeborg, explicando su idea—. ¿No creéis que os gustarán los libros bonitos?

Vaciló un poco, por la expresión de sus caras.

—Está el cerdo —dijo la cocinera, desesperada.

—¿El cerdo?

—Hay que darle de comer entre las tres y las cuatro.

—Ah, pero no vamos a preocuparnos por cosas como los *cerdos* —dijo Ingeborg con un ánimo un tanto forzado.

Al día siguiente presentaron su dimisión.

Pero el plan clavado en el salón no tenía nada que ver, salvo durante esa única hora, con Rosa y la cocinera; se había elaborado exclusivamente en favor de Robertlet y Ditti.

Ingeborg se había pasado días estudiándolo, trazando con cuidado los cuadros con una regla y poniendo en tinta roja todas las palabras principales, con el pelo alborotado por el esfuerzo de pensar y las mejillas encendidas. El invierno se les venía encima, y ya la lluvia y los vendavales hacían imposible salir al aire libre, salvo una valerosa caminata diaria después de comer con los niños, con impermeables y chanclos, y pensó que con un poco de organización podría acortar y alegrar los largos meses hasta la primavera. Los niños eran tan pasivos. Apenas parecían conscientes, pensaba ella, del mundo que los rodeaba. ¿No disfrutarían más si se les enseñara a mirar las cosas? Su parecido con la Frau Dremmel mayor era notable, cierto, pero por supuesto solo superficial. Eran apáticos porque habían tenido tan poca madre en su vida. Ella solo había podido enseñarles sus oraciones y la bendición de la mesa, y más allá de eso había tenido que dejarlos en manos de Dios. Ahora, en cambio, podía volver a hacerse cargo de ellos y enseñarles cosas que los hicieran ágiles, despiertos, interesados y alegres.

¿Qué haría a Robertlet y a Ditti ágiles, despiertos, interesados y alegres? Reflexionó profundamente sobre esta pregunta, y quedó empapada en tinta roja, con la punta de la pluma mordisqueada y el suelo blanco de planes rotos, antes de haberla respondido.

Al final del invierno pensó que no debía de haberla respondido bien. Algo fallaba en la educación. Los niños habían sido inmensamente pacientes. Habían soportado inmensamente a su madre. Y sin embargo, al cabo de todo un invierno de aplicar el plan, solo sabían cómo se escribían «gato» y «perro», y el único asombro

que sentían tras seis meses de esfuerzo materno por despertarlos a ese importante preliminar del saber era una vaga sorpresa de que unos animales tan familiares necesitaran deletrearse.

Fue muy desafortunado, pero no se consiguió, por ejemplo, que les gustaran los astros. Inútil que su madre se los señalara en las noches despejadas cuando todo el cielo centelleaba. De principio a fin, no vieron en las puestas de sol que encendían el blanco mundo invernal convertido en una vasta cueva de color nada más que una señal de que debía de ser la hora de la merienda. Ni una sola vez se les pudo inducir a estremecerse, en las grandes noches estrelladas, ante la idea del espacio infinito. Los dejaba indiferentes la información de que los llevaban a una velocidad increíble a través de él; y no les importaba que la luna estuviera a tantísimos kilómetros de distancia. En la clase de baile era Ingeborg quien bailaba. En la clase de gimnasia era ella quien se volvía ágil. La *English and German Chatting*, por la ausencia en Robertlet y Ditti de cualquiera de los ingredientes de la charla, era un monólogo; y en el curso sobre *Introductions to Insects Collected in the House* era Ingeborg quien cazaba las moscas.

Sin embargo, eran muy buenos. Nada de lo que se les sometía alteraba eso. Cuando su madre, pese a los desánimos, seguía adelante con valentía, ellos también. Cuando fuera, en el jardín, les tiraba bolas de nieve, aguardaban pacientemente hasta que terminaba. Les enseñó a hacer un muñeco de nieve, y no se quejaron. Les regaló pequeños trineos por Navidad, y les explicó las emociones que se podían extraer de esos objetos deslizándose rápidamente en ellos cuesta abajo, y no le guardaron rencor cuando, tras deslizarse, se caían, sino que prefirieron tranquilamente los senderos llanos del jardín y se arrastraban por turnos el uno al otro en un trineo de un lado a otro, mientras su madre, en el otro trineo, hacía la clase de cosas que ya esperaban de las madres, y no dejaba de desaparecer por el borde de la pendiente hacia el lago helado, de cabeza y bocabajo.

«Es muy *difícil*», pensaba Ingeborg a veces, mientras el invierno se alargaba.

Ahí estaba ella, cargada de datos sobre moscas, estrellas y distancias extraídos por las noches, durante sus horas de preparación, de la *Encyclopædia Britannica* que se había hecho traer de Londres para tal fin —la casa parroquial gemía bajo su peso—, y ansiosa por descargarlos, sin poder hacerlo porque las dos vasijas que debían recibirlos estaban provistas de tapas tan impenetrables.

Parecían, si acaso, volverse aún más tapados. Cada vez más callados. La hora del final del día, marcada en el plan como Regazo, una hora que ella había pensado que fácilmente podría llegar a ser hermosa, algo que sus hijos recordarían años después, que iba a ser toda intimidad cándida, con besos y conversaciones sobre ángeles y sobre las mejores y más rápidas maneras de llegar al cielo, mientras Robertlet se sentaba en el regazo los lunes, miércoles y viernes, y Ditti se sentaba en él los martes, jueves y sábados (dada la escasez de regazos), fue desde el principio, para los niños, una hora de semisomnolencia, de mirar adormilados el resplandor de la estufa, descansando mientras esperaban lo que su madre haría o diría a continuación.

Ingeborg tendía a desanimarse en esa hora. Era la última del día de los niños, y el día había sido largo. Estaba la luz del fuego, el regazo y la rodilla de la madre, la propia madre dispuesta a besar y a recibir confidencias, y más que dispuesta a confiar a su vez esos descubrimientos que había hecho en los dominios de la ciencia, y no pasaba nada. Robertlet y Ditti se quedaban mirando fijamente ya fuera el resplandor de la puerta abierta de la estufa, ya a la propia Ingeborg; pero, mirasen lo que mirasen, lo hacían en silencio.

—¿En qué estáis pensando? —les preguntaba ella a veces, perturbando su sueño sin sueños, su feliz libertad de todo pensamiento. Y entonces, a la vez, respondían: —En nada.

—No, pero decidme de verdad... no podéis *de verdad* no pensar en nada. Es imposible. La nada es —titubeó— es siempre *algo*...

Pero la siguiente vez que hizo la misma pregunta, respondieron al unísono, igual que antes: —Nada.

Entonces se le ocurrió que quizá tenían demasiada madre. Esto también sucedía en la hora llamada Regazo.

«Una madre», reflexionó, con ambos brazos rodeando a sus hijos según lo previsto en el plan, «debe de ser a menudo bastante fastidiosa».

Bajó la mirada con una simpatía nueva hacia la cabeza de Ditti, reposando, también según el plan, sobre su hombro.

«Sobre todo si es una madre entregada».

Apoyó la mejilla en el cabello negro y liso, con raya y trenzado, tan distinto del pelo rubio y velludo de Robert o del suyo propio como parecido al de la Frau Dremmel mayor.

«Una madre entregada», continuó diciéndose Ingeborg, con los ojos puestos en el corazón incandescente de la estufa y la mejilla sobre la cabeza de Ditti, «es la que renuncia a todo su tiempo tratando de hacer a sus hijos distintos».

«*Yo* soy una madre entregada», añadió, tras una pausa en la que se había enfrentado a su conciencia.

«¡Qué espanto!», pensó.

Empezó a besar la cabeza de Ditti con mucha suavidad.

«¡Y qué espanto también estar en poder de alguien distinto; de alguien despierto si tú no lo eres, o torpe si tú no lo eres, y de todos modos tan mayor, tan pero tan mayor comparado contigo, y tener que llegar a ser como ella! ¿Cómo me gustaría a mí estar en poder de mi suegra, con años y años por delante para que se afanara en obligarme a ser lo que ella pensara que yo debía ser? Y lo que ella pensara que yo debía ser sería ella misma, lo que ella trata de ser. Claro. Una no puede pensar fuera de sí misma».

Apretó más a los niños contra sí. —¡Pobrecitos! —exclamó en voz alta, sobrecogida de pronto por la visión de lo que debía de ser tener

que soportar a una persona tan fundamentalmente ajena durante todo un invierno; y los besó uno tras otro, sosteniéndoles la cara junto a la suya con las manos en sus mejillas, en un arrebato de disculpa.

Ni siquiera a esa exclamación, una completamente nueva y con una voz completamente nueva, respondieron nada, sino que esperaron pacientemente lo que sin duda ocurriría a continuación.

Capítulo XXVI

Lo que ocurrió a continuación fue que se fueron al colegio.

Justo cuando Ingeborg empezaba a hacerse preguntas bastante tímidas —pues era muy dada a los respetos— sobre el valor de la educación y las reivindicaciones del desarrollo libre, el Estado intervino y se llevó a Robertlet y a Ditti lejos de ella, a su competente custodia. En un instante, así le pareció después, cuando en la casa vacía no tuvo otra cosa que hacer que guardar los rastros de ellos, se quedó despojada.

—Nunca me dijiste que *esto* es lo que les pasa a las madres —le dijo a Herr Dremmel el día en que llegó la breve orden del inspector jefe de Escuelas.

Herr Dremmel, molesto por haber olvidado sus deberes de padre y de ciudadano, y todavía más molesto —pues era abril, y sus campos necesitaban tantas atenciones como un recién nacido, o como una joven a quien, movido por motivos amorosos, se desea desposar— por que existieran siquiera deberes paternos y cívicos que olvidar, estuvo seco con ella.

—Todo alemán de seis años tiene que ser educado —dijo.

—Pero si *están* siendo educados —dijo Ingeborg, con la mente cargada de todo lo que ella misma había aprendido.

Él la desechó con un ademán.

—Pero, Robert... mis hijos..., ¿no habrá alguna manera de educarlos sin tener que alejarlos de mí?

Él siguió desechándola con el mismo gesto.

No cabía duda: los niños tenían que irse, y se fueron.

De las alternativas —que les diera clase en casa una persona con certificados del Gobierno, o que asistieran a la escuela del pueblo— Herr Dremmel no quiso ni oír hablar. Mantenía diferencias de índole personal con el maestro del pueblo, quien se negaba, con una firmeza que exasperaba a Herr Dremmel, a reconocer que era un *Schafskopf*, mientras que Herr Dremmel sostenía, y explicaba pacientemente, que una persona que nace *Schafskopf* debería ser sencilla y franca al respecto, y no empeñarse en comportarse como si no lo fuera; y en cuanto a tener un preceptor en casa, era del todo imposible, porque no había sitio.

—Está el laboratorio —dijo Ingeborg, temeraria, para quien cualquier cosa parecía preferible a dejar que sus hijos se fueran.

—¿El labora...?

—Solo para dormir —explicó ella con vehemencia—, solo para dormir, ¿sabes? El profesor no tendría por qué estar allí en absoluto durante el día, por ejemplo.

—Ingeborg... —empezó Herr Dremmel; pero lo pensó mejor, y se limitó a tender la taza para que le sirvieran más té. Las mujeres eran, en verdad, dignas de compasión. Su absoluta incapacidad para alcanzar siquiera una concepción elemental de los valores...

Los niños fueron al colegio en Meuk. Se alojaban con su abuela, y debían volver a casa esos domingos vagos en que hacía buen tiempo y Herr Dremmel no necesitaba los caballos. Ingeborg no podía creer en una desaparición tan completa de su vida. Amaba a Robertlet y a Ditti con una ternura extrema y singular. Había en ella un reproche hacia sí misma, un deseo apasionado de proteger. Era el amor que a veces se encuentra en quienes tienen que hacer todo el amor por su cuenta. Era algo agudo y estremecido. Después de sus experiencias del invierno, dudaba de que la educación fuera, por el momento, lo que ellos necesitaban. No era el colegio lo que necesitaban, pensaba, sino correr en libertad. Sabía que quizá habría sido difícil

hacer que corrieran de ese modo, pero pensaba que, si los hubiera tenido un poco más de tiempo y hubiera revisado a fondo su plan, purgándolo de ciencia y llenándolos en cambio de diversas formas de desenfreno, tal vez habría acabado por conseguirlo. Podría haber existido, pensaba, un curso cuidadosamente graduado de desenfreno, que empezara con calma, escardando senderos, y que fuera avanzando, con pasos de abandono cada vez mayor, hasta trepar a los árboles, buscar nidos y hacer incursiones nocturnas en los manzanos.

Y mientras ella vagaba por el jardín desierto y estaba desolada, Robertlet y Ditti, a salvo en casa de su abuela, comían cada día, para comer, las bolas de masa más exquisitas, que parecían encajar en cada parte de su cuerpo con la misma calidez y precisión que si fueran fragmentos de su propio cuerpo, devueltos, tras haber sido separados artificialmente, para llenarlos de una deliciosa satisfacción caliente, mientras su abuela les decía a intervalos regulares, con el índice en alto: «Hijos míos, no olvidéis nunca que sois alemanes».

No le quedaba ya nada a Ingeborg salvo, como le confesó a Herr Dremmel el primer domingo en que Robertlet y Ditti debían volver a casa y luego, por algún oscuro motivo, no volvieron, espetándole la noticia sin tacto a la hora del té, entre su atención y su libro, su propio interior.

—Al fin y al cabo —dijo ella, de pronto, como de costumbre, rompiendo un valioso silencio—, todavía quedo yo.

Herr Dremmel no dijo nada, pues era una de esas afirmaciones que, por suerte, no requieren respuesta.

—Eso —dijo Ingeborg, echando la cabeza un poco hacia atrás—, nadie puede quitármelo.

Herr Dremmel tampoco dijo nada a eso, principalmente porque no quiso. No tenía tiempo ni ganas de adivinar significados que, sin duda, después de todo, no estaban allí.

—Pase lo que pase —dijo ella—, todavía tengo mi propio interior.

—Ingeborg —dijo Herr Dremmel—, no voy a preguntarte qué quieres decir, no sea que me lo digas.

Había sequía por entonces, y Herr Dremmel, que se enorgullecía con justicia de la dulzura de su carácter, no estaba tan paciente como de costumbre; así que Ingeborg, silenciada, salió al jardín, donde la sequía hacía que el mundo resplandeciera y temblara, y reflexionó que ahora su felicidad dependía únicamente de aquel objeto que ella llamaba su interior.

Era inútil depender de los demás; era inútil depender, como había hecho ella con su ridícula vanidad, de que los demás dependieran de ella. Al fin y al cabo, todos los años tenían un mayo, y los pájaros cantaban. Despediría a la criada de más y haría ella misma el trabajo, como solía al principio. Volvería a empezar a cultivar su inteligencia, y esa misma tarde escribiría a Londres para suscribirse al *Spectator*. Algo, recordaba, la había caldeado y avivado todos aquellos años atrás, tras su encuentro con Ingram... ¿sería el *Spectator*? Haría planes. Trazaría planes con tinta roja. Había mil cosas que podría estudiar. Había idiomas.

Caminó de un lado a otro del jardín. Si esta vez se dejaba arrastrar de nuevo al abandono de sí misma y a la indiferencia, estaría perdida. No había nadie que pudiera salvarla. Recaería y recaería; y no en gordura y paz, como otras mujeres de Alemania privadas de sus hijos, de una clase superior a la de las que se plantan ante ese instrumento de salvación que es el barreño de la colada, ni en siestas vespertinas y benevolencias de naturaleza lanosa que mantienen la mano haciendo punto mientras el cerebro se va durmiendo hasta que, con el tiempo, una está muerta, sino en algo quejumbroso y mustio, con una mente pequeña, apergaminada, enjuta, que menguaba sin cesar.

Los ojos se le abrieron de par en par ante aquella imagen espantosa. Ahora era el momento, pensó, apartándose deprisa de ella, ahora que había llegado esta pausa en su vida, de ir a Inglaterra de visita, ver a sus parientes, hablar, y volver renovada a un nuevo capítulo de su existencia en Kökensee. No había salido de

Kökensee, salvo a Zoppot, desde su matrimonio, y la garganta se le encogió al pensar en Inglaterra. Pero el obispo nunca le había perdonado su matrimonio; y el hecho de que hubiera tenido seis hijos también había causado, según se desprendía de las cartas de su madre, cuando aún había cartas, una impresión desfavorable en él. Le había, de hecho, disgustado. Consideraba que semejante conducta era demasiado característicamente alemana para pasarla por alto; y cuando ella añadió al error de gusto de haberlos tenido el error ulterior, o más bien la negligencia —debía de haber sido criminal, pensaba el obispo—, de no haber sabido mantenerlos con vida, el Palacio, después de haberle dado el pésame cuatro veces con severidad creciente, se replegó en una desaprobación tan profunda que solo pudo expresarse adecuadamente mediante el silencio.

Y una estancia con Judith quedaba descartada. Para una estancia con Judith hacía falta tener vestidos, y ella no tenía vestidos; al menos, ninguno de menos de ocho años —su inmenso ajuar sin estrenar la perseguía a través de los años—, pues Judith daba muchas fiestas en la residencia del rector, reuniones brillantes, las llamaba su madre en sus escasas cartas, en las que Londres, bajado expresamente para la ocasión y representado en el primer ministro y otros ministros, así como en la flor y nata de la aristocracia y unas pocas fragancias escogidas del mundo de la literatura y el arte —una vez su madre escribió que Ingram, el gran pintor, había estado en la última fiesta, y se había quedado tan esclavizado por la belleza de Judith que había pedido, como un favor, que le permitieran pintarla —, se sentaba a los pies de Judith.

No; Inglaterra no era para ella. Su lugar estaba en Kökensee, y su tarea ahora era hacer lo que sus institutrices solían llamar mejorar su entendimiento. Quizá, si lo mejoraba lo suficiente, Robert volvería a hablar con ella de vez en cuando, y esta vez no sobre la base de Tesorito, sino sobre la sólida base de la compañía intelectual. ¿No podría acabar siendo para él una auténtica ayuda idónea? ¿Alguien que aprendiera poco a poco a ser callada, analítica y hábil con los granos?

Entró en la casa y escribió allí mismo a Londres, renovando las suscripciones largo tiempo caducadas al *Times*, el *Spectator*, el *Clarion*, el *Hibbert's Journal* y los demás. Pidió un catálogo de las últimas publicaciones que no fueran novelas —su determinación era, por el momento, demasiado seria para novelas—, encargó los «Primeros principios» de Herbert Spencer, pues sentía que le gustaría tener algunos principios, sobre todo primeros, y dijo que agradecería cualquier pequeña indicación que el agente de prensa pudiera darle sobre lo que, en su opinión, debía saber una señora casada; y pasó el resto de la tarde y los dos días siguientes sentando los cimientos de la compañía intelectual buscando el artículo *Abono* en la «Encyclopædia Britannica» y parafraseándolo en observaciones conversacionales que le sonaron tan ingeniosas, cuando las probó con Herr Dremmel tres días después a la hora del té, que ella misma se quedó asombrada.

Se quedó todavía más asombrada cuando Herr Dremmel, tras escucharla, observó que sus datos eran erróneos.

—Pero no pueden *de ningún modo*... —empezó ella; y se interrumpió, sintiendo lo embarazoso de una posición en la que una no podía discutir sin revelar de inmediato la «Encyclopædia».

Capítulo XXVII

Esto sucedía en mayo. Para fines del mes de mayo siguiente, Ingeborg había leído tanto que se sentía bastante incómoda.

Había sido una lectura magnífica y confusa, en la que Ruskin codeaba al señor Roger Fry y Shelley se demoraba, por así decirlo, en el regazo del señor Masefield. El vendedor de periódicos, que debía de haber vivido sobre todo muchos años atrás, le enviaba con regularidad literatura mediovictoriana, primeriza y previctoriana; y ella, encargando por su cuenta los libros anunciados en los semanarios, se encontraba como resultado un día en los plácidos brazos de los Poetas Lakistas, y al siguiente sometida a la disciplina del señor Marinetti, un día paseando despreocupadamente con Lamb, y al siguiente atrapada en las exquisitas intrincaciones del señor Henry James. Leía libros de viajes, aprendía poesía de memoria, se volvía diestra en combinar sus estudios con la cocina; y, apoyando a Keats contra el aparador, podía correr hasta él en busca de un verso nuevo en pleno centro del pudín, casi sin que el pudín se resintiera. Y como le encantaba oír en voz alta las hermosas palabras que aprendía, la cocina se llenaba de un agradable zumbido, un rumor de sonetos tanto como de moscas, al que la criada acabó por acostumbrarse.

Pero aunque emprendió esta nueva vida con solemnidad —pues ¿no era acaso una mujer podada y solitaria, cuyo marido había dejado de amarla y a quien le habían arrebatado a sus hijos?—, la alegría se le iba colando sin cesar. El principal obstáculo para cualquier tristeza sostenida era que a cada día le seguía una

mañana. Además tenía entusiasmos, esas actitudes espirituales de lo más elevador y ensanchador de uno mismo, y desarrolló un bonito talento para estremecerse. Se estremecía a la menor provocación, de gozo ante un poema, de admiración ante la descripción de un cuadro, y se conmovía y temblaba al responder a los relatos de Belleza: de la belleza de las catedrales de Francia, milagros de vidrio de colores sostenidos delicadamente por la piedra, soplados juntos, no podía sino imaginar por las descripciones, en su exquisita fragilidad por el aliento de Dios más que levantados poco a poco por manos de hombres; de la belleza de los lugares, las lagunas en torno a Venecia al amanecer, el desierto hacia el atardecer; de la belleza del amor, fiel, espléndido, amor entre iguales; de toda la belleza que los hombres hacían con sus manos, pequeñas cosas afanosas correteando sobre materia muerta, bloques de piedra, trozos de vidrio y de lienzo, dando forma y dando forma hasta que por fin surgía la visión, extraída de un cerebro y atrapada para siempre en la gloria de la línea y el color. Ansiaba hablar de las cosas maravillosas, conmovedoras y vívidas de que parecía centellear la vida fuera de Kökensee. ¿Cómo sería hablar con personas que sabían y habían visto? ¿Cómo sería ver una misma, viajar, ir a Francia y sus catedrales, ir a Italia en primavera, cuando las joyas del mundo podían contemplarse enmarcadas en cielos despejados y flores generosas? ¿O en otoño, cuando Kökensee estaba gris y torturado por las tormentas, marcharse allí, a la serenidad, adonde el sol doraba los castaños todo el día y el aire olía a uvas maduras?

Y ella no había visto más que el Rigi.

Bueno, ya era algo; y le parecía, de algún modo, apropiado para la esposa de un pastor. Volvió de nuevo a sus libros. Lo que tenía era muy bueno; y había encontrado en el pueblo a una anciana a la que no le importaba que la consolaran, de modo que a todo lo demás se sumaba ahora el gozo de la gratitud.

En efecto, parecía que aquella primavera iba a disfrutar de una racha de alegrías, pues además de estas le llegó de pronto otra más: el gozo tan largamente soñado de tener a alguien con quien hablar.

Y qué alguien, pensaba Ingeborg, del todo deslumbrada por su buena fortuna, pues se trataba de Ingram.

Estaba remando en la batea por el lago, como de costumbre, una tarde, con una pila de libros a sus pies, cuando, al pasar el extremo del brazo de cañaverales que se extendía en torno a su cala escondida, advirtió que su pequeña playa no estaba vacía; y, deteniéndose asombrada con el remo suspendido en el aire para mirar, reconoció, en medio de una confusión de objetos esparcidos a su alrededor que sin duda tenían que ver con la pintura, sentado con los codos sobre las rodillas encogidas y la barbilla en la mano, a Ingram.

No hacía nada: solo miraba. Ella salió de detrás del brazo de cañaverales, deslizándose casi sin ruido hacia el centro del lago, justo a través de su línea de visión.

Por un instante él la miró inmóvil, mientras ella, con el remo levantado fuera del agua, lo miraba a él igualmente inmóvil. Entonces él agarró su cuaderno de bocetos y se puso a dibujar con furia. Ella estaba al sol y no llevaba sombrero. Su cabello tenía el color más extraño sobre el fondo de agua y cielo, más parecido a un alerce en otoño que a ninguna otra cosa que a él se le ocurriera. Parecía lo más vívido del mundo, hendiendo de pronto las palideces e incertidumbres de los cañaverales, el agua y el cielo norteño moteado.

—No se mueva —gritó él en lo que suponía que era alemán, dibujando con violencia.

—¿Así que es usted? —respondió ella a voces en inglés, y su voz cantó.

—Sí, soy yo, desde luego —dijo él, con el lápiz volando.

Él no la reconoció. Había visto a demasiada gente en siete años para conservar en la memoria la figura brumosa de aquella lejana tarde de noviembre.

—Voy para allá —gritó ella, hundiendo el remo en el agua.

—¡Quédese quieta! —gritó él.

—Pero es que quiero hablar.

—¡*Quieta*!

Se quedó quieta, observándolo, incapaz de creer en su buena suerte. Si él estuviera aquí de nuevo aunque solo fuera por un día, y ella pudiera hablarle aunque solo fuera por una hora, ¡qué alivio, qué deleite: hablar en inglés; hablar con alguien que había pintado a Judith; hablar con alguien tan maravilloso; hablar *siquiera*! Estaba tan poco cohibida como lo estaría, ante cualquiera, reyes incluidos, que apareciese tras años en la playa solitaria, una persona náufraga en una isla desierta.

—¿Y bien? —llamó ella, tras esperar pacientemente lo que a ella le pareció media hora pero que fueron cinco minutos.

Él no respondió, absorto en lo que estaba haciendo.

Ella esperó lo que le pareció otra media hora, y luego viró la batea en dirección a la orilla.

—Voy para allá —llamó ella; y como él no respondió, remó hacia la cala.

Él la miró fijamente, con la cabeza un poco ladeada, mientras se acercaba. —¿Qué va a hacer? —preguntó, al ver que maniobraba la batea hacia el rincón bajo el roble.

—Desembarcar —dijo Ingeborg.

Él se levantó, agarró la cadena sujeta a la proa de la batea y la arrastró playa arriba.

—¿Cómo está usted? —dijo ella, saltando fuera y tendiéndole la mano—. Señor Ingram —añadió, alzando la mirada hacia él, con el rostro del todo solemne de placer.

—Vaya, pero ¿quién diablos es usted? —preguntó él, estrechándole la mano y mirándola fijamente. Su ropa, ahora que estaba de pie, era lo más extraño, y recordaba números atrasados

de *Punch*—. No se aloja usted en casa de los Glambeck, y aparte de los Glambeck no hay dónde alojarse.

—Pero si le dije que era la esposa del pastor.

—¿Ah, sí?

—La última vez. Bueno, y todavía lo soy.

—Pero ¿cuándo fue la última vez?

—¿No se acuerda? Entonces también se alojaba usted con los Glambeck.

—Pero si no me alojo con los Glambeck desde hace una eternidad. Al menos diez años.

—Siete —dijo Ingeborg—. Siete y medio. Fue en noviembre.

—Pero entonces usted debía de llevar todavía delantal de niña.

—Y usted caminó conmigo por la avenida. ¿No se acuerda?

—No —dijo Ingram, mirándola fijamente.

—Y me regañó porque no podía caminar tan deprisa como usted. ¿No se acuerda?

—No —dijo Ingram.

—Y dijo que me echaría a perder si no tenía cuidado. ¿No se acuerda?

—No —dijo Ingram.

—Y yo llevaba mi traje sastre gris. ¿No se acuerda?

—No, no, no —dijo Ingram, golpeándose la frente—, y no me creo una palabra. Se lo está usted inventando. Mire —dijo, apartando sus cosas para hacerle sitio—, siéntese y hablemos. ¿Es usted de verdad?

—Sí, y vivo en Kökensee, justo a la vuelta de la esquina, detrás de los cañaverales. Pero eso ya se lo dije antes —dijo Ingeborg.

—¿De verdad vive usted? —dijo él, apartando sus cosas—. ¿No será usted solo un pequeño sueño de cabeza llameante que dentro de poco volverá a desvanecerse?

—Me llamo Dremmel. Frau Dremmel. Pero eso también se lo dije antes.

—¡Las cosas que un hombre olvida! —exclamó él, extendiendo un pañuelo de seda sobre la hierba áspera—. ¡Ya está! Siéntese ahí.

—Se está usted riendo de mí —dijo ella, sentándose—, y no me importa lo más mínimo. Me alegra demasiado verlo.

—Si me río es de gusto —dijo él, contemplando el efecto que ella producía contra el verde pálido de los cañaverales: ¿dónde había visto ya exactamente aquello, aquel colorido escandinavo, aquel brillo ardiente del cabello?—. Es tan divertido que sea usted Frau de cualquier cosa.

Ella le sonrió con la franqueza de un muchacho satisfecho.

—Es usted muy *agradable*, ¿sabe? —dijo él, devolviéndole la sonrisa.

—No le pareció eso la última vez. Me llamó usted «querida señora» y me preguntó si nunca leía.

—Bueno, ¿y no era así? —dijo él, sentándose también, aunque un poco apartado para captar mejor el efecto que ella producía.

—Sí, siéntese. Así no tendré tanto miedo de que se vaya.

—Pero si acabo de encontrarla.

—Pero la última vez desapareció usted casi enseguida entre la niebla, y entonces también acababa de encontrarme —dijo ella, con las manos entrelazadas en torno a las rodillas, el rostro de quien es del todo feliz.

—Después de todo, parece que he progresado algo en siete años —dijo él—. Por lo visto entonces no sabía ver.

—No, era yo. Era muy invisible...

—¿Invisible?

—Ah, apolillada, ajada, de color pardo. Y había estado llorando.

—¿Usted? Mire, nadie con su tipo de colorido debería llorar jamás. Es un pecado. Sería de lo más penoso, en serio, que estuviera usted alguna vez menos blanca de lo que está en este momento.

—Vea qué agradable es no ser pintor —dijo Ingeborg—. A mí no me importa nada que esté usted blanco o no, con tal de que sea usted.

—Pero ¿por qué habría de gustarle que fuese yo? —preguntó Ingram, a quien la lisonja, acostumbrado como estaba a ella, le resultaba muy grata, sintiendo la comodidad del gato al que le hacen cosquillas suavemente detrás de la oreja.

—Porque —dijo Ingeborg con seriedad— es usted alguien maravilloso.

—Ah, pero me va a hacer ronronear —dijo él.

—Y veo su nombre en los periódicos al menos una vez por semana —dijo ella.

—¡Ah, la gloria!

—Y Berlín tiene dos cuadros suyos. Comprados para la nación.

—Sí, los tiene. Y regateó hasta conseguirlos tirados de precio.

—Y ha pintado usted a mi hermana.

—¿Cómo? —dijo él rápidamente, mirándola de nuevo—. Ah, claro. Eso es. A eso es a lo que me recuerda usted. A la asombrosa Judith.

—¿Son tan amigos? —preguntó ella, sorprendida.

—Ah, bueno, entonces, la esposa del rector de Ananías. Démosle sus honores. Es la mujer más completamente hermosa que he visto. Pero...

—¿Pero qué?

—Ah, bueno. Le hice un retrato muy bueno. Al viejo no le gustó.

—¿Qué viejo?

—El rector. Trató de impedir que lo expusiera. Y también el otro viejo.

—¿Qué otro viejo?

—El obispo.

—Pero si era tan bueno...

—Lo era. Era exacto. Era la mujer viva. Era el retrato de una carne pura y exquisita.

—Pues entonces... —dijo Ingeborg.

—Ah, pero ya conoce usted a los obispos... —se encogió de hombros—. Ahora lo tiene Italia. Está en Venecia. Lo compró el Estado. Tiene usted que ir a verlo la próxima vez que esté allí.

—Lo haré —rio ella—, la próxima misma vez. Y su risa era la risa misma del gozoso regocijo.

Ingram tenía ahora cuarenta y tres o cuarenta y cuatro años, y estaba más delgado que nunca. Sus hombros altos eran estrechos, su cuello delgado sobresalía bastante del cuello de la camisa por detrás y quedaba parcialmente oculto por delante por su barba corta y roja. Su cabello, más oscuro que la barba, estaba pulcramente alisado hacia atrás. Tenía los ojos muy claros y penetrantes, y una nariz que a Ingeborg le gustaba. Le gustaba todo. Le gustaba su ropa de tweed, y sus manos grandes y delgadas —las manos maravillosas que hacían los cuadros maravillosos—, y sus piernas largas, delgadas y ágiles. Le gustaba su manera de moverse inquieto, y la rapidez de sus movimientos. Y se enorgullecía al pensar que estaba sentada con un hombre al que se mencionaba en los periódicos al menos una vez por semana y cuyos cuadros compraban los Estados, y resplandecía de felicidad porque esta vez él no parecía impaciente por volver enseguida a casa de los Glambeck; pero, sobre todo, resplandecía con la dicha celestial, la absoluta dicha celestial, de que le hablasen.

—Y usted es su hermana —dijo él, mirándola fijamente—. Eso sí que es de verdad asombroso.

—Pero no todo el mundo puede ser hermoso.

—Una hermana suya aquí, escondida en este desierto. Porque *es* un desierto, ¿sabe? He venido a él porque quería un desierto; uno lo desea a veces después de un exceso de lo contrario. Pero yo me vuelvo a marchar, y usted vive en él. ¿Qué ha estado haciendo todos estos años, desde la última vez que estuve aquí?

—Ah, he estado... ocupada.

—¿Pero no aquí? ¿No todo el tiempo aquí?

—Sí, todo el tiempo.

—¿Cómo, ni siquiera se ha ausentado?

—Fui a Zoppot una vez.

—¿Zoppot? ¿Dónde está Zoppot? Nunca he oído hablar de Zoppot. No creo que Zoppot sirva de mucho. ¿Me está usted diciendo que no ha estado en una ciudad, en un lugar donde la gente dice cosas y oye cosas y se roza viva unos con otros, desde la última vez que estuve aquí?

—Bueno, pero las esposas de los pastores no se rozan.

—¡Pero si es increíble! Es como estar muerta. ¿Por qué no lo hizo?

—Porque no pude.

—Como si no fuera posible arrancarse en libertad al menos de vez en cuando.

—Espere a ser esposa de un pastor.

—Pero ¿cómo se las arregla para estar tan viva? Porque brilla usted, ¿sabe? Cuando pienso en todas las cosas que *yo* he hecho desde la última vez que estuve aquí... —se interrumpió, y apartó la mirada de ella hacia el lago—. Ah, bueno. Cosas nauseabundas, la mayoría, en realidad —concluyó.

—Cuadros maravillosos —dijo Ingeborg, inclinándose hacia delante y ruborizándose de entusiasmo—. Eso es lo que ha hecho usted.

—Sí. Uno pinta y pinta. Pero en los intervalos... son esos intervalos entre los accesos de trabajo los que a uno lo destrozan. ¿Qué hace *usted* en los intervalos?

—¿Intervalos de qué?

—Sea lo que sea lo que hace por la mañana y lo que hace por la tarde.

—Disfruto.

—Sí. Sí. Eso es lo que a *mí* me gustaría hacer.

—¿Y no lo hace?

—No puedo.

—¿Cómo, que *usted* no puede? —dijo ella—. Pero si vive usted en la belleza. La crea. La derrama sobre el mundo...

Se detuvo en seco, alcanzada por un pensamiento repentino—. Le pido perdón —dijo—. En realidad no sé nada. Quizá... ¿está usted de luto?

Él la miró—. No —dijo—, no estoy de luto.

—O quizá... no, no está usted enfermo. Y no puede ser pobre. Entonces, ¿por qué diablos no disfruta?

—¿Es que usted nunca se aburre? —respondió él.

—Los días no son lo bastante largos.

Él miró en torno al paisaje vacío y se estremeció.

—Aquí. En Kökensee —dijo—. Ahora es primavera. Pero ¿y los días de lluvia, los días de ventisca aullante? ¿Y meses ingobernables como febrero? Vamos —se volvió hacia ella—, debe usted de ser una perfecta vasijita hirviente de felicidad independiente, rebosando solo de sus propios contentos.

—Nunca me habían llamado vasija hirviente —dijo Ingeborg, abrazándose las rodillas, con los ojos danzando—. ¡Qué impresión para causar una mujer respetable!

—Qué don para poseer, querrá decir. El mayor de todos. Llevar consigo la propia felicidad a todas partes.

—Pero eso es exactamente lo que hace *usted*. ¿No va derramando gozo a cada paso? ¿No lo salpica por todas las galerías del mundo? ¿No deja belleza tras de sí allá por donde ha pasado?

Él se giró para tenderse cuan largo era y mirarla desde abajo—. ¡Qué cosas tan encantadoras dice usted! —dijo—. Ojalá pudiera creer que las dice en serio.

—¿Que si las digo en serio? —exclamó ella, ruborizándose de nuevo—. ¿Se figura que malgastaría los minutos preciosos diciendo cosas que no siento? Llevo años sin hablar de verdad con nadie, con nadie que me respondiera. ¡Y ahora es *usted*! ¡Es que es demasiado maravilloso! Como si fuera a desperdiciar un solo segundo de ello.

—Es usted lo más extraño y sorprendente que se puede encontrar aquí, en el confín del mundo —dijo él, mirándola desde abajo—. Y ahí está el sol, alcanzándole el cabello justo a través de los árboles. ¿Está usted siempre llena de entusiasmos derretidos por la gente?

—Solo por usted.

—Pero ¿qué he de decir a estas repetidas palmaditas? —exclamó él.

—Se metió usted en mi imaginación aquel día en que lo conocí, y ha estado en ella desde entonces. Yo estaba en el estado más estúpido de sordo abandono. Usted me sacó de él.

Él la miró fijamente, con la barbilla en la mano—. Imagínese, yo sacando a alguien de algo —dijo—. Por lo general lo que hago es meterlos dentro.

—Es verdad que he tenido recaídas —dijo ella—. Cinco recaídas.

—¿Cinco?

Ella asintió—. Cinco desde entonces. Pero aquí estoy, hirviendo, como usted lo llama, y fue usted quien me puso en marcha, y creo que ahora seguiré haciéndolo ininterrumpidamente para siempre.

Ingram tendió la mano con un movimiento rápido, como si fuera a tocar el borde de su vestido—. Enséñeme a hervir —dijo.

—Eso es un poco como pedirle a un gusano que le dé lecciones de centelleo a una estrella.

—Maravilloso —dijo él con suavidad, tras una breve pausa— estar aquí tumbado oyendo que le dicen a uno cosas tan dulces. ¿Por qué no la encontré antes? Llevo una semana entera y espantosa aburriéndome en casa de los Glambeck.

—Ah, ¿lleva ya una semana allí? —preguntó ella, ansiosa—. ¿Entonces se marchará pronto?

—Me iba a marchar mañana.

—Es como la última vez. Estaba usted a punto de irse cuando lo conocí.

—Pero ahora voy a quedarme. Voy a quedarme y pintarla.

Ella dio un respingo—. *¡Ah!* —exclamó, sobrecogida—. *Ah*...

—Pintarla, y pintarla, y pintarla —dijo Ingram—, y ver si puedo atrapar algo de su felicidad para mí. Llegar a su secreto. Averiguar de dónde sale todo eso.

—Pero si sale de usted; en este momento todo es usted...

—No sale de mí. Está dentro de usted. Y quiero conseguir tanto como pueda. Estoy polvoriento, acalorado y harto de todo. Vendré y me quedaré cerca de usted y la pintaré, y usted me hará limpio y fresco otra vez.

—¡Las cosas que dice! —dijo ella, inclinándose hacia delante, el rostro lleno de risa—. ¡Como si yo pudiera hacer algo por *usted*! Se está usted burlando de mí todo el tiempo, de verdad. Pero no me importa. No me importa nada con tal de que no se marche.

—No tema que me vaya a marchar. Voy a darme un baño de lejanía y de paz. Dejaré plantados a los Glambeck y me buscaré un cuarto en su pueblo. Vendré todos los días y la pintaré. Es usted como una hojita dorada, una hoja de haya en otoño, soplada de pronto desde Dios sabe dónde hasta cruzarse en mi camino.

—Ahora es usted quien me hace ronronear a *mí* —dijo ella.

—Es usted como todo lo que es claro y luminoso y fresco y nuevo.

—Ay —murmuró Ingeborg, radiante—, ¡y ni siquiera tengo cola que menear!

—Ya, después de solo diez minutos con usted, siento como si estuviera comiendo lechuga fría, fresca, muy crujiente.

—Eso no es ni de lejos tan bonito. Creo que no me gusta ser lechuga.

—No me importa. Lo es. Y voy a pintarla. Voy a pintar su alma. Deme algunas direcciones de alojamientos —dijo, cogiendo apresuradamente una hoja de papel y un lápiz.

—No hay ninguna.

—Entonces tendré que alojarme en su casa parroquial.

—Entonces tendrá que dormir con Robert.

—¿Cómo? ¿Quién es Robert?

—Mi marido.

—Ah, sí. ¡Pero qué absurdo suena eso!

—¿El qué?

—Que usted tenga marido.

—No veo cómo se puede evitar tener marido si una es esposa.

—No. Es inevitable. Pero es... curioso. Que sea usted esposa de nadie, y menos aún de un pastor. Aquí, en Kökensee.

Ella se puso en pie impulsivamente—. Venga a verlo —dijo—. La última vez no quiso. Venga ahora. Deje que le prepare el té. Deje que tenga el orgullo de prepararle el té.

—¡Pero no ahora mismo! —suplicó él, mientras ella, de pie sobre él, le tendía la mano para levantarlo.

—Sí, sí. Ahora está en casa. Más tarde saldrá a sus campos. Se pondrá contentísimo. Le contaremos lo del cuadro. Ah, pero lo decía usted en serio, ¿verdad? —añadió, de pronto ansiosa.

Él se levantó de mala gana, refunfuñando—: No quiero ver a Robert. ¿Por qué habría de ver a Robert? No creo que Robert me vaya a caer bien —masculló, mirándola desde lo que parecía una altura inmensa—. Claro que lo digo en serio, lo del cuadro —añadió, con voz distinta, rápida e interesada—. Será un retrato compañero del de su hermana.

Se echó a reír—. Eso sería realmente muy divertido —dijo, agachándose y recogiendo con pulcritud sus cosas esparcidas.

Ingeborg se ruborizó—. Pero... eso es una broma bastante cruel, ¿no?, la que está usted haciendo ahora de mí —murmuró.

—¿Qué? —preguntó él, incorporándose para mirarla.

La luz se había apagado en su rostro.

—¿Qué? Pero... ¿no le he dicho que mi cuadro de usted va a ser el retrato de un espíritu?

Se abalanzó sobre sus cosas y las recogió entre los brazos.

—Vamos —dijo él con impaciencia—, y sea inteligente. Se lo suplico, sea inteligente. Vamos. Supongo que tengo que ir en la batea. ¿Qué hay en ella? Libros a docenas. ¿Qué es esto? ¿Eucken? ¿Keats? ¿Pragmatismo? ¡Dios santo!

—¿Por qué «Dios santo»? —preguntó ella, subiendo y cogiendo el remo mientras él empujaba la batea con vigor y saltaba a ella en marcha. Volvía a estar radiante. Se estremecía de orgullo y de gozo. Él lo decía de verdad, lo del cuadro. No se había burlado de ella. Al

contrario... —¿Por qué «Dios santo»? —preguntó—. Dijo usted eso, o algo parecido, la última vez porque no *leía*.

—Bueno, ahora lo digo porque sí lee —dijo él, agazapado en el extremo opuesto, observando sus movimientos mientras remaba.

—Pero eso no parece tener mucha coherencia, ¿no? —dijo ella.

—¡Al diablo con la coherencia! No quiero que se le revuelva el juicio. Y se le revolverá si mete todas estas cosas tan distintas de golpe en esa cabecita suya.

—Pero prefiero tener el juicio revuelto a tenerlo vacío.

—¡Tonterías! Si pudiera, le impediría hacer nada que la alterase ni un ápice de lo que es usted en este momento.

A eso ella respondió, suspendiendo el remo en el aire, el rostro tan chispeante como las gotas relucientes que de él saltaban, que realmente lo estaba pasando muy bien; y ambos rieron.

Ingram esperó en el salón, donde se quedó de pie, observando con ojos atentos los detalles de aquella habitación pequeña, descuidada, casi desairada, mientras Ingeborg iba al laboratorio, tan feliz y orgullosa que olvidó que estaba infringiendo las normas, a buscar, como ella decía, a Robert.

Robert, sin embargo, no se dejó buscar. Alzó la vista hacia ella con gran reproche cuando entró, pues, como invariablemente ocurría en las raras ocasiones en que la tremenda importancia de lo que tenía que decirle le parecía a ella justificar la interrupción, él creía haber llegado justo entonces, tras un infinito y paciente acecho, al alcance del esquivo e ilusorio corazón del problema.

—El señor Ingram está aquí —dijo ella sin aliento.

Él la miró por encima de las gafas.

—En el salón —dijo Ingeborg—. Ha venido a tomar el té. ¿No es maravilloso? Va a pintar...

—¿Quién está aquí, Ingeborg?

—El señor Ingram. Edward Ingram. Ven a hablar con él mientras preparo el té.

Había olvidado incluso cerrar la puerta en su excitación, y una ráfaga de viento de la ventana abierta levantó los papeles de Herr Dremmel y los desordenó.

Él trató de atraparlos, y le pidió, en tono de irritación controlada, que cerrara la puerta.

—¡Ay, qué horror, lo mío! —dijo ella, cerrándola apresuradamente, pero con alegría.

—No conozco —dijo entonces Herr Dremmel, dominando su enojo — al señor Ingram.

—Pero, Robert, es *el* señor Ingram. Edward Ingram. El mayor artista que existe ahora. El gran retratista. Berlín tiene...

—¿Es pariente de tu familia, Ingeborg?

—No, pero pintó a Ju...

—Entonces no es necesario que interrumpa mi tarde por él.

Y Herr Dremmel volvió a inclinar la cabeza sobre sus papeles.

—Pero, Robert, es *grande*..., es *muy* grande...

Herr Dremmel, con el pulgar humedecido, reordenó diligentemente sus páginas.

—Pero... si le dije que te encantaría verlo. ¿Qué voy a decirle si no vienes?

Herr Dremmel, con la mirada atrapada por una frase que había escrito, leía con un apetito hondo e inmenso.

—El té —dijo Ingeborg, desesperada—. Hay té. Tú siempre *sí* vienes a tomar el té. Estará listo en un minuto.

Él alzó la vista hacia ella, incorporándola de nuevo a su conciencia —. ¿Té? —dijo.

Pero incluso mientras lo decía, sus pensamientos se apartaron hacia su problema, y sin retirar los ojos de los de ella empezó a considerar cuidadosamente un nuevo aspecto de este que en ese instante se le había ocurrido.

No había otra opción que marcharse. Así que se fue.

Capítulo XXVIII

La visita de Ingram a los Glambeck tocaba de todos modos a su fin al día siguiente, cuando debía partir hacia Königsberg camino del Cáucaso, lugar con el que esperaba que su novedad lo engañara, siquiera por un tiempo, y lo sacara del tedio; y el barón y la baronesa se llevaron una gran sorpresa cuando les dijo que no iba al Cáucaso, sino a Kökensee.

A una sola voz exclamaron: —¿Kökensee?

—A pintarle el pelo a la esposa del pastor —dijo Ingram.

El barón y la baronesa guardaron silencio. La explicación les pareció que estaba más allá de todo comentario. Lo indecoroso del asunto les quitó el habla. Herr Ingram, desde luego, artista de renombre —si no hubiese sido de renombre tan grande no habrían podido admitirlo en su círculo en condiciones de igualdad—, podía pintar el pelo de quien quisiera; pero ¿no había alguna ley eclesiástica que prohibiera que se pintase el pelo de la esposa de un pastor? Que a una le pintasen el pelo, siendo esposa de pastor, apenas era más respetable que teñírselo. A la gente de buena familia se la pintaba para legar su retrato a las generaciones venideras, pero para eso hacían falta generaciones, hacían falta vástagos, hacía falta un linaje noble del que brotasen esos vástagos, y el retrato se emprendía con sobriedad, con discreción, con reflexión, en el temor de Dios, para deleite de los hijos, no a la ligera ni por capricho, no por efecto, no, como había añadido Herr Ingram a propósito del pelo de Frau Pastor, porque alguna parte de la

persona de una fuera extrañamente hermosa. ¿Extrañamente hermosa? Se miraron el uno al otro; y la baronesa levantó un instante del regazo negro sus grandes manos blancas y ondulantes y las dejó caer de nuevo sobre él, y el barón asintió despacio, en total conformidad.

Ingram había encontrado alojamiento en la posada del pueblo de Kökensee, lugar tan sórdido, tan del todo imposible como siguiente morada, después de la suya, para quien había sido su huésped, que al barón y a la baronesa les inquietó lo que debían de pensar sus criados al oírle indicar a su cochero, en presencia del mayordomo y el lacayo, mientras trepaba ágilmente al calesín, que lo llevara allí. Y la baronesa entró en la casa y escribió de inmediato a su hijo Hildebrand, en Berlín, que había sido quien presentara a Ingram en Glambeck, para decirle que no pensaba permitir que Herr Ingram volviese a visitarla. «*Por complacerte* —le escribió— *lo hice. ¡Pero qué verdad es que esos artistas nunca pueden elevarse por encima de ser artistas! He terminado con los forasteros, por listos que sean. Dame caballeros*.»

No mencionó el pelo, descubrió que no podía mencionarlo; y aquella noche le expresó al barón la esperanza de que al menos el cuadro fuese solo en acuarela. La acuarela, sentía ella, parecía de algún modo más próxima a los Mandamientos que el óleo.

Era imposible pintar un cuadro serio de Ingeborg en el saloncito oscuro de la casa parroquial, y como no había ninguna otra habitación que pudieran utilizar, Ingram empezó una serie de bocetos de ella al aire libre, en el jardín, en la batea, en todas partes y en cualquiera.

—Tengo que hacerme una idea de usted —dijo él, consciente de que había que dar alguna razón para venir todos los días—. Más adelante haré el cuadro de verdad. En un estudio como es debido.

—Me pregunto cómo llegaré yo a un estudio como es debido —sonrió Ingeborg.

—Tengo uno muy bueno en Venecia. Allí tendrá que posar para mí.

—¡Como si estuviera a la vuelta de la esquina! Pero estos son maravillosos —dijo ella, cogiendo los bocetos—. Ojalá fuese yo de verdad así.

—Es usted exactamente tal como estaba en ese momento.

—Qué tontería —dijo ella; pero resplandecía de gozo.

Sabía que no era verdad, pero le encantaba creer que él, de algún modo, por algún milagro, la veía así. Los bocetos eran exquisitos; pequeñas impresiones de momentos felices atrapadas en la inmortalidad por un maestro. Apenas hacía nunca otra cosa que su cabeza y su garganta, y a veces el delicado descenso hasta el hombro. El día en que vio cómo había interpretado él la nuca, se ruborizó de placer: era una cosa tan hermosa.

—Esa no soy yo —murmuró ella.

—¿No? No creo que nadie le haya explicado nunca cómo es usted.

—No hacía falta. Puedo verlo yo misma.

—Pues, al parecer, eso es precisamente lo que no puede hacer. Ya iba siendo hora de que yo llegara.

—Ay, ya lo creo que sí —convino ella con seriedad.

A él le parecía su franqueza, su manera desnuda de decir lo que sentía, tan refrescante y tan sorprendente como que le salpicasen con agua de montaña, clara, fría y reluciente. Nunca había conocido nada femenino tan próximo a la sencillez absoluta. Podía decirle las cosas más extravagantemente aduladoras, y ella las apreciaba y las saboreaba con una especie de deleite objetivo que al principio le interesó extraordinariamente. Después empezó a irritarle.

—Es usted tan poco consciente de sí misma —le dijo él una tarde, un poco enfadado, después de haber rebuscado por cielo y tierra y en la mayoría de los poetas imágenes con que compararla, mientras ella permanecía sentada, inmensamente complacida e interesada, animándolo a intervalos a seguir— como un niño de coro.

—¡Pero qué cosa tan agradable, tan limpia, tan bien enjabonada para parecerse! —dijo ella—. Y mucho más viva que las lechugas.

—Me pregunto si de verdad está usted *viva* —dijo él, mirándola fijamente; y ella lo miró con la cabeza ladeada y le dijo que si no fuera hija de obispo, esposa de pastor, hija de muchas oraciones y educada desde la infancia para mantenerse cuidadosamente dentro de los límites de lo permitido en el habla femenina, respondería a eso: «Ya lo creo».

—Pero eso solo lo diría si fuese vulgar —explicó ella—. La buena educación es, me figuro, la única barrera entre el exceso y yo.

—¡Usted y el exceso! Cosita graciosa, de agua fría, de primera hora de la mañana. Tanto valdría relacionar con el exceso el amanecer, los campos antes de salir el sol, los pajarillos y las hojas jóvenes del verde más verde.

Estuvo, durante esta primera semana, más cerca de ser del todo feliz de lo que podía recordar haberlo sido desde aquella época de delantal en que el mundo entero se reduce a la madre y a las margaritas. Disfrutaba del interés del contraste completo, de la frescura propia de los comienzos. Desde esta lejanía, desde este extraño y recogido escenario alemán, contemplaba su vida habitual como algo del todo necio, apresurado, ruidoso y fastidioso. Todas aquellas mujeres —¡Dios santo, todas aquellas mujeres!— que se congregaban y se coagulaban a lo largo de su camino, ¡qué cosas tan terribles le parecían desde aquí! Mujeres a las que había pintado y que se alzaban para reprocharle que su idea de ellas y la idea de ellas mismas fuesen distintas; mujeres de las que se había enamorado, o había tratado de convencerse de que se había enamorado, o había tratado de confiar en que pronto lograría convencerse de que se había enamorado; mujeres que se habían enamorado de él, y revoloteaban y aleteaban a su alrededor, monstruos de blanda y envolvente sofocación; mujeres a las que había hecho daño —¡palabra absurda!—; mujeres que tenían derechos sobre él —¡derechos sobre él!, sobre él, que pertenecía

únicamente al arte y al universo. Y estaba su esposa... Dios santo, sí, su esposa...

Lejos de esas angustias y esas molestias, de un mundo que gritaba, de las muchedumbres y la popularidad que se interponían entre él y lo único que importaba, su obra, de los horrores de la vida doméstica, los horrores de la vida social y las vanas repeticiones de gentilezas, de toda esa gente que hablaba del Pensamiento, del Arte y de la Mente del Mundo, de los celos, los afectos, los elogios, las pasiones, la excitación, el tedio, se sentía muy a salvo en Kökensee. Estar allá, en medio del vacío que distraía de Londres, era como si le soplaran a la cara el polvo agrio de un mercado abandonado. Estar aquí, en Kökensee, era sentirse como un solo pez de colores en una pecera de agua clara. Ingeborg era el agua clara. Kökensee era la pecera. Durante una semana nadó con deleite en ese elemento nuevo; durante una semana se sintió tan bueno e inocente, ejerciéndose en su fresca transparencia, que casi parecía un pez de colores con babero. Entonces Ingeborg empezó a irritarlo; y lo irritaba precisamente por la razón que hasta entonces lo había encantado: su curioso parecido con un muchacho.

Aquel afecto franco, aquel deleite sin disimulo en su compañía, aquella admiración excesiva siempre dispuesta, eran cautivadores al principio, y divertidos y deliciosos después de la falsa frescura, los trucos, las falsas audacias de las mujeres que había conocido. Eran como un baño al final de una noche calurosa; como un andén de pueblo al final de un viaje en tren sofocante. Pero no se puede estar todo el día metido en un baño, ni quedarse para siempre en un andén. Uno quiere seguir adelante. Uno quiere que las cosas evolucionen.

A Ingram le irritaba la aparente incapacidad de Ingeborg para evolucionar. Estaba muy bien, era encantador parecerse a un muchacho durante un tiempo, pero persistir en ello resultaba fastidioso. Nada de lo que él pudiera decir, ningún epíteto cálido y variado que le aplicara, traía a los ojos de ella ni el más leve rastro de conciencia de sí misma. ¿Qué se puede hacer, pensaba él, con

una mujer que se niega a cobrar conciencia de sí misma? Ella recibía sus discursos con entusiasmo, los acogía con deleite y con risas, y, lo que resultaba particularmente desconcertante, le respondía. Le respondía con igual calor e igual variedad —a veces, sospechaba él, molesta por verse superada en materia de epítetos, con más aún. A juzgar por su manera de hablar, era casi ella quien le hacía la corte a él. Él habría supuesto que lo estaba cortejando de verdad de no haber sabido, de no haber sido tan agudamente consciente, de que no era así. Con el rostro radiante y voz alegre, ella decía de pronto que Dios había sido muy bueno con ella; y cuando él le preguntaba de qué modo, respondía con seriedad: «Enviándolo a usted aquí». Y entonces añadía, con aquella voz peculiarmente dulce —tenía, en efecto, pensaba Ingram, una voz peculiarmente dulce, algo ronca, también algo semejante a la de un niño de coro, pero un niño de coro con un ligero dolor de garganta—: «Lo he echado terriblemente de menos todos estos años. He estado sola por usted».

Y la honestidad de ella; la sincera honestidad de sus ojos cuando decía esas cosas. Ningún niño de coro mayor de diez años podría mirar a alguien con una sencillez tan directa.

Todos los días, puntualmente a las dos, hora a la que ya había pasado en la casa parroquial la conmoción diaria de la comida y su fregado, caminaba desde la posada —mientras las bocas de Kökensee, detrás de cortinas y puertas entornadas, chisporroteaban de comentarios excitados— hasta la verja de los Dremmel, diciéndose a sí mismo, mientras contemplaba la calle apacible, que aquel era el lugar más vacío y más libre de chismes del mundo; y esquivando los diversos y abundantes charcos del corral, doblaba la esquina de la casa a lo largo del sendero de lilas, bajo las ventanas del laboratorio, hasta donde, al final de la avenida de tilos, Ingeborg lo esperaba sentada. Entonces la dibujaba, o fingía dibujarla, según el humor que tuviera, y conversaban.

Al segundo día él ya sabía todo lo referente a la vida de ella desde su matrimonio: sus seis hijos —que a él lo asombraban y lo espantaban—, su afán de cultura, iniciado por él mismo, sus

quehaceres domésticos, su orgullo por el talento de Robert, su soledad, su sed de alguien con quien hablar. Personas como Ilse y Rosa, Frau Dremmel, Robertlet y Ditti se le hicieron extraordinariamente reales. Mientras ella hablaba, él hacía pequeños dibujos de ellas, subiendo por el borde del papel. Y también sabía él, para el segundo día, todo lo referente a la vida de ella en Redchester, sus ardores filiales, sus deberes, sus dificultades a la hora de desligarse del obispo; y su papel se extendía por el otro borde con diminutos obispos y delantales sueltos y expresivos. Lo único que ella le ocultaba, de los sucesos mayores de su vida, era Lucerna; pero también eso lo supo él al cabo de una semana.

—Conque es usted capaz de hacer cosas —dijo él, mirándola con un nuevo interés—. Es capaz de hacer cosas reales, vivas.

—Ah, sí. Si me aguijonean como es debido.

—Me pregunto qué querrá decir con «aguijonear como es debido».

—Bueno, entonces me aguijonearon. Me aguijoneó que me tuvieran ininterrumpidamente en un solo sitio durante años.

—Eso es lo que le está pasando ahora.

—Ah, pero esto es distinto. Y además he estado en Zoppot.

—¡Zoppot!

—Además, *usted* está aquí.

—Pero yo no estaré aquí siempre.

—Ah, pero estará en algún lugar, en el mismo mundo.

—Como si eso sirviera de algo.

—Claro que sirve. Leeré sobre usted en los periódicos.

—Tonterías —dijo él, enfadado—. ¡Los periódicos!

—Y me acurrucaré en su memoria.

—Como si yo estuviera muerto. A veces es usted ridícula más allá de toda palabra.

—Supongo que es porque he recibido tan poca educación —dijo ella, mansamente.

A la hora del té, casi todos los días, Herr Dremmel se unía a ellos en el jardín, y la conversación se volvía solemne. Se sacaban los bocetos, y él hacía comentarios corteses. Discutía de arte con Ingram, e Ingram discutía de fertilizantes con él, y como ninguno de los dos sabía nada de la especialidad del otro, discutían a fuerza de inteligencia. Ingeborg servía el té y escuchaba, llena de orgullo por ambos. Pensaba en lo mucho que debían de gustarse y admirarse el uno al otro. El buen juicio de Robert, su inglés peculiar y a menudo majestuoso, sus logros científicos, evidentemente notables, debían de impresionar profundamente a Ingram, de eso estaba segura. Y por supuesto, ver y hablar con el gran Ingram todos los días no podía sino proporcionarle a Robert una inmensa satisfacción, ahora que había caído en la cuenta de quién era. Se sentaba entre los dos hombres, con su vestido blanco anticuado y voluminoso, mirando del uno al otro con ansioso orgullo mientras hablaban. Ella misma no decía nada, por respeto a tal combinación de inteligencias, pero era toda oídos. Bebía las palabras. Era, le parecía, más ensanchador de la mente incluso que el *Clarion*.

Ingram detestaba la hora del té en la casa parroquial. Cada día le costaba más esfuerzo corresponder debidamente a la ceremoniosidad de Herr Dremmel, y su sed científica de datos sobre arte aburría a Ingram de manera intolerable. Detestaba los grandes pliegues blandos de su ropa y el modo en que se abotonaba y se abultaba entre botón y botón. Le molestaba que tuviera las mangas y los pantalones demasiado largos. Se estremecía al pensar en los seis hijos. No quería oír hablar de superfosfatos, y le molestaba tener que fingir, regularmente, cada tarde, que le interesaban; y sí quería —y esto se convirtió en un deseo creciente y en una incomodidad creciente— cortejar a la esposa de Herr Dremmel.

La gran inconsciencia de Herr Dremmel respecto de tal posibilidad lo irritaba, en particular su ceguera ante el atractivo de Ingeborg. Se merecería, sin duda, pensaba Ingram, cualquier cosa que le pasara. Era escandaloso no cuidar mejor de una cosita así. Cada día, a la hora del té, lo enfurecía esa falta de cuidado en Herr Dremmel, y cada día, antes y después del té, se entregaba —si es que unos esfuerzos frustrados de galanteo pueden llamarse así— a no cuidarla él mismo tampoco.

—Verá usted —dijo Ingeborg, cuando él comentó las inmensas ausencias y retiradas personales de Herr Dremmel—, Robert es muy *grande*. ¡Es maravilloso! ¡Las cosas que hace solo con granos! Y claro, si una quiere lograr algo, tiene que entregarle cada minuto. Si hasta cuando me amaba no solía...

—¿Cuando la amaba? —la interrumpió Ingram—. ¿Cómo? ¿Es que ya no la ama?

—Ah, sí, sí —dijo ella, rápidamente, ruborizándose—. Quería decir... claro que me ama. Y además, uno siempre ama a su esposa.

—No, no siempre.

—Sí, siempre.

Ahí lo dejaron.

Al final de su segunda semana en Kökensee, Ingram se encontró aumentando el número de sus adjetivos, imágenes y comparaciones, volviéndose casi ávidamente poético, porque la fuerza de la proximidad y la falta de nadie más con quien hablar o en quien pensar empezaban a hacer su efecto, y se estaba convirtiendo en lo único que le parecía importar el hacer entrar la conciencia de sí misma en aquellos ojos francos, algo además de, o en lugar de, aquel resplandor de amistosa admiración. Ahora se sentía muy atraído, y casi igual de exasperado. Ella era, al fin y al cabo, una mujer; y era absurdo, era increíble, que él, Ingram, con todas aquellas oportunidades, no fuese capaz de sacarla de su posición inicial de mero asombro ante él como artista y celebridad.

Era tan cálida, tan afable y tan cercana en un sentido, y tan de ninguna parte en otro; tan receptiva, tan rápida, tan dispuesta a amontonar sobre él la miel más dulce de la lisonja y la admiración, y tan ciega ante el hecho de que... bueno, de que allí estaban los dos, él y ella. Y además tenía un sentido del humor que interrumpía, sentido de lo más admirable en una mujer en cualquier otro momento, pero no cuando se la está cortejando. También era muy inconexa; él no lograba fijarla; su mente daba tumbos, y eso también entorpecía el progreso. No es que a él le importara un comino su mentalidad, salvo en la medida en que su calidad constituía un estorbo; era esa otra parte de ella, su extraña almita, lo que le interesaba, su felicidad y sus ganas de vivir, y, por supuesto, la gracia y la armonía de sus líneas y su colorido.

—Ya sabe usted, supongo —le dijo una tarde, mientras caminaban despacio de regreso por el sendero que atravesaba el centenal, y los frescos aromas del día estival que terminaba se les alzaban al rostro mientras andaban—, que yo daría cien días de vida en Londres o en París por una hora de esta atmósfera, de esta limpieza que hay en usted.

—No creo que cien sea mucho. Yo los daría *todos* por estar con usted. Aquí. Ahora. En el centenal. ¿No es maravillosa esta tarde? ¿No es hermosa? ¿Ha olido eso? —Se detuvo y levantó la nariz, buscando el aroma—. ¿Justo ahora? Eso es correhuela.

—Tiene usted tal fe en mis dioses —prosiguió él, cuando logró apartarla de la correhuela—, tal valentía de creencia, tal querida valentía de creencia.

—Bueno, pero claro —dijo ella, volviendo hacia él unos ojos resplandecientes—. ¿Quién no creería en sus dioses? El arte, el amor a la belleza...

—Pero no es solo el arte. Mis dioses son todas las cosas dulces y todas las cosas bellas —dijo Ingram, convencido en ese momento de que nunca había hecho otra cosa que adorar dioses de ese sabor

concreto, tan a fondo lo estaba purgando el hisopo de la vida en Kökensee.

—Ah —dijo Ingeborg con entusiasmo reverente—, qué maravilloso que sea usted exactamente lo que es. Pero qué *hábil* por su parte —añadió, con un breve movimiento de las manos, sonriéndole—, ser tan *exactamente* lo que es.

—¿Y sabe usted qué es exactamente? Es la ventana abierta en la cárcel de mi vida.

Ella contuvo el aliento un instante. —¡Qué hermoso! —dijo entonces—. ¡Qué *hermoso*! ¡Y qué amable es usted al pensar en mí de ese modo! Pero ¿por qué es una cárcel? Usted, precisamente...

—Es que no es vivir, ¿comprende? Allá es la existencia en caricatura. Es como cenar perpetuamente con las figuras de cera de Madame Tussaud, o cualquier otra cosa del todo irreal e increíble.

—Pero no comprendo cómo un gran artista...

—Y usted es como una ventana abierta, como el cielo, como el aire dulce, como la libertad, como una luz secreta...

—Ay —murmuró ella, quitándose importancia pero encantada.

—Cuando estoy con usted siento un asco intolerable por toda la cháchara y la flatulencia de esa otra vida.

—Y cuando yo estoy con usted —dijo ella—, siento como si estuviera rellena de... ay, de estrellas.

Él guardó silencio un momento. Luego, resuelto a no dejarse superar, dijo:

—Cuando estoy con usted empiezo a sentirme yo mismo como una estrella.

—Como si usted no lo fuera siempre.

—No. Solo por usted. Hasta que la encontré, yo no era más que una bola de barro enfadada.

—Pero...

—Un hombre sediento en una habitación sofocante.

—Pero...

—Un vacío, una nada gemebunda, una cosa destripada.

—¿Una qué? —preguntó Ingeborg, que nunca había oído esa palabra.

—Y usted —prosiguió él— es el agua fresca que me sacia, el aroma de las rosas que entra en la habitación, la luz líquida para mi arcilla.

Ella respiró hondo. —Es maravilloso, maravilloso —dijo—. Y suena, no sé cómo, tan de verdad... de verdad, casi como si usted lo dijera en serio. Ay, no me importa nada que se burle de mí, con tal de que siga diciendo cosas tan bonitas como esas.

—¿Burlarme de usted? ¿Es que no tiene idea, ni la más remota idea, de lo dulce que es?

Él se inclinó y la miró a la cara. —Con besitos en cada uno de sus ojos —dijo, escrutándolos.

Capítulo XXIX

En Redchester nadie hablaba de besos. Eran cosas que no se mencionaban. Eran cosas permitidas solo bajo condiciones estrictamente definidas —si, por ejemplo, uno no quería besar, y a la otra persona no le gustaba— y cuya aplicación se limitaba a los parientes. Como los bancos en una iglesia parroquial, estaban reservados para las familias. Las tías podían besar: libremente. Sobre todo si tenían barba; Ingeborg tenía una tía con barba. Las madres podían besar; había visto a su tranquila madre besar a un recién nacido con una especie de devoración, un canibalismo. Los obispos podían besar, dentro de cierta área restringida. En cuanto a los maridos, besaban, sin que nada los detuviera, hasta el día en que de pronto dejaban de hacerlo. Pero nadie, ni tías, ni madres, ni obispos, ni maridos, consideraba la práctica una base adecuada para la conversación.

Qué refrescante, por tanto, y qué del todo delicioso que Ingram fuese tan natural, y cómo le encantaba saber que, aunque desde luego él fingía lo de los besitos en sus ojos, le parecía que valía la pena fingirlo. Con regocijo, orgullo y diversión se preguntaba qué diría Redchester si pudiera oír al gran hombre al que también ella honraba siendo tan sencillo y a la vez tan sumamente amable. Por primera vez no respondió; guardó silencio, pensando pensamientos divertidos y placenteros. E Ingram, caminando a su lado con las manos en los bolsillos y una alegría en el paso, se sintió triunfante, pues creía haber conseguido, por fin, atravesar la conciencia de sí misma de ella y hacerla callar.

No es que no disfrutara del incienso que ella quemaba ante él, la desvergonzada expresión de su admiración, pero un hombre necesita espacio para cortejar, y una vez embarcado en ese grato ejercicio no quiere que le quiten las palabras de la boca. Ingeborg siempre le quitaba las palabras de la boca para después arrojárselas de vuelta con, por así decirlo, una flor prendida detrás de la oreja. Él sabía que, si una vez lograba atravesar su conciencia de sí misma, ella dejaría de hacer aquello, se daría cuenta de que él era un hombre y ella una mujer. Se volvería pasiva. Dejaría de empeñarse en que él era un semidiós y ella una especie de humilde acomodadora de iglesia, o su equivalente, en el templo de él. Ahora, al parecer, lo había logrado, y el silencio de ella mientras caminaba a su lado con los ojos fijos en el suelo le resultaba más dulce que ninguna otra cosa que ella hubiera dicho jamás.

Sin embargo, antes de que llegaran al hueco en el seto de lilas que formaba la sencilla entrada por aquel lado al jardín de los Dremmel, ella ya había empezado de nuevo.

—En Redchester... —empezó ella.

—Ah —la interrumpió él—, ¿me va usted a dar una descripción de la ciudad y sus alrededores para impedirme que le dé yo una descripción de usted misma?

—No —rio ella—. Ya sabe que podría escucharlo eternamente.

La misma franqueza; la misma mirada radiante. A Ingram le entraron ganas de dar una patada.

—Estaba pensando —prosiguió ella— en cómo nadie, en Redchester, hablaba nunca de besos. Ni siquiera de los pequeños.

—¿Así que está usted escandalizada?

—No. ¡Qué palabra! Estoy llena de asombro ante el milagro de que usted, *usted*, sea tan amable conmigo, ¡*conmigo*! Diciendo cosas tan hermosas, pensando cosas tan hermosas.

Aquella costumbre de la gratitud resultaba realmente enloquecedora.

—Háblemе de Redchester —dijo él secamente—. ¿No se besan allí?

—Ah, sí. Pero no los tienen en los ojos.

Él se estremeció.

—Y la gente no los menciona, salvo que sea de tías. Y aun así, no de esa manera. Ninguna tía podría jamás tener las partes preñadas de sentido necesarias para inventar una frase como esa. Y si las tuviera, no creo que yo quisiera escucharla.

—Entonces, al menos, ¿sí quiere usted escuchar?

—¿Que si quiero? ¿Acaso no escucho siempre cada palabra que dice usted con las dos orejas? Qué suerte —añadió con gratitud—, qué verdadera suerte, qué escapatoria, ¡que usted *no* sea una tía!

—No se puede decir exactamente que sea una escapatoria por los pelos —dijo él, malhumorado—. No siento ni el más leve asomo de tía en ninguna parte de mí.

Caminó con ella por la oscuridad de la avenida de tilos, negándose a quedarse a cenar. ¿Por qué no podía, allí mismo, en aquel lugar solitario y oscuro, tomarla entre los brazos y obligarla a despertar, a dejar de ser un niño de coro, una acomodadora de iglesia? O sacudirla. Una cosa u otra. En aquel momento no le importaba demasiado cuál. Pero no podía. Se decía a sí mismo que la razón por la que no podía era que ella se sorprendería de manera ilimitada, y que, pese a toda su sorpresa, él no estaría más cerca, ni un centímetro más cerca, de lo que fuera que había en ella y que ahora ansiaba tanto alcanzar. Puede incluso que ella —de hecho, estaba seguro de que lo haría— le diera profusamente las gracias por tal nueva muestra de estima, por ser, como ella diría, tan sumamente amable.

—¿Está usted cansado? —preguntó ella, escrutando su rostro en la penumbra perfumada, pues era la época de la floración de los tilos, cuando él se detuvo de pronto y le dio las buenas noches.

—No.

—¿Se encuentra usted bien del todo?

—Perfectamente.

—Entonces —dijo ella—, ¿por qué marcharse?

—Estoy en aguas muertas. No tengo conversación. La aburriría. Buenas noches.

Al día siguiente, tras encontrar la mañana del todo intolerablemente larga, en cuanto estuvieron a solas abordó directamente el difícil tema de los maridos.

—No sirve de nada, Ingeborg —dijo él—; sí, voy a llamarla Ingeborg: somos compañeros de peregrinación, usted y yo, por este pedregoso absurdo que llaman vida, y pronto estaremos muertos, así que, querida mía, seamos amigos aunque solo sea por este ratito...

—Ah, pero por supuesto, por supuesto...

—No sirve de nada, ¿sabe?, vedar ciertos temas de lo más obvios por esa idiota prevención que uno tiene hacia lo que se llama buen gusto. Lo único verdaderamente vivo es el mal gusto. Todos los preliminares de la verdadera unión, la unión de cualquier tipo, de mente o de cuerpo, consisten en desechar reticencias, cautelas y conveniencias, y cada uno de esos preliminares es de mal gusto. Si vamos a ser amigos, tendremos que meternos en eso. Mal gusto. Gusto execrable. Ahora bien...

Se detuvo.

—¿Y bien?

Ella lo miraba con una especie de alarma. Era, con mucho, el discurso más largo que él había pronunciado, y no podía imaginar qué vendría al final. Él estaba, como de costumbre, ocupado en arrojarla al papel —el número de sus estudios de ella era ya, a estas alturas, algo monstruoso— y le lanzaba miradas rápidas y profesionales a cada frase.

—Sobre los maridos. Dígame qué piensa usted de los maridos.

—¿De los maridos? Pero *eso* no es de mal gusto —dijo ella.

—Dígame qué piensa usted de ellos.

—Bueno, son personas a las que una les tiene mucho cariño —dijo ella, con las manos entrelazadas en torno a las rodillas.

—Ah. ¿Eso le parece?

—Sí. ¿A usted no?

—Yo nunca tuve uno.

—¡Las ventajas de ser mujer! Son personas a las que se quiere de una vez y para siempre. Rescatan a una de Redchester. Son buenos y amables. Ayudan a una a ir formando grandes bolas de recuerdos comunes, y todos esos recuerdos acaban por convertirse, de algún modo, en cosas entrañables. Y son pacientes. Incluso después de descubrir lo pesada que es una, siguen siendo pacientes. Y... se los quiere.

—¿Y... la quieren a usted?

Ella se ruborizó—. Por supuesto —dijo.

—Es usted divertida con sus «por supuesto» y sus «de una vez y para siempre». En realidad, ¿sabe?, esas cosas no existen. Nada se sigue necesariamente de nada. Quiero decir, no cuando se trata de seres humanos.

Ingeborg se removió, inquieta. Demasiado bien conocía la deshonestidad de su «por supuesto»; demasiado bien recordaba el súbito apagarse, después de Zoppot, del amor de Robert. Pero el resto, pensó, era estrictamente cierto de todos modos. Sí que lo quería, al querido Robert. La diferencia entre él y un amigo asombroso como Ingram era, se explicaba a sí misma, que a ella le interesaba Ingram, profundamente, y no le interesaba Robert. Eso, suponía, era porque quería a Robert. El amor perfecto, se dijo, observando con atenta cautela el avance de una oruga peluda y bastante horrible que se acercaba por el sendero hacia sus zapatos, el amor perfecto expulsaba muchas cosas además del temor.

Expulsaba, por ejemplo, la conversación. Y el interés, que difícilmente se podía tener sin conversación. El interés, desde luego, era un sentimiento del todo de segunda categoría comparado con el amor, y precisamente por ser de segunda categoría era más ruidoso, y se expresaba con una profusión innecesaria cuando se llegaba a las etapas superiores del sentimiento. Una quería a su Robert, y se quedaba callada. Con mucho, lo más elevado era amar; pero... recogió los pies rápidamente bajo el cuerpo... ¡qué interesante era estar interesada!

—¿Y bien? —dijo él, mirándola—. Continúe.

—Bueno, pero no puedo continuar porque ya he terminado. No hay más.

—Es un tema que se agota pronto.

—Eso es porque es tan sencillo y tan... tan entrañable. Con los maridos, una sabe a qué atenerse.

—Querrá decir que sabe que no está en ninguna parte.

—Ay —dijo ella, echando la cabeza hacia atrás y encarándolo con valentía—, cómo *no* se da usted cuenta. Y de todos modos —añadió —, si eso fuera verdad, sería un estado muy plácido y reposado en el que estar.

—Negación. Muerte. ¿Le resulta plácido y reposado estar conmigo?

—No —dijo ella, rápidamente.

Él dejó los pinceles y la miró fijamente—. ¡Qué suerte! —dijo—. ¡Qué suerte! Empezaba a temer que sí.

Para el final de la tercera semana había ocurrido algo extraño. Él no estaba ni un ápice más cerca de atravesar la cáscara exterior de ella hasta las emociones que pudiera poseer, pero ella, asombrosamente, había atravesado la de él.

La cáscara exterior de Ingram, en aquel momento y desde hacía ya algunos años, era un deseo a toda costa de esquivar el tedio, de

aferrarse con fuerza a cualquier cosa que prometiera excitarlo, exprimirla con diligencia hasta extraer la última gota de entretenimiento, y luego soltarla de nuevo bastante ajada. Era el tipo de cáscara que provoca divergencias de opinión con la propia esposa. Y detrás de ella se hallaba, envuelto en llamas, aquello que para él ocupaba, intocable, el primer lugar: su obra. No sabía cómo ni por qué, pero en aquella tercera semana Ingeborg atravesó esa cáscara y quedó mezclada, de un modo curioso e inextricable, con aquella cosa llameante y sagrada de dentro.

Muy por encima, inconmensurablemente por encima, de cualquier interés que hubiera sentido jamás por las mujeres estaba su obra. Los diversos amoríos de que su pasado se erizaba, como un antiguo cementerio se eriza de lápidas maltrechas, se habían llevado siempre a cabo, por así decirlo, en el umbral de su puerta. Él salía a recibir a la dama, a la dama destinada tan pronto a convertirse en lápida, a menudo con pasión, a veces con ilusiones, y siempre con una inmensa buena voluntad para creer que aquello era por fin lo verdadero, pero ella nunca llegaba a entrar. Podía, y de hecho solía, resfriarse allí fuera, por lo que a él le importaba; jamás debía cruzar el umbral y empezar a entrometerse, a demorar, a interponerse. Al final se quedaba fuera, sola, junto al limpiabarros, sintiendo frío.

Y ahora estaba Ingeborg, dentro, cruzado el umbral, y no entrometiéndose, no demorando, sino positivamente favoreciendo.

La creciente belleza de sus estudios de ella fue lo primero que le hizo sospecharlo. Su belleza empezó a sorprenderlo, a cogerlo desprevenido, como si fuera algo ajeno y aparte de su propia voluntad. Había encontrado tan pocas cosas en la humanidad que le parecieran hermosas, y sus cuadros habían sido cuadros de resentimientos: exposiciones traviesas y admirables, hechas por un maestro, de la pequeñez que se escondía tras las bravas apariencias. Durante quince días llevaba ya dibujando y dibujando, y salpicando de color, solo como pretexto para quedarse, con el deseo de cortejar a Ingeborg, de refrescarse por un tiempo en aquel manantial pequeño e inesperadamente límpido. Se había sentido atraído,

irritado, cada vez más atraído, muy exasperado, muy atraído. Había acabado por sentirse ansioso, resuelto, casi angustiado. Pero todas estas diversas emociones las había sentido estrictamente en el umbral de su puerta. Ella no era más que un sustituto, y encima solo un sustituto temporal, del Cáucaso.

Entonces, en la tercera semana, percibió que ella había dejado de ser eso. Ya no era simplemente una cosita extraña, una cosita atractiva y deliciosa para él, del colorido que más amaba, la claridad, la blancura, una cosa que le ofrecía incienso con celo infatigable, una cosa llena de contentos y de amistad generosa y pronta; seguía siendo todo eso, pero era más. Como Adán cuando Dios sopló en sus narices el aliento de vida, ella se había convertido en alma viviente, y aquello de lo que era el alma viviente era la obra de él. No solo el alma de ella, sino también la de él, había empezado a colarse en sus estudios de ella. Cada estudio sucesivo desvelaba más belleza interior. Cada uno fijaba en forma y color cualidades de ella y cualidades de él, de quien las percibía, que él no sabía que estuvieran ahí. Era como si contemplara, mientras alguien más le sostenía y guiaba la mano, con toque seguro y rápido tras toque seguro y rápido, alguien del todo mayor, algún espléndido maestro de algún espléndido otro mundo, que lo tomaba de la mano como se toma a un aprendiz y le mostraba estas cosas, y decía a cada nueva pincelada: «Mire, así es ella, su esencia, su espíritu... y vea, así es usted también, pues lo reconoce».

En aquella tercera semana, una tarde ya avanzada, salieron al lago. Ingeborg remaba despacio por el centro del agua tranquila hacia la puesta de sol, e Ingram se sentaba en el otro extremo, de espaldas a ella, y la observaba transfigurarse cada vez más a medida que el sol descendía.

Muy al principio de su trato, él le había dado a entender que debía vestir siempre de blanco y que los sombreros eran una tontería innecesaria; así que ella vestía de blanco, y se sentaba en la batea sin sombrero. La luz la cegaba. No podía ver de él más que una silueta oscura y encorvada contra un cielo llameante. Pero cuando

quiso virar la batea hacia el alivio de las sombras a lo largo de la orilla, él la detuvo al instante y le dijo que siguiera derecho, directamente hacia el ojo del sol.

—Pero es que no veo —dijo ella.

—Pero yo sí. Es para mi cuadro. Va a ser un estudio de la luz.

—¿Podrá hacerlo a partir de los bocetos?

—No. A partir de usted.

—Pero si dijo usted que no podía hacerlo en ningún sitio de aquí porque no había un lugar apropiado.

—No lo hay. Voy a hacerlo en Venecia. En mi estudio de allí.

—Pero ¿puede hacerlo de memoria?

—No. A partir de usted.

Ella se echó a reír—. ¡Cómo me gustaría poder! —dijo—. Me muero, me muero de ganas de ver cosas, de ir a Italia...

Suspiró. La visión de aquello era insoportablemente hermosa.

—Bueno, pues tendrá que ir. No solo porque es monstruoso que no lo haga, monstruoso, escandaloso e increíble que se quede usted atascada en Kökensee año tras año sin ver ni oír ni conocer nunca ninguna de las grandes cosas de la vida, sino porque no puede usted echar a perder mi gran cuadro, el mayor que habré hecho jamás.

—Robert nunca podría dejar su trabajo.

—No quiero que Robert deje nada. Es a usted a quien voy a pintar. Y no puedo prescindir de usted.

—Qué incómodo —sonrió ella—, porque Robert tampoco puede prescindir de mí.

Él hundió el brazo en el agua con súbita y extrema violencia, sacó un puñado bien alto en el aire, y lo volvió a arrojar contra el agua.

Le había parecido obvio, a lo largo de toda su vida, que cuando se trataba de las cosas más supremas, no solo debía uno renunciar a

todo por ellas, sino que también los demás estaban obligados a renunciar a todo. El mundo y los siglos habían de enriquecerse —tenía una magnífica fe privada en su posición de creador—, y era el deber de aquellas personas necesarias para el proceso entregarse, alma y cuerpo, a él, en lo que estaba convencido de que era un sacrificio del todo razonable. Si alguien era necesario para su obra, aunque solo fuera indirectamente, manteniéndolo contento mientras la hacía para que pudiera dar lo mejor de sí, era deber de esa persona acudir en su ayuda. Un deber supremo; por encima del amor al hogar o a la familia. Él haría lo mismo, estaba convencido, por cualquier otro que, en lugar de él, poseyera el don. Llevaba años en un estado de insatisfacción e inquietud, y su obra, aunque su reputación seguía creciendo, no era, bien lo sabía, lo que podría haber sido. El tedio se había apoderado de él; un gran asco de la humanidad. Había habido complicaciones privadas y hostigadoras; su esposa se había vuelto fastidiosa, negándose a comprender. Y ahora había encontrado esto —esta cosa, pensó, mirándola con esa especie de furia que se apoderaba de él ante el más leve indicio de contrariedad que tocase su obra— de luz y fuego y limpieza, esta pequeña piedra preciosa oculta, oculta para él, esperando a que él llegara y la convirtiera en una obra de arte suprema, y ella le ponía por delante obstáculos de clase media, dificultades filisteas, trivialidades ridículas —Robert, en resumen— para conseguirlo.

—¿Se da usted cuenta —dijo, inclinándose hacia delante y mirándola fijamente con sus extraños ojos pálidos— de lo que significa que la pinte yo?

—Mi glorificación absoluta —respondió ella—, mi orgullo absoluto.

Él agitó la mano con impaciencia—. Significa —dijo—, y en este caso significaría, sobre todo, una más añadida a las grandes posesiones del mundo.

—Ah —dijo Ingeborg; y luego, tras una leve contención del aliento, de nuevo—: Ah.

Ella estaba sobrecogida. La voz de él le llegaba desde la sombra negra de su figura, entre dientes apretados, lo cual le daba una extraña cualidad sobrecogedora. Sentía, con la puesta de sol cegándola y aquella figura negra delante de ella y la intensa crispación de la voz que de ella salía, hallarse en presencia de inmensidades. Se preguntó si habría sido peor —al instante corrigió la palabra (había sido el más leve desliz de su mente) por más glorioso— estar sentada en una batea, simultáneamente, con Shakespeare, Sófocles, Homero y todo el Renacimiento. Por débil cosa que fuera su remo, lo apretó con fuerza entre los brazos.

—Es... una gran responsabilidad —dijo ella, sin convicción.

—Claro que lo es —dijo él, todavía con aquella voz crispada—. Y hay que estar a su altura, grandemente.

—Pero ¿qué tengo *yo*...?

—Aquí está este cuadro; lo siento dentro de mí, le digo que lo siento y lo sé; va a ser la obra culminante de mi vida, va a ser una cosa de belleza viva a través de las generaciones, va a ser el Retrato de una Dama que atraiga al mundo a contemplarlo durante todas las edades después de que hayamos muerto...

Se interrumpió. Dejó de arrojarle las frases. Empezó a suplicar.

—Ingeborg —dijo—, me ha limpiado usted y me ha glorificado como la luz del sol durante esta estancia aquí, sin pretender limpiarme ni molestarse lo más mínimo en limpiarme. Se ha convertido usted, para mí, en los ojos del universo, y si no fuera por usted, ahora todo esto sería un monstruo sin ojos, una máscara, un horror. Sin usted... incluso durante las mañanas aquí, cuando no puedo ir a verla, soy como un barco varado en un puerto apartado, un aeroplano sin motor, un libro con las primeras y las últimas páginas perdidas. Las mañanas son como una novela realista de Gissing después de un cuento de hadas. Las tardes son como una visión luminosa en un cristal, como un sueño, como una de esas caídas en el país de las hadas que a veces sufre la gente de lo más corriente. Es usted la cosa más pequeñita, y deja el vacío más

enorme. Es extraordinaria la *desaparición* de las cosas en cuanto me alejo de usted. Hacía un trabajo pobre antes de encontrarla, pobre, quiero decir, comparado con lo que sé que podría ser, y no haré ninguno en absoluto, o meras ruinas, si ahora tengo que trabajar sin usted. El trabajo lo es todo para mí, y no voy a ser capaz de hacerlo si usted no está ahí. Búrlese de mí si quiere. Búrlese de mí, llámeme parásito. He sido una cosa vacía sin usted todos estos años. No puede usted dejarme ir otra vez. No puede dejarme caer de nuevo en las viejas iras, en el viejo quedarme corto de lo más alto. Es usted el espíritu de mi hondura. Es usted mi respuesta, mi realidad, mi glorificación, la que me transmuta en dios. Y el cuadro que voy a hacer de usted será el Retrato de una Dama que le devolvió el Alma.

Capítulo XXX

Ella se quedó mirando su silueta negra, desamparada. Estaba abrumada. ¿Qué podía decir una respetable esposa de pastor ante semejante discurso? Tenía un tono auténtico. No se lo creía todo —es decir, no se creía las partes que aquella zona trasera de su mente, la parte que se ponía a saltar con desconcertante agilidad haciendo preguntas fuera de lugar precisamente cuando menos convenía, llamaba los adornos, porque ¿cómo iba alguien como Ingram a pensar de veras aquellas cosas maravillosas de alguien como ella?—, pero ya no sospechaba que estuviese burlándose. Algo de aquello lo decía en serio. Lo que había debajo, eso sí lo decía en serio, sentía ella. Estaba asustada y, al mismo tiempo, arrebatada de éxtasis. ¿Era posible que por fin alguien la necesitara, que por fin pudiera ayudar a alguien? Él la quería a ella, él, Ingram, entre toda la gente del mundo; y hacía solo unas semanas ella andaba por Kökensee tan completamente no deseada por nadie que, si un perro le meneaba el rabo, se alegraba.

—Es... es una gran responsabilidad —murmuró por segunda vez, mientras su rostro se transfiguraba por algo más que la puesta de sol.

Lo era. Porque estaba Robert.

Robert, sentía ella incluso en aquel momento de exaltación en que todo parece fácil y posible, no lo entendería. Robert no la necesitaba a ella para nada, pero aun así no la dejaría ir a Venecia. Robert no había captado en absoluto la importancia de Ingram en el mundo;

no podía esperarse que lo hiciera, quizá, porque a él no le gustaba el arte. Robert, de eso estaba mortalmente segura, no dejaría su trabajo ni una hora para llevarla a ningún sitio por ningún propósito, por elevado que fuese; y sin él, ¿cómo iba a ir a Venecia? La gente no iba a Venecia con alguien que no fuera su marido. Se podía ir con todo un vagón lleno de personas indiferentes, si a una le eran indiferentes. En cuanto le gustaba a una alguien, en cuanto resultaba maravilloso que la llevaran, que le enseñaran el camino, que la cuidaran, que la protegieran de perderse, ya no se iba. Era sencillamente, como con los besos, cuestión de que gustase. La sociedad parecía basarse en el odio. Se podía besar a la gente que a una no le apetecía besar; se podía ir a Venecia con cualquier cantidad de desconocidos porque no gustaban los desconocidos. Y en un caso como este... —¡Ah, en un caso como este! —exclamó de pronto en voz alta, arrojando la pala dentro de la batea y retorciéndose las manos, sobrecogida por la visión de las glorias que iban a perderse—, ¡cuando es tan importante, cuando importa tan tremendamente..., dejarse atrapar por el convencionalismo!

La había conseguido. La certeza fulminante lo atravesó mientras apartaba los pies de un tirón para esquivar la pala. La había conseguido de un modo distinto, quizá, de aquel al que había apuntado en un principio, aún increíblemente ajena a toda conciencia sexual, pero iría a Venecia, iría a posar para él, él iba a pintar su obra maestra, y lo demás era inevitable.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él, con los ojos fijos en ella.

—¡Pensar que el gran cuadro no se va a pintar nunca!

—¿Y por qué?

—Por el convencionalismo, por todas estas reglas absurdas...

Se retorcía los dedos como hacía siempre que estaba muy conmovida.

—Está condenado —dijo—, condenado. Y lo miró con los ojos llenos de asombro, de resentimiento, de, en efecto, lágrimas.

—Ingeborg... —empezó él.

—¿Sabe cuánto he anhelado ir, aunque solo fuera a Italia? —le interrumpió ella con el mismo ímpetu atropellado que la había arrastrado años atrás a la Agencia de Viajes de Dent—. ¿Cómo he leído sobre ella y pensado en ella hasta enfermar de anhelo? Si hasta he consultado los horarios de los trenes. ¡Y las cosas que he leído! Lo sé todo sobre sus tesoros..., ah, no solo sus tesoros de arte y de historias antiguas, sino otros tesoros, la luz y el color y el aroma, las cosas que amo ahora, las cosas que conozco ahora en visiones pálidas y mezquinas. Sé toda clase de cosas. Sé que hay una gran cascada de glicinas a lo largo del muro cuando se sube hacia la Certosa, cubriéndolo entero de racimo en racimo de flores...

—¿Qué Certosa?

—Pavía, Pavía... y todo el espacio abierto que hay delante se empapa en abril de ese olor divinísimo. Y sé de las rositas rojas de mes en mes que trepan dentro y fuera del Campo Santo de encima de Génova en enero..., ¡en enero! Rosas rojas en enero. Mientras que aquí... Y sé de las luciérnagas en los jardines de los alrededores de Florencia..., eso es en mayo, a principios de mayo, mientras que aquí todavía estamos sentados junto a las estufas. Y sé de los castañares, castañas de verdad que luego se comen, a lo largo de las laderas empinadas de los lagos, kilómetros y kilómetros de ellos, con musgo verde oscuro por debajo, y sé de las extrañas uvas negras que pican en la lengua y llenan el mundo de un olor a fresas en septiembre, y de qué aspecto tiene la Vía Apia en abril cuando aún ondea la hierba florida ardiendo en una inmensidad de luz, y conozco el color de miel de las casas en los barrios antiguos de Roma, y que los lirios que venden allí en la calle son como coral rosa pálido..., y todo lo que hace falta para ver estas cosas con los propios ojos es tomar un tren en Meuk. Cualquier día se podría tomar ese tren en Meuk. Sale todos los días y una nunca está allí. Y Kökensee se replegaría como una cortina, y el mundo cambiaría de vestido, como una prenda vieja y rígida de barro, como un viejo

sudario, transformándose en todo *eso*. ¡Piénselo! ¡Qué fondo, qué fondo para pintar el cuadro más grande del mundo!

Se detuvo y volvió a coger la pala. —Me pregunto —dijo, con súbito abatimiento— por qué le digo todo esto a usted.

—Porque —dijo Ingram, en voz baja— es usted mi hermana y mi compañera.

Ella hundió la pala en el agua y volvió la batea hacia casa.

—Ah, bueno —dijo, y el entusiasmo se le había ido de encima.

El agua, el cielo, los bosques a lo largo de las orillas y la aguja de la iglesia de Kökensee al fondo del lago parecían oscuros y tristes yendo en aquella dirección. Al principio no pudo ver nada después de la luz cegadora de la otra dirección; luego todo se aclaró en un color pardusco y desolado. —Cómo habla una —dijo—. Yo digo cosas..., cosas entusiastas, y usted dice cosas..., cosas hermosas y amables, y todo para nada.

—¿Para nada? No solo las decimos, sino que vamos a hacerlas. Va a venir conmigo a Venecia, querida mía. ¿No ha leído en esos libros de viajes suyos cómo son las lagunas al atardecer?

Ella hizo un gesto de impaciencia.

—Ingeborg, razonemos juntos.

—Yo no puedo razonar.

—Pues entonces escúcheme razonar yo solo.

Y se puso a hacerlo. Lo hizo durante todo el trayecto lago abajo, y por el sendero entre los centenales, y después en el jardín, paseando de un lado a otro en el crepúsculo que se iba cerrando bajo los tilos, lo siguió haciendo. «Qué maravilla —pensó en aquella parte sumergida del fondo de su mente donde se sentaban los diablillos de la crítica a burlarse—, las molestias que se toma uno al principio por una mujer.»

Ella le dejó hablar, escuchando del todo en silencio, con las manos cruzadas a la espalda, los ojos fijos en cada detalle del pálido

sendero estival, las ramitas rotas esparcidas por él, unos guisantes de olor mustios que había llevado aquella tarde, una hilera de hormigas que ella sorteaba con cuidado cada vez. Hasta que salieron las estrellas y aparecieron los búhos, él razonó con ahínco. Habló de la insensatez de los convencionalismos, de la manera ridícula en que la gente se encadena deliberadamente, se echa el candado a sí misma sujeta a algún espantajo de teoría sobre el bien y el mal, es tan profundamente indecente en el alma que no se atreve a aflojar su cadena ni un dedo ni a soltarse un instante para emprender la más simple de las aventuras. Esa clase de personas, explicó, eran en su esencia profunda e incurablemente inmorales. Necesitaban la camisa de fuerza y la celda acolchada de los principios. Su única esperanza estaba en las cadenas. «Con ellos —dijo— los seres humanos cuerdos, como usted y yo, no tenemos nada que ver.» Pero ¿y los otros, los espíritus libres que aumentaban cada día en número, los fundamentalmente finos y limpios, que no querían salvaguardas y se dedicaban a demostrarle continuamente al mundo que dos amigos, hombre y mujer, podían perfectamente, pongamos, viajar juntos, ausentarse a ver cosas hermosas juntos, con la sencillez de dos niños o de un hermano y una hermana, y volver sanos y salvos tras la ausencia más larga sin un solo recuerdo entre ambos del que tuvieran que arrepentirse?

Pues estaban... —y citó nombres, nombres conocidos, de personas que, según dijo, habían ido y vuelto abiertamente, con franqueza, decididos demostradores, por el bien público, de lo natural. Y luego estaban... —citó más nombres, nombres de gente de la que incluso Ingeborg había oído hablar; y, hallando esto inesperadamente impresionante, siguió inventando con una temeridad creciente, tomando a cualquier persona lo bastante conocida como para que Ingeborg hubiera oído hablar de ella y enviándola a Venecia por parejas, en combinaciones al azar que pronto empezaron a divertirlo enormemente. Sin duda habían ido, o irían tarde o temprano, pensaba, sumamente regocijado por la imagen de algunas de sus parejas—. Estaba Lilienkopf..., ya sabe, el millonario africano. *Él* fue a Venecia con lady Missenden. —Echó la

cabeza atrás y se rio. La sola idea de Lilienkopf y lady Missenden... —También ellos volvieron sin un solo remordimiento —dijo; y se rio y se rio.

Ella lo observaba con gravedad. No conocía ni a Lilienkopf ni a lady Missenden, y no estaba de humor para risas.

—Hasta los obispos van —dijo Ingram—. Van de excursión a pie.

—¿Pero no a Venecia?

—No. A santuarios. Si las ciudades catedralicias están todas horadadas de peregrinos secretos.

—¿Pero por qué secretos? Ha dicho usted...

—Bueno, peregrinos precavidos. Peregrinos que parten con cautela. Hay que partir con cautela, ¿sabe? No por uno mismo, sino por no ofender a quienes no están imbuidos del espíritu peregrino. Robert, por ejemplo.

—Ah..., Robert. Ya me imagino la cara que pondría si le propusiera dejarme ser peregrina.

—Pero, claro, no debe usted proponérselo.

—¿Cómo? —Se quedó quieta y lo miró—. ¿Irme sin más?

—Por supuesto. Es lo que hizo cuando se escapó a Lucerna. Si lo hubiera propuesto, nunca habría llegado allí. Y aquello lo hizo por pura diversión. Mientras que esto...

La miró, y la travesura se le apagó del rostro.

—Esto —dijo, tras un silencio—, esto es devolverme el alma. La necesito, querida mía. La necesito como un cuarto oscuro necesita una lámpara, como un cuarto frío necesita una lumbre. Mi obra no será nada sin usted..., ¿cómo va a serlo, sin luz con que ver? Será vacía, muerta. Será como el cielo sin la estrella que lo embellece, como el heno sin la flor que lo perfuma, como el manto que Dios da a uno para protegerse del frío y de la maldad de la vida, resbalado porque no tenía broche que lo sujetara ceñido sobre el corazón.

Ella empezó a entrar en calor otra vez. Se había enfriado un poco mientras él se reía solo con lo de los viajes sin remordimientos de lady Missenden. Ir a Italia; ir a Italia, sin más; pero ir en semejantes condiciones, deseada, indispensable para la creación de una gran obra de arte; era, sin duda, el racimo de dichas más asombroso que jamás se le hubiera ofrecido a una mujer.

—¿Cuánto tiempo tendría que estar fuera? —preguntó—. ¿Cuánto es el mínimo que se necesita para un cuadro?

Él le dijo con ligereza que con un mes bastaría, y, al oírla exclamar, lo redujo de inmediato a una semana.

—Pero ir y volver...

—Bueno, digamos diez días —dijo—. Seguramente podría escaparse diez días. Para hacer —añadió, mirándola—, unas compras aplazadas hace tiempo en Berlín.

—Pero yo no quiero comprar.

—Ah, Ingeborg, está usted recayendo otra vez en su condición de niño de coro. Claro que no quiere comprar. Claro que no quiere ir a Berlín. Pero es lo que le dirá a Robert.

—¿Ah, sí? —dijo—. Pero ¿no sería eso... no sería más bien...?

—¿Por qué no puede ser tan sencilla como cuando se fue a Lucerna? Quería ir, así que fue. Y eso que dejaba a su padre, que la necesitaba tremendamente. Era su mano derecha. Aquí no es la mano derecha de nadie. No le pido que haga nada que pueda hacer daño a Robert. Lo único que tiene que hacer es arreglárselas para que él no sepa nada más allá de Berlín. Seguramente, después de tantos años, puede dejarla marcharse diez días.

Caminó con él en silencio por el sendero de las lilas hasta la puerta del corral. Estaba exaltada, pero su exaltación tenía vetas de duda. Lo que él decía sonaba tan enteramente razonable, tan evidentemente razonable... No tenía argumentos con que oponerse. Anhelaba ir de un modo intolerable. Estaba del todo segura de que ir era algo elevado y hermoso. Y sin embargo...

Las ventanas del laboratorio de Herr Dremmel estaban abiertas, porque la noche era pesada y quieta, y podían verlo a la luz de la lámpara, con las polillas revoloteándole en torno a la cabeza sin que él les hiciera caso, inclinado sobre su trabajo.

—Buenas noches —dijo Ingram, en voz alta hacia la ventana, con esa voz de cordialidad peculiar que se reserva para los maridos; pero Herr Dremmel estaba demasiado absorto para oírlo.

Hacia las dos hubo una tormenta y cortinas de lluvia, y cuando Ingeborg se levantó a la mañana siguiente fue para descubrir que el verano había desaparecido. La casa estaba fría, oscura y triste, y llovía sin cesar. Al mirar desde la puerta principal hacia el corral, que llevaba cinco semanas tan luminoso y polvoriento, le pareció no haber visto nunca una desolación tan repentina. La lluvia caía sobre la hiedra con un goteo sordo e interminable. El cerdo, solo en el barro, era el cerdo más mojado que pudiera haber. Los charcos estaban todos sembrados de pequeños botones hechos de gotas de lluvia. Invariablemente, después de una tormenta el tiempo se descomponía durante días, a veces durante semanas. ¿Qué harían ahora ella e Ingram?, pensó; ¿qué demonios harían ahora? Encerrados en el saloncito oscuro, él incapaz de trabajar, sin paseos y sin batea..., pues él se iría, claro, y el tiempo del prodigio habría terminado.

—Una semana así —dijo Herr Dremmel, saliendo del laboratorio para plantarse en el umbral y frotarse las manos con satisfacción—, una semana así salvará la situación.

—¿Qué situación, Robert? —preguntó ella, con la mente tan confusa y apagada como el desordenado cielo gris. Él la miró.

—Ah, sí —dijo ella deprisa—, claro..., los campos de experimentación. Sí, supongo que esto es lo que han estado necesitando durante todo ese tiempo celestial.

—Era un tiempo —dijo Herr Dremmel— que no tenía nada que ver con el cielo y todo que ver con el infierno. Los demonios, sin duda, podrían crecer en él, engordar y hacerse grandes y de espigas

pesadas, demonios acostumbrados a la sequía, pero desde luego no los frutos benignos de la tierra.

Y por un instante dedicó su mente a reflexionar sobre cuán grande podía ser la barrera que creaba entre dos personas que vivían juntas el tener gustos distintos en materia de tiempo atmosférico.

Ingram llegó a las dos en un estado de extrema irritación. Chapoteó por el corral con el cuello del abrigo levantado, sujetando con enfado un paraguas. En su humor de tiempo lluvioso le pareció del todo absurdo e indigno tener que vadear el barrizal de un corral de Prusia Oriental bajo un aguacero, con un paraguas, solo para ir a sentarse con una mujer. Quería estar trabajando. Le obsesionaba su cuadro. Sufría esa fiebre de empezar que se apodera del artista después de la ociosidad, la fiebre de escapar, de volver corriendo al verdadero negocio de la vida: la fiebre feroz de la creación. Hasta entonces no había tenido que entrar en la casa en sus visitas diarias, y al meterse en el pasillo lo ofendió de inmediato y profundamente el olor que lo recibió de lo que una hora antes había sido una comida alemana. El olor salía, por así decirlo, cargado de bienvenida. Avanzaba *en bloc*. Era macizo, denso, envolvente. La puerta principal estaba abierta, pero nada salvo un gran lapso de tiempo podía librar a la casa, por las tardes, de aquel olor peculiar que todo lo impregnaba. Le horrorizó pensar que su blanca y dorada, su pequeña imagen de marfil vivo y oro vivo, tuviera por fuerza que envolverse en semejantes vahos en un día así, que sentarse en ellos y respirarlos, y que sus conversaciones íntimas con ella iban a celebrarse a través de una pesada cortina de lo que parecían ser distintas variedades de col, todas ellas malignas.

La estrecha penumbra de la casa, su lado norte al que no lo traspasaba ninguna luz que no fuese la más fría, su final abrupto casi inmediato en la cocina y la parte de la servidumbre, le parecieron increíble, absurdamente sórdidos. ¡Qué sitio para meter en él a una mujer! ¡Qué sitio, y una vez metida en él, para tenerla desatendida! La idea de los descuidos de Herr Dremmel, esos mismos descuidos que habían hecho posible y grata su propia

estancia, lo enfureció. ¿Cómo se atrevía?, pensó Ingram, limpiándose las botas con rabia.

Herr Dremmel, Kökensee, todo lo relacionado con el lugar salvo Ingeborg, le parecieron, en su humor cambiado, innobles. Olvidó las semanas de sol que había habido, las largas tardes en el jardín y el bosque y los centenales, el deslizarse por grandes extensiones de agua tranquila, y sencillamente lo odió todo. Kökensee era dejado de la mano de Dios, remoto, ajeno, feo, sucio, chorreante, maloliente. La propia Ingeborg, cuando salió corriendo del salón a su encuentro hacia el pasillo cargado de col, le pareció menos radiante, más apagada que antes. Y era tan desafortunadamente activa su imaginación, tan pronta a desbocarse, que por un instante espantoso, al mirarla, casi pudo figurarse que hasta en el propio cabello de ella había col.

—Ingeborg —dijo en cuanto estuvo en el salón—, no puedo soportar esto. No puedo aguantar esta clase de cosas, ¿sabe?

Se pasó ambas manos por el pelo, se mordisqueó un dedo y clavó los ojos en los de ella con una especie de reproche colérico.

—Me temía que no le gustara —dijo ella, disculpándose, sintiendo de algún modo como si el tiempo fuera culpa suya.

—¡Que si me gusta! Y ya no puedo seguir aquí ocioso. No puede usted esperar que siga aquí colgado más tiempo...

—Ah, pero yo nunca *esperé*... —interrumpió ella con premura, sorprendida y afligida de haber producido semejante impresión.

—Bueno, viene a ser lo mismo, que usted ponga dificultades para venir, que necesite que la convenzan tanto.

Se detuvo en su rápido ir y venir por la salita y se la quedó mirando. —¡Pero si me está usted dando *problemas*! —dijo, con voz de gran asombro.

Y mientras ella se quedaba mirándolo con los labios entreabiertos y los ojos llenos de una nueva y angustiada interrogación, él volvió a

pasear de un lado a otro, a lo ancho y en redondo y de arriba abajo de la indigna salita.

—Dios —dijo, paseando deprisa—, ¡cómo odio esa mojigatería de solterona!

Y en efecto le parecía del todo, asombrosamente monstruoso que su gran obra nueva se viera retrasada ni un día por escrúpulos de ninguna clase.

—Este cielo de dolor de cabeza gris —dijo, volviéndose de golpe hacia la ventana un momento—, este barro, este frío bochornoso...

—Pero... —empezó ella.

—Los días aquí son líneas..., pura longitud sin anchura ni espesor ni sustancia alguna...

—Pero, seguramente..., hasta hoy...

—Me siento como en una especie de pozo en este sitio, fuera del alcance de la vista de la fe y la bondad..., y es usted quien las excluye —se volvió hacia ella—, usted, deliberadamente excluyéndolas, poniéndole la tapa a la gloria de la luz y de la vida, siendo un apagavelas por nada ni por nadie en absoluto, solo por el fantasma de una idea sobre Robert...

—Pero, seguramente... —dijo ella.

—Estoy aburrido, aburrido de aquí. Esta mañana ha sido algo espantoso. No me atrevo, en este estado, ni siquiera a hacerle un boceto. Lo estropearía. Va a llover para siempre. No puedo quedarme en esta habitación. Empezaría a desvariar...

—Pero, claro, no puede quedarse en ella. Claro que debe irse.

—¡Irme! ¿Cuando no puedo trabajar sin usted? ¿Cuando es usted para mí tantísimo que, durante las horas que paso lejos de usted, pequeñas cosas que ha dicho y hecho flotan en mi mente como pequeñas cosas fosforescentes y brillantes en un mar oscuro y frío, y yo me refugio en cálidos pensamientos suyos como una criatura que tirita y vuelve a meterse en su nido? Le dije que era un parásito. Le

dije que dependo de usted. Le dije que usted me hace existir para mí mismo. ¿Cómo puede dejar que suplique? ¿Cómo puede dejar que suplique *yo*?

Se quedaron de pie, frente a frente, en medio de la habitación, con los ojos claros de él ardiendo sobre los de ella.

—¿Usted..., está usted seguro de que estaría de vuelta en diez días? —dijo ella.

Y él tuvo la presencia de ánimo de no estrecharla contra su pecho.

Capítulo XXXI

Desde el momento en que ella dijo que iría, Ingram fue una criatura transformada. Se volvió expeditivo, eficiente, alegre. No quedaba ni rastro del hombre exasperado y empapado que había llegado a través de la lluvia, y ya no había más imágenes poéticas. Era, de un modo tranquilizador, como un hermano mayor complacido, un hermano todo contento y alerta. Sus manos rápidas despejaron la mesa del revoltijo de los estudios de inglés de ella, y extendieron sobre ella el mapa del *Reichskursbuch*; y con la ayuda de un viejo Baedeker que sus ojos avizores habían descubierto acechando en un rincón, le expuso lo que debía hacer. Anotó su tren de Meuk a Allenstein y su tren de Allenstein a Berlín; le dijo dónde debía pasar la noche en Berlín, ciudad que parecía conocer íntimamente; y trazó a lápiz un dibujo de las calles que llevaban a ella desde la estación.

—La línea de puntos —dijo, explicando su dibujo— son los pasitos de Ingeborg.

Ella debía alojarse en uno de esos refugios para damas tímidas con relaciones en la Iglesia que hay repartidos por Berlín y que se llaman *Christliche Hospiz*, sitios donde, además de café y bollos, hay oraciones y un armonio de acompañamiento en el desayuno. Debía reunirse con él al día siguiente en la estación de Anhalt, ese dichoso punto de partida hacia el sur, y él saldría de Kökensee de inmediato, quizá aquella misma tarde, y la esperaría en Berlín. Proseguirían hacia Venecia a saltos, bajándose del tren en varios puntos para ver ciertas cosas..., había un paseo que quería llevarla a dar por las colinas del lago Maggiore, por ejemplo...

—Pero solo tengo diez días —le recordó ella.

—Ah, ya verá. Se puede hacer mucho... —Y estaba Bérgamo, que quería enseñarle; le encantaría Bérgamo, le aseguró; y desde luego irían a Pavía, aunque solo fuera para ver si la glicina seguía en flor.

Los ojos le bailaban. Le bastaba con ver el mapa y el horario. Se inclinaba ansiosa sobre él, siguiendo con la mirada su dedo mientras se desplazaba sobre montañas y lagos. Era como un colegial contemplando cómo se planea su primer viaje al extranjero. No había en ella sitio para más pensamientos que pensamientos de júbilo. Los nombres eran música para ella: Locarno, Cannobio, Luino, Varese, Bérgamo, Brescia, Venecia. Perdió de vista el aspecto más elevado de la aventura, el cuadro, su papel de ayudante indispensable en la producción de una gran obra; su cabeza zumbaba únicamente con la idea de trenes y lugares y países nuevos y pura diversión. Después de los años de inacción en Kökensee, el simple hecho de ir en tren a Berlín habría bastado para acelerarle la sangre; y ahí estaba ella, yendo cada vez más lejos, más y más lejos, hacia más y más luz, más y más color y calor y esplendor y toda clase de novedades, hasta que por fin, de verdad, llegaría a él, al corazón del mundo, y estaría en Italia.

—Ah —murmuró—, pero es demasiado *bueno* para ser verdad...

Y el Rigi, que hasta entonces había sido la cota más alta de su experiencia, se desplomó convertido en un pequeño y pálido montículo de tierra indiferente.

Cuando la bandeja del té empezó a golpear contra la puerta y ella salió a ayudar a la criada, Ingram guardó pulcramente todo indicio de propósito viajero, y para cuando Herr Dremmel se les unió no quedaba en ninguna parte de la habitación asomo de nada que no fuera sobriedad, salvo en los ojos de Ingeborg. Le bailaban y le bailaban. Ansiaba levantarse de un salto y echarle los brazos al cuello a Robert y decirle que se iba a Italia. Quería que él compartiera su alegría, que supiera lo feliz que era. Se sentía toda encendida y radiante por dentro, mientras que Ingram, por el

contrario, parecía severamente solemne. Al poco empezó a hacer comentarios solemnes sobre el cambio de tiempo, y, tras escuchar la opinión de Herr Dremmel y sumarse a su satisfacción, dijo que, en lo que a él respectaba, aquello ponía fin a su labor preparatoria para pintar el retrato de Frau Dremmel, y que por tanto se marcharía a la mañana siguiente y aprovecharía la ocasión, cuando Herr Dremmel se retirase enseguida a su laboratorio, para despedirse.

Herr Dremmel expresó su cortés pesar. Ingram le dio cortésmente las gracias. Ingeborg se sintió de pronto menos radiante, y a sus ojos se les fue el baile. Quiso, por alguna razón extraña, deslizar la mano en la de Robert. Fue creciendo y creciendo en ella el deseo de ir a sentarse muy cerca de Robert. ¡Si al menos viniera él también, si por una vez se tomara unas vacaciones y fuera a ver aquellas cosas hermosas con ella, qué felices serían todos! Le pareció algo desolador dejarlo allí solo bajo la lluvia mientras ella se iba de paseo a Italia. Pero, bueno, él no vendría; le gustaba la lluvia; y tampoco la dejaría ir, si se lo pidiera con franqueza. El ejemplo de lady Missenden o de cualquiera de aquellas personas conocidas no lo conmovería, lo sabía. Ni tampoco nada de lo que pudiera decir sobre lo vergonzosamente absurdo que era suponer el mal. Por liberal que fuese, y por amplias que fuesen sus burlas del convencionalismo, no era, estaba segura, tan liberal ni tan amplio como Ingram, y sospechaba que los convencionalismos de los que se burlaba eran los que no lo afectaban a él mismo. No podía arriesgarse a preguntar. Tenía que ir. Tenía que ir, tenía que ir. Y sin embargo...

Se levantó impulsivamente y, con el pretexto de recogerle la taza, fue hacia él y le posó la mano en el pelo con un pequeño gesto de caricia. Herr Dremmel no lo advirtió, pero Ingram sí; y desde después del té y hasta que se marchó aquella tarde, para no volver a verla hasta que se encontraran en la estación de Anhalt en Berlín, se mostró asombrosamente natural, corriente y alegre, más exactamente hermano de lo que jamás lo fue ningún hermano visto o imaginado.

—Por supuesto —dijo, ya al final, volviéndose desde el umbral antes de lanzarse por fin a las masas líquidas del corral disuelto—, ¿por supuesto que puedo *contar* con usted?

Ella se rio. Se quedó de pie en lo alto de la escalinata, con la luz de la lámpara del pasillo detrás de ella, como una pequeña antorcha de resolución, de aventura y de imaginación desatada.

—Me voy a Italia —dijo, abriendo ambos brazos como si quisiera rodear con ellos aquella tierra de ensueño; y tan complejo es el hombre, y tan simple en su complejidad, que Ingram se marchó por el crepúsculo húmedo dando gracias a Dios con toda sinceridad.

Pero, llegado el momento de contarle a Robert lo de Berlín y las compras, el corazón le latió muy incómodamente. Fue a la hora del té de la tarde siguiente. Llevaba todo el día intentándolo, pero la lengua se le negaba. Lo intentó en el desayuno, y lo intentó en la comida, y entre medias fue dos veces a la puerta del laboratorio y se quedó de pie en el felpudo, y en vez de entrar se marchó de nuevo de puntillas con el mayor de los cuidados. Y allí estaba Ingram, llegando a Berlín, ya llegado a Berlín, dando vueltas y esperando...

A la hora del té, después de un paseo tempestuoso bajo la lluvia durante el cual, mientras chapoteaba por kilómetros empapados de yermo de color triste, puso a sus dioses por testigos de que aquella tarde se haría la cosa, por fin lo soltó. Había pensado decir, con inmensa naturalidad, que deseaba ir a Berlín a comprar botas. Había pensado en las botas como objetos sencillos, que se compran deprisa y todas se parecen entre sí; no como los sombreros o los vestidos, que más adelante podían dar pie a explicaciones. Y necesitaba botas. De verdad pensaba comprarlas. Sentía que le ayudaría a resultar natural que lo que dijera fuese, hasta donde llegara, verdad.

Pero le dolía tanto en el alma tener que hablar siquiera de botas en vez de contarle a él, a su Robert, a su Robert después de todo *bondadoso*, con deleite, lo de Italia y sus descubrimientos de hermosos sentimientos nuevos, que, cuando hubo tragado saliva y

carraspeado y tragado saliva otra vez y abierto la boca, se encontró no hablando de botas ni tampoco de Berlín, sino dirigiéndose a él con algo de la indignada incongruencia de una sufragista que, por haber sido alimentada a la fuerza, exige el voto.

Él había traído, como era su costumbre, lectura consigo, y estaba sentado inclinado sobre su taza con el libro apoyado contra la jarra de agua caliente. Se llamaba *Eliminierung der Minusvarianten*, y era, al parecer, absorbente, como al parecer lo eran todos los libros que traía a la mesa. El sonido del goteo de la lluvia sobre la hiedra quedó al principio ininterrumpido, salvo por el sonido de Herr Dremmel bebiendo su té, y la habitación estaba tan sombría bajo el sudario del cielo cargado que casi hacía falta una lámpara.

—Verás —dijo Ingeborg, subiéndosele casi toda la sangre del cuerpo al rostro mientras, de pronto, tras diez minutos de lucha silenciosa, se inclinaba sobre la mesa y se lanzaba a lo inevitable—, que yo me sienta tan incómoda por una cosa tan sencilla como esta es en realidad la medida de la sujeción de las mujeres.

Herr Dremmel levantó la cabeza, pero no los ojos, del libro, expresando con ello a la vez una atención civilizada hacia lo que ella quisiera decir y un interés continuado por la frase en la que estaba. Cuando la hubo terminado, la miró por encima de las gafas y le preguntó si había dicho algo.

—¿Por qué no puedo ir y venir sin que nadie me pregunte? —dijo ella, arrebolada de indignación porque los prejuicios de él la forzaran a la baja astucia de sustituir Italia por botas—. *Tú* lo haces.

Él la examinó con imparcialidad. —¿Qué es lo que hago, Ingeborg? —preguntó con paciencia.

—Marcharte cuando quieres y volver cuando te place. Has llegado bastante lejos. Una vez fuiste a un sitio más allá de Berlín. Ah, ya sé que vas por negocios, pero no creo que eso lo mejore..., al contrario, no es ni la mitad de buena razón que ir porque es hermoso ir, y fino y espléndido. Y ni siquiera tendría que pedirte dinero para ello. Nado

en esos cien marcos al año que me pasas. Llevo años sin gastar ni la cuarta parte. Mi armario de arriba está atestado de billetes.

La miró, pero, al no lograr descubrir ningún sentido en sus palabras, se puso a leer de nuevo.

—Robert...

Con paciencia, apartó de nuevo los ojos del libro y la miró. Bajo la mesa, ella se apretaba las manos, retorciéndoselas en el regazo.

—¿Sí, Ingeborg? —dijo él.

—¿No te parece indigno, eso de que las mujeres tengan que pedir permiso para hacer las cosas?

—No —dijo Herr Dremmel; pero estaba pensando en las *Minusvarianten*, y fue mera casualidad que no dijera Sí.

—Cuando los maridos se marchan no piden permiso a sus esposas, y a las esposas ni se les ocurriría que debieran pedirlo. Entonces, ¿por qué han de pedirlo las esposas a los maridos?

Herr Dremmel la contempló un momento, y luego hizo con la mano derecha un ademán solemne, excluyente, pero enteramente bondadoso. —Ingeborg —dijo—, no me interesa. Y volvió a leer.

Se sirvió más té, se lo bebió deprisa y caliente, y dijo con gran esfuerzo: —Son tonterías eso de los permisos. Yo... me voy a Berlín.

Luego esperó con el corazón en un puño y ambas manos aferradas al borde de la mesa.

Pero no ocurrió nada. Él siguió leyendo.

—Robert... —dijo ella.

Una vez más se esforzó por poner su atención a disposición de ella, arrancándola a regañadientes del libro. —¿Sí, Ingeborg? —dijo.

—Robert..., me voy a Berlín.

—¿Ah, sí, Ingeborg? —preguntó con perfecta mansedumbre.

—¿Por qué?

—Tengo que comprar cosas. Ir de tiendas.

—¿Y por qué Berlín, Ingeborg? ¿No está Meuk más cerca?

—Botas —dijo ella—. En Meuk no hay. Nunca *vi* ninguna en Meuk.

—¿Y en Königsberg? También está más cerca que Berlín.

—Habrás oído hablar —dijo, aferrándose, porque tenía miedo, a las primeras palabras que le vinieron a la cabeza— de la lana de Berlín. Pues bien, exactamente lo mismo se aplica a las botas.

La miró fijamente como quien busca a tientas algún punto de contacto con una inteligencia ajena.

—Naturalmente, si tienes que ir, has de ir —dijo.

—Sí. Por diez días.

—¿Diez, Ingeborg? ¿Por unas botas?

Ella asintió con aire desafiante, con las manos hechas nudos bajo la mesa.

Él acomodó su mente a la idea.

—¿Diez días por botas?

—Diez, diez —dijo ella temerariamente, dispuesta a afrontar cualquier cantidad de oposición—. Quiero ver algunas cosas ya que estoy en ello..., las galerías, por ejemplo. No va a ser *todo* botas. No me he movido de aquí desde nuestra boda, salvo para ir a Zoppot..., ya es hora de que vaya..., ya es hora, la verdad, *ridículamente* hora de que vaya...

—Pero —dijo Herr Dremmel, con la total razonabilidad de quien es indiferente y no tiene el menor deseo de discutir—, pero naturalmente. Por supuesto, Ingeborg.

—Entonces... ¿no te importa?

—¿Pero por qué había de importarme?

—¿Tú... ni siquiera te sorprendes?

—¿Pero por qué había de sorprenderme? —Y una vez más reflexionó sobre la aparentemente permanente obtusidad de ella para los valores.

Ella lo contempló con el asombro de un niño que se ha armado de valor para una paliza y en cambio se encuentra recibiendo una bendición. Sintió alivio, pero un alivio doloroso; un alivio agraviado, casi colérico; como el que siente quien, poniendo toda su fuerza en el esfuerzo de levantar una vasija que teme demasiado pesada para él, la encuentra ligera y vacía. Su alma, por así decirlo, cayó de espaldas y quedó despatarrada.

—¡Qué gracioso! —murmuró—. ¡Qué gracioso, de verdad! Y yo aquí con miedo de decírtelo.

Pero una vez más había dejado de escuchar. Su mirada había quedado prendida de una afirmación en la página que tenía delante que le interesó vivamente, y leyó con avidez hasta el final del capítulo. Luego se levantó con el libro en la mano y se dirigió a la puerta, dándole vueltas a lo que había leído.

Ella se quedó sentada, siguiéndolo con la mirada.

—Supongo..., creo..., me figuro que saldré mañana —dijo mientras él abría la puerta.

—¿Salir? —repitió él, distraído—. ¿Por qué habrías de salir?

—Ay, Robert..., no puedo llegar allí si no salgo.

—¿Llegar adónde, Ingeborg? —preguntó, con los ojos en los de ella, pero el pensamiento en distancias inimaginables.

—Ay, Robert..., pero a Berlín, claro.

—Berlín. Sí. Muy bien. Berlín.

Y, dándole profundas vueltas a las nuevas posibilidades, cargadas de consecuencias, que le sugería lo que acababa de leer, salió.

Capítulo XXXII

Como para asegurarle lo que ya sabía, que estaba en el umbral de los diez días más gloriosos de su vida, el mundo, cuando miró por la ventana a la mañana siguiente, resplandecía de sol y centelleaba de frescura. Lejos, en el confín de Rusia, los grandes nubarrones de lluvia que habían llegado a Kökensee desde el oeste y la habían envuelto durante dos días en un estupor de bruma se disipaban en una larga línea de color púrpura. El jardín relucía y reía. Fragancias dulces de la tierra, agradecida, corrían al encuentro del sol como besos ansiosos. Si hubiera necesitado que la tranquilizasen, aquella mañana feliz, cálida y perfumada lo habría conseguido; pero ahora que la noche había pasado —momento en que quienes van a tener dudas las tienen— y los días oscuros y empapados —cuando, si los hechos se van a desdibujar, se desdibujan—, no sentía escrúpulo ni recelo alguno: sencillamente había llegado al comienzo de las vacaciones más maravillosas de su vida.

Todo era fácil. Robert se marchó después de un desayuno temprano a sus campos, a ver la mejora que cuarenta y ocho horas de empapamiento debían de haber producido, y evidentemente no le importaba en lo más mínimo su inminente partida; uno de los caballos, cojo hasta hacía poco, se había recuperado, según le dijo Karl, y podía llevarla hasta Meuk; la criada Klara parecía orgullosa de quedarse sola al mando; el tren salía de Meuk con tan buena conexión que le daría tiempo de visitar a Robertlet y a Ditti de camino. Cantando hizo el equipaje en su baúl más pequeño; cantando se metió en la blusa el dinero que llevaba tanto tiempo

inútil en el armario —uno, dos, tres, diez billetes azules alemanes de cien marcos cada uno—, preguntándose, aunque no mucho, si sería bastante, y preguntándose, igualmente no mucho, si sería poco; cantando se prendió objetos poco familiares, como un sombrero y un velo, y buscó unos guantes; cantando le entregó las llaves a Klara; cantando se quedó en los escalones viendo cómo Karl enganchaba los caballos. Todos los pájaros de Kökensee cantaban también, y el cerdo, tomando el sol en un espeso éxtasis de complacencia, cantaba igualmente a su manera, y no era culpa suya, pensó ella indulgente, si lo que ocurría cuando cantaba era que gruñía.

—La vida es de verdad lo más celestial que hay —se dijo, abrochándose los guantes, el rostro serio de puro exceso de alegría —. ¡Las *cosas* que tiene a la vuelta de sus esquinas! Las queridas sorpresas de la felicidad. —Y cuando los botones se soltaron no le importó, sino que también los disculpó, alegando que no estaban acostumbrados a que los abrochasen, y dejó que los guantes colgaran felices. Aquel día lo habría disculpado todo. Habría perdonado a todo el mundo cualquier pecado.

Klara le trajo, junto con el equipaje, un paquete de bocadillos y un ramillete de flores lavadas por la lluvia.

—¡Qué amable es todo el mundo! —pensó, sonriendo a Klara, preguntándose si le importaría mucho que la besase, el corazón hecho un único Gracias que abrazaba el mundo entero. Y entonces, de pronto, justo cuando Karl estaba listo y el carruaje ya a la puerta y metían en él el baulito, y su paraguas y sus bocadillos y sus flores, corrió de vuelta a la casa y garabateó una nota para Robert y la dejó sobre la mesa de su laboratorio, donde no podría dejar de verla cuando volviese esa tarde.

—No *puedo* no decírselo —fue el pensamiento que dio alas a su impulso—, no *puedo* no decir la verdad en este día celestial de alegría que Dios me ha dado.

No era verdad lo de las botas, escribió, manchándose de tinta los guantes, demasiado atropellada por las prisas para quitárselos. *Me voy a Italia con el señor Ingram, a Venecia; es por su cuadro, y claro que también por otras cosas de camino; si lo piensas bien, en el fondo no te importará; tengo que correr o perderé el tren.*

INGEBORG.

Y subió al carruaje y se puso en marcha, enormemente aliviada y firme en su fe —si se le daba tiempo y tranquilidad— en que Robert comprendería algo tan transparentemente razonable. Le escribiría de nuevo, se dijo, una carta de verdad desde Berlín, y le expondría su punto de vista y el de Ingram. Por supuesto que aquello era lo correcto. Por supuesto que un hombre tan inteligente como Robert acabaría por comprender.

Pero su tren no llegó a Berlín hasta las once de aquella noche, y cuando alcanzó el *Christliche Hospiz* encontró una carta de Ingram diciéndole que debía estar en la estación de Anhalter a las nueve de la mañana siguiente, y aunque tenía intención de levantarse temprano para escribir, pasó el tiempo, de puro cansada, durmiendo en su lugar, y no fue hasta que los acordes de un armonio penetraron en su habitación y vagaron por su cabeza haciendo lentos ruidos luteranos cuando despertó y se dio cuenta de lo cerca que había estado de perder el tren a Italia.

Sin desayunar, sin rezar y casi sin pagar la cuenta, salió a toda prisa del *Christliche Hospiz*, la ropa impregnada de un extraño olor a naftalina y a las comidas que allí se habían servido antes de su llegada, las comidas ancestrales de todos los ayeres. Por el olor concluyó, olfateando con cautela y reticencia mientras bajaba las dos ventanillas del coche de punto, que lo que se comía en el *Christliche Hospiz* eran los corales del armonio expresados en col; y ya fuese el coche o ya fuesen sus propias ropas, no lo sabía, pero allí dentro, con ella, seguía habiendo col.

—Es el olor de la piedad —explicó ella apresuradamente a Ingram cuando, al encontrarla en la estación, la miró con lo que a ella le

pareció una severa interrogación.

—Es que está usted a un pelo de perder el tren —dijo él, agarrándola del codo y haciéndola apresurarse por el andén hacia una puerta que aún seguía abierta, con un empleado enfadado, mirando con espanto pese a la propina, esperando junto a ella para cerrarla.

—Cuánto lo siento —dijo ella, algo jadeante, dejándose caer en un rincón del compartimento frente a él mientras el tren se deslizaba fuera de la estación—, pero no pude llegar antes.

—¿Por qué no pudo? —preguntó él, aún con severidad, pues había pasado una media hora angustiosa y turbulenta—. Solo tenía que levantarse a tiempo.

—Pero no pude levantarme porque estaba dormida.

—Tonterías, Ingeborg. Podía haberles dicho que la despertasen.

—Bueno, pero no se lo dije.

—¿Y por qué no se abrocha los guantes? Venga, se los abrocho yo.

—No puede. No tienen botones.

—¿Cómo? ¿Sin botones?

—Se soltaron.

—Pero ¿por qué diablos no volvió a coserlos?

—¿Es que importan los botones? Tenía tantísima prisa por salir. —Y le sonrió con una sonrisa de felicidad perfecta.

—Para venir a mí. Para venir a mí —dijo él, con los ojos fijos en los de ella.

—Sí. Y a Italia.

—¡Italia! Pues ha estado a punto de perderme a mí. ¿Qué habría hecho entonces?

—Ah, ir a Italia de todos modos.

—¿Cómo, igual?

—Bueno, Italia *es* Italia, ¿no? Mire este cielo. ¿No es maravilloso hoy, no es sencillamente glorioso? ¿Puede el cielo de Italia ser más azul que este?

Él hizo un ademán de impaciencia. —Niño de coro —dijo; y añadió, reparando en la punta de sus dedos—: ¿Por qué tiene el guante todo manchado de tinta?

—Porque le escribí a Robert con él puesto.

—¿Cómo? ¿Se marchó sin decirle nada en absoluto?

—Ah, no. Le dije todo lo de Berlín y las compras, y no le importó lo más mínimo.

—Vaya, ¿no se lo dije yo? Pero ¿qué le escribió?

—Ah, solo la verdad. Que me voy a Italia con usted.

—¿Cómo? ¿Eso hizo?

—No pude soportar, al final, empezar así, de esa... de esa manera mentirosa.

—¿Y le escribió que se iba conmigo?

—Sí. Y le dije...

—¿Y él encontrará la carta cuando vuelva?

—Sí. No puede dejar de verla. La puse en la mesa de su laboratorio, justo en el centro.

Ingram se inclinó hacia delante, el rostro encendido, la risa y el triunfo en los ojos, y le cogió la mano derecha, con su guante manchado de tinta.

—Adorables manchas de tinta —dijo, mirándolas y luego alzando la vista hacia ella—. Pequeña incendiaria de naves.

Y cuando ella abrió la boca para lo que evidentemente iba a ser una pregunta, él se apresuró a alejarla de ella con una sarta de sus frases.

—Es usted toda la felicidad —dijo, con una energía de convicción asombrosa a las nueve y media de la mañana—, y toda la música, y todo el color, y toda la fragancia que hay en el mundo.

—Entonces, ¿no ha notado la col? —preguntó ella, inmensamente aliviada.

Él le soltó la mano. —¿Qué col? —preguntó, cortante, pues le irritaba que lo interrumpieran cuando estaba hilando imágenes, y le irritaba más aún que lo interrumpieran en mitad de una emoción.

Pero cuando ella empezó —vívidamente— a describir el estado interior del *Christliche Hospiz*, él la detuvo.

—No quiero hablar hoy de nada feo —dijo—. Hoy no, entre todos los días de mi vida. —Y añadió, inclinándose de nuevo hacia delante y mirándola a los ojos—: Ingeborg, ¿sabe usted qué día es hoy?

—Jueves —dijo Ingeborg.

El revisor —era un tren de pasillo corrido, y aunque tenían el compartimento para ellos solos, el pasillo exterior bullía de gente que se apretujaba unos contra otros pidiéndose perdón— entró a revisar los billetes.

—Hay coche restaurante en el tren —dijo en alemán, dando la información con esmero prusiano, un esmero disciplinario por la comodidad de sus pasajeros, a quienes había que hacer sentirse cómodos, a quienes había que obligar a usar los medios de gracia dispuestos, o las autoridades querrían saber por qué.

—Sí —dijo Ingram.

—Usted no hace trasbordo —dijo el revisor, con prusiana determinación de que sus pasajeros no se extraviaran, aunque quisieran y les gustase hacerlo.

—No —dijo Ingram.

—Hasta Basilea no —dijo el revisor con tono amenazador, casi como si buscara pelea.

—No —dijo Ingram.

—En Basilea hace usted trasbordo —dijo el revisor, observándolo, listo para saltar sobre cualquier oposición.

—Sí —dijo Ingram.

—Llegará usted a Basilea a las once y cuarenta de esta noche —dijo el revisor, con un tono tras el cual pendía un «¿Me oye? No tiene más remedio».

—Sí —dijo Ingram.

—En Basilea...

—¡Váyase usted al *infierno*! —dijo Ingram, de pronto, con violencia, y en su propia lengua.

El revisor juntó de inmediato los talones y saludó. Por la extrema falta de control en los modales del caballero, lo reconoció al punto como un oficial de alto rango disfrazado de paisano para viajar, y se retiró en silencio y con deferencia.

—Si hay coche restaurante, ¿puedo desayunar? —preguntó Ingeborg.

—¿No ha desayunado? Pobrecilla. Venga conmigo.

Ella lo siguió al pasillo; él iba delante, apartando a la gente, y se volvía para darle la mano en los pasos de un vagón a otro. El restaurante estaba en la cabecera del tren, y hacía falta perseverancia y abrir muchas puertas difíciles para llegar hasta él. Cada vez que él se volvía para ayudarla y le agarraba la mano mientras se tambaleaban contra los costados y recibían sacudidas, se miraban y se reían. Qué divertido era todo aquello, pensaba ella, y qué nuevo y delicioso era que la cuidasen como si fuera algo que importaba, algo precioso.

Él ya había desayunado en Berlín, pero se quedó mirándola con un interés alerta que no se perdía ni el más pequeño de sus movimientos, muy semejante en su actitud y su placer a los de un gato que observa a su querido ratón, contemplándolo con fruición bigotuda, su propio y particular ratón, por el que había suspirado

durante años antes de conocerlo siquiera, mientras entretanto se llenaba tristemente de los ratones equivocados, que le sentaban mal; su ratón que, anexionado y a buen recaudo, iba a sentarle tan bien y a hacer de él el doble de comilón que antes; y le untaba mantequilla en el panecillo, y le servía el té, y hacía todas las cosas que haría un gato en tal situación si fuera hombre, complacido de que su ratón engordase, consciente de que todo lo que comiera y bebiera acabaría, por así decirlo, quedando en familia.

La espléndida mañana de junio, la última mañana de junio, brillaba dorada a través de las largas ventanas corridas del vagón. Los campos de la Marca yacían bañados de luz. Aún era temprano, pero ya empezaba a hacer calor, y los segadores de heno se enderezaban para ver pasar el tren y se enjugaban la cara, y las prudentes vacas se agrupaban a la sombra de los árboles, y en el vagón el ventilador giraba y zumbaba, y el camarero, con su chaqueta de hilo blanco, que le trajo fresas —cada una de las cuales había sido examinada y declarada apta y sana por las autoridades competentes, convenientemente alojadas en Berlín en edificios erigidos a tal efecto—, era un crédito para el reglamento de los Ferrocarriles del Estado prusiano, que decreta, breve e implacablemente, que los camareros han de estar frescos.

Sacó de la blusa uno de los billetes azules alemanes de cien marcos cuando él trajo la cuenta, y con él salieron más billetes.

—¿Y todo eso para qué? —preguntó Ingram.

—Para pagar. Y tiene que decirme cuánto costó mi billete hasta... ¿no dijo usted que bajábamos en Locarno?

—No puede ir por ahí con el dinero suelto de esa manera. Démelo. Yo se lo guardaré.

Se lo dio: nueve billetes azules de la blusa y el cambio del décimo de un bolsito que había llevado y que, por lo poco acostumbrada que estaba a los bolsitos, le costaba un gran esfuerzo recordar.

—Espero que baste —dijo ella—. No olvide que tengo que volver.

Él se rio, guardándose los billetes en la cartera. —¿Que si basta? Es una fortuna. Con esto puede usted llegar al fin del mundo —dijo.

—¿No es todo glorioso? ¿No es todo demasiado maravilloso para ser verdad? —dijo ella, con el rostro radiante.

—Sí. Y lo más glorioso de todo es que ahora no puede usted ir a ninguna parte —dijo él, guardándose la cartera en el bolsillo del pecho, dándole unas palmaditas, mirándola y riendo— sin mí.

—Pero es que no quiero. Prefiero, *con mucho*, ir con usted. Es tan extraordinariamente dulce que usted quiera que vaya. ¿Sabe?, nunca acabo de creérmelo del todo.

Él se inclinó sobre la mesa. —Pequeña gloria de mi corazón —murmuró.

El camarero volvió con el cambio.

—Ojalá Robert estuviera aquí —dijo Ingeborg, mirando alrededor por las ventanillas con inmensa satisfacción—. Si hubiera podido escaparse, creo que le habría encantado.

Ingram apartó la silla de un tirón. —No creo que le hubiera encantado en absoluto —dijo; y, de vuelta por todo el tren hasta su compartimento, aunque la ayudó en los pasos difíciles, fue tendiéndole la mano hacia atrás para que se agarrara a ella; esta vez no se volvió a mirarla a los ojos ni se rio.

Conforme avanzaba el día se hizo muy caluroso, y extremadamente polvoriento. La tormenta que había anegado Prusia Oriental no había pasado por allí, y, a juzgar por el aspecto de las cosas, llevaba mucho tiempo sin llover. El polvo entraba en nubes, y se vieron obligados a cerrar las ventanillas, pero seguía colándose por las rendijas y posándose sobre ellos y ahogándolos, y hasta se instalaba en los delicados repliegues de la nariz de Ingeborg. Él le había hecho quitarse el sombrero y el velo, así que no tenía nada que la protegiese, y él la observaba con singular fastidio mientras ella iba, poco a poco, tomando un color pardusco. Le entraban ganas de inclinarse y sacudirle el polvo, odiaba ver su blancura

ensuciada, le crispaba de un modo intolerable. Él mismo soportaba mal los trayectos largos en tren; pero, aunque hacía tanto calor, un calor tan insoportable, ella estaba tan activa e inquieta como una niña, levantándose continuamente de un salto para correr al espantoso y abrasador pasillo a ver qué había que ver por aquel lado.

Pasaron por Weimar, y ella mostró un celo intemperante por el tema de Goethe, bajando la ventanilla y asomándose a mirar, y citando *Kennst Du das Land wo die Citrone blüht*, citándole a él, que aborrecía las citas hasta en tiempo fresco. Pasaron por Eisenach, y de nuevo desplegó su celo, hablando con entusiasmo de Lutero y del Wartburg y del tintero y del diablo... y de santa Isabel, por supuesto: él ya sabía que llegaría a santa Isabel. Le contó las leyendas —a él, que conocía todas las leyendas—, se las contó a él, que tenía dolor de cabeza y solo podía mantenerse con vida yendo al lavabo y hundiendo la cabeza cada pocos minutos en agua fría, y a ella no le importaba lo más mínimo, cuando se asomaba por la ventanilla a mirar las cosas, volver luego al compartimento con el pelo en todas direcciones y la cara no solo cubierta de polvo, sino también de tiznes.

En el momento más caluroso del día tuvo, por un instante lívido, la sensación de no estar con un solo niño de coro, sino con todo el coro entero de excursión de verano, y de llevarlo él solo, en una larga jornada de perros, a la Crystal Palace; pero eso fue después del almuerzo en el coche restaurante, un almuerzo que a su imaginación afiebrada le pareció consistir en trozos de ascua viva servidos en azufre y comidos en un lago ondulante y bamboleante de piedra de azufre. Hasta el camarero que los atendía era, a despecho del reglamento, un hombre derretido; y cuando pasó el inspector, mirando a su alrededor con ojo de águila prusiana para comprobar que todo estuviera en orden y se alcanzase el estándar fijado por ley de camareros frescos, comida caliente y pasajeros tibios, se abalanzó al instante sobre el camarero, manifiestamente derretido, quien, incapaz de negar el hecho evidente de que estaba perlado de sudor, juntó los talones e intentó escapar de la multa con

la ansiosa explicación de que sabía que estaba transpirando, pero que era un sudor frío.

Tomaban el té cuando pasaron por Fráncfort, y cenaban cuando pasaron por Heidelberg. Una gran luna llena se alzaba tras el castillo de Heidelberg, y el Neckar era una estela de luz. El día de verano llegaba a su fin en una calma perfecta. Los caminos tranquilos que se perdían hacia los bosques y a través de los huertos estaban sembrados a ambos lados de flores blancas. En el crepúsculo solo brillaban ya las flores blancas: las estelarias, los racimos de estrella de Belén, las espigas de heleborina blanca; y todos los colores del día —el azul de la achicoria y el lila delicado de las malvas enanas, el amarillo vivo de la lisimaquia de bosque y el rosa de las collejas— ya se habían apagado para la noche.

Ingeborg contemplaba por la ventanilla con cara de duende feliz. Los ojos le brillaban más que nunca en medio de los tiznes que los rodeaban, y el pelo se le había vuelto todo puntas, pequeñas puntas erguidas que se agitaban con la corriente de aire. El día espantoso, las horas y horas de calor y de sofoco asfixiante, no parecían haberle hecho mella alguna, salvo la de volverla de limpia en sucia, mientras que Ingram yacía recostado en su rincón, un ser apenas humano, sin desear ya nada en el mundo salvo que le echaran agua fría por encima y tenderse mientras se la vertían sobre una losa de mármol helado. Pero el sol se había puesto por fin, caía el rocío aplacando el polvo, y se había hecho el último viaje al coche restaurante, un viaje en el que fue Ingeborg quien abrió las puertas y nadie ayudó a nadie en los pasos. Él había caminado detrás de ella, y había observado con enojo su vestido y lo raro que era, como números atrasados de revistas ilustradas, las mangas mal, la falda mal, demasiada tela en unos sitios, demasiado poca en otros, pero sobre todo sobraba, porque era el año en que las mujeres iban escuetas de ropa.

—Tendrá usted que comprarse ropa en Italia —le dijo durante la cena.

—¿Para qué? —preguntó ella, sorprendida.

—¿Para qué? Para vestirse —dijo él con acritud desmayada.

Pero ya, por fin, entre Estrasburgo y Basilea, cuando todo el resplandor se había disipado del todo y la lámpara de su compartimento quedaba amortiguada en una grata penumbra por la pantalla que él corrió sobre ella, y las ventanillas estaban abiertas de par en par a la gran noche estrellada y crepuscular, y mil aromas de rocío se agitaban en los campos al paso del tren, empezó a sentirse mejor.

A sugerencia suya, ella había ido a lavarse la cara, de modo que él pudiera volver a mirarla, delicadamente clara en el crepúsculo, con satisfacción. Y al poco, por algunas curvas que hacían los raíles, la luna la iluminó a ella mientras él seguía sentado en la sombra, y el rostro de Ingeborg, vuelto hacia las estrellas con el asombro de su felicidad, volvió a parecerle lo más espiritual que había encontrado hasta entonces en una mujer: un espíritu inconsciente, exquisitamente independiente y distante. La observó desde la sombra de su rincón durante un buen rato, captando cada curva y cada línea, tratando de fijar en su memoria aquella mirada de serenidad y de gozo sereno, la expresión de una tranquilidad interior, de feliz entrega al momento, que nunca había visto antes salvo en los niños. Contemplarla así lo fue apaciguando poco a poco hasta sacarlo por completo de la fiebre y el fastidio del día. Como era su costumbre, olvidó su otro estado de ánimo como si nunca lo hubiera tenido. Volviéndose fresco y cómodo con la creciente frescura de la noche, sus irritaciones, sus impaciencias y su deseo —que durante varias horas de la tarde había sido lo dominante en él— de estar personalmente ausente de ella quedaron borrados del recuerdo. Olvidó, en la quietud de su actitud, que ella hubiera estado alguna vez inquieta, y en su expresivo y hermoso silencio, que hubiera citado nunca nada, y, contemplando su blancura, que hubiera estado nunca de color pardusco. Ella era, pensó, considerándola, con la cabeza ahora muy cómoda sobre los cojines y una corriente de aire benditísima levantándole deliciosamente el pelo, como el pecho suave de un ave blanca. Era como los diamantes, solo que era amable y dulce. Era como el agua de manantial en un día de sed.

Era como un vino blanco muy claro y delicado. Sí; pero ¿a qué se parecía más?

Buscó la respuesta en su mente, con los ojos fijos en el rostro de ella; y al poco la encontró, y se inclinó hacia delante, saliendo de la sombra, para decírselo.

—Ingeborg —dijo, y en ese momento lo decía con total sinceridad —, es usted como la paz de Dios.

Capítulo XXXIII

En Basilea hubo prisa y ajetreo: la media hora que debían haber tenido allí quedó reducida, por algún inexplicable aflojamiento de las cinchas de la disciplina del lado alemán, a cuatro minutos —el revisor, al ser interrogado, dijo que la máquina se había averiado, y explicó, con un encogimiento de hombros destinado a disimular su vergüenza ante aquel fallo de lo infalible, que las máquinas, al fin y al cabo, no dejaban de ser humanas—, y de nuevo hubo una carrera indecorosa escaleras abajo y escaleras arriba y a lo largo de los andenes, y llegaron jadeantes, empujados por los mozos, justo a tiempo, a un compartimento sembrado de suizos dormidos.

Ingram dejó a Ingeborg sentada provisionalmente al borde del asiento, aferrada a su paraguas, su abrigo y su bolsito, mientras recorría el tren en busca de más espacio, negándose a creer que pudiera sucederle algo tan repugnante como verse obligado a viajar hasta Bellinzona con cuatro suizos dormidos; pero el tren parecía ser muy concurrido, o se preparaba alguna fiesta nacional, o había algún otro trastorno que hacía que aquella noche la gente se desplazara en gran número, porque todos los compartimentos estaban llenos.

Volvió junto a Ingeborg sumido en una hosquedad resentida. Los cuatro suizos dormían en los cuatro rincones, y el vagón olía a migas. Abrió la ventanilla, y al instante los cuatro suizos resucitaron a una vida airada y simultánea. Ingram, que hablaba francés con soltura, les hizo frente con igual locuacidad, plantado de espaldas a la ventanilla abierta para protegerla de sus embestidas, mientras Ingeborg miraba alarmada; pero el revisor, cuando llegó, se

pronunció a favor de los cuatro suizos. Apaciguados, volvieron a dormirse al instante; e Ingram, sin más miramientos ya para con sus piernas, salió a grandes zancadas al pasillo, donde se quedó mirando por la ventanilla abierta la naturaleza de medianoche y maldiciéndose por no haber interrumpido el viaje en Basilea, mientras Ingeborg espiaba con ansiedad su espalda por encima del abrigo y el paraguas.

Desde Basilea hasta Lucerna estuvo tan ajeno a ella como si nunca la hubiera conocido, de tan enfadado y tan cansado como estaba. Luego, en Lucerna, se bajaron dos de los suizos, y al volverse la vio dormida en el compartimento, ladeada un poco hacia un costado, todavía aferrada a sus cosas, y una vez más ella le llenó el corazón. Estaba completamente dormida, en la postura más incómoda, desplomada en mitad de comoquiera que estuviese sentada, igual que un niño o un cachorro; y entró, se sentó a su lado y le levantó la cabeza con muchísimo cuidado y suavidad para apoyarla en su brazo.

Ella abrió los ojos y, sin moverse, lo miró a lo largo de la manga, con una especie de sorpresa.

—Esto es Lucerna —susurró él, inclinándose; ¡qué suave era, y qué menuda!

—¿Sí? Pero si allí es donde Robert y yo…

Pero ya se había vuelto a dormir.

Durmió hasta que él la despertó antes de Bellinzona, y así nunca llegó a conocer el momento que tanto le había emocionado imaginar, aquel en que, al alba de la mañana veraniega, saldrían al otro lado del San Gotardo a lo que, dijeran lo que dijesen los suizos, era Italia; y todavía medio dormida, poniéndose el sombrero mecánicamente y deteniéndose a frotarse los ojos mientras él la apremiaba a darse prisa, no se dio cuenta de dónde estaba. Cuando lo hizo, y miró ansiosa por la ventanilla, se volvió hacia él de inmediato consternada.

—¡Oh! —dijo ella.

—Sí —dijo Ingram, pasándose la mano rápidamente por el pelo, gesto suyo cuando se irritaba.

Llovía.

Se apearon en lo que parecía el andén más melancólico del mundo, un empalme gris y húmedo bajo un cielo también gris y bajo que cubría toda la comarca. El tren de Locarno estaba esperando, y fueron hacia él en silencio. Eran las seis menos cuarto, una hora difícil del día. El tren, casi vacío, traqueteaba despacio por el valle del Tesino. Por los cristales las gotas de lluvia se perseguían unas a otras. En la carretera que corría junto a la vía, también camino de Locarno y triste de charcos pardos, algún que otro carro alto avanzaba a rastras tirado por una mula y conducido por un ser humano encogido bajo un enorme paraguas. El lago, cuando lo divisaron, era un bostezo de bruma.

Ingeborg miraba aquello en silencio. Resultaba increíble que aquello fuese Italia —también dijeran lo que dijesen los suizos—, mientras que al otro lado de los Alpes toda Alemania, Kökensee incluido, yacía bañada en luz y color. Ingram se había sentado en el rincón más apartado del vagón, las manos hundidas en los bolsillos, el sombrero calado hasta los ojos, mirando fijamente hacia delante. Era un cúmulo de variados y profundos desasosiegos. Todo lo exasperaba, hasta el hilillo que se deslizaba lentamente hacia él por el suelo desde el paraguas mojado de Ingeborg. No había nada que ella pudiera decir o hacer en aquel momento que no fuese a avivar su exasperación hasta convertirla en una llamarada de palabras rápidas y demoledoras. Por suerte ella no dijo ni hizo nada, sino que permaneció completamente callada, con el rostro vuelto hacia los cristales empañados. Pero aunque no hablase ni hiciese nada, no dejaba de estar allí; y él, aunque no apartaba los ojos de los cojines de enfrente, era agudamente consciente de cada detalle de ella en aquella luz gris y horrible: de su ropa arrugada, de su lacia y manchada dejadez, de su sombrero ya descuidado, de su pelo en mechones. Había querido enseñarle Italia, había querido enseñarle, extraordinariamente, Italia en todo su esplendor estival, y había, en

cambio, esto. En consecuencia, lo que ahora deseaba extraordinariamente era reprenderla. No se detuvo a analizar por qué.

En el hotel de Locarno adonde fueron a bañarse y a desayunar —había planeado en un principio enseñarle el hermoso paseo desde allí, bordeando el lago, hasta Cannobio, pero ahora, más allá del baño y el desayuno, no tenía ningún plan—, una persona en mangas de camisa y delantal verde que representaba de manera insuficiente al conserje, pues aún no eran las siete y el conserje seguía en la cama, habló a Ingeborg de Ingram, torpe e inoportunamente, delante de él, llamándolo *Monsieur votre père*.

—Es esa falda corta que lleva —dijo él, con un azufre contenido—. Tiene usted que hacerse con otra ropa, sin falta. Vestida así sugiere usted cochecitos de niño.

—Pero si este es mi vestido mejor —protestó ella—. Es completamente nuevo. Quiero decir que no me lo había puesto nunca desde que lo hicieron.

Y con la fácil falta de tacto de quien todavía no ha aprendido a tener miedo, lo miró y se echó a reír.

—Vaya —dijo ella—, esta mañana soy cochecitos de niño, y anoche, anoche mismo, tan tarde, era la paz de Dios.

A esto, sin embargo, no se atrevió a responder, sino que desapareció con una especie de zarpazo hacia su cuarto de baño.

Bajó a desayunar limpio, pero de un humor que no soportaba nada, y menos que nada el buen humor ajeno. Ingeborg era de natural bondadoso. Estaba allí sentada, contenta y descansada —después de todo, recordó él con resentimiento, ella había dormido cinco horas en el tren mientras que él no había pegado ojo—, sacando alegremente el mejor partido de las cosas. Le hizo notar lo fuerte que estaba el café y lo crujientes que estaban los panecillos. Le preguntó si no le parecía un hotel agradable. No estuvo de acuerdo cuando él calificó al camarero de deplorable. Predijo una mejora del tiempo a las once, y dijo que siempre se había cumplido

lo que le decía su vieja niñera, que lluvia a las siete significaba buen tiempo a las once.

Odió a su vieja niñera.

Hasta que hubiera dormido un poco, un sueño largo y sosegado, sabía que no sería más que un manojo de nervios crispados. Cuando entonces, tras el desayuno, ella le preguntó, con un aire alegre de estar dispuesta a cualquier cosa, qué iban a hacer a continuación, él anunció brevemente que se iba a dormir.

—¿Ah, sí? ¿Tengo que irme yo también? —preguntó ella, y se le cayó la cara.

—Claro que no.

—Entonces —dijo ella con entusiasmo— saldré a explorar.

—¿Cómo, con esta lluvia?

—Oh, tengo chanclos.

¡Chanclos! Él se retiró a su cuarto.

Le irritaba profundamente que ella estuviera no solo dispuesta, sino contenta, de salir a dar su primer paseo por Italia sin él. Se tiró en la cama con rabia, tocó el timbre, y encargó a la persona que acudió a atenderlo —el mismo joven en mangas de camisa y delantal verde que los había recibido— que dijera a Madame que, si él no se había despertado a la hora de comer, no lo esperase, sino que comiera a su hora de todos modos.

El joven fue a buscar a Ingeborg a su cuarto. Ella se estaba poniendo los chanclos a tirones, un pie sobre una silla, el rostro encendido por el esfuerzo y la expectación.

—*Monsieur votre père*… —empezó él.

—*Ce n'est pas mon père* —dijo Ingeborg, volviendo hacia él un rostro divertido mientras seguía tirando.

—*Monsieur votre mari*…

—*Quoi? Certainement pas* —dijo Ingeborg, que pese a su premio de francés desconocía los refinamientos de esa lengua—. *Ce n'est pas mon mari* —dijo, repudiando la idea con energía.

—*Ah… Monsieur n'est pas le mari de Madame* —dijo el joven con ligereza.

—*Certainement pas* —dijo Ingeborg—. *Mon mari est à la maison*.

—*Ah… tiens* —dijo el joven.

—*C'est mon ami* —dijo Ingeborg.

—*Ah… tiens, tiens* —dijo el joven; y entregó su recado con una repentina soltura y desenvoltura.

Pero aunque el trato del joven se volvió desenvuelto, tras su relato de aquel breve diálogo el trato del hotel se volvió rígido, pues en el papel que le habían presentado a Ingram para que rellenara su nombre había él, ignorante de lo que Ingeborg estaba diciendo, consignado que se llamaban el señor y la señora Dobson; y el hotel, en el que se celebraban oficios de la Iglesia anglicana, y en el que en ese momento, aunque la temporada hubiera terminado, se alojaban varias representativas solteronas inglesas, y también un clérigo llegado de Inglaterra con esposa e hijas ya crecidas, señoras respetabilísimas y amables que lo sacaban a pasear todos los días dos veces, una después del desayuno y otra después del té, el hotel decidió, reuniendo cabezas en el despacho del gerente, que convenía, con tacto, animar a los Dobson a marcharse.

No pudo hacer nada, sin embargo, de momento, pues la dama había desaparecido con un paraguas hacia la lluvia, y el caballero, según podía oírse, dormía; y esta situación se prolongó durante muchas horas, sin que la dama entrase a comer, pues seguía bajo la lluvia, y sin que el caballero, según podía oírse, dejara de dormir. Luego se advirtió que ambos estaban tomando el té en un rincón apartado de la resbaladiza selva acristalada de sillas y mesas de bambú que el folleto del hotel describía como el Elegante Salón de las Palmeras, y que habían acercado una segunda mesa a la del té y la habían cubierto de ramas, indeseablemente chorreantes, de la

retama amarilla que crecía en lo alto de las colinas, y que estaban siendo observados con recelo por los huéspedes genuinos del hotel, acostumbrados a tomar el té en el silencioso estupor de los matrimonios de verdad, porque el caballero, contrariamente a los hábitos conocidos de los maridos auténticos, hablaba con la dama en vez de leer el *Daily Mail*.

El hotel, si algo era, era eficiente. Sabía manejar con soltura cualquier situación, desde parejas fugadas hasta esa forma de huésped más desagradable de todas, la que llegaba viva y se iba muerta. Rebosante de tacto, dejó a la dama y al caballero terminar su té sin molestarlos; luego envió a alguien de aire untuoso a informarles de que, por desdicha, sus habitaciones estaban reservadas desde hacía semanas precisamente para esa misma noche, y por lo tanto…

Pero antes de que aquella persona pudiera siquiera empezar a mostrarse eficiente, el caballero le pidió que tuviera dispuesto un coche en media hora, pues pensaba partir esa misma tarde; y así se consumó la despedida, como deben consumarse todas las despedidas, con urbanidad, y el gerente pudo desplegar su suavidad de portal, hacer una reverencia y desearles un buen viaje.

Los Dobson partieron de buen humor, con las ramas de retama amarilla cabeceando rítmicamente entre ambos por encima del delantal impermeable que los abrochaba juntos. Ingram había dormido a pierna suelta durante siete horas y se sentía completamente renovado. La llevaba a Cannobio, por la carretera que había esperado recorrer con ella bajo el sol; pero Ingeborg, que había escalado montañas hasta que la sangre le corría acelerada y encendida, veía bellezas peculiares hasta en la humedad, y no quería creer que el sol pudiera hacer las cosas más hermosas. A la salida de Locarno, en aquel paraje llano y herboso más allá de la ciudad donde las hermosas colinas pequeñas se retiran un trecho del lago, y las margaritas de ojo de buey crecen tan grandes, y las carreteras están sembradas de blanco por las flores de las acacias, dejó de llover e Ingram hizo bajar la capota. Las montañas del otro

lado del lago eran de un azul añil, con jirones de nubes lanudas arrancadas que se extendían a lo largo de ellas, cerca ya del agua. El lago era de un negro acerado. El valle rumiaba en hosca lozanía; y las ramas de retama que llevaban consigo en el coche atravesaban el fondo sombrío como un cuchillo de oro.

—La única duda que tengo —dijo Ingeborg, aspirando el aire cálido y perfumado en largas bocanadas— es que todo esto es demasiado bueno para ser verdad.

—No lo es —dijo Ingram, felizmente desenredado por un rato del intrincado efecto que la fatiga, la suciedad y los dolores de cabeza tenían sobre sus entusiasmos—; es absolutamente bueno y absolutamente cierto. Pero solo —dijo, volviéndose y mirándola— porque usted está aquí, mi querida hermana cercana de mis sueños. Sin usted no habría más que un espacio vacío y gris en el que yo me quedaría colgado, horriblemente.

—No es verdad. Usted no podría dejar de ser feliz con esto —dijo ella, mirando alrededor.

—Si usted no estuviera aquí, yo no lo vería —dijo Ingram, creyéndolo firmemente pese al hecho de que nada escapaba jamás a su vista aguda—. Todo esto solo lo veo a través de usted. Usted es mis ojos. Sin usted me quedo ciego, avanzo a tientas con la luz apagada. Usted no sabe lo que es para mí, pequeña cosa de cristal reluciente… ni empieza a imaginarlo, querida mía, mi dulce Hallada al Fin.

—Y esta mañana —dijo Ingeborg, sonriéndole, aunque solo con una sonrisa fugaz de paso hacia todas las demás cosas que quería mirar— usted dijo que yo sugería cochecitos de niño.

Durante un trecho siguieron adelante en silencio, pues a él le desagradaba esa costumbre suya de recordarle estados de ánimo pasados. Pero más allá de Ascona, donde las montañas bajan hasta el lago y dejan apenas el espacio justo entre ellas y el agua para que la carretera serpentee, se recobró de nuevo, consolado por el gozo de ella ante la belleza del trayecto e incapaz de contemplar su

felicidad sin sentirse complacido. Después de todo, lo que más amaba en ella era que fuese, tan milagrosamente, una niña; una niña con destellos de sabiduría que le parpadeaban en la boca como la lengua de un lagarto, y que hasta cuando era tonta lo era también, de algún modo, a destellos: destellos de plata y de sol. Y siempre, al fondo de ella, muy lejos, escondido en lo que él imaginaba como profundidades de luz ardiente, estaba aquella cosa escurridiza que tan apasionadamente lo atraía, la cosa que iba a pintar, la cosa hacia la que su propio yo secreto se arrastraba, sabiendo que allí había calor, allí había comprensión, su querida, queridísima almita.

La velada en Cannobio resultó insatisfactoria. Ingeborg disfrutaba manifiestamente, pero con una absorción en lo que estaba viendo y un olvido de él que le pareció a la vez excesivo y fastidioso. Allí estaba todo para hacer que dos personas felizmente a solas susurraran: el calor, el crepúsculo, la ancha sombra de los plátanos, el agua inmóvil, luces que titilaban con romanticismo en los rincones, el rasgueo de una guitarra lejana, risas y cantos y el brillo del vino tinto en las mesitas iluminadas a lo largo de la fachada de los restaurantes bajo la arcada del fondo de la plaza; y él allí, Ingram, al fin y al cabo persona de verdadera importancia, Edward Ingram a sus pies, sin pedir otra cosa que se le permitiera explicarle de todas las maneras posibles cuán dulce era ella. Pero ella estaba muerta a sus oportunidades. No había otra mujer en Europa, se dijo él con enfado, que no hubiera susurrado.

Salieron a pasear de su hotel después de cenar, un albergo italiano cuadrado y rosado que daba al lago donde acababa el pueblo, y libre, como en realidad lo estaba todo Cannobio, de ingleses transitorios y sus ojos horribles, y anduvieron mirando cosas. Él no miraba mucho, pues conocía de memoria aquellas vistas y sonidos italianos, y en ese momento solo quería mirarla a ella; pero la cosa más insignificante le arrebataba a ella la atención por completo, con exclusión de cualquier cosa que él pudiera estar diciendo. Positivamente prefería incluso escuchar el latido del vapor que se acercaba desde el otro extremo del lago antes que a él; y lo

interrumpió en mitad de una frase que la concernía íntimamente para detenerse en la plaza y preguntarle qué le parecían los olores.

—No pienso en ellos en absoluto —dijo él, cortante.

—Oh, pero es que hay tantísimos —exclamó ella, distinguiéndolos con la nariz levantada—. Está el olor de las rosas, y el olor del lago, y el olor de fritura, y hay más rosas, y luego está el ajo, y luego hay uno bastante confuso, y luego una vaharada de algo más, no sé qué… Italia pura, supongo. Nunca había olido tantos olores —terminó, con un gesto de asombro.

Él trató de apartarla de ellos. La condujo hasta un banco bajo un plátano. —Venga a sentarse a mi lado y le contaré cosas —dijo, tentándola—. Mire, ahí está la luna, que se ha librado de las nubes… ¿y ve cómo las luces de colores del vapor que se acerca brillan justo hasta formar una escalera de luz sobre el agua? ¿Y qué le parece el tacto del aire, hermanita? ¿No es suave y tierno? ¿No le recuerda todas las cosas amables y delicadas?

—Pero lo más maravilloso de todo, con diferencia, son estos olores —dijo ella, absorta en ellos—. Hay por lo menos doce distintos.

—No se preocupe de ellos. Quiero hablar.

—Pero es que son tan divertidos —dijo ella—. Los hay interesantes, y emocionantes, y hermosos, y inquietantes, y horribles, y demasiado-perfectos-para-cualquier-cosa, y todos se persiguen unos a otros arriba y abajo y en círculos alrededor de nosotros.

Él encendió un cigarrillo. —Ya está —dijo—, eso los fundirá todos en uno solo, y así usted me hablará con sensatez. Hablemos mientras podamos, querida mía. Dentro de poco estaremos muertos a todo sentimiento, para siempre jamás.

—Sí, seremos jironcitos de podredumbre —dijo ella, plácidamente.

—Dios, que desperdicia una puesta de sol cada noche… —dijo él, levantándose para apagar con el pie la cerilla que había tirado—

—Si fueran mías —interrumpió ella—, las guardaría todas en una galería o en una carpeta.

—…lo comprenderá, supongo —prosiguió él, sentándose de nuevo —, y sabrá por qué cosas tan queridas como esta noche aquí, este rato de estar solos juntos aquí, tienen que terminar y ser olvidadas.

—Mientras yo viva —dijo ella con fervor— esto no se olvidará. Todos mis demás recuerdos serán como una sarta de… bueno, de cuentas y de nueces y de piñas, hasta llegar a este, y entonces, de pronto, en la sarta habrá una joya resplandeciente.

—¿De verdad? ¿De verdad? —murmuró él, deteniéndose a mirarla a los ojos, reanimado por aquellas palabras—. Pequeña llama en mi corazón, ¿de verdad?

—Oh —dijo Ingeborg soñadoramente, con su voz ronca y suave—, pero lo más maravilloso, la joya más maravillosa. Mi primera ciudad italiana… Cannobio…

Dejó de sentirse reanimado. Fumó en silencio. El efecto que Italia tenía en ella era tan sorprendente como inesperado. En Kökensee ella había estado enteramente concentrada en él, escuchándolo solo a él con avidez, bebiéndose únicamente lo que él decía, adorándolo. Aquí parecía poseída por un frenesí hacia cualquier vista o sonido por el mero hecho de ser nuevo. Había habido momentos, desde el mismísimo principio en Berlín, en que él casi se había sentido de interés secundario, y parecían estarse volviendo permanentes. Era inquietante. Era increíble. Era grotesco. Quizá conviniera alejarla de los lagos, de toda aquella parte del país que al parecer atrapaba su imaginación por su lado más sensible. Quizá Milán una temporada, con sus aceras y sus museos.

—Por favor, ¿me da usted algo de ese dinero? —preguntó ella, atravesando sus reflexiones.

—¿Qué dinero? —dijo él, mirándola.

—Mi dinero.

—¿Para qué demonios?

—Quiero mandarle a Robert una postal.

Él tiró el cigarrillo. —Sería de lo más impropio —dijo, pasándose la mano rápidamente por el pelo—. Sumamente impropio.

—¿Impropio? —repitió ella, mirándolo fijamente—. ¿Mandarle a Robert una postal?

—Groseramente impropio. Sencillamente, eso no se hace.

—¿Cómo? ¿No mandarle a Robert…? Pero si le gustaría saber hasta dónde hemos llegado.

—Por el amor de Dios, no hable de Robert —exclamó él, levantándose de golpe; la idea de la postal lo había escandalizado profundamente.

—¿No hablar de él? —repitió ella, mirándolo atónita—. Pero si es mi marido.

—Exactamente. Eso es lo que lo hace tan impropio.

—¿Cómo? Pero si yo creía que los maridos eran precisamente lo único que nunca podía ser impropio.

—Ingeborg —dijo él, paseando airado de un lado a otro delante de ella—, ¿está usted, o no está usted, siendo atendida en estas… en estas vacaciones por mí? ¿Está usted, o no está usted, viajando conmigo?

—Sí, ya lo sé. Pero no veo por qué no habría de mandarle a Rob…

—Bueno, pues si no lo ve, tiene que creerlo. Tiene usted que creerme, sin más, cuando le digo que ciertas cosas son imposibles.

—Pero Robert…

—Por el amor de Dios, no hable de Robert. Si se lo ruego, si le digo que eso me lo estropea todo, si se lo pido como un favor… —Se detuvo delante de ella—. Querida mía, mi pequeña compañera, mi todo lo que hay de central y vivo entre la paja…

—Claro que no lo haré, entonces. O al menos procuraré acordarme de no hacerlo —dijo ella, mirándolo con una sonrisa en la

que había tanto esfuerzo como sorpresa—. Pero no veo por qué una postal…

El vapor que llevaban tanto rato viendo, el último del día procedente de Arona con destino a Locarno, se acercaba ya al embarcadero, y la plaza se llenó de pronto de grupos atareados que se disponían a subir a él o a despedir a alguien.

—Vámonos de aquí —dijo Ingram, impaciente—. ¡Vámonos, he dicho! —repitió, dando una patada en el suelo—. Odio a esta gente.

Ella se levantó y caminó a su lado hacia el hotel, con los ojos clavados en el suelo.

—De verdad que no veo por qué no habría de mandarle a Robert… —empezó ella.

—¡Ah, al diablo con Robert! —exclamó él con violencia.

Ella lo miró. —¿Al diablo con Robert? —repitió, inmensamente sorprendida—. Pero… ¿no le *cae* bien Robert?

—No —dijo Ingram—. No —repitió, todavía más alto—. Aquí no. Ahora no. Y ahora no —añadió con extrema irritación al verla abrir la boca— me pregunte por qué, no me pida que se lo explique. Váyase a la cama, Ingeborg. Ya es hora de que todos los niños menores de diez años estén acostados. Y levántese temprano, por favor, porque saldremos a primera hora hacia… en todo caso, hacia otro sitio.
</content>

Capítulo XXXIV

Ingram no era solo un gran pintor; dominaba también artes menores, y entre ellas el arte de la fuga. Lo había practicado ya varias veces y había alcanzado tal soltura que la práctica hizo que aquello dejara de ser propiamente una fuga para convertirse casi en un paseo. Se alejaba, al final, con bastante parsimonia, de una esposa que jamás hacía comentarios hacia alguna dama cuyo afecto por él era invariablemente ya tan grande desde el principio que no le quedaba sino declinar; y una vez declinado —ayudado y alentado en esto de diversas maneras por él, siendo el principal factor de enfriamiento su manifiesta impaciencia por volver a su pintura sin que la perturbaran cosas no esenciales (cada dama encontraba enfriador que la llamasen «cosa no esencial»)—, evitaba la parte que a veces resulta un poco difícil, la parte en que las recriminaciones tienden a agolparse como nubes en torno a un atardecer, la parte que rodea los finales, mediante un hábil manejo, rodeando poco a poco a aquella que ya no era tanto una amante cuanto una paciente, con una atmósfera de cariño hacia su propio hogar. Ella llegaba, por grados imperceptibles, a sentir sed de su hogar. Llegaba a sentir sed, y tal era la destreza de él que sentía esa sed de forma saludable, sed de su marido o de su padre o de quienquiera que hubiese dejado, de preocupaciones, de catástrofes, de deshonra: de cualquier cosa, con tal de que tuviese la gentileza de no ser amor. Si salía más pobre en otros sentidos, salía al menos más rica en filosofía, sin el menor rastro de celos de lo que él pudiera hacer a continuación, sin que le importara lo que él hiciera con tal de no tener que hacerlo ella también, y él, hasta que de

nuevo lo sedujeran fuera de los caminos de la austeridad y el trabajo con la esperanza de haber hallado por fin a la compañera predestinada, disfrutaba de la condición en que se sentía más feliz: la libertad de espíritu que desdeña el amor.

¡Pero qué distinta de aquellas cómodas excursiones —tan sencillas y tan faltas de incidentes para él en su transitorio y saludable caldeamiento como el pan con leche— era esta fuga! Era penosamente distinta. Casi, de no ser porque no sentía ningún deseo de reír, ridículamente distinta. El primer paso, el proceso mismo del traslado de Kökensee a Berlín, de la legalidad a la ilicitud, había sido, en su suavidad, de una facilidad rayana en lo desenvuelto; y él había supuesto que, una vez a solas los dos, el amor —que era la médula misma de la fuga: si no, ¿para qué huir?— seguiría con una facilidad semejante. Nada, sin embargo, parecía menos dispuesto a seguir. Lo único que siguió fueron dos días confusos y exasperantes en que el humor de él variaba con cada hora, casi al final con cada cosa que ella decía. La capacidad de sus creencias y de sus aceptaciones lo asombraba. Eran tan vastas como sus entusiasmos. Ella creía tan firmemente lo que él le había dicho allá en Kökensee —donde, claro está, un hombre tiene que decir ciertas cosas para conseguir que algo empiece— acerca de los viajes frecuentes y cordiales de otras personas; había aceptado tan de corazón la seguridad que él le había dado de que era absurdo y vergonzoso, por la mala intención que sugería, no viajar francamente con quien fuese a donde fuese —«¿No somos usted y yo hijos de la luz?», le había preguntado él: ¡las cosas que dice un hombre!, pensaba ahora; pero no deberían volverse contra él de esta manera, revestidas de una invencible armadura de aceptación —; «¿Y vamos a dejarnos detener en nuestro libre ir y venir por los mezquinos escrúpulos de esos otros, pesados, los hijos tanteantes y temerosos de las tinieblas?»; que resultaba evidente que a ella ni remotamente se le había ocurrido la idea de que estuviera haciendo algo malo. El fundamento de sus vacaciones era esa creencia en la compañía franca. No le costaba ningún trabajo, observaba él —infinitamente irritado él mismo por aquella constante cercanía—, ser

sencillamente una compañera franca. Estaba tan despreocupadamente segura en la amistad, tan vacía de cualquier otro pensamiento, que podía decirle, y le decía, cosas que dichas por cualquier otra mujer en la misma situación habrían llevado al instante al galanteo. Pero Ingram, que era exigente, no podía cortejarla —empezar con violencia, imponerse resueltamente sin tolerar tonterías— mientras ella permaneciera sumida en aquella inconsciencia, como tampoco habría podido hacérselo a una niña o a una silla. Tenía que haber alguna respuesta, alguna conciencia. Su ceguera ante la situación real era de una sanidad tan terrible que rayaba casi en la enfermedad; aquella espantosa candidez de alma propia de hijas de obispo y esposas de pastor lo horrorizaba.

Durante tres días el tiempo siguió cargado, oprimiéndole los ojos. No dormía. Estaba todo nervios. Por la mañana —hora en que todavía no la conocía, pues en Kökensee solo estaban juntos por las tardes— ella le producía el efecto de alguien distinto y, de un modo sutilmente irritante, extraño. ¿Sería porque por las mañanas parpadeaba más? No sabía describirlo mejor que así: parpadeaba. Mentalmente, siempre parpadeaba; sus pensamientos apenas lamían cada tema y luego soplaban hacia otro; pero por las tardes y por las noches aquel parpadeo era a menudo hermoso, o al menos lo parecía en esas horas más cálidas y complacientes, y por la mañana no lo era. Por la mañana, un hombre quiere que le fijen a alguien como compañía, alguien razonable y estable. Nada sino una razonabilidad más bien silenciosa y, si las declaraciones son inevitables, que sean breves y que casen bien con el café y los panecillos. A la hora del desayuno se encontraba con que apenas podía hablarle, tan sobremanera le crispaba los nervios: su espantoso y saludable descanso cuando él había pasado la noche dando vueltas, su temible disposición para el nuevo día cuando él ni siquiera había empezado a recuperarse del anterior, la regularidad de su entusiasmo, su puntual felicidad. Y todas las noches estaba enamorado de ella.

Estaba exasperado. Aquel estar con ella entre las colinas y los lagos de Italia, que él había imaginado como el tiempo más dulce

que hubiera conocido, era pura exasperación; pues incluso por las noches, cuando estaba enamorado de ella —estado que, en efecto, le sobrevenía en cualquier momento a partir de la hora del té, y que en ocasiones podía inducirse antes del té si a ella se le ocurría decir las cosas oportunas—, estaba enamorado con irritación, y apenas sabía si le daría más satisfacción zarandearla o besarla. Y por muy molesta y desconcertante que fuese su conciencia intranquila, no lo era tanto como su desatada alegría en Italia. ¿Quién no se sentiría humillado al descubrir que se ha convertido en un fondo de decorado? ¿Quién hubiera supuesto que ella, que en Kökensee lo tenía por algo tan maravilloso, que veía con tanta claridad quién era él, que paseaba con él por los centenales y le ofrecía todo el incienso que dulces palabras pudieran inventar, iba, ya suelta en Italia, a tomar el decorado que él había elegido con tanto esmero para cortejarla y a estrecharlo contra su corazón, y a quedar absorta en él, y a adorarlo más allá de toda razón, y que él mismo iba a convertirse en el decorado —por increíble que pareciese, en el mero decorado de su propio decorado?

Cuando la llevaba a las colinas, a lugares solitarios donde los castañares se extendían durante kilómetros y adonde nunca llegaba nadie salvo los carboneros, él no estaba allí, por así decirlo. Cuando la llevaba al lago en una barca de vela y quedaban inmóviles pendientes de la buena voluntad del viento, tampoco estaba allí. Cuando descansaban tras una fatigosa subida, hundidos en algún prado alto todavía no alcanzado por los segadores que ascendían, y entre los tallos de sus flores frecuentadas por abejas, sus delicadas escabiosas inclinadas y sus frágiles claveles silvestres, se veían pequeños retazos de lago allá abajo y los pueblos blancos en las montañas de enfrente, y el mundo entero no pedía más que servir de marco al amor, él se preguntaba: en el cuadro que había en la mente de ella e irradiaba de sus ojos, ¿dónde estaba él? No había imaginado —tan atrás quedaban ya sus propios descubrimientos de lo nuevo— que alguien pudiera absorberse con tanta avidez. Observándola, mientras ella lo observaba todo menos a él, decidió que la llevaría a Milán. Probaría algo feo. Milán, con aquel tiempo

pesado y caluroso, debería devolvérsela, si es que algo podía. Se alojarían en una calle con tranvías y ruido, y frecuentarían museos. Caminarían mucho por las aceras y comerían en salones de té ingleses. Mientras durase la cura, ella podría irse procurando ropa decente, porque la verdad es que la suya era penosa, y cuando se hubiese consumado, y ella estuviera ya completamente aburrida de las cosas, y hubiese vuelto a percatarse de su existencia, él se la llevaría a Venecia y se pondría a trabajar: el trabajo, lo mejor de la vida, lo único que continúa y sin embargo nunca es monótono, la cosa suprema, siempre nueva y gozosa. Pero le tenía miedo a Venecia. Venecia era demasiado hermosa. Ella no se estaría quieta allí mientras él la pintaba; querría salir a mirar. Imposible llevarla allí hasta que hubiese aprendido a borrar el mundo entero con la sola imagen de él. Esa operación de borrado, comprendía, tendría que lograrse en Milán, y deprisa. Se moría de hambre de su trabajo. Tan agudo era su apetito de empezar el gran cuadro que, por debajo de todas sus demás emociones y deseos y humores, había una violenta impaciencia por verse retenido de él por lo que su subconsciente, con resentida incorrección, aludía como un hatajo de mujeres.

Fue la noche de Luino cuando se decidió definitivamente por Milán.

Aquel día habían caminado por los senderos boscosos que llevan por fin hasta Ponte Tresa, y ella, de vuelta en Luino, al ver un expositor giratorio de postales frente a un estanco y distinguir entre ellas alguna que mostraba el paraje de rocas y agua caída donde habían almorzado, había querido de nuevo enviarle una a Robert. No lo había dicho, pero había estado rondando el expositor con aire hambriento. Las postales parecían ejercer sobre ella una fascinación espantosa; y en cuanto a Ingram, la mera vista de ellas, a esas alturas del viaje, lo hacía ver todo rojo. Había advertido al instante aquel rondar hambriento, y había estallado en una reprimenda repentina en la que había más del maestro de escuela colérico que del amante. Lo había sentido él mismo, y había visto, con la rapidez con que siempre veía, un breve destello de sorpresa y de miedo interrogante en los ojos de ella.

—Bueno, es porque usted está siempre pensando en Robert —le espetó, en un intento que se le incendió por el camino hacia la disculpa.

—No *siempre* —dijo ella, vacilante, con una sonrisa que por primera vez era propiciatoria; y como los azares del pavimento lo hicieron caminar unos metros por delante de ella, se encontró mirándole la espalda, los hombros altos y flacos y el borde de las orejas, con una sensación sobresaltada de entera extrañeza.

Un pensamiento confuso se alzó y volvió a desvanecerse en algún rincón de su mente, un susurro de pensamiento, apenas exhalado y ya desaparecido: «Estoy *acostumbrada* a Robert».

Al día siguiente la llevó a Milán. Aquella ciudad ruidosa y bochornosa había de aburrirla, con su calor y su sopor, hasta hacerla consciente de él, arrojarla, por pura eliminación de otros intereses, a su pecho. Inexorable, la mantuvo en el vapor y se hizo el sordo a sus ruegos de desembarcar cuando este se detenía en atractivos pueblos a lo largo del lago. A ella le pareció esto poco razonable; pues ¿para qué acercarse siquiera a esos lugares hermosos, llegar tan cerca que casi podían tocarse, y luego escabullirse sin apenas dejar mirar? Y no pudo evitar sentir, después de que él se mostrara brusco con ella respecto a las islas Borromeas —a una de las cuales, por desgracia, el vapor tocaba—, que sería a la vez una bendición y algo espléndido recorrer aquellos parajes sola: libre, capaz de bajarse en las islas si le apetecía.

—Sí, esas son las islas —dijo él, cuando por primera vez surgieron ante su mirada extasiada—. Sí, se puede desembarcar en ellas, pero nosotros no vamos a hacerlo. Sí, sí, preciosas... pero tenemos que coger el tren.

Ella empezó a fijar en él una atención un tanto perpleja. ¡Sin duda era distinto de como era en Kökensee! Y allí estaban las islas Borromeas escapándosele, las hermosas islas; allí las iban dejando atrás, saliendo de su vida; era improbable que volviera a verlas jamás...

Para Ingram, aquella tarde plomiza, el lago parecía un ataúd, y las islas, tan apagadas y mezquinas como tres clavos en él; para Ingeborg parecían tres pequeños milagros de Dios. Del mismo modo que quien viaja al extranjero por primera vez renunciaría a Roma con tal de detenerse en Calais, así Ingeborg ansiaba explorar a fondo los lugares nuevos de los que la arrancaban inexorablemente. Las islas Borromeas eran hermosas, pero aunque hubiesen sido apagadas, ella las habría ansiado igual. Hermosas o apagadas, eran distintas de Kökensee; y cuando el viajado Ingram cifraba sus esperanzas en Milán, no se daba cuenta de cuán grande era, para Ingeborg, tras su existencia estrictamente enclaustrada en Kökensee, el efecto de lo meramente distinto. El andén de Arona, los campos llanos que el tren fue cruzando pesadamente, las fábricas y los arrabales de Milán, las calles ruidosas que palpitaban con pesadez de calor aquella tarde gris y encapotada, las formas de las cosas, de las cosas vulgares, de los tranvías, los coches de punto y las lavanderas, los escaparates, el comportamiento y los rostros extranjeros de los perros, el comportamiento de los niños, los ojos italianos todos vueltos hacia ella, todos clavados en ella: la fascinaban y la absorbían como el desarrollo de un sueño vívido. ¿Quiénes eran aquellas personas? ¿Qué harían todas a continuación? ¿Qué sentían, qué pensaban, qué decían? ¿Adónde iban, qué habían desayunado, cómo serían las habitaciones de donde acababan de salir, qué clase de cosas guardaban en sus armarios?

—Si alguno de ellos me prestara un armario —exclamó, dirigiéndose a Ingram— y me dejara sola con lo que hay dentro, creo que conocería toda Italia cuando hubiese terminado con él. Todo, todo: los deseos de su alma y de su cuerpo, y en qué trabaja y a qué juega y qué come, y qué espera que le ocurra después de muerto.

Y él, por el silencio de ella mientras caminaba a su lado, había estado suponiendo que le parecía aburrido Milán. Apresuradamente la sacó de las calles y la llevó a un salón de té inglés, la sentó de espaldas a la ventana y le dio bizcochos tostados.

Pero aunque su infancia había transcurrido entre esos objetos —estimados en el Palacio porque, al quedarse justo un poco cortos, en el último momento, de dulzura completa y de completo deleite, desalentaban el pecaminoso hartarse—, allí en Milán no ejercieron sobre ella ninguno de sus antiguos efectos sedantes. Los comió y los comió, y siguió tan alegremente ajena a ellos como antes. Su sequedad no ahogó en nada su vivo interés, su sabor evocador no la sosegó, ni siquiera cuando se combinó, como pronto ocurrió, con el sonido de campanas de iglesia flotando sobre los tejados. Podría haber estado en Redchester, con aquellas campanas dominicales sonando y todos aquellos bizcochos tostados. Sentado frente a ella, a la mesa de tablero de mármol, en la tienda desierta, Ingram decidió que no le daría en Milán comidas más divertidas que aquella. Mientras ella lo retuviera allí, tomaría, salvo el desayuno, todas sus comidas en aquel único local: comidas modestas, comidas apagadoras del ánimo y sin duda deprimentes a la larga, siendo el plato más inflamado que ofrecía el salón de té —lo anunciaba en la pared— los huevos escalfados.

La retuvo allí todo lo que pudo, mucho después de que el té se hubiese enfriado, e intentó —tan hondamente trastornado se iba sintiendo por las demoras que la curiosa inmadurez de ella causaba en el desarrollo normal de una fuga— cortejarla, nada menos, en aquel lugar de bollos. ¡Pero qué difícil resultaba! También él había comido bizcochos tostados. Quería decirle que la adoraba, y a ella le llegó, por encima de la tetera, en forma de comentarios sobre lo poco fiable de su conducta. Quería decirle que su cuerpo era tan delicado como las flores y tan delicioso como el alba, y le salió una crítica de la calidad —también de la cantidad— de sus entusiasmos. Se esforzó por cantar las alabanzas de lo más íntimo de ella, ese núcleo inexpresable, luminoso, comprensivo y enteramente dulce, y en cambio se encontró censurando agriamente su ropa.

Ingeborg escuchaba con medio oído, con los ojos brillantes de anhelo por volver a salir a la calle. Se removía impaciente por escapar de la tienda, y lamentaba que él eligiera precisamente aquel momento para fumar tan gran número de cigarrillos. Hasta la

señorita que custodiaba los pasteles pareció pensar que una visita basada solo en té y bizcochos tostados había durado ya bastante, y se acercó a recoger la mesa y preguntó, en inglés, por ser esta su lengua materna, si no podía traerles ahora alguna otra cosa.

—Esa curiosa mezcla que hay en usted —dijo Ingram, empezando con la intención de compararla a la luz en las tinieblas y descarrilándose de inmediato—, esa curiosa mezcla en usted de vetas de niñería y madurez espasmódica. En un momento es usted del todo impulsiva e irresponsable, y un momento antes era del todo inteligente y razonable, y un momento después es espléndida en valor y temeridad.

—¿Cuándo he sido espléndida en valor y temeridad? —preguntó ella, prestándole más atención.

—Cuando dejó usted su casa para venir a mí. El comienzo fue espléndido. ¿Quién iba a soñar que acabaría apagándose en... bueno, en esto?

—Pero ¿es que se ha apagado? ¿No estará usted... —se inclinó sobre la mesa, algo ansiosa— no estará usted regañándome?

—Al contrario, estoy intentando decirle todo lo que usted es para mí.

—Ah —dijo Ingeborg.

—Pretendo, de algún modo, aislar mi conciencia de esas vetas suyas...

—¿Vetas?

—Como las abejas enceran a un invasor muerto.

—Ah... ¿un invasor muerto?

—No creo, ¿sabe usted?, en el efecto condenatorio de un brote concreto, ni de uno o dos...

—¿No estará... no estará usted *de verdad* regañándome? —preguntó ella, de nuevo un poco ansiosa.

—Al contrario, creo en su querido fondo íntimo y me aferro a él.

—Ah —dijo Ingeborg.

—Creo que esas vetas y manchas y motas que tiene su yo superficial pueden ser buenas en su efecto último; puede que nos salven, al interrumpir, de esos hechizos demasiado serenos que ajan el amor a fuerza de uso y de descuido.

Ella lo miraba fijamente, con la boca un poco abierta. Él encendió otro cigarrillo más.

—Pero es bastante como... —dijo, arrojando la cerilla a un rincón, adonde la señorita fue a buscarla y la apagó pisándola con reproche fruncido— es bastante como encontrar una olla de oro en el jardín de uno y no poder más que echarle un vistazo de vez en cuando, y tener que irse a trabajar muy duro por once chelines a la semana.

Ella siguió mirándolo en silencio.

—Y ni siquiera por once chelines —dijo Ingram, reflexionando sobre todo lo que ya llevaba padecido—. Trabajar muy duro por nada.

Ella volvió a inclinarse sobre la mesa. —Yo nunca *pretendo* ser pesada —dijo.

—Estrellita —dijo él con firmeza.

—Mi pesadez es siempre involuntaria —dijo ella, dirigiéndose a él con seriedad—. Ay, pero es tan involuntaria... y las superficies apagadas que sé que tengo, y las imperfecciones escamosas...

Él sacudió la ceniza del cigarrillo con un vigor innecesario, casi como si fueran trozos del cuerpo de un pariente molesto.

—Soy retorcida, y estoy incrustada de mugre, y soy torpe —siguió Ingeborg, que siempre era concienzuda cuando se trataba de adjetivos.

En su estado irritable, que ella se rebajara así, abyectamente, lo molestó tanto como lo habían molestado todas las demás cosas que había hecho ella aquel día. Él podía, si lo provocaban, señalar los

defectos de ella, pero ella no debía señalárselos a él. Quería adorarla, y ella se empeñaba en impedírselo. Era penoso tener un dios que se niega a estarse quieto en su pedestal, que insiste en bajarse de un salto para enseñarte sus defectos y pedirte perdón. ¿Cómo iba a cortejarla si ella hablaba así? Sería como intentar cortejar a un devocionario.

—¿Es porque es domingo —dijo él— por lo que se siente usted impulsada a reconocer y confesar sus faltas? Me hace usted sentir como si hubiera pasado un sacristán y me hubiera empujado a un banco de iglesia.

—Bueno, pero es que *soy* retorcida e incrustada de mugre y torpe —insistió ella.

—¡No lo es! —dijo él, irritado—. ¿No le he dicho que es usted mi estrella y mi milagro?

—Sí, pero...

—Le digo —dijo él, decidido a creerlo— que es usted el mismísimo baño de mi espíritu cansado.

—¡Qué amable es usted! —dijo ella—. Es usted tan amable conmigo como si fuera mi hermano. A veces pienso que se parece usted bastante a un hermano mío. Nunca *tuve* un hermano, pero se parece usted mucho, creo, al que habría tenido de haberlo tenido. —Se entusiasmó con la idea—. Siento como si mi hermano... —dijo, disponiéndose a lanzarse al entusiasmo; pero él la interrumpió levantándose.

—Parece un desperdicio —dijo él, alcanzando su sombrero— hablar de su hermano, ya que nunca lo tuvo. ¿Nos vamos?

Ella se levantó de un salto al instante, con el aire de quien queda en libertad. Él mismo ya no podía soportar más el salón de té, o se habría quedado en él. Sombrío, salió con ella de nuevo a la calle y notó que, si acaso, ella parecía más activa y más ávida que antes: completamente descansada y renovada, en efecto. Sombrío, comprobó durante la hora o dos siguientes que ella tenía buen ojo

para los edificios, y que siempre eran los equivocados. Sombrío, descubrió en ella una rara afición por cualquier cosa, por mala que fuese, que estuviera forjada en hierro. No conseguía hacerla pasar de largo ante algunas de las verjas de hierro de los palacios. Él detestaba las verjas de mal gusto. Sin experiencia, ella no sabía comparar ni sabía elegir, y su interés lo abarcaba todo, indiscriminado como el de un niño. Él se esforzó por evitar la Piazza del Duomo, pero por algún accidente de una calle tortuosa y un momento de distracción, acabó por encontrarse de pronto, tras mucho caminar que él creía que los alejaba de ella, cara a cara con la plaza. Empujándola del codo, la hizo cruzarla deprisa y nerviosamente, esperando que ella no viera la Catedral; pero, siendo la Catedral difícil de no ver, la vio, y se quedó, como él había temido que ocurriría, clavada en el sitio.

—Ingeborg —exclamó él—, como me diga usted que eso le gusta...

—Ay, déjeme mirar, déjeme mirar —exclamó ella, aferrándole la manga mientras él trataba de llevársela—. Es tan curiosa... es tan *distinta*...

—Ingeborg... —casi suplicó él; pero de su exterior a su interior no había más que un paso inevitable, y que ella se quedara sin aliento nada más entrar resultó también, una vez que lo hizo, inevitable.

Ingram se encontró haciendo turismo: mirando vidrieras, siguiéndola por las criptas, remolcado por sacristanes. Se pasó la mano por el pelo con violencia.

—¡Pero esto es intolerable! —se gritó a sí mismo en voz alta—. Me voy a volver loco...

Y echó a andar tras ella a grandes zancadas y le agarró el brazo justo cuando desaparecía por el borde de la cripta.

—Ingeborg —dijo, con los ojos llameándole de un vivo asombro—, ¿me está usted diciendo que no voy a alcanzar*la* a *usted*, que no voy a llegar nunca hasta *usted* hasta que la pinte?

Ella se volvió en la penumbra y alzó la vista hacia él.

—Ah, sé que entonces la tendré —siguió él, excitado, mientras el sacristán interrumpido hacía sonar sus llaves con impaciencia—. Nada podrá esconderla de mí entonces. Yo no pinto, ¿sabe usted?, solo...

Ella lo miró fijamente, alzando los ojos.

—Y todo esto que está usted haciendo, todo este desperdicio de correr de aquí para allá... ¿se ha olvidado usted, entonces, del cuadro?

Fue como si él la hubiese sacudido, despertándola de golpe. Ella se le quedó mirando en un sobresalto de recuerdo. Pues claro... el cuadro. Pues... increíble, pero se le había olvidado. Realmente olvidado, en la salvaje excitación de viajar; realmente había estado deseando demorarse en cada lugar nuevo, ella, que solo disponía de diez días en total, ella, que al fin y al cabo solo había venido por el cuadro, el gran cuadro, la primera cosa verdaderamente grande que había tocado su vida. Y allí estaba, con él, su creador en espera, arrastrándolo de un lado a otro a él, que sostenía la belleza futura en su mano hábil y diestra entre todo el material heterogéneo que el pasado había dejado como carga sobre las generaciones, curiosa por ese material con una curiosidad ignorante y necia, malgastando el tiempo, obstruyendo ridículamente el camino hacia algo grande, hacia el mayor de los logros de un gran artista.

Se quedó sobria de golpe. La embargó el vívido reconocimiento de su entusiasmo barato.

—Ah —dijo, mirándolo fijamente, del todo despierta, enteramente avergonzada—, ¡qué *paciente* ha sido usted conmigo!

Y como él seguía sujetándola por el brazo, con los ojos llameándole hacia ella desde lo alto de los escalones de la cripta, ella no encontró más manera de expresar su vergüenza y su contrición que inclinar la cabeza y posar la mejilla en la mano de él.

Capítulo XXXV

Permanecieron allí lo que al sacristán, abajo, le pareció un tiempo intolerable: la dama, evidentemente nadie certificado, con la mejilla apoyada en la mano del caballero, y él mismo, tan hombre honrado como cualquiera que solo desea cobrar su propina y acabar de una vez, aguardando sin nada que hacer salvo maldecir y hacer sonar sus llaves; y aunque era verano, la cripta estaba fría, y pronto lo estarían también sus pies; y ¿adónde iba a ir a parar el mundo, cuando la gente se llevaba sus arrumacos hasta dentro de las criptas? Enloquecido por aquellas demoras, el sacristán los maldijo a los dos, su presente, su pasado y su porvenir, redonda y cabalmente, y también con blasfemias —pues, por el azar de su oficio, era muy perfecto en el arte de blasfemar—, entre dientes.

—Lo siento tanto, tanto —murmuraba Ingeborg, que nunca hacía nada a medias, ni la penitencia, ni la humildad, ni la gratitud.

—Mi niña adorada —susurró Ingram, inmensamente conmovido por aquel cambio tan repentino en ella, y transformado él mismo con igual rapidez por la suavidad de aquella mejilla contra su mano.

—¿No deberíamos ir a Venecia esta noche? —preguntó ella, todavía en aquella actitud, curiosamente conmovedora, de disculpa.

—Esta noche no.

—Pero ¿cómo se puede pintar un cuadro en tan poco tiempo?

—Ah, pero ya sabe usted que se me dan bien los cuadros.

—Pero no puedo quedarme ni un minuto más allá del jueves. Tengo que estar de vuelta el sábado, como muy tarde.

—Ya verá usted. Todo será bien fácil.

—¡Pero pensar que se me *olvidó* el cuadro! —dijo, mirándolo con espanto, mientras la vieja humildad en la que el obispo la había educado con tanto esmero descendía de nuevo sobre ella, esta vez cuadruplicada, como una prenda que se hubiese vuelto voluminosa desde la última vez que se la puso.

Por alguna razón habían estado hablando en susurros, y el sacristán, ya amargado, perdiendo el dominio de sí, empezó a decir cosas en voz alta, de modo que se le oía. Confiado en el conocimiento de que los turistas ignoran el italiano de verdad, dijo exactamente lo que pensaba; y lo que pensaba era tan monstruoso, tan poco propio de sacristanes y de la atmósfera de una cripta, además de ser tan extremada y personalmente grosero, que despertó a Ingram —que conocía el italiano casi mejor que el propio sacristán, pues el suyo incluía atajos eruditos en materia de improperios, giros extraños y curiosos fuera del alcance del inculto— a descargar de pronto sobre su cabeza una gran ráfaga ardiente de infamias al rojo vivo; y hecho esto, se volvió, y, tomando de la mano a Ingeborg, la condujo de nuevo escaleras arriba, dejando al sacristán abajo, solitario, encogido y chamuscado.

No volvieron a pensar en criptas ni en sacristanes. No miraron ni a derecha ni a izquierda. Ingram la llevó de la mano por toda la Catedral, y la plaza, cuando salieron a ella, con sus multitudes de hombres vociferantes y sus tranvías de campanillas y sus vendedores de recuerdos, le pareció a Ingeborg ahora nada más que una ruidosa irrelevancia. Tiras enteras de postales se le agitaban ante la cara sin que ella las notara. El objeto de su viaje era el cuadro. Maravilloso que lo hubiese perdido de vista, y también la maravilla y el orgullo de que la necesitasen para él —necesitada, por fin, para algo, ella que con tanta hondura había anhelado ser necesitada—, pero necesitada para esto, como colaboradora de verdad, aunque pasiva y humilde, en la creación de algo espléndido.

La subió a un coche de punto y se alejó con ella del bullicio y del estrépito. Ella volvía a parecerle exquisita, del todo adorable. El recuerdo del enfado y la acalorada irritación del día quedó borrado, como si nunca hubiese existido, por aquel otro recuerdo de su dulce disculpa en los escalones de la cripta. Como se acercaba el atardecer, le pidió al cochero que los llevara a aquellos jardines que la guía describía como probablemente el parque público más hermoso de Italia; y poco después, mientras caminaban juntos por las zonas más apartadas, el crepúsculo cayó como un telón entre ellos y la muchedumbre del domingo por la noche congregada en torno a las fuentes. Árboles altos, y macizos de boj, y rosales, cerraban el paso a todo salvo al misterio; y ella, en aquel lugar apacible de agua que corría y de flores tenues, se puso de nuevo a hablarle como le había hablado en Kökensee, suave, deliciosamente, de nada que no fuese él. Era como la sombra de una gran roca en tierra sedienta; era un alivio y un refresco infinitos.

Habló del cuadro, con reverencia, con adoración. Le contó cómo, en el torbellino de las nuevas impresiones, había estado olvidando todo lo que verdaderamente importaba, no solo lo más grande de todo, sino también las otras cosas que además tenía que agradecerle: Italia, sus inesperadas vacaciones, debidas por entero a él. Dijo, con su voz ronca más suave que nunca de gratitud: —Me ha estado usted dando felicidad y felicidad. Ha amontonado felicidad sobre mí con las dos manos. —Dijo, buscando solo palabras que fueran lo bastante dulces—: ¿Sabe usted que podría llorar solo de pensar en todo ello, en todo lo que ha sido usted para mí desde que vino a Kökensee? Cuando vuelva allí, este tiempo con usted será como una piedra preciosa escondida, y cuando esté torpe y pensando que la vida es aburrida, la sacaré y la miraré, y me destellará color y luz.

—Cuando habla usted así —dijo Ingram, hondamente conmovido —, es como si una pequeña alma hubiese vuelto a un cuerpo abandonado y olvidado.

—¿De verdad? —murmuró ella, tan contenta de poder complacerlo, del todo disuelta en el único deseo de compensarlo.

—Cuando habla usted así —dijo él—, la vida se vuelve algo tan feliz que brilla dorada por dentro. Tiene usted el alma que siempre he buscado, esa cosa que atraviesa mi ser como la luz atraviesa una vidriera, de modo que quedo iluminado, de modo que mi corazón es todo fuego dulce.

—Y usted —dijo Ingeborg, recogiendo la imagen de él, como tan a menudo hacía y tan irritante le resultaba, solo que ahora no le irritaba, y devolviéndosela con un adorno nuevo—, el pensamiento de usted, el recuerdo de usted, cuando haya vuelto a mi vida de todos los días, será como un rosetón perfecto en un muro gris.

—Como si pudiéramos volver a separarnos. Como si estar enamorado de alguien a kilómetros de distancia no fuera un dolor sencillamente intolerable. Ah, querida mía, ¿por qué me mira usted así? —preguntó, con una sencillez de modales tan grande que la avergonzó de su propia sorpresa—; ¿porque hablo de estar enamorado? ¿Por qué no habrían de amarse sin más dos personas y decirlo? Y si la amo, no es con el amor codicioso y posesivo que he tenido antes por otras mujeres, sino como si el sentimiento que se tiene ante la luz sobre el cristal, o ante el brillo limpio después de la lluvia, el sentimiento de la belleza en las cosas hondas y delicadas, se hubiera personificado y exaltado.

Ella hizo un pequeño gesto de recusación. Él era casi demasiado bueno con ella; demasiado bueno. Pero nadie podía razonablemente oponerse a que la amasen como al cristal y a la claridad después de la lluvia. A Robert no podía importarle eso, de ningún modo.

Ella buscaba a su alrededor cosas que responder, cosas brillantes que igualaran las de él, pero él se le adelantaba siempre; era imposible seguirle el paso.

—Es usted delicada y fina, como el oro translúcido —dijo—. Y es valiente, y variada, y viva. Y está llena de dulces pequeñas fantasías, de pequeños remolinos de humor, de cosas bondadosas y ávidas.

Jamás en mi vida habrá la más remota posibilidad de que vuelva a encontrar una felicidad tan buena y tan honda como usted, y pongo mi corazón, de una vez y para siempre, entre sus queridas manecitas frescas.

Se sintió doblegada bajo aquella generosidad, ella que había sido tan pesada; y no solo pesada, sino que había tenido dudas —indignas, veía ahora—, a la hora del desayuno, por ejemplo, que le atravesaban su necio deleite en Italia, sobre si acaso estaba dando siquiera alguna satisfacción.

—Percibo —siguió él— que nunca había amado de verdad hasta ahora. He jugado con muñecas, me he expresado ante maniquíes, como un niño con una pelota con la que *tiene* que jugar, y si le falta compañero de juego, la bota contra un muro y vuelve a atraparla. Pero usted me devuelve el juego, mi querido corazón vivo...

Cada vez más la invadía una sorpresa feliz. ¡Las *cosas* que había estado haciendo sin saberlo! Todas las acertadas, al parecer, todo el tiempo: devolviéndole el juego, estando a la altura de lo que él esperaba; y momentos como los de las islas Borromeas, y cuando estaban las postales, y hacía tan poco en el salón de té, no habían sido en absoluto lo que ella suponía. No había entendido. Se le encendía el pecho de pensar que no había entendido.

—He estado tan cansado y tan angustiado de la vida —siguió él—. Al final había llegado a parecerme una vieja cosa hirsuta hecha de celos y vergüenza y desilusiones, y trabajo que no llegaba a lo mejor de sí, y un ir y venir sin fin de gente, y yo, para siempre, con el filo mellado. Y ahora llega usted, usted, y es como un gran viento dulce que sopla a través de todo eso, y como cielos despejados, y una luna que se alza antes de la puesta del sol. Es como si hubiera usted tomado un pincel y hubiese borrado los viejos enredos feos, y hubiese hecho de mí un cuadro nuevo en acuarela luminosa y clara.

La sorpresa de ella crecía y crecía, y también su alegría de haberse equivocado.

«Aquellas vetas», pensó. «No *quiso* decir en serio lo que dijo sobre aquellas vetas...»

—De algún modo, aunque siempre bastante inteligente —continuó Ingram—, he sido superficial y duro en mis sentimientos hacia todo. Ahora siento el amor como un río hondo y blando que fluye por mi corazón. Amo a todo el mundo porque la amo a usted. Puedo proponerme hacer feliz a la gente, puedo hacer y decir cosas hermosas y generosas gracias al amor por usted que brilla en mi corazón...

«Aquel sacristán», pensó, «no *quiso* decir en serio lo que le dijo a aquel sacristán...»

—Es usted lo que he estado buscando en las mujeres toda mi vida —siguió—. Es usted el sueño hecho realidad. Antes solo había intentado amar. Y ahora ha llegado usted, y me ha hecho amar, que es lo que todos soñamos hacer, y me ha dado amor, que es lo que todos soñamos recibir...

Su placer se tiñó de una leve inquietud, pues, dejada a sus propias reflexiones, no habría pensado que le estuviera dando amor. Las esposas de pastor no daban amor, salvo a sus pastores. Amistad, sí; le había dado cálida amistad, y una admiración abyecta por sus dones, y orgullo, y gratitud —ah, tanto orgullo y tanta gratitud— de que a él le gustara estar con ella y decirle cosas hermosas; pero ¿amor? Había supuesto que el amor estaba reservado a los amantes. Bueno, si a él le gustaba llamarlo amor... no había que ser remilgada, era muy amable por su parte... También le resultaba, cada vez más, maravilloso haber estado haciendo y siendo y dando todas esas cosas sin saberlo. Sus dotes descubiertas de repente la dejaban aturdida. «¿Será posible», pensó, asombrada, «que yo sea *lista*?»

Y como si él hubiese oído en la mente de ella la palabra amantes, la dijo.

—Otros amantes —dijo— se dedican perpetuamente a adaptaciones aduladoras...

—¿A qué?

Ella había pensado que él iba a decir «comprometidos para casarse», pues aunque sabía, incluso en Redchester, a pesar del cuidado que se ponía en excluir tales conocimientos, que el mundo incluía a personas perversas que amaban sin compromiso ni matrimonio, algunas incluso sin haber sido debidamente presentadas, personas a quienes luego castigaban los correctamente prometidos no invitándolas a merendar, eran, según había informado el obispo una vez a un inquiridor inquieto, creyéndola fuera de la habitación, numéricamente insignificantes por la infinita misericordia de Dios.

Pero Ingram no le hizo caso. —Excepto nosotros —siguió.

—¿Nosotros? —repitió ella. Bueno, si se tomaba la palabra en su sentido más amplio.

—Encajamos —dijo—. Encajamos, y nos reflejamos el uno al otro. Yo en su corazón, usted en el mío, como dos espejos que cuelgan enfrentados para siempre.

Una duda sobre la conveniencia de hablar tanto de corazones y de amor se le fue metiendo en la mente, pero la acalló recordando cuánto peor era el Cantar de los Cantares. —Y sin embargo tan respetable, en el fondo —dijo, continuando su pensamiento en voz alta—, y todo solo sobre la Iglesia.

—¿Qué es lo tan respetable? Venga a sentarse en ese banco, junto al arbusto cubierto de rosas —dijo—. Mire, con esta luz débil son tan blancas y delicadas como usted.

—El Cantar de los Cantares. Se me acaba de ocurrir. Estas cosas ocurren —añadió, empezando a asirse de las primeras palabras que le venían, ya no del todo tranquila.

Se sentó en el borde del banco donde él la colocó.

—Es de piedra —dijo, nerviosa, mirándolo, pues él había dado un paso atrás y la contemplaba con la cabeza inclinada hacia un lado—. ¿Cree usted que nos hace bien?

—Preciosa criatura —murmuró, contemplándola—. Exquisita pequeña amante.

Las manos de ella se aferraron con más fuerza al borde del banco. Un anhelo repentino y muy concreto de Robert se apoderó de ella.

—Ay, pero... —empezó, y vaciló.

Lo intentó de nuevo. —Es usted tan *amable*, pero... ¿sabe usted?... pero no creo...

—¿Qué es lo que no cree, querida mía, descubridora mía, creadora mía, restauradora mía?

—Ah, ya sé que estaba Salomón —vaciló, sujetándose al banco—, diciendo cosas también, y que significaban otra cosa, pero... ¿pero no es esto distinto? Distinto porque... bueno, supongo que porque yo no soy la Iglesia. Lo *siento* mucho —añadió, disculpándose—, no ser la Iglesia... porque entonces supongo que nada importaría de verdad.

—¿Quiere usted decir que no quiere que la llame amante?

—Bueno, es que estoy *casada* —dijo, con la voz de quien se disculpa por llamarle la atención sobre ello—. De eso *no* hay manera de escapar.

—Pero sí hemos escapado de ello —dijo Ingram, sentándose a su lado y aflojándole la mano más próxima de su firme aferramiento al banco, y besándola, mientras ella lo observaba con una inquietud y un desasosiego que ya eran extremos—. Eso es exactamente lo que hemos hecho. Ah —siguió, besándole la mano con lo que a ella le pareció una emoción del todo extraordinaria—, valiente y hermosa criatura, tiene usted que saberlo, no puede no saberlo, ¡de qué manera tan completa y gloriosa ha quemado usted sus naves!

—¿Naves? —repitió ella.

Lo miró fijamente un instante, y luego añadió, con un nudo en la garganta:

—¿Qué... naves?

—Ingeborg, Ingeborg, mi fortaleza, mi refugio, mi amada, mi realidad, mi valor... —dijo Ingram, besándole la mano entre cada palabra.

—Sí —dijo ella, apartando aquello—, pero ¿qué naves?

—Mi fuerza, mi ayuda, amiga, hermana, amante, compañera inmerecida...

—Sí, pero ¿no quiere dejarlo un momento? Sería... sería *conveniente* que lo dejara un momento y me dijera qué naves.

Lo dejó, en efecto, para mirarle a los ojos en el crepúsculo, unos ojos fijos en él con una concentración interrogante que dejaba sus epítetos a un lado, como si fueran otros tantos trastos irrelevantes.

—Pequeña criatura adorable —dijo, sin dejar de sujetarle la mano —, ¿de verdad pensaba usted que podía volver? ¿De verdad lo pensaba?

—¿Volver adónde?

—A ese indigno montón de basura, ¿a Kökensee?

Ella lo miró fijamente. Sus rostros, muy juntos, estaban blancos en el crepúsculo, y sus ojos, mirándose el uno al otro, eran como manchas oscuras y ardientes.

—¿Por qué no habría de pensarlo? —dijo ella.

—Porque, pequeña artista de la temeridad, ha quemado usted sus naves.

Ella hizo un movimiento impaciente, y él le apretó más la mano.

—Por favor —dijo—, ¿le importaría *decirme* lo de las naves?

—Una de ellas fue esto.

—¿Esto, qué?

—Venir a Italia conmigo.

—Usted dijo que un montón de gente...

—Ah, sí, ya lo sé... un hombre tiene que decir cosas. Y la otra fue escribir esa carta a Robert. ¡Si se hubiese quedado usted en lo de las botas y Berlín!

Rio triunfante y volvió a besarle la mano.

—Pero eso, en realidad, tampoco habría servido de nada —siguió —, porque en cuanto se cumplieran los diez días y usted no hubiese vuelto, él habría sabido...

—¿No hubiese vuelto?

—Ah, Ingeborg... pequeño amor, pequeña Parsifal entre las mujeres, querida ignorancia y torpeza divinas... ¡la adoro por creer que el cuadro podía hacerse en una semana!

—Pero usted *dijo*...

—Ah, sí, sí, ya lo sé... un hombre tiene que decir cosas al principio...

—¿Qué principio?

—De esto... del amor, de la felicidad, de todas las maravillas de gozo que vamos a tener...

—Por favor, ¿le importaría no hablar de esas otras cosas un minuto? ¿Por qué me dice usted que no puedo volver, que no puedo ir a casa?

—No la aceptarían. ¿No es ridículo? ¿No es glorioso?

—¿Cómo? ¿Que no me aceptarían *en casa*? ¿No me *aceptarían*? ¿Quiénes no? No hay ningún «ellos». Solo tengo a Robert...

—*Él* no la aceptaría. Después de esa carta, no podría. Y Kökensee no la aceptaría ni podría. Y Glambeck no la aceptaría ni podría. Y Alemania, si quiere, no la aceptaría ni podría. El mundo entero se la entrega a mí. Es usted mi compañera ahora, para siempre.

Ella lo observaba besarle la mano como si no le perteneciera a ella. Estaba ajustando un pensamiento nuevo que se abría paso, como una lanza helada, dentro de su mente, tratando de dejarlo

entrar, viendo que no podía mantenerlo fuera, entre todos aquellos pensamientos felices ya tan calurosamente instalados allí sobre Ingram y sus vacaciones y la bondad y la belleza de la vida, sin que este matara demasiado cruelmente y demasiado deprisa a demasiados de ellos. «¿Quiere usted decir...?», empezó; luego se detuvo, porque ¿de qué servía preguntarle qué quería decir? De pronto, lo supo.

Un inmenso frío lento, una niebla helada, pareció posarse sobre ella y borrar la felicidad. Todas las queridas y acostumbradas cosas de la vida, las pequeñas cosas cálidas de la quietud y la seguridad, las cosas de todos los días a las que uno se arrima y conoce, se le escurrían lejos. —De modo —se oyó decir a sí misma con una voz rara y clara— que ¿solo queda Dios?

—¿Cómo que solo Dios? —preguntó él, mirándola.

—¿Solo Dios queda que no lo llamaría adulterio?

La palabra en boca de ella lo dejó conmocionado.

Capítulo XXXVI

Se quedó completamente inmóvil después de aquello, mientras él hablaba. Después de aquella deplorable palabra escueta no dijo nada más; y las explicaciones y protestas apasionadas de Ingram solo de tarde en tarde llegaban a su oído. Se volvía a casa. Eso era todo cuanto sabía y podía pensar. De vuelta con Robert. Lejos de Ingram. De algún modo. Al instante. Robert la echaría de casa —Ingram lo estaba diciendo, eso lo oyó—. Robert podría matarla —Ingram lo estaba diciendo también, eso también lo oyó; no dijo «matar», dijo «maltratar», pero fuera lo que fuese, ¿a quién le importaba? Al menos, pensó con una nueva dureza, moriría legítimamente. Volvía con Robert, iba a decirle que lo sentía. Al menos eso. Después él podría hacer lo que quisiera. Pero ¿cómo llegar hasta él? Ay, ¿cómo llegar hasta él? Sus pensamientos daban vueltas. Ingram no la dejaría marchar, pero ella se marchaba. Ingram tenía su dinero, pero ella se marchaba. Esa misma noche. Sus pensamientos, arremolinándose y zumbando, se internaban sin aliento en lugares oscuros y aterradores. Y mientras volaba en ellos como una hoja en la ráfaga de un huracán, Ingram seguía besándole la mano, seguía derramando frases como llevaba haciendo desde... ¿desde el principio de los tiempos, seguramente? Ella lo miraba fijamente, recordándolo con una especie de asombro. Captaba aquí y allá una palabra: diáfano, estaba diciendo que algo era, translúcido. No sentía ningún resentimiento. Se había merecido todo lo que le había pasado. No importaba Ingram ni lo que le había contado o dejado de contarle, sino Robert. Cómo llegar hasta Robert, cómo acercarse a él lo bastante para decirle: «Mira, he

vuelto. Manchada y enfangada. Todo el mundo lo cree. Tú también lo creerás, aunque te diga que no es verdad. Y lo creas o no, es tu ruina. Tendrás que dejar este lugar, y todo tu trabajo y tus esperanzas. Ahora, mátame».

«Un hombre —oyó que Ingram continuaba, explicando aún con pasión lo que era de una claridad meridiana—, tiene que fingir algunas cosas al principio para conseguir a la mujer que ama...»

«Claro, claro» —asentían sus pensamientos con apresurada conformidad, dejándolo atrás para pasar rápidamente a repasar las maneras de llegar hasta Robert—¿a quién le importaban las mujeres amadas?—, cómo ocultarle a Ingram que se marchaba, cómo impedir que sospechase de ella, que la vigilase a cada instante...

Una visión de sí misma en el vagón restaurante, entregándole el dinero que tenía, encadenándose a él por su propia voluntad, se alzó un instante ante sus ojos —y danzó burlona, tan ridículamente importante era aquel acto y, al mismo tiempo, tan pequeño y natural —. ¡Los azares de la vida! La manera en que las pequeñas simplezas acababan por obrar grandes devastaciones. Echó la cabeza hacia atrás en una breve carcajada de asombro.

Al instante, Ingram le besó la garganta.

—Yo... yo... —jadeó, levantándose deprisa.

—Ha... ha hecho tanto calor todo el día —dijo con una pequeña expresión de disculpa, recordando ceñirse bien el terror y la angustia como una capa, para que no lo rozasen a él, para que él no llegara a sentir, ni con el más leve roce, que estaban allí; porque entonces la vigilaría, y ella —apretó las manos una contra otra— estaría perdida, perdida...

—Creo que estoy... cansada —dijo.

Él se volvió al instante toda sensatez, la sensatez bondadosa de quien ha despejado mucha confusión y ya puede permitirse esperar.

Él también se levantó, conviniendo en lo del calor del día, y recordándole además su duración, los viajes por tierra y por agua

que había comprendido, y la insuficiente comida de bizcochos tostados que había sido su único sustento durante casi seis horas. No era de extrañar que estuviese cansada. Era la ternura y la solicitud personificadas. «Pobre criaturita *querida*» —susurró, pasándole la mano por su brazo y sujetándola allí, apretada con la otra mano, mientras la conducía hacia la salida y volvía a salir con ella a la calle, haciéndola caminar despacio para que no se cansara más, conteniéndola cuando intentaba apresurarse; y al ver un alegre restaurante con las mesas de la acera llenas de gente delante, propuso que se detuvieran allí a cenar.

Pero Ingeborg dijo con una voz baja, cuidadosamente controlada, que temía quedarse dormida durante la cena, tan cansada estaba; ¿podría tomar un poco de leche en el hôtel e irse a la cama?

Su ternura al concederle la leche fue la de una enfermera.

Pero él, murmuró ella, él tenía que cenar; ¿no la mandaría de vuelta en un coche de punto y se quedaría aquí a tomar algo?

No, desde luego no confiaría algo tan precioso a un cochero descuidado cualquiera; la llevaría él mismo de vuelta al hôtel, y después quizá comería algo.

Pero el hôtel, murmuró ella, era tan sofocante... ¿creía él que le apetecería comer allí?

Bueno, quizá una vez que ella estuviera a salvo dentro, él saldría de nuevo a uno de aquellos locales de la acera.

Le pareció más dócilmente femenina mientras caminaba con pasos silenciosos por las calles, del brazo de él, de lo que la había conocido hasta entonces. Era como si maravillosamente se hubiese convertido de muchacho en mujer, herida de pronto por la feminidad allí en aquellos jardines, y cada músculo de su mente y de su voluntad se hubiera relajado en una dulce fatiga de abandono. Él la adoraba así, tan dócil, sin dar ninguna molestia, aceptando la situación y sus consuelos y las palmaditas que le daba en la mano sobre su brazo y todas sus nuevas explicaciones y protestas con una sensatez adulta y entrañable que no le había visto hasta entonces. A cambio, él la

cuidaba con infinito esmero, protector y posesivo, cada vez que llegaban a una aglomeración o a un charco. Y le acariciaba la mano, y la miraba a la cara, exigiendo y recibiendo una sonrisa obediente por respuesta. Y la deseaba, y le pedía que se apoyase con fuerza en su brazo para que no se cansara tanto. En una palabra, la quería.

Se alojaban en un hôtel cerca de la estación, justo al lado de la plaza de la estación, en una calle lateral, un lugar frecuentado por italianos de clase media y viajantes de comercio, ruidoso por el paso de los tranvías, y de escasas promesas en materia de comida. Ingram había tomado allí las habitaciones aquella tarde, cuando lo dominaba la firme determinación de que Ingeborg, en Milán, no estuviese cómoda. Ahora lo lamentaba; pues el feliz giro que habían tomado las cosas, el inmenso paso que había dado en dirección a Venecia al abrirle los ojos a los hechos de la situación, hacía innecesario aquel exceso de martirio. Pero allí estaban, las habitaciones, alquiladas y ya deshecho el equipaje en ellas, casi en el primer piso, a la altura misma de las incesantes techumbres de los tranvías que pasaban traqueteando, y era ya demasiado tarde aquella noche para cambiar.

Sin embargo, se sentía ahora muy apenado mientras subía con ella por la sórdida escalera hasta la puerta de su habitación, por si algún viajante de comercio demasiado jovial se cruzaba con ella en el camino y se atrevía a mirarla.

—Es un lugar indigno para mi pequeña compañera radiante —dijo —, pero Venecia lo compensará todo. Le encantarán mis habitaciones allí: la amplitud que tienen, y la puesta de sol sobre las lagunas desde las ventanas. Mañana iremos...

Escudriñó su rostro mientras ella permanecía de pie bajo la cruda luz cenital del pasillo. Naturalmente, estaba cansada después de un día así, pero él observó en ella un apagamiento mayor, una especie de opacidad, como la de una lámpara cuya luz se hubiese apagado, y aquello le afligió. La luz volvería a encenderse, lo sabía, y ardería más brillante que nunca, pero le afligía que se apagase siquiera por

un instante; y tras lanzar una rápida mirada arriba y abajo por el pasillo, le tomó ambas manos entre las suyas y se las besó.

—Pequeña querida —dijo—, hermanita mía... ¿me perdona usted?

—Ay, pero claro, claro que sí —dijo Ingeborg deprisa, con todo su corazón; y sintió por un instante la aguda desolación de la vida, las heridas inevitables, la eterna imposibilidad, cualesquiera que fuesen los pasos que uno diese, de no pisotear hasta matar algo que también estaba vivo y era hermoso: esta cosa o aquella, una u otra.

Sus ojos, al mirarlo, se velaron de pronto de lágrimas. Sus pensamientos dejaron de arremolinarse en torno a las maneras de escapar. Y fue muy vívida la percepción de que su huida, si lograba llevarla a cabo, iba a ser de algo que nunca volvería a encontrar, de una luz y un calor, por intermitentes que fuesen, y de una grandeza... Si él hubiera sido su hermano, le habría echado los brazos al cuello y lo habría besado. Si ella hubiera sido su madre, lo habría bendecido solemnemente. Tal como estaban las cosas, no había nada que hacer salvo la desolada banalidad de darse la vuelta hacia su habitación y cerrar la puerta.

Oyó sus pasos alejándose por el pasillo. Fue hasta la ventana y lo vio bajar por la calle. No había ni un instante que perder: debía averiguar ahora un tren, mientras él estaba fuera, tener al menos eso listo en su mente para el momento en que, de algún modo, hubiese conseguido el dinero. Primero eso; después pensar cómo conseguir el dinero.

Volvió a salir sigilosamente al pasillo —sigilosamente, porque sentía un miedo que le cortaba la respiración de que, a pesar de que él se hubiera marchado tan manifiestamente, la oyera de algún modo si hacía ruido y regresara—, se deslizó por él y bajó las escaleras hasta el vestíbulo, donde colgaba, enorme, un gigantesco horario de trenes, bien visible y práctico en un hôtel que no disponía de *concierge* para responder preguntas, y cuya *clientèle* era particularmente inquieta.

No había nadie en el vestíbulo. No era hora de llegadas ni de salidas; y el hombre del delantal verde que había visto allí antes, y que en momentos sueltos se convertía en lo que en mejores hôtels es ininterrumpidamente un *concierge*, tampoco se veía por ninguna parte. Tuvo que subirse a una silla, tan arriba estaban en la gran hoja los trenes con destino a Berlín, y con manos temblorosas no perdía de vista la puerta de la calle, por cuyos paneles de cristal podía ver a la gente pasar arriba y abajo, y a su vez ellos podían verla a ella, y la veían. Sí... había un tren nocturno a la 1.30. Venía de Roma. Podían subir viajeros en él. La puerta del hôtel estaría abierta. Sus pensamientos volaban. Llegaba a Berlín a eso de las seis de la mañana pasado mañana.

De pronto se abrió la puerta de cristal, y ella dio un salto tan violento que estuvo a punto de caerse de la silla, y huyó escaleras arriba, presa del pánico, sin siquiera mirar para ver si era Ingram.

A salvo en su habitación, se horrorizó de sí misma por semejante pánico. ¿Cómo iba a hacer todo lo que había que hacer si se ponía así? Se quedó de pie en medio de la habitación, retorciéndose las manos. Si alguna vez en su vida había necesitado un dominio de sí misma completo, pensar con claridad y actuar con calma, sabía que era ahora. Pero ¿cómo mantener la calma y la claridad cuando su cuerpo temblaba de miedo? Sintió, de pie allí, luchando consigo misma, tan completamente desamparada, tan enteramente separada del calor y del amor, tan horriblemente sin nada a lo que mirar atrás y en lo que creer y nada hacia lo que mirar adelante y en lo que esperar, que el mero hecho de hablar con alguien, de hablar con un desconocido que, por serlo, no tendría prejuicios contra ella, que simplemente reconocería una angustia familiar —pues sin duda los demás seres humanos del hôtel debían de haber sido desdichados alguna vez—, le pareció un consuelo más allá de toda expresión. Su anhelo era intolerable: acercarse por un instante a otra alma humana, preguntarle cómo le había ido cuando ella también había descendido al mar sin barcos, dejando todos sus barcos quemados a su espalda, y sin embargo su asunto había estado inexorablemente en aguas profundas. «Ay, ¿no ha sido usted también desdichado?»,

quería preguntarle, «¿no se ha sentido a veces muy desdichado? Querida alma hermana... por favor... dígame... ¿no ha sentido usted a veces un frío *amargo*?»

Pero no había nadie; no había fraternidad alguna en el mundo, salvo en los raros momentos evidentes de catástrofes y muertes comunes.

Se puso a caminar de un lado a otro de la habitación. La una y media de aquella noche era la hora de su fuga, y de algún modo, entre aquel momento y ese, debía conseguir el dinero. ¿Quizá, por alguna casualidad, lo hubiese dejado en su habitación? ¿Olvidado, en un momento de descuido, en el bolsillo del abrigo que se había cambiado al llegar aquella tarde? No era probable, pues él era, según había notado ella, de una pulcritud y un cuidado extremos en todas esas cosas. Nunca olvidaba nada. Nunca extraviaba nada. Aun así... quedaba la posibilidad.

Abrió la puerta de nuevo, esta vez con un miedo mortal, pues quizá él estuviera volviendo, tras decidir, después de todo, no quedarse fuera cenando.

No había nadie en el pasillo. Su habitación, lo sabía, estaba más adelante; lo había visto entrar en ella, cuatro puertas más allá, en el mismo lado que la suya. Salió y se quedó un momento escuchando, y después empezó a caminar hacia allí con aire despreocupado, como si tuviera pleno derecho a recorrer el pasillo, hasta llegar a su puerta; entonces, con el corazón en un puño, se coló dentro.

Las luces de la calle y de las casas de enfrente entraban por la ventana sin postigos, y podía ver hasta el último rincón de la sórdida habitación de hôtel, reproducción exacta de la suya, recorrida sórdidamente por las huellas de cientos de viajantes de comercio y oliendo, memoriosamente, como la suya también, a su humo y a sus pomadas. Sentía calor y frío de miedo a la vez; culpable como una ladrona. El abrigo de él colgaba detrás de la puerta. Pasó los dedos temblorosos por él. Ni una sola cosa en ninguno de los bolsillos. Nada en ninguna parte, por lo que ella pudiera ver. Había deshecho

su equipaje con la pulcritud personificada. Por supuesto que no se olvidaría de su cartera. Con un jadeo que era casi alivio, se escurrió fuera de la habitación, cerró la puerta rápidamente tras de sí, y adoptando lo que intentaba esperar que fuera un aire despreocupado y fanfarrón, una especie de aire de «yo valgo tanto como usted» para impresionar a cualquiera con quien pudiera cruzarse, volvió a caminar por el pasillo.

Justo cuando llegaba a su puerta, apareció Ingram, subiendo la escalera deprisa, de dos en dos escalones.

Se agarró al pomo de su puerta, de pronto incapaz de tenerse en pie.

—Yo... yo... —empezó a decir.

Pero él no pareció sorprendido de verla allí; estaba absorto en otra cosa.

—Fíjese —dijo, acercándose deprisa a ella—. Me he dejado la cartera en la habitación, llena de billetes. Toda la tarde ahí, en el cajón de la mesa. Me pregunto...

Pasó apresuradamente junto a ella, casi corriendo.

Consiguió entrar como pudo en su habitación, sintiendo que el Cielo la había abandonado.

Al cabo de uno o dos minutos lo oyó volver por el pasillo. Se detuvo ante su puerta y la llamó en voz baja:

—Todo va bien. Seguía allí. ¿No ha sido una suerte?

—Mucha —dijo Ingeborg; pero tan débilmente que él no la oyó.

—Buenas noches, mi Pequeña —la oyó decir—. Ahora voy a salir a por esa cena.

—Buenas noches —dijo Ingeborg, de nuevo tan débilmente que él no oyó nada; y tras una pausa de escucha, se marchó.

Se dejó caer sobre la cama. Sentía náuseas. Eran las diez y cuarto. Tenía tres horas que esperar. Sabía lo que iba a hacer, lo que

iba a intentar hacer. A la una se quitaría los zapatos, bajaría por el pasillo y comprobaría si su puerta estaba cerrada con llave. Él estaría dormido. Tenía que estarlo, ay, tenía que estar dormido... se retorcía de terror ante la sola idea de que quizá no lo estuviera...

«Dios *sí* me quiere» —se dijo—, «*soy* hija suya. ¿No he pecado y me he arrepentido? ¿No he hecho todo lo que debía? Está obligado a ayudarme, a salvarme. Son los malvados a quienes *de verdad* salva... y yo *soy* malvada...»

Se le paró el corazón ante el pensamiento aterrador de que quizá, después de todo, no hubiese sido aún lo bastante malvada, no lo bastante malvada como para ser salvada.

La gente de las otras habitaciones empezó a volver a acostarse. Alguien en la habitación de al lado cantaba mientras se desvestía, una alegre canción italiana, y al poco fumaba, y el humo se colaba por debajo de la puerta que separaba su habitación de la de él.

Yació a oscuras, o más bien entre las luces y sombras de la habitación sin cortinas, y cada dos o tres minutos pasaba un tranvía que ahogaba los demás sonidos. Ingram debía de haber entrado hacía ya rato. Cuando dieron las doce se levantó y dejó preparados los zapatos y el sombrero justo dentro de la puerta, para poder cogerlos al volver, suponiendo que lo hubiese logrado, y salir corriendo directamente escaleras abajo, a la calle y hasta la estación. Todos los demás pensamientos se perdían ahora en la intensidad con que se concentraba en lo que exactamente tenía que hacer a continuación. No se permitía mirar de reojo al abismo que se abría si no lo lograba. Se aferraba a lo que tenía que hacer, conseguir el dinero, y fijaba en ello, solo en ello, todo su ser.

Volvió a tenderse en la cama, con las manos apretadas como si en ellas sostuviera su determinación. Una vez sus pensamientos se le escaparon hacia Robert, hacia la extrema desolación de lo que la esperaba allí, y las lágrimas se abrieron paso a través de sus párpados fuertemente cerrados.

«Es lo que te mereces» —susurró, luchando por contenerlas—. «Sí, pero *él* no se lo merece. Robert no se lo merece... lo has arruinado *a él*...» —se vio obligada a seguir.

Se sacudió los pensamientos que la desazonaban. Según su reloj, era la una menos cuarto.

Se puso de pie y se puso a escuchar.

Los tranvías pasaban ahora solo cada diez minutos. Entre uno y otro, el hôtel quedaba en silencio. Esperaría a que se acercara el siguiente —en la quietud podía oírlo llegar desde muy lejos— y entonces correría por el pasillo, en calcetines, hasta la puerta de Ingram, y la abriría justo cuando el ruido fuese más fuerte.

Una mano helada parecía sujetarle el corazón, tan helada que quemaba. No había sabido que tenía tantos pulsos en el cuerpo. La sacudían una y otra vez; cosas grandes, pesadas, como martillazos. Se acercó sigilosamente a su puerta y la abrió una rendija. Había una luz tenue en el pasillo. Oyó el retumbar lejano de un tranvía. Ahora... tenía que correr.

Pero no pudo. Se quedó de pie, temblando. Allí estaba, acercándose, y no habría otro hasta dentro de diez minutos. Se puso a sollozar y a rezar. El tranvía hizo sonar bruscamente su campana; había llegado a la esquina de la plaza; pasaría dentro de un minuto. Abrió la puerta de un tirón y corrió por el pasillo como una sombra fugaz, y justo cuando el tranvía hacía más ruido, giró el pomo de la puerta de Ingram.

No estaba cerrada con llave. Se quedó dentro. El tranvía se alejó retumbando en la distancia. Ingram —estuvo a punto de llorar de alivio— respiraba profundamente: estaba dormido.

«Qué raro» —pensó, tras una mirada aterrada a él, tendido en la franja de luz que la farola de la calle proyectaba sobre la cama, pensando con una capa superficial de atención mientras por debajo estaba enteramente concentrada en la cartera—, «¡qué raro acostarse con la barba puesta!...»

Se deslizó sigilosamente hasta la mesa y escudriñó frenética entre las cosas esparcidas sobre ella, no vio nada, empezó con un cuidado que le cortaba el aliento a intentar abrir el cajón sin hacer ruido, escuchando todo el tiempo por si se producía la más leve pausa en la respiración de la cama, y todo el tiempo con esa necia capa de pensamientos desligados corriéndole por la cabeza como una tonadilla sin sentido...

«*Qué raro* acostarse con barba... *qué raro* dormir con una cosa así puesta... *qué raro* no quitársela por la noche y colgarla fuera, en la puerta, con la ropa, para que la cepillasen como es debido...»

El cajón crujió al abrirse. La respiración regular se detuvo. Se quedó inmóvil, rígida de terror. Después la respiración se reanudó; y, al final, no había nada en el cajón.

Miró alrededor de la habitación, desesperada. En la mesilla junto a su almohada estaban su reloj y su pañuelo. Nada más. Pero en la mesilla había un cajoncito. Tenía que mirar también ahí; tenía que acercarse y mirar ahí; pero ¿cómo abrirlo tan cerca de su cabeza sin despertarlo? Se acercó sigilosamente, deteniéndose a cada paso. Conteniendo el aliento, esperaba y escuchaba antes de atreverse a dar otro. El cajón no estaba del todo cerrado, y el leve ruido de ensanchar un poco más la rendija no interrumpió la respiración de Ingram. Metió la mano y sacó la cartera, sacó algunos billetes —billetes italianos, los primeros que encontró, un puñado de ellos—, volvió a meter la cartera en el cajón, y estaba en el acto de darse la vuelta para huir cuando se quedó clavada al suelo.

Ingram la estaba mirando.

Tenía los ojos abiertos, y la estaba mirando. Somnoliento, apenas despierto, como quien intenta enfocar un pensamiento. Se quedó fascinada de horror, mirándolo fijamente, incapaz de moverse, con la mano a la espalda aferrando el dinero. Entonces él extendió el brazo y le agarró el vestido.

—¿Ingeborg? —dijo con un asombro somnoliento, todavía a medias en los profundos sueños de los que acababa de salir—. ¿Es

usted? Mi angelito de amor... ¿Es usted? ¿Ha venido usted?

—Sí... sí —balbuceó, intentando soltar el vestido, enloquecida de miedo, arrojándose como siempre en los momentos extremos sobre las primeras palabras que le venían a la cabeza—. Sí, sí, pero tengo que volver a mi habitación un minuto... solo un minuto... por favor, déjeme ir... solo un minuto... yo... me he olvidado el cepillo de dientes...

Y Ingram, sumido en la pesadez del primer sueño verdadero que había tenido en varias noches, y solo medio despierto, murmuró, con la feliz y necia sensatez propia de ese estado—

—No tarde, entonces, dulce compañerita mía —y la dejó ir.

Capítulo XXXVII

Dos días después, el mozo de la estación de Meuk vio a Frau Pastor Dremmel intentando abrir la puerta de un compartimento de tercera clase en el tren de primera hora de la tarde procedente de Allenstein, y al acudir en su ayuda, no habiendo otro pasajero que lo distrajera, se sorprendió al comprobar que no llevaba equipaje. Y eso que solo la semana anterior había cargado él mismo, con sus propias manos, un baúl para ella, y lo había etiquetado a Berlín. Con el interés de un hombre solitario dueño de su propio tiempo, le preguntó si lo había perdido, y le sorprendió que ella no respondiese. Después le dijo, o más bien le gritó, pues ella ya se alejaba, que el carruaje del pastorado aún no había venido a buscarla, y de nuevo le sorprendió que no respondiese. Se quedó mirándola, preguntándose qué pasaba. Estaba demasiado acostumbrado al deterioro y a la suciedad en sí mismo como para reconocerlos en los demás, de modo que aquellos signos externos de agotamiento y de viaje prolongado se le escaparon. Desconcertado, movió la cabeza mientras ella desaparecía por la puerta de la estación; después recordó que la pobre señora era *Engländerin*, y pudo darse la vuelta tranquilo, con la satisfacción de quien ha encontrado la etiqueta adecuada y la ha pegado.

Meuk, al verla pasar, también movió la cabeza sobre ella, consolándose, cuando no obtuvo saludo alguno de vuelta, ni siquiera pareció ver los saludos, con la misma explicación y el mismo encogimiento de hombros: *Engländerin*. Robertlet y Ditti, que caminaban pulcramente hacia la escuela de la tarde, y que de pronto

advirtieron que se les acercaba por la calle una madre desarreglada que no solo no se detenía, sino que al parecer ni siquiera los veía, se murmuraron el uno al otro, ya bien instruidos por su abuela, la misma explicación: *Engländerin*. Frau Dremmel, apoyada en el alféizar de su ventana para ver a sus protegidos doblar la esquina sin novedad, y demorándose un momento en el aire suave del verano, explicó a su nuera, que pasó sin dirigirle una mirada, caminando de manera llamativa por en medio de la calle, sin ningún paquete en la mano que legitimara su salida y sin siquiera un paraguas que le diera prestancia, solo con las manos vacías y sin guantes colgando, y una escandalosa escasez de horquillas, y la ropa toda torcida, del mismo modo breve: *Engländerin*. La baronesa Glambeck, que se dirigía en carruaje hacia la ciudad por la carretera moteada de sombra, ocupada en uno de esos recados de caridad que a intervalos se ven forzados a hacer los grandes, con una cesta de sus provisiones, principalmente mermelada casera y manoplas, a sus pies, procuró, aunque en vano, mitigar la impresión que le causó verse ignorada por la propia esposa de su pastor, y una esposa de pastor que producía, curiosamente, el efecto de estar hecha jirones, empleando la misma palabra con la acompañante que la escoltaba en esas ocasiones porque alguien tenía que llevar la mermelada: *Engländerin*. Los mismísimos pájaros en las ramas, siendo pájaros alemanes, sin duda lo cantaban; los perros, al cruzarse con ella, olfateaban la desgracia y ladraban furiosamente, detectando al instante a la extraña, enfurecidos por su aspecto maltrecho, sin descubrir en su ropa, por mucho que la olfatearan con diligencia, nada que a un honrado perro alemán pudiera importarle; y cuando en un tramo solitario del camino se topó con un vagabundo, este, en lugar de pedirle limosna, le ofreció un trago.

El camino que se desviaba hacia Kökensee estaba tan hermoso aquella tarde, en la brillante lozanía del principio del verano, y tanto destellaba y relucía y se agitaba con pájaros e insectos atareados y con la gloria de las hojas jóvenes al sol, que la sórdida figura humana que avanzaba vacilante por él parecía una indecencia. En aquel mundo pujante, ¿qué lugar había para la fatiga ciega? En

aquel mundo de triunfo, ¿qué lugar para un fracaso? Era la clase de día que solía levantarle el ánimo a Ingeborg; ahora no veía nada, no sentía nada, salvo que la arena era profunda.

Al poco rato empezó a llorar porque la arena era profunda. Parecía ceder aposta bajo sus pies, intentar aposta hacerla tropezar y que no llegara a casa. La línea de tejados recortada contra el cielo de la tarde no parecía acercarse nunca, y sin embargo ella seguía intentando llegar a casa. Las lágrimas le corrían por la cara mientras avanzaba penosamente. Temía no llegar a tiempo a casa antes de tener que dejar de caminar porque ya no pudiera dar un paso más. Le parecía algo terrible que ella, que sabía caminar tan bien, no fuera capaz ahora de caminar y llegar a casa. Y aquella arena blanca... ¡qué fina era, cómo se escurría a cada lado de los pies, dondequiera que una los pusiera! Y se le metía en los zapatos, y no podía detenerse a vaciarlos por miedo a que, si se sentaba, ya no pudiera volver a levantarse, y entonces no llegaría a casa. Cada vez más despacio avanzaba penosamente. Para cuando llegó a la cuesta empinada justo antes del pueblo, iba arrastrándose como un insecto herido. Se había olvidado de comer durante el viaje, y en Milán solo había habido bizcochos tostados.

La calle dormía, vacía en aquella hermosa tarde, con los vecinos fuera, trabajando en el campo, y en el patio de la casa parroquial solo se veían el cerdo y los gansos. Por suerte, la verja de la cerca de tela metálica que cerraba la casa y el jardín no tenía el pestillo echado, pues ella no habría podido abrirla, sino que se habría quedado allí, agarrada a ella, sollozando neciamente hasta que alguien viniera a ayudarla. El más mínimo obstáculo era ahora algo que de ningún modo podía superarse. La puerta principal estaba cerrada, y antes que subir los peldaños e intentar abrirla, dio la vuelta por el sendero hacia el costado de la casa donde crecían las lilas y estaba la ventana de Robert. Por allí podía llegar a la cocina, cuya puerta siempre estaba abierta y quedaba a nivel del jardín. Robert estaría fuera, en sus campos. Entraría en su laboratorio y lo esperaría allí. Nadie salvo Robert lo *sabía* todavía. Había vuelto antes de que terminase su permiso. Su vergüenza aún no era del dominio

público. Si él simplemente la golpeaba, pensó, de un modo débil y desapasionado, y ahí se acababa todo, ¿no bastaría eso? Entonces nadie tendría que saberlo nunca, y él podría quedarse en Kökensee y seguir con su trabajo, y ella no lo habría arruinado. Era el pensamiento de haber arruinado a Robert lo que le partía el corazón en dos. Haberlo arruinado a él, cuando toda su ambición y toda su esperanza habían sido hacerlo tan feliz...

Bien sabía ella que un pastor cuya esposa hubiese quebrantado el sexto mandamiento sería expulsado, sería un escándalo imposible en cualquier parroquia. Y que ella no lo hubiese quebrantado no venía en absoluto al caso; no importaba lo que una no hubiera hecho, con tal de que pareciese que lo había hecho. Y si Robert la mataba tampoco le serviría de ayuda a él; habría hecho lo único decente, como habían dicho tiempo atrás la baronesa y su hijo Hildebrand, y habría vengado su honor a la manera alemana debida, pero vengar el honor propio tenía sus inconvenientes: uno era que, ilógicamente, se castigaba a quien lo hacía, y aunque fuese un castigo leve, cualquier castigo acababa con la carrera de un pastor.

Se deslizó sigilosamente por la esquina de la casa. Estaba tan cansada que, si tenía que esperarlo mucho rato en su laboratorio, tenía la certeza de que no podría mantenerse despierta. Bueno, si él entraba y la mataba mientras dormía, sería para ella lo más agradable que podía pasarle; estaba tan pero tan cansada que sería agradable, pensó vagamente, despertar después y encontrarse cómodamente muerta. Pero Robert no estaba en sus campos. Desde el sendero, bajo su ventana, podía ver su cabeza, como la había visto cientos de veces, inclinada sobre su escritorio.

Al verlo se detuvo, y el corazón pareció encogérsele hasta quedar reducido a algo minúsculo que apenas latía. Allí estaba él, su marido deshonrado, el ser que más bondad le había mostrado en la vida, que más la había amado, todavía trabajando, todavía prosiguiendo tozudamente entre las ruinas que ella había creado, hasta el último momento en que la opinión pública, brutal y estúpida —que la convertía a ella en lo principal cuando en absoluto lo era, mientras

apartaba a un lado, por no importar, sus deseos y su conocimiento íntimo, cuando, como en la cuestión de tener más hijos o no tenerlos, sí que importaban, y mucho—, iba a poner fin, únicamente por su culpa, únicamente por culpa de lo que en aquel momento le parecía a ella la cosa más profunda y naturalmente insignificante de la vida, una mujer que había sido una necia, a su magnífico trabajo, negándole al mundo la ocasión de beneficiarse de su talento.

Bueno, no podía pensar en eso ahora. No podía retener ninguno de sus pensamientos más de un instante. Solo sabía que había llegado el momento de enfrentarse a él, y que estaba muy cansada. Estaba, de verdad, extraordinariamente cansada. Su mente estaba tan apagada y reacia a moverse como su cuerpo. Fuera lo que fuese lo que Robert fuera a hacerle, ella se aferraría a él con los brazos alrededor de su cuello mientras se lo hacía. Estaba tan cansada que pensó que, si a él no le importaba que le pusiera los brazos alrededor del cuello, era muy probable que se quedara dormida mientras la golpeaba. Pero pobre Robert, pensó... ¡qué calor iba a pasar teniendo que ser violento, teniendo que pegar! No era en absoluto buen tiempo para dar palizas... Y era casi una lástima desperdiciar un castigo en alguien demasiado cansado para poder apreciarlo debidamente, para asimilarlo, por así decirlo, como es debido.

Siguió avanzando por el sendero hacia la puerta trasera. Bien mirado, era extraño eso de entrar a ver a Robert para que la hiciese daño. Bueno, pero se lo había merecido; comprendía perfectamente lo del honor de él y sus exigencias. Ay, sí, eso lo comprendía perfectamente. Un hombre tiene que... ¿qué era lo que iba a pensar? ¿Qué tiene que hacer un hombre? Ah, bueno. Si al menos lo que él le hiciera pudiese borrar todas las consecuencias de lo que ella le había hecho a él, ser una ofrenda plena, perfecta y suficiente... no, eso era profano; qué fastidio pensar con las frases del devocionario y qué difícil era, cuando una había tenido mucho trato con devocionarios, no caer en la profanidad. Tal como estaban las cosas, su castigo no le haría ningún bien a nadie, por lo que ella podía ver. Curiosa, la idea del castigo. ¿De qué servía realmente? Las

consecuencias de lo que una hacía ya eran suficientemente devastadoras por sí solas; ¿para qué aumentar la devastación? Y el perdón tampoco parecía servir de mucho. Borraba el pasado, había oído decir a la gente desde los púlpitos, pero no borraba el futuro, esa vida cotidiana entre las consecuencias que ella preveía que iba a ser tan terrible.

Bueno, ya no podía pensar. Y ahí estaba la puerta de la cocina; y ahí... sí, ¿no era esa Klara, mirándola boquiabierta, detenida a media faena de vaciar un cubo? ¿Por qué la miraba así? ¿Es que ella lo *sabía*?

—*Allmächtiger Gott* —exclamó Klara, dejando caer el cubo.

Sí, evidentemente Klara lo sabía, pensó, arrastrando los pies polvorientos por la cocina hacia el pasillo, y *allmächtiger Gott* era lo que se decía en Alemania cuando volvía a casa la señora deshonrada, en vez de *guten Tag*. Bueno, no importaba. El pasillito oscuro; casi había que ir a tientas por él cuando la puerta principal estaba cerrada. Y por lo visto no lo habían ventilado desde que ella se marchó, y estaba cargado y sofocado de olor a cocina. Supuso que debía de ser aquella densidad del ambiente lo que la hizo sentirse de pronto, en el felpudo de la puerta de Robert, con la mano en el picaporte, tan a punto de desmayarse. Y de verdad que estaba oscuro; ¿seguro que no le parecía oscuro solo porque de pronto no podía ver? Alarmada, recordó cómo se había desmayado tras su viaje de vuelta desde Lucerna, atenazada por el remordimiento. ¿Es que iba a pasarse la vida haciendo, a intervalos, viajes de vuelta atenazada por el remordimiento, y desmayándose en el momento crítico al final de cada uno?

Aterrada de hacerlo precisamente ahora si esperaba un momento más, y torcer así las cosas a esa manera deshonrosa y femenina que primero comete el mal y luego, apelando a la debilidad corporal, se procura el consuelo, se procura, casi, la disculpa, reunió todo su valor, juntando sus fragmentos en un asidero firme, y abrió la puerta.

Herr Dremmel estaba en su mesa, escribiendo. No levantó la vista.

—Robert —dijo débilmente, con la espalda contra la puerta y las manos, extendidas detrás de ella, aferradas a esta—, aquí estoy.

Herr Dremmel siguió escribiendo. Estaba, al parecer, absorto; y su frente, en aquella tarde calurosa, estaba cubierta de gotas de concentración.

—Robert —dijo por fin de nuevo, con una voz que temblaba por mucho que se esforzara en mantenerla firme—, aquí estoy.

Herr Dremmel terminó su frase. Después levantó la cabeza y la miró.

Mirándolo fijamente, con desdicha y miedo, y sin embargo, junto al miedo, con un valor pavoroso, reconoció aquella mirada. Era la mirada que él tenía cuando reunía su atención, trayéndola desde lugares lejanos y profundos hasta la superficie, hasta ella. ¡Qué extraño que en ese momento tuviera que reunirla, que no saltase sobre ella al instante, que ella y el estrago que había traído a su vida no estuviesen empapando cada parte de su conciencia!

—¿Qué has dicho, Ingeborg? —dijo, mirándola con aquella mirada tan reconocible.

Con todo lo que lo había estudiado, sentía que aún no conocía a Robert.

—Solo he dicho —balbuceó— que yo... que aquí... que aquí *estaba*.

Él la miró durante otro espacio de silencio. Entonces se le ocurrió de golpe que él, terriblemente, estaba fingiendo. Estaba actuando. Iba a atormentarla antes de castigarla. Iba a ser cruel poco a poco.

Herr Dremmel, como si se estuviera concentrando —concentrándose, pensó ella, observándolo y quedándose helada ante lo insólito de él, para un salto horrible—, le preguntó si había venido caminando.

—Sí —dijo Ingeborg, aún más débilmente, con los ojos llenos de un miedo vigilante.

Siguió mirándola, pero mientras lo hacía su mano tanteaba sobre la mesa buscando la pluma que había dejado.

También reconoció esa mirada —asombroso, horrible, lo bien que sabía actuar—; era la que tenía cuando, hablando con alguien, se le ocurría de pronto una nueva luz sobre el asunto que estaba escribiendo.

Ahora estaba segura de que le iba a suceder lo peor; pero primero vendría la tortura, un largo entretenerse. Aquellas profundidades reveladas de una astuta crueldad en él, de un talento para la actuación más hábil, le helaron la sangre. ¿Dónde estaba Robert, el hombre de grandes sencillezas que ella creía haber conocido? ¿Era entonces un desconocido con quien había estado viviendo? Nunca, en todos aquellos años, había sido el hombre con el que ella creía haberse casado.

—Por favor... —dijo, tendiendo ambas manos—, Robert... no hagas esto. ¿No quieres... no quieres ser natural?

Él siguió mirándola en silencio. Entonces dijo, con un repentino aire de recordar algo: —¿Conseguiste tus botas, Ingeborg?

Aquello era espantoso. ¡Que llegara siquiera a hablar de las botas! Echarle en cara aquella mísera mentira preliminar.

—*Sabes* que no —dijo ella, mientras se le llenaban los ojos de lágrimas de vergüenza ajena, de que él pudiera ser tan cruel.

De nuevo Herr Dremmel la miró como concentrándose, como esforzándose por recordar y encontrar algo.

—¿Que lo sé? —repitió, tras una pausa de mirada reflexiva durante la cual Ingeborg se había sonrojado vivamente y había vuelto a palidecer, tan conmocionada estaba por el atisbo que estaba teniendo de aquella inhumanidad. Era diabólico, pensó. ¿Pero Robert, diabólico? Su universo parecía derrumbarse en torno a ella.

—Creo —dijo, alzando la cabeza con el orgullo que él debería haber sentido y que tan evidente, tan lamentablemente, no sentía— que uno debería administrar su castigo como un hombre.

Hubo otra pausa, durante la cual Herr Dremmel, con los ojos fijos en los de ella, pareció rumiar algo.

Entonces dijo: —¿Lo pasaste bien?

Aquello era diabólico. Incluso al actuar, pensó Ingeborg, había profundidades de bajeza que la gente decente se negaba a representar.

—Creo —dijo con voz temblorosa— que, si no te importa dejar de fingir... ay —se interrumpió, apretándose las manos—, ¿de qué sirve, Robert? ¿De qué *sirve*? No perdamos el tiempo. No lo hagas peor, más espantoso... recibiste mi carta... lo sabes todo...

—¿Mi carta? —dijo Herr Dremmel.

Le rogó, le suplicó que dejase de fingir. —No, no sigas así —le imploró—, es una manera tan espantosa de hacerlo... es tan indigna...

—Ingeborg —dijo Herr Dremmel—, ¿no cultivarás la calma? *Tú* has viajado y has caminado, pero ni una cosa ni otra en grado suficiente para justificar la intemperancia. Quizá, si necesitas ser intemperante, tengas la bondad de irte a serlo a tu propia habitación. Así ninguno de los dos molestará al otro.

—No —dijo Ingeborg, retorciéndose las manos—, no. No me iré. No entraré en ninguna otra habitación hasta que hayas acabado conmigo.

—Pero —dijo Herr Dremmel— ya he acabado contigo. Y deseo —añadió, sacando el reloj— tomar el té. Voy a ir en carruaje a mis campos a las cinco.

—Ay, Robert —suplicó, indeciblemente conmocionada, ¿es que pensaba seguir atormentándola indefinidamente?—, por favor, por

favor, haz lo que sea que vayas a hacerme y acabemos de una vez. Aquí estoy, solo *esperando* a ser castigada...

—¿Castigada? —repitió Herr Dremmel.

—Pero si —exclamó Ingeborg, con los ojos brillantes de pesar y de vergüenza ante aquella persistencia tenaz en la bajeza—, pero si no creo que seas tú quien deba castigarme. No eres *digno* de castigar a una mujer decente. ¡Eres despreciable!

Herr Dremmel se quedó mirándola fijamente. —Esto —dijo entonces— es un insulto. Al menos —añadió— guarda un gran parecido con lo que en un ser humano razonable sería un insulto. Sin embargo, Ingeborg, el habla en ti no representa con exactitud el significado, como he observado a menudo. Debería decir más bien —rectificó— un significado.

Ella se acercó a la mesa, hacia él, con los ojos brillantes. Él sostenía la pluma lista para seguir escribiendo en cuanto ella tuviese la bondad de dejar de interrumpir.

—Robert —dijo, apoyando ambas manos en la mesa, con la voz temblorosa—, yo... yo nunca pensé que tendría que sentirme *avergonzada* de ti. Podría soportarlo todo menos tener que sentirme *avergonzada* de ti...

—Entonces, quizá, Ingeborg —dijo Herr Dremmel—, tengas la bondad de irte a avergonzarte de mí a tu propia habitación. Así ninguno de los dos molestará al otro.

—Estás siendo tan horrible que lo estás retorciendo todo, y me estás poniendo en la posición de tener que perdonarte *a ti* cuando eres *tú* quien tiene que perdonarme *a mí*...

—Entonces, te lo ruego, Ingeborg, ve a perdonarme a tu propia habitación. Así ninguno de los dos...

—Estás siendo cruel... ay, pero si es increíble... tú, mi marido... estás jugando conmigo como un gato con un pobre ratón, un pobre y desdichado ratón, algo indefenso que no puede hacer nada a cambio y que no lo haría aunque pudiera... y mira cómo me haces

hablar a mí, cuando eres tú quien debería estar hablando. Anda, anda, Robert, empieza a hablar... empieza a decir cosas, a hacer cosas, acabemos de una vez. Has recibido mi carta, sabes perfectamente lo que hice...

—No he recibido ninguna carta, Ingeborg.

—¡Qué espantoso que digas eso! —exclamó, con el rostro lleno de horror hacia él—. Cuando sabes que la tienes y sabes que yo sé que la tienes... esa carta que te dejé... en esta mesa...

—No he visto ninguna carta en esta mesa.

—Pero yo la *puse* aquí... la puse *aquí*...

Alzó la mano para señalarle apasionadamente el mismísimo lugar; y debajo de su mano estaba la carta.

El corazón le dio un vuelco tremendo y pareció detenérsele. La carta estaba donde ella la había puesto, y sin abrir.

Levantó la vista hacia Herr Dremmel. Se puso roja; se puso blanca; probó el extremo mismo de la vergüenza. —Yo... te pido perdón —susurró.

Herr Dremmel adoptó un ligero aire de disculpa. —Uno omite, de vez en cuando, fijarse en algo —dijo.

—Sí —musitó Ingeborg.

Se quedó completamente inmóvil, con los ojos fijos en el rostro de él.

Él sacó el reloj. —Quizá ahora, Ingeborg —dijo—, tengas la bondad de ocuparte del té. Voy en carruaje a mis campos...

—Sí —musitó Ingeborg.

Él se inclinó sobre su trabajo y se puso a escribir de nuevo.

Ella tendió la mano y lentamente cogió la carta. La tradición, el copioso empaparse de los preceptos episcopales, la empujaban hacia ese acto tan a menudo fatal para la paz permanente de las familias: la confesión sincera.

—¿Quieres... quieres... quieres...? —empezó, temblorosa, tendiéndole a medias la carta.

Entonces le falló la voz; y le fallaron los principios; y le fallaron los preceptos de toda una vida; y se la guardó en el bolsillo.

—Está... anticuada —susurró, a modo de explicación.

Pero Herr Dremmel siguió escribiendo. Se había olvidado de la carta.

Ella se dio la vuelta y se dirigió lentamente hacia la puerta.

A mitad de la habitación vaciló, y miró atrás. —Yo... me *gustaría* besarte —balbuceó.

Pero Herr Dremmel siguió escribiendo. Se había olvidado de Ingeborg.

FIN

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web